
REINO
DE
BESTIAS
Y
PODER
UNA NOVELA DE LA AUTORA
CANDELA RAMÍREZ RAMOS

REINO DE BESTIAS Y PODER

Candela Ramírez Ramos

Derechos de autor © Noviembre 2025 Candela Ramírez Ramos

Editor: Sophie Lam (ediciones.sophie)
Portada: Mireya Murillo
Ilustración: Victoria Valles
Maquetación: Sophie Lam (ediciones.sophie)
Imágenes utilizadas en la maquetación:
© Adobe Stock / © Vecteezy

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio — electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y será perseguida conforme a la ley.
Esta obra es de ficción. Las referencias a personas reales, vivas o muertas, así como a lugares o acontecimientos, se emplean de manera ficticia o son producto de la imaginación de la autora.
Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV
CAPÍTULO XXVI
CAPÍTULO XXVII
CAPÍTULO XXVIII
CAPÍTULO XXIX
CAPÍTULO XXX
CAPÍTULO XXXI
CAPÍTULO XXXII
CAPÍTULO XXXIII
CAPÍTULO XXXIV
CAPÍTULO XXXV
CAPÍTULO XXXVI
CAPÍTULO XXXVII
CAPÍTULO XXXVIII
CAPÍTULO XXXIX
CAPÍTULO XL
CAPÍTULO XLI
CAPÍTULO XLII
CAPÍTULO XLIII
CAPÍTULO XLIV
CAPÍTULO XLV
CAPÍTULO XLVI

CAPÍTULO XLVII
CAPÍTULO XLVIII
CAPÍTULO XLIX
CAPÍTULO L
CAPÍTULO LI
CAPÍTULO LII
CAPÍTULO LIV
CAPÍTULO LV
ÉIRE
EPÍLOGO
CAPÍTULO EXTRA

SINOPSIS

Tras las traiciones y pérdidas ocurridas en el reino de las montañas, Éire y sus amigos jamás volverían a ser los mismos. Entre la oscuridad y el murmullo que avecinaba una masacre, ¿existía acaso una posibilidad de redención para nuestra protagonista?

En las tierras mágicas de Nargrave todo podía suceder, incluso la resurrección de un cuerpo. Sin embargo, salvar un alma desgastada por el odio y atrapada en las garras de la venganza era una tarea ardua, casi imposible.

Prepárate para la última entrega de esta trilogía. Piérdete entre sus páginas y procura no cegarte con los sentimientos. Acompaña a nuestros protagonistas en la guerra final y permite que desgarren tu rutina con magia, acción y romance.

"No soy una heroína. Soy el resultado de todo lo que nadie quiso ver."

PRÓLOGO

ÉIRE

Era veinticinco de octubre. Keelan cumpliría veintiún años. Hoy debería estar sentado en su trono; hoy el reino debía brillar con festejos, risas y música. Las calles tendrían que haberse vestido de luz, alcohol y algarabía.

En cambio, reinaba el silencio. Aherian estaba sumido en la oscuridad, ondeando los colores de Zabia y vistiendo el negro del luto.

Habían pasado casi tres meses desde la partida de Keelan. Me gustaría decir que fueron largos, pero lo cierto era que apenas los recordaba. Desde que llegamos a Aherian y Evelyn tomó el trono, había aprovechado mi papel de guardaespaldas para tener acceso ilimitado a todas las tabernas del reino.

—Brais, pasa otra jarra. Pero esta vez más llena; no te pago por vasos vacíos.

El hombre tras la barra sacudió las manos cubiertas de migas y vino, lanzándome una mirada a través de los mechones que se escapaban de su recogido. Su cabello era largo y castaño, algo opaco y con las puntas desiguales, pero cuando el sudor le perlaba el cuello y los cabellos húmedos se le pegaban a la piel, adquiría un aire singularmente atractivo. No tenía un cuerpo trabajado, aunque servir jarra tras jarra de cerveza, absenta y vino había fortalecido sus antebrazos. Con el tiempo, se volvieron más gruesos y marcados.

Brais y yo habíamos llegado a conocernos bastante durante los últimos dos meses. Al fin y al cabo, lo veía más a él que a cualquier otra persona. Audry pasaba los días entrenando y evitando toda conversación; Asha había desistido en su intento de sacarme de las

jarras de cerveza, y Evelyn estaba tan abrumada por el trabajo que apenas tenía tiempo para preocuparse por nosotros.

Así que allí estaba yo: rodeada de música, risas, cuerpos danzando y humo. Pasaba las noches en camas ajenas, ebria, enredada entre sábanas sucias y cuerpos desconocidos. Había descubierto que esa era la combinación perfecta para no pensar.

—Directamente no me pagas, Éire —dijo Brais.

—Es cierto —respondí y me encogí de hombros—. Pero yo tampoco cobro por proteger a la reina. Lo mínimo que merezco es esto.

Él esbozó una sonrisa distraída.

—Con todo lo que bebes, comes y las noches que pasas aquí con más de una persona, puedo asegurarte que no hay sueldo que cubra semejante gasto.

Tuve que esforzarme para mantener los ojos abiertos mientras la décima cerveza bajaba por mi garganta.

—No seas aguafiestas, Brais. Pásame otra.

—Lo siento, Éire —dijo con firmeza—. Su majestad ha ordenado que hoy no es un buen día para ti. Nos prohibió servirte más de la cuenta.

Me tambaleé al ponerme de pie. El taburete chirrió bajo mi peso y casi caí de bruces, pero logré mantenerme erguida mientras me aferraba a la barra gastada.

Saqué la daga que había comprado meses atrás, cuando un grupo de mercaderes se detuvo en la capital. La hoja no era tan refinada ni tan afilada como la anterior, pero era lo único que había conseguido tras robarle a Asha unas cuantas monedas.

—Brais, dame otra cerveza o tus únicos clientes serán cadáveres.

Él sonrió con calma, limpiando un vaso con un jirón de tela.

—Vamos, Éire. Esa fama que tenías ya no asusta a nadie. Todos saben que no has hecho daño a nadie desde que mataron al príncipe.

Arqueé una ceja. Apenas podía distinguir su silueta entre la penumbra y el murmullo, pero escuché sus palabras con absoluta claridad. Solté una carcajada que me sacudió el cuerpo. Me dejé caer de golpe sobre el taburete, que se tambaleó, y estallé en risas

hasta que las lágrimas me nublaron la vista. El alcohol lo volvía todo más liviano.

Brais me observó, desconcertado, aunque una sonrisa incrédula asomó en sus labios antes de apartarse para atender a otro cliente.

Entonces silbé, un sonido débil y quebrado entre mis risas. Brais, de espaldas, me miró de reojo mientras dejaba una jarra sobre la mesa donde un borracho retozaba bajo una mujer semidesnuda.

Los tablones del suelo comenzaron a temblar. Los clavos se soltaron con un chasquido seco, las paredes vibraron y las vigas del techo crujieron como si fueran de cera. Las prostitutas saltaron de los regazos de los hombres y las carcajadas de los borrachos se mezclaron con los gritos, creyendo que era efecto del vino.

Yo los observaba, aún con una sonrisa torcida, apurando los últimos sorbos de mi jarra. Antes de que Brais alcanzara a reaccionar, Ojitos emergió desde la tierra bajo los tablones y se deslizó con una velocidad antinatural hacia las paredes de la taberna.

Entonces comenzó el caos. Las puertas no cedieron y los gritos se mezclaron con sollozos y plegarias. Ojitos se enroscó entre los cuerpos, destrozando cráneos y devorando vértebras como si fueran dulces. Sus dientes, enormes y afilados, se mancharon de sangre y fragmentos de hueso que trituraba con un sonido húmedo y repulsivo.

Brais me sujetó del brazo. Sus ojos reflejaban el terror más puro y su cuello, antes perlado de sudor, goteaba sangre.

—¡Detente, Éire, por favor!

Sonreí con malicia. Lo tomé por la muñeca y lo lancé al suelo sin vacilar. Ojitos mostró una sonrisa bestial y se abalanzó sobre él.

Mientras la criatura acababa con los demás, avancé tambaleante hasta el otro lado de la barra y me serví otra cerveza. Bebí un sorbo y fruncí el ceño.

—Encima me daban de la barata —murmuré, dándole un trago largo. Esta vez, el sabor era fuerte y redondo; se notaba que provenía de un barril de calidad.

—¡Estás loca! —gritó alguien.

Hice un gesto vago con la mano y su voz se ahogó en un gorgoteo de sangre.

CAPÍTULO I

ÉIRE

—¿Está todo a su gusto? —preguntó la mujer delgada que se había esforzado en colocar las ramitas de tomillo de una forma específica sobre el plato.

Le lancé una mirada al pollo asado, y el aroma a carne tostada y sal impregnó mis sentidos con rapidez. Hice un gesto con la mano, dándole permiso para retirarse. Ella se inclinó varias veces ante mí antes de marcharse a trompicones hacia la cocina. Desde que le había advertido que no volviera a llenar la taberna con el humo de sus comidas, no había vuelto a percibirse ni una sola hebra de carne chamuscada.

Arranqué un trozo del muslo y lo mordí con desgano y lancé la cabeza del ave de ojos lechosos hacia Ojitos. La criatura la atrapó al vuelo y la devoró con un rugido sordo que resonó en el suelo. Ya había terminado con todos los ratones del establecimiento, y desgraciadamente Evelyn me había amenazado con encerrarme en el calabozo si volvíamos a protagonizar un espectáculo como el de hacía un mes.

En mi defensa, Brais nunca me había caído bien del todo.

El silencio de la taberna era reconfortante. No era un lugar grande, pero ahora era mío y lo mejor era su calma. Solo me acompañaba una cocinera que se aseguraba de traer barriles nuevos cada día y mantenía el vino fluyendo sin descanso.

En cuanto a mis amantes, ya no tenía. No porque no lo deseara, sino porque sin salir de aquí resultaba imposible seducir a alguien. Y salir… simplemente no era una opción.

Las puertas se abrieron de golpe y chocaron con las paredes con un estruendo seco. Fruncí el ceño.

Todos sabían que aquella taberna era de mi propiedad, un obsequio de Evelyn después de la masacre provocada por mi aminqueg. También sabían que si alguien osaba perturbar mi paz, tenía pleno derecho a acabar con quien fuera.

Estaba segura de que no era Asha. Ella solía llegar al amanecer para recibir su pago por mantener el cuerpo de Keelan intacto, mientras yo buscaba sin éxito un modo de devolverle la vida. No tenía un plan, y aunque lo tuviera, no poseía las fuerzas necesarias para ejecutarlo. Aun así, saber que su cuerpo permanecía conmigo mantenía encendida una chispa de esperanza. Ínfima, pero existente.

Desde la cocina se escuchó el golpe de un cazo cayendo al suelo, seguido de una exclamación y una disculpa apresurada. La ignoré. Lamí la grasa del hueso que sostenía y levanté la vista hacia el intruso.

Su cabello castaño claro rozaba el lóbulo de sus orejas y lo tenía más largo desde la última vez que lo había visto. Una fina sombra de barba delineaba su mentón, y una cicatriz pálida recorría su cuello hasta perderse en la clavícula. Llevaba la túnica mal abotonada y las mangas remangadas, que mostraban unos antebrazos endurecidos por el entrenamiento. Los pantalones, ligeramente sueltos, caían hasta rozar la suela de sus botas.

Tardé un instante en reconocerlo. Entonces vi su espada. Una hoja simple, forjada en metal opaco, con una empuñadura de latón. Solo él podía pertenecer a la élite de la guardia real y portar semejante reliquia como si fuera un arma digna.

No recordaba con exactitud cuándo lo había visto por última vez. Finales de noviembre, quizás. O septiembre. Lo cierto era que la última vez que contemplé su rostro fue cuando llegamos a Aherian y cada uno tomó su camino.

Sí, ese debía de ser el tiempo estimado.

—Éire, tenemos que hablar.

Resoplé y hundí el rostro en la jarra de vino espumoso. Sabía que Cala espiaba desde la rendija de la puerta de la cocina, pero la ignoré. Bastante asustada estaba ya como para darle nuevos motivos. No podía permitirme perder otra criada. Era la décima, y la

anterior se había marchado hacía apenas unos días, cuando Ojitos confundió un trozo de carne con su dedo índice.

—Nunca he tenido muchas relaciones —murmuré—, pero las suficientes para saber que sea lo que sea que vas a decir, no quiero escucharlo.

Audry soltó un bufido y se dejó caer en el taburete frente a mí. Bajo su capa parecía ocultar varios papeles que mantenía apretados contra el brazo. No podía asegurarlo ya que solo había visto un destello. Además, mi percepción ya no era fiable. No cuando pasaba la mayor parte del tiempo drogada.

—¿Quieres comer? —pregunté con la voz pesada—. Puedo decirle a Cala que te sirva lo que desees.

El aminqueg se enroscaba alrededor de mis tobillos mientras yo trataba de mantener los ojos abiertos. El vino ya no sabía a nada, aunque las burbujas seguían agradándome en el paladar.

—Traigo trabajo.

—¿Trabajo? —repetí con una sonrisa vacía—. ¿Qué clase de trabajo? Define trabajo.

Audry sacó los papeles de su capa y los dejó sobre la mesa sin cuidado, manchándolos con vino y licor.

—Este —dijo—. Lo suficiente para pagarte un alojamiento decente y una vida digna, donde quieras. Con criadas que no te teman.

Me recosté en la silla y entorné los ojos hacia él. Hacía tiempo que había dejado de distinguir la realidad del sueño, aunque cada vez que Keelan aparecía en mis pensamientos, me preguntaba si era precisamente eso, un sueño del que me negaba a despertar.

—Sea lo que sea, no me interesa. Estoy contenta viviendo así.

Audry sonrió con ironía.

—Tan feliz que ni siquiera estás consciente la mayor parte del día.

—No puedes juzgarme.

—No lo hago —replicó con serenidad—. Solo quiero lo mejor para ti, como siempre.

Tragué saliva con esfuerzo.

—Ni una sola visita en cuatro meses —dije con la voz áspera. Las palabras salieron cortantes, cargadas de un rencor que aún no había sabido desvanecer.

Su garganta se contrajo.

—Yo también perdí a mi mejor amigo y al amor de mi vida. Créeme, te entiendo mejor que nadie. Pero eso no es motivo para hundirte el resto de tus días.

Solté una risa sin alegría.

—Llamar amor de tu vida a alguien con quien compartiste unas semanas es exagerado —dije y clavé en él mi mirada nublada. Creí ver un destello de dolor en su expresión, aunque era difícil distinguir sentimientos cuando todo se reducía a sombras y contornos borrosos.

—La gente está desesperada —continuó—. Necesitan ayuda con las criaturas razha y están pagando bien a los mercenarios que se encargan de ellas. —Se encogió de hombros y se levantó del taburete—. Pensé que querrías adelantarte antes de que las maten.

Intenté despejar mi mente lo suficiente para leer los papeles empapados frente a mí, pero el intento fue inútil.

No alcancé a ver qué decían aquellos papeles, pero, al parecer, Ojitos escuchó en mis pensamientos las palabras que había dejado escapar en nuestra conversación, porque se tensó de inmediato contra mí.

Audry me dio la espalda, y su capa ondeó con determinación mientras se dirigía hacia la salida.

Antes de que pudiera marcharse, le dije:

—Gracias por la visita.

Él se detuvo. Me miró por encima del hombro, dudó un instante, pero al final asintió y me dedicó una sonrisa vacilante antes de desaparecer tras la puerta de la taberna.

—Cala, quiero que seques estos papeles hasta que sean legibles —ordené, parpadeando mientras el peso del alcohol comenzaba a asentarse en mi estómago—. Y deja varios barriles en la entrada. Esta noche lloverá, y los quiero hasta arriba.

No alcancé a distinguir su expresión, aunque imaginé su desconcierto ante mis peticiones. Aun así, asintió varias veces y se inclinó.

—Sí, dama. Como usted diga.

Caí rendida sobre la silla. Había llegado a mi límite de jarras, la dosis justa que cada cierto tiempo debía aumentar para lograr sedarme.

«Hora de dormir, Éire».

♣

—¡Éire! ¡Éire! —exclamó una voz pequeña que me zarandeaba mientras dormitaba—. ¡Vamos! ¡Despierta!

—Te voy a… —Entreabrí los ojos y detuve mis palabras al ver que era Cade quien me sacudía. Estaba a mi lado, sobre los dos colchones que había juntado para dormir más cómoda—. Ah… buenos días, Cade. ¿Qué sucede?

Joder, cómo me dolía la cabeza.

—Mamá ya está aquí.

Me incorporé despacio, me apoyé en el cabecero y aparté al pequeño de mi lado. Asha estaba sentada a los pies de la cama. Su largo cabello ébano caía como un río oscuro sobre el cubrecama trenzado con sedas doradas, que brillaban bajo el reflejo que entraba por la ventana. La luz hacía que aquellas hebras parecieran hilos de piedras preciosas trituradas.

—Vengo por el pago de Keelan —dijo con voz suave, tan delicada como las telas que envolvían sus trenzas. Cada mañana me hablaba con esa misma compasión. Tenue, cálida, quizá con la esperanza de que algún día no necesitara tratarme con tanto cuidado.

Asentí una sola vez y extendí el brazo hacia ella. La piel de mi muñeca estaba amoratada, casi sin rastro de circulación. Aún se veían las cicatrices punzadas que no terminaban de cerrar, pero no sentí vergüenza alguna al mostrarlas.

Asha crispó los labios con disgusto, y Cade ya ni siquiera se inmutó como en el pasado. La primera vez que se coló en la habitación sin el permiso de su madre, había contenido el aliento al ver el objeto puntiagudo cargado de magia, atravesar mi hueso. Entonces se tapó los ojos y empezó a canturrear para no llorar. Con el tiempo se acostumbró a venir cada mañana para sostener mi mano mientras todo ocurría.

Dolía, sí, pero también era reconfortante sentir una agonía física que por un instante mitigara la que habitaba en mi interior.

—¿Estás lista? —preguntó la mujer frente a mí.

Asentí otra vez. Cade se aferró con fuerza a mi otra mano y apoyó su pequeña cabeza en mi hombro.

Asha tomó un alfiler negro, lo sumergió en un frasco que contenía un líquido de tono obsidiana, y al sacarlo, el metal parecía palpitar con una luz tenue. Desde que su fama como boticaria se había extendido por toda la capital, se paseaba siempre con aquel cinturón lleno de frascos rebosantes de brebajes y líquidos inhumanos.

Me sostuvo el brazo con delicadeza y hundió el alfiler en mi arteria radial. Según me había explicado la hija del duque, un error mínimo al perforar ese vaso sanguíneo podía interrumpir el flujo y dejarme tullida para siempre.

El alfiler titiló como la llama de una vela mientras se desvanecía dentro de mi carne. Mordí el interior de mi mejilla y sentí cómo los hilos mágicos se extendían desde mi brazo hasta la espina dorsal. Mi cuerpo se arqueó sobre la cama, y apreté con fuerza la mano de Cade. Él no se quejó en ningún momento.

Entonces la magia se abrió paso hasta mi mente, y arrancó uno de esos recuerdos escondidos en los recovecos más profundos de mi conciencia. Uno de esos momentos que temían ser los próximos en ser robados.

—Ya está. —Asha tomó el otro extremo de la aguja y la liberó con suavidad del abrazo de mi piel.

Volvió a sumergirla en el líquido obsidiana, y este comenzó a brillar. En su superficie se formó un rostro. Al principio era solo un borrón informe, pero poco a poco el retrato cobró nitidez, revelando el instante exacto que acababa de ser arrancado de mi mente.

Era una niña, una adolescente, junto a un joven de cabello alborotado y cobrizo. Corrían por un jardín lleno de rosales, jazmines y tulipanes en flor. Supuse que jugaban, que se perseguían. Él no logró alcanzarla, y ella tocó el muro de piedra entre carcajadas. Había ganado.

Su sonrisa era inmensa, sus ojos oscuros, casi parte de aquella magia sombría. La melena castaña caía tras su vestido escarlata

como una llama suave.

Esa era yo, aunque ya no lo recordaba.

Ese era el recuerdo que el pago había tomado esa vez. Siempre eran recuerdos felices. Y cada vez que uno se iba, solo quedaban los más oscuros para acompañarme.

—Éire… creo que deberíamos dejar que Keelan descanse en paz —dijo Asha con pesar—. Llegará un momento en que ya no queden recuerdos felices, y eso solo…

—Tengo cosas que hacer. Nos veremos mañana.

Cade me dejó un beso húmedo en la mejilla. Asha me dio la espalda, y su mirada se ensombreció antes de tomar la mano de su hijo. Ambos desaparecieron tras la sábana que colgaba del marco de la puerta, esa que hacía de improvisada entrada.

Acaricié mi muñeca, justo en el punto donde la perla carmesí brotaba de la nueva herida en mi piel.

Pero valía la pena.

Valía la pena si con ello podía evitar la putrefacción de Keelan.

Si existía la mínima posibilidad de devolverle la vida, entonces quedarme sin ningún resquicio de felicidad sería un precio justo.

CAPÍTULO II

ÉIRE

—Cala, ¿tienes lo que te pedí anoche? —pregunté mientras salía del pasillo donde se encontraban las habitaciones y terminaba de anudar mi capa de pelaje de lobo.

Había sido un regalo que me concedí a mí misma el día en que un hombre osó desafiarme. Después de demostrarle que sí podía vencerlo, le quité aquella costosa prenda de su cadáver aún tibio.

—Por supuesto, dama. ¿Desea que le sirva el mismo desayuno de siempre?

Mi estómago rugió con solo escucharlo. Tocino grasiento, apenas chamuscado, acompañado de un vaso de licor. Tentador. Pero si quería mantenerme sobria, esa no era una buena elección.

Mis manos temblaron al intentar contener el impulso. Estuve a punto de decir que sí, pero debía ser más fuerte que mi adicción. Tragué saliva con esfuerzo y susurré.

—No. Sírveme una buena jarra del agua que recogiste anoche.

Una gota de sudor frío recorrió el hueco entre mis pechos, y no fue precisamente por el aire gélido que azotaba las ventanas y empujaba las ramas contra los cristales sucios.

Cala frunció el ceño unos segundos, aunque no se atrevió a cuestionar mis órdenes. Rodeó la barra con cuidado, esquivando los huesos animales y humanos, que reposaban alrededor del aminqueg dormido junto al hogar.

Me senté en uno de los taburetes frente a ella y observé cómo colaba el agua de tormenta con un embudo hacia una jarra moldeada en barro. Ojitos bufó al oír el sonido del líquido caer y, molesto, azotó con su cola la chimenea, haciendo que las llamas se elevaran de golpe.

Cuando el fuego alcanzó la temperatura que lo complacía, volvió a acomodarse frente a la piedra ardiente.

Algunas gotas salpicaron fuera del barreno que Cala sostenía. Murmuró una disculpa temblorosa, y yo me limité a asentir. Nadie se sentía del todo tranquilo cerca de Ojitos. Lo entendía bien. A Keelan tampoco le había caído en gracia jamás.

—Aquí está —dijo Cala, dejando la jarra sobre la barra—. ¿Desea que la mezcle con algo?

Le di un sorbo rápido. Sentí el frescor descender como un torrente hasta mi vientre y despejar mi mente. La sensación punzante recorrió mis nervios, acelerando mi pulso y diluyendo el espesor de mi sangre. Un escalofrío me atravesó el cuerpo y despertó cada músculo dormido.

Parpadeé varias veces mientras notaba cómo el sudor se enfriaba sobre mi piel.

—No… —Respiré hondo—. Cuéntame qué contenían los papeles que dejaste secar anoche.

Cala humedeció sus labios antes de acercarse a la repisa donde se amontonaban los pergaminos. Habían pasado toda la noche colgando cerca del fuego. Tomó uno de ellos y lo hojeó con cuidado.

—He pasado la noche en vela intentando descifrar las propuestas. La mayoría son pagos aproximados por eliminar distintas jaurías de monstruos que acechan las aldeas. Hay informes de pulvras en el Puerto de los Caídos, dankús en el Monte Verdinegro, quepaks que secuestran niños en Valhiam y… cornoks atacando en Güíjar.

—¿Cornoks atacando aldeas? —Arqueé una ceja—. Eso no tiene sentido. Son criaturas pacíficas.

—No lo sé, mi señora. Es lo que dice aquí.

Me quedé observándola en silencio mientras me mordía una uña. Confiaba en Cala; después de todo, su vida dependía de mí. Pero algo no encajaba. Era extraño. Sumamente extraño.

Conocía bien a las criaturas que habitaban en Gregdow. Muchas estaban al borde de la extinción, pero jamás habría imaginado a un cornok atacando humanos. No cuando podían alimentarse de ganado sin dificultad.

Además, aquel lugar que había mencionado… ¿Güíjar? Jamás había oído hablar de esas tierras. Si se tratara de un señorío, su nobleza habría llegado a mis oídos.

—Bien. ¿Y dónde está Güíjar? ¿Quién gobierna allí?

—Güíjar no tiene soberano, mi señora —respondió Cala—. Es una tierra anárquica, libre de las leyes de Aherian. Se encuentra al borde del bosque, y sus aldeanos se crían bajo la ley del más fuerte. Las leyendas dicen que de allí provienen los mejores guerreros. Incluso mejores que los iriamnos.

Chasqueé la lengua y vacié la jarra de un solo trago.

—Perfecto. Tenemos destino. Haz llamar a Ashania Minceust; la quiero aquí cuando regrese.

—Si se me permite la descortesía… ¿puedo saber a dónde se dirige? —preguntó con voz dulce, intentando no sonar temerosa.

—No. —Me encogí de hombros y ajusté la daga a mi cinturón antes de cubrirme el rostro con la capucha—. Esta noche traeré la cena. Prepara mi equipaje y el tuyo. Marcharás conmigo hacia las tierras de Güíjar.

Cerré la puerta de la taberna antes de que pudiera formular una sola palabra más. No había salido de allí desde mi llegada a la capital. Y, sin embargo, Aherian seguía luciendo tan empobrecido como el primer día.

Habían firmado la alianza con Zabia, pero el sur también sufría escasez, y ese pacto apenas había beneficiado al reino. Ahora contaban con menos soldados y ninguna recompensa a cambio.

Aun así, Evelyn no había reculado. Ambas sabíamos que no podía hacerlo ya que la debilidad le costaría la vida. En su intento por sostener el trono, había buscado el favor de los señoríos vecinos para evitar que su pueblo muriera de hambre.

Redujo los impuestos y destinó gran parte del tesoro real a incrementar el cultivo de cereales. Ordenó a sus guardias que repartieran comida cada mañana en las aldeas más pobres. Gracias a esos sacrificios, las barrigas del pueblo seguían llenas… por ahora.

Pero sabía que cuando se agotara el dinero y los favores de los nobles que juraron ante su padre, aquellos mismos que durante generaciones habían hincado la rodilla ante el apellido Waldorm, la

historia sería otra. Entonces, dudaría mucho que continuaran aplaudiendo las decisiones de su joven soberana.

—¿Quiere probar estos dulces, dama? —me preguntó una mujer de ojos rasgados que aguardaba dentro de un puesto del mercado.

Frente a ella reposaba una mesa desgastada, pintada sobre la madera sucia, donde se apilaban varios panecillos de leche cubiertos con manteca y azúcar.

La ignoré deliberadamente y me concentré en el hedor que impregnaba el aire con carne podrida, desperdicios y restos de animales que se descomponían bajo el sol débil del amanecer. Los pescados abiertos y las alimañas desolladas colgaban de hilos raídos, meciéndose suavemente con el viento, mientras el sonido de las monedas al chocar sobre las mesas se mezclaba con los gritos de los mercaderes que intentaban vender su miseria disfrazada de mercancía.

Tuve que abrirme paso entre decenas de personas y animales. En ocasiones, se apartaban al verme; en otras, debía hacerlo a empujones. Varios niños, con el cabello sucio y enmarañado, intentaron introducir sus manos en mi capa para robar algo de provecho, pero solo consiguieron que les mostrara los dientes.

El castillo no quedaba lejos de mi taberna, aunque el trayecto resultaba tedioso. Los suelos estaban cubiertos de cieno, barro y heces de las bestias que aguardaban su ejecución o intercambio. La ausencia de vigilancia era evidente, desde la reubicación de muchos de los guardias, ya nadie controlaba el mercado. Por eso, no era raro tropezar con riñas improvisadas o con charlatanes que vociferaban discursos para distraer a los hambrientos.

Finalmente, llegué al puente levadizo. Era una de las más recientes construcciones de Evelyn, un paso de madera reforzada que se alzaba sobre aguas pantanosas y turbias, donde serpientes de escamas verdosas se enroscaban entre sí, siseando hacia la superficie.

Los dos guardias apostados en el puente me lanzaron una mirada distraída. Mi rostro permanecía oculto bajo la capucha, por lo que no se molestaron en detenerme. Sin embargo, decidí apartar la tela y mostrarme ante ellos.

Uno de los guardias, el que no llevaba yelmo, soltó una exclamación ahogada al reconocerme. Supuse que fue la cicatriz, la que cruzaba mi rostro como una marca indeleble, la que le despejó cualquier duda. Esa herida era tan célebre como mi nombre.

—¿Qué quieres? No tenemos todo el día —gruñó el otro. Su compañero reaccionó con rapidez y le propinó un codazo, maldiciendo entre dientes.

—Bastardo… es la hechicera de las bestias —susurró el guardia de rostro descubierto, sin apartar la vista de mí—. No se preocupe, mi señora. Puede pasar. Perdónelo, es un recluta nuevo.

Asentí con frialdad. Ambos se apartaron, levantando las lanzas que me bloqueaban el paso. El filo del acero resplandeció bajo la luz anaranjada del sol poniente.

—Tened cuidado —murmuré al pasar—. Las serpientes están enroscándose en vuestras botas.

Escuché cómo uno de ellos soltaba un grito ahogado y saltaba hacia atrás. Las serpientes, desde luego, no se habían movido; el miedo lo había hecho por ellos. Sonreí bajo la capucha, sin detenerme.

La barbacana se alzó con un crujido metálico, y pude avanzar hasta el portón principal. Los guardias del rastrillo lo levantaron en cuanto me vieron, y las puertas del castillo se abrieron ante mí.

Caminé entre los setos húmedos del jardín, sin dirigir palabra a los soldados que custodiaban el perímetro. En cuanto crucé el umbral, una doncella se acercó apresurada para ofrecerse a guardar mi abrigo. Me negué con un gesto tajante y exigí que me condujera ante la reina.

La muchacha asintió con torpeza. La cofia que recogía su cabello se deslizó y una hebra cobriza cayó sobre su frente. Rió con nerviosismo, intentando ocultarla, y me pidió que la siguiera hacia el despacho de Evelyn. Yo recordaba perfectamente el camino, pero le permití acompañarme.

—¿Eres Iriamna? —pregunté, viendo cómo se tensaba.

—No, señora. Los dioses me libren de compartir sangre con quienes intentaron asesinar a mi reina.

Mentira. Lo supe de inmediato.

—Eso está bien —repliqué con voz serena—. Vuestra reina estaría orgullosa.

—¿No es su reina también, mi señora? —se atrevió a preguntar.

Aclaré mi garganta mientras doblábamos la esquina del pasillo.

—Yo ya no tengo rey.

La doncella bajó la cabeza, sin añadir palabra. Tras recorrer un tercer corredor, se detuvo frente a una puerta de madera gruesa y se inclinó con respeto.

—Aquí es, mi señora. Si me disculpa…

—Acompáñame —ordené. Cerré la mano sobre el picaporte y empujé la traba. La puerta chirrió antes de ceder.

El despacho era amplio y helado. Un ventanal sin cristales permitía el paso de copos de nieve que caían sobre el suelo encharcado. La escarcha cubría parte de las paredes y la gran mesa de reuniones mostraba huellas de haber sido limpiada con prisa ya que aún quedaban charcos de agua derretida.

Tras el escritorio se encontraba Evelyn. Aún vestía de luto, cada día con atuendos más oscuros y elaborados. Ese día, su falda de tul estaba adornada con plumas de cisne negro y su cuello alto rozaba el mentón. La corona de oro, apenas sostenida por su elaborado recogido, brillaba con un fulgor apagado.

Frente a ella, un hombre permanecía de pie. No podía ver su rostro del todo, solo su espalda ancha, cubierta por pieles oscuras. Cuando la puerta se abrió y el chirrido del hierro rompió el silencio, se giró apenas.

Cabello corto, rubio cenizo; piel pálida como la nieve recién caída. Sus ojos eran de un azul aguamarina salpicado de motas verdinegras, un contraste que resultaba tan inquietante como fascinante. Sus pómulos marcados le daban un aire severo. Reconocí el estandarte cosido a su camisa, era un guardia de alto rango, quizás uno de los capitanes más cercanos a la reina.

—Éire, ¿ocurre algo? —preguntó Evelyn. Su voz seguía siendo amable, pese al peso de la corona.

—Quiero mi parte del trato.

Ella frunció el ceño, sin perder la compostura. Esperé alguna reacción, una mirada de desprecio, una palabra de reproche, pero

solo mostró sorpresa.

—Ahora no es buen momento. No puedo dejar desprotegido el reino —dijo con voz cansada—. Ya he enviado demasiados soldados. Estamos al borde de una guerra… tanto civil como extranjera.

—Quiero. Mi. Parte. Del. Trato —repetí, sin apartar la mirada.

—Te he perdonado tus crímenes contra Aherian y te he permitido vivir aquí, junto a tu criatura y tus sirvientes. Solo pido tiempo, Éire —replicó.

Tragué saliva. Asentí, y ella pareció aliviada. Me dedicó una sonrisa que, por un instante, me recordó a la muchacha que alguna vez fue.

—Gracias, amiga mía. No imaginas la presión que sufro desde mi coronación.

—No te preocupes, Eve. Te entiendo perfectamente. —Giré apenas la cabeza hacia la doncella. Iriamna me miraba con una sonrisa tímida, sin sospechar lo que vendría—. Te daré todo el tiempo que necesites, pero cada día que te regale costará una vida de tu reino. Así cobraré mi paciencia.

Evelyn frunció el ceño, alternando su mirada entre nosotras. El guardia, ahora en tensión, comprendió mis intenciones y desenvainó la espada. Pero fue demasiado tarde.

Toqué el brazo de la doncella y dejé que las hebras de la magia razha se enroscaran en su corazón. Sentí cómo se contraía bajo mi poder hasta detenerse. Su cuerpo cayó entre mis brazos, aún cálido, mientras el filo del soldado apuntaba inútilmente al cadáver.

Sonreí a la reina.

—Esperaré a mis hombres. Más os vale que sean dignos del esfuerzo que me tomará.

Solté el cuerpo sin vida de Iriamna a los pies del guardia, y cubrí de nuevo mi rostro con la capucha. Me marché sin volver la vista atrás.

Mientras avanzaba por el pasillo, escuché los murmullos que se deslizaban tras la puerta.

—Majestad, esa mujer ha amenazado al reino y a la corona. Debemos considerarla una criminal y atraparla cuanto antes.

—Bastián —respondió Evelyn—, esa mujer me tiene bajo la palma de su mano… y comanda un ejército de monstruos. Si crees que puedes alcanzarla, eres más ingenuo de lo que pensaba.

Sonreí, apenas, mientras me alejaba.

CAPÍTULO III

AUDRY

Desde el matacán de las puertas del castillo se alcanzaba a ver casi todo el reino. La noche en la capital reposaba envuelta en un silencio espeso, interrumpido solo por el crujir del viento entre las almenas y el eco distante de algún borracho que se negaba a abandonar las calles.

La mayoría de los habitantes se refugiaban en sus hogares cuando el frío se volvía insoportable. Solo unos pocos insensatos quedaban vagando por los callejones, tambaleándose entre sombras y copas vacías. No solían causar demasiados problemas, quizás alguna pelea trivial, un insulto a la madre del contrincante y poco más.

Me gustaba pasar las noches en las alturas del castillo. Desde allí, la ciudad parecía un tablero inmóvil de luces mortecinas, y yo podía observarla con calma, sin que nadie me molestara. El silencio me resultaba reconfortante. Incluso el frío podía volverse soportable si encendías un pequeño fuego y te refugiabas en su parpadeo anaranjado.

Al principio, detestaba aquel turno. Era el trabajo sucio que los veteranos asignaban a los novatos para evitar las largas y heladas noches de invierno. Ellos tenían familias, hijos, esposas. Yo no tenía nada de eso, así que no encontré una excusa lo bastante convincente para negarme.

Lo hice una vez. Después, volví a solicitar la guardia nocturna. Y al día siguiente, lo repetí. Durante un tiempo me pregunté por qué lo hacía, hasta que comprendí lo sencillo de la respuesta y era que la noche era el único momento en el que no había nadie.

Ni familias paseando. Ni amigos riendo. Ni besos bajo la luz del sol poniente.

Solo silencio.

Solo la ausencia.

Nada que pudiera perturbar mi vida.

Porque cada vez que veía a esas personas, por egoísta que sonara, deseaba cerrar mis dedos alrededor de sus cuellos y arrebatarles el aliento. Quería que dejaran de hablar, de reír, de amarse. No porque los odiara, sino porque me recordaban todo lo que había perdido. Sus ojos brillantes evocaban los míos, antes de que se apagaran. Me recordaban a mi familia, aquella que solo me quiso por la imagen que proyectaba, no por quien realmente era.

La felicidad en los rostros de los ciudadanos me traía de vuelta a Keelan. A sus risas junto a las mías, a los momentos que compartimos… y la forma en que sus labios pronunciaron sus últimas palabras. Recordaba también los sollozos de Éire, ahogados por el dolor.

Por eso, prefería no volver a ver un grupo de amigos riendo. Era una estela cruel de lo que jamás volvería a ser.

—Nunca he entendido por qué eliges la guardia de noche —dijo Bastián mientras se sentaba a mi lado. Me lanzó una mirada de soslayo.

Me encogí de hombros y continué afilando mi espada con la piedra que había recogido antes de subir a la muralla.

—Me permite pensar.

—He oído que también haces visitas nocturnas a cierta mujer.

Él tragó saliva y fijó en mí su mirada penetrante. No reaccioné.

—Lo hago.

—¿Por qué?

—Es el único momento en que siento que vuelvo al pasado.

Bastián posó una mano en mi hombro y asintió despacio. Habíamos compartido buenos momentos, entrenamientos, botellas de vino y alguna que otra risa. Era un buen compañero, aunque nunca llegamos a conocernos del todo.

—La quieres, ¿verdad? —preguntó.

—Es como mi hermana. Haría lo que fuera por ella. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—Bien, porque está reuniendo un ejército.

El roce de la espada contra la piedra se detuvo.

—¿Qué has dicho?

Él esbozó una sonrisa leve.

—La hechicera de las bestias está reclutando soldados. No sé hacia dónde marcharán —admitió—, pero la reina en persona enviará parte de sus guardias con Éire Güillemort. No debería decírtelo, aunque supuse que querrías saberlo.

Y tenía razón. Quería saberlo. Quería formar parte.

—Tengo que irme —le dije al ponerme en pie con rapidez. Avancé un paso, pero él me detuvo con un gesto.

—Una vez me dijiste que nunca herirías a un inocente. Sabes que si te marchas a la guerra con esa mujer, más de uno morirá, ¿verdad?

Le sostuve la mirada sobre el hombro.

—También te dije que haría lo que fuera por ella. Por mantenerla a salvo.

Incluso matar, quise decirle, pero las palabras no salieron de mi boca. Nunca había asesinado a un inocente, pero el deseo de vengar la muerte de mi amigo ardía con tanta fuerza en mi pecho que la voz de la cordura se había vuelto un silencio lejano. Mi empatía, aquella que antes me había hecho sacrificarlo todo, se desvanecía poco a poco.

Bastián frunció el ceño y, tras un silencio prolongado, asintió.

—Hay gente que no tiene la culpa de lo que habéis perdido. Eres un guardia, Audry, deberías saberlo.

Tenía razón. Pero jamás hice un juramento ante la guardia aheriana. Quise hacer un juramento ante un rey en otro momento, pero no era el que me ataba al norte ni a la reina Evelyn.

—No digo que tengan culpa —respondí—, pero no pienso perder también a Éire. Si para mantenerla viva debo pisotear mis principios y convertirme en aquello que detesto, lo haré.

—Pensé que eras un hombre de principios.

Solté una risa baja.

—Lo fui. ¿Y sabes qué me trajo eso? —Él no contestó, así que continué—: Pérdida. He perdido todo lo que amaba por la bondad. Tal vez nunca tuve madera de héroe, porque no podría volver a sacrificar a nadie más por salvar el mundo.

Bastián desvió la vista.

—No marcharé con ese ejército, así que supongo que esto es una despedida.

—Entonces espero volver a verte cuando regrese.

Él asintió sin palabras. Sabía que esperaba que me retractara, que negara todo cuanto acababa de decir. Tal vez antes lo habría hecho. Tal vez habría corrido tras Éire para detenerla, por amor o por honor.

Pero ya no. Ese Audry quedó enterrado bajo el charco de sangre de Keelan, en Iriam, junto a la mirada culpable de mi primer amor.

Me quedé en silencio. Luego, dejé a Bastián en aquel matacán y descendí hacia el puente levadizo. Crucé las calles de la capital envueltas en niebla, con el sonido de mis pasos resonando entre los muros húmedos.

Tras unos minutos de caminar, llegué frente a la taberna donde Éire se había instalado.

La fachada estaba cubierta de escarcha y madera hinchada. El letrero se había desprendido, dejando solo los clavos oxidados. En su época, debió de ser un lugar próspero, pero ahora no era más que una ruina plagada de telarañas, insectos y manchas secas de sangre que se extendían por la base de las puertas.

Empujé la puerta doble. Se abrió con un quejido largo, como si el propio edificio lamentara mi llegada. La bisagra, seca y sin aceite, chilló mientras la madera astillada golpeaba contra la pared interior.

Allí estaba Éire, sentada junto a una mesa redonda. Llevaba una capa amplia de pelaje gris que caía sobre sus hombros y le confería una apariencia casi regia. Su mirada estaba fija en un punto del pergamino extendido ante ella. A su lado, Asha ajustaba el cinturón de su vestido de cuero sin armazón con las mangas fruncidas sobre sus brazos delgados, y bebía un sorbo de aguamiel antes de humedecerse los labios.

La hechicera levantó la vista, me observó sobre su hombro, como si ya supiera que aparecería, y me hizo un gesto para acercarme.

Avancé un paso, vacilante. Entonces, la puerta se cerró tras de mí con un golpe seco. El aire escapó de mis pulmones y me giré, sobresaltado.

Una mujer de piel pálida y cabello liso me observaba desde la penumbra. Su sonrisa, tenue y sin calor, me heló la sangre.

Ella era quien había cerrado la puerta.

Y es que, al parecer, haber entrenado con los mejores guardias del norte y alistarme en el ejército no habían conseguido borrar aquella pequeña parte de mí que aún palpitaba de miedo.

Tomé una respiración profunda y avancé hacia las mujeres. Sin embargo, una barrera fuerte y escamosa me detuvo de golpe. Al bajar la mirada, me encontré con la cabeza repleta de ojos del aminqueg. Involuntariamente sonreí y acaricié la dura piel del monstruo.

Ojitos emitió un sonido extraño, semejante a un ronroneo, y agitó la cola con evidente placer. Apenas le dediqué unos segundos más antes de pasar un pie por encima de su cuerpo y avanzar con zancadas decididas hacia la mesa donde aguardaban Asha y Éire.

Sobre la superficie reposaba un trozo de pergamino desplegado que intuía que era un mapa. El dedo índice de Éire señalaba un punto diminuto, cercano a Gregdow, no muy lejos del acantilado de Normagrovk.

Aquel lugar era Güíjar, del que se decía que albergaba humanos más aterradores que los propios monstruos razha.

—¿Cuál es el plan? —pregunté, dirigiendo la mirada hacia la hechicera.

Ella sonrió con filo, y bajo las sombras de su capucha sus ojos brillaron con malicia.

—Jugar sucio, pequeño guardia real.

ÉIRE

El sol del amanecer se filtraba por las grietas irregulares de las ventanas húmedas. El frío se condensaba sobre el cristal, y las gotas de nieve derretida rozaban mis dedos ensangrentados, mezclando el carmesí más oscuro con el blanco inmaculado de la escarcha.

Asha acababa de terminar la extracción de otro de mis recuerdos. Lo tomó entre el metal de aquel alfiler y lo selló en un frasco con un líquido en el que luego bañaría el rostro de Keelan.

Su semblante permanecía tranquilo, imperturbable, como si siguiera con vida. Tan solo dormido. Como si aquellos párpados cerrados significaran simple inconsciencia y no ausencia.

—Su majestad está aquí —anunció Cala, asomando su pequeña nariz por la rendija de la puerta. Ese gesto habitual me recordó a Clarén, aunque ya no estaba segura. Últimamente… mi memoria tampoco era la misma.

Apuré el último sorbo del agua de tormenta e intenté humedecer mis labios resecos. La noche anterior había transcurrido entre sudores fríos, escalofríos y quejidos involuntarios. Aun así, Cala se apresuró a prepararme una infusión tras otra, colando el agua con cuidado. Ahora, al menos, podía decir que estaba estable.

Asentí una sola vez y dejé la jarra sobre el alféizar de la ventana resquebrajada.

—¿Viene sola? —pregunté, volviéndome hacia Cala.

Ella negó con la cabeza y mantuvo la puerta abierta para cederme el paso. Crucé el pasillo a zancadas y escuché los pasos apresurados de mi criada detrás de mí. Cala era menuda y de constitución delgada; cada paso mío equivalía a dos de los suyos. No logró alcanzarme hasta que llegamos a la taberna, donde Asha y Audry aguardaban mi presencia para recibir a Evelyn.

Esperaba que no me decepcionara. Por el bien de todos.

—Señora, ¿quiere que le trence el cabello para recibir a la reina? Podría… —balbuceó Cala.

Hice un gesto con la mano.

—No me gustan las trenzas. —Aunque, en algún momento de mi vida, me habían gustado.

Cala asintió repetidamente, apenada, y corrió hacia la chimenea para apagar el fuego que consumía los últimos restos de leña.

—Deberíamos salir —propuso Audry, observando cómo el aminqueg zigzagueaba hasta situarse detrás de mí.

Asentí una sola vez y guardé mi daga en la vaina antes de colocarme la capucha del abrigo. Después, avancé hacia la puerta,

oyendo los tropiezos de Cala al intentar cargar los baúles a trompicones. Audry amagó con ayudarla, pero creí escuchar a mi criada rechazar el gesto con insistencia.

Entonces, abrí las puertas dobles de la taberna.

Frente a mí, aguardaba la reina. No se había molestado en ocultar el rostro; las calles estaban repletas de guardias que mantenían al gentío tras los límites establecidos. Eran cientos… quizá miles. Un ejército entero. Un ejército sin estandarte, una estrategia para librarse de las repercusiones de lo que estaba por hacer.

Avanzó hacia mí. Sus pasos fueron tan firmes que ni siquiera lograron tambalear su corona. Tras ella, el guardia Bastián se mantenía alerta, su mirada estaba fija en mí con una mezcla de recelo y precaución.

—Cinco mil hombres y mil caballos. Es todo lo que puedo permitirme perder —dijo Evelyn con voz firme.

Asentí, sin apartar los ojos de ella.

—Está bien. Tu deuda conmigo está saldada.

No pareció aliviada; al contrario, sus facciones se tensaron. Era como si el peso de la responsabilidad se hiciera más real ahora que las palabras habían sido pronunciadas. Tragó saliva antes de replicar.

—Solo espero que no hagas ninguna locura.

No respondí. Estaba segura de que nuestras definiciones de "locura" eran muy distintas.

Pasé a su lado y me acerqué al primer caballo sin jinete. Deslicé los dedos sobre su lomo, sintiendo el pelaje corto y áspero. Era ceniciento, un blanco cercano al gris. Al examinar sus fauces, busqué algo que no supe definir, aunque mi corazón se hundió al no encontrarlo.

Inspiré con lentitud y monté de un salto sin requerir ayuda. La silla entre mis piernas evocó recuerdos lejanos, casi olvidados. El animal resopló y arrastró las herraduras sobre la nieve mientras Ojitos reptaba hacia los callejones, perdiéndose entre las sombras.

Volví la vista hacia la reina. Sostenía sus faldas oscuras para evitar mancharlas con la nieve acumulada, que los mozos retiraban cada mañana con sus rastrillos, formando montones que se apilaban junto a las ventanas, como lagartijas trepando entre las hiedras.

Escuché cómo Audry aseguraba las cinchas de su montura y subía a ella, mientras Asha terminaba de guardar sus frascos y pócimas en las alforjas de su yegua recién ensillada.

—¿Ha desaparecido? —pregunté, aferrando las riendas.

Asha arqueó una ceja.

—¿El qué?

—El miedo.

La mirada de Bastián se desvió hacia Evelyn, desconcertado, pero la reina no se inmutó.

—Aún no —respondió, en voz baja.

Asentí y di un golpe suave con la bota sobre el flanco del caballo.

—Espero que, cuando vuelva, esa respuesta sea distinta.

El caballo relinchó y comenzó a avanzar entre los guardias, abriéndose paso entre las filas.

Poco después, los demás me siguieron. No transcurrió demasiado hasta que dejamos atrás la ciudad.

Y fue entonces cuando comenzó la verdadera aventura.

CAPÍTULO IV

ÉIRE

Pasamos toda la mañana al galope. Sin detenernos. Tan solo avanzando hacia los límites de Gregdow, hasta alcanzar su comienzo y dirigirnos luego hacia el noroeste, justo donde se empezaban a vislumbrar las grandes montañas, ciénagas y marismas. Era el camino hacia Iriam y sus poblados.

Esta vez no me molesté en ocultarnos entre los senderos recónditos; en cambio, decidí tomar el camino central, por donde solían viajar los comerciantes, los nobles y la realeza. Dentro de poco deberíamos detenernos para almorzar, pero preferí retrasar la pausa tanto como fuese posible. El viaje hacia Güíjar era corto, apenas un día sin detenernos. Si descansábamos, prolongaríamos el trayecto varias horas más, y no estaba dispuesta a perder tiempo.

—Está todo demasiado silencioso, ¿verdad? Dime que no soy el único que lo nota —comentó Audry, ralentizando el paso de su yegua.

Tenía razón. Todo estaba demasiado silencioso. Había cruzado Gregdow en más de una ocasión, pero jamás recordaba un silencio tan denso, tan profundo. *Era terrorífico.* Y todos sabíamos lo que significaba, que los monstruos habían comenzado a salir del bosque.

—Debemos darnos prisa, Éire. Tal vez un mercenario ya haya acabado con las manadas —intervino Asha, alcanzándonos. Su voz sonó tensa, como si cada palabra le costara esfuerzo.

Les dirigí una mirada breve.

—Tranquilos. Lo tengo todo bajo control, ¿de acuerdo? —Asentí hacia la elaboradora—. ¿Dónde está?

—A buen recaudo, en una carreta custodiada por varios guardias. No te preocupes por él.

Audry tragó saliva con dificultad y tiró de las riendas para girar en la vereda.

—¿Por qué viene con nosotros? —preguntó, evitando mirarme—. No creo que sea buena idea llevarlo a una guerra. Si su cuerpo se pierde, cualquier posibilidad de devolverle la vida desaparecerá.

—Confía en mí, ¿de acuerdo? —respondí con firmeza—. Hemos recorrido este bosque demasiadas veces, y siempre hemos salido con vida. Si existe una forma de revivirlo, estará aquí.

Ni siquiera yo podía jurar que el plan fuera infalible, pero en ese momento no tenía espacio para la duda.

—Créeme —añadí—, si alguien intenta llevarse esa carreta, tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

Y hablaba con total sinceridad. No permitiría que, después de meses de desesperación, de mantener su cuerpo intacto con la esperanza de encontrar una forma de regresarlo, alguien me lo arrebatara. No lo permitiría bajo ningún concepto.

Aquel cuerpo era mi último vestigio de esperanza. Ese cuerpo… y el ejército que me seguía.

El ejército que me acompañaría hasta el final de mi venganza.

Pero mi propósito no terminaba en el corazón de Iriam. No. Llegaría mucho más lejos. Porque tenía planes, muchos más que una simple guerra contra mi hermana.

Ya había comprendido que aquello era imposible, sin el apoyo de los nobles, jamás obtendría la corona, y ellos ya me habían dejado claro que me preferían muerta. Igual que el padre de la mujer que cabalgaba a mi lado.

Y los súbditos de mi hermana la adoraban. Así que, incluso si lograba conquistar el trono en una guerra legítima, no lo conservaría más que unos pocos días.

Por eso, tenía otros planes. Ideas que, probablemente, tendrían un efecto mucho más duradero.

No nos detuvimos hasta alcanzar un poblado aheriano, cercano a Güíjar, aunque no lo suficiente como para obligar a mis hombres a seguir cabalgando. Avanzamos durante un par de horas más, hasta que el sol comenzó a descender. Si no almorzábamos pronto, la cena sería lo único que tendríamos.

Uno de los soldados se acercó con su caballo, tirando de las riendas hasta detenerse junto a mí.

Lo observé de reojo. No sabía quién era, pero su porte, la firmeza de sus hombros y la manera en que sujetaba las riendas me bastaron para deducir que había sido alguien importante entre los suyos.

—Mi señora, esto es Valhiam —dijo con tono respetuoso—. Son conocidos en la capital por su hospitalidad… y por sus lingotes de oro.

—¿No fueron ellos quienes contrataron cazadores de monstruos? —pregunté, recordando vagamente los informes. Su amenaza eran los quepaks, criaturas que secuestraban niños para alimentarse de ellos.

—Quizá, si les ayudamos con los monstruos, obtengamos un donativo considerable —respondió el guardia. Sus ojos se iluminaron al imaginar el botín que podría aguardarnos.

Miré de soslayo a mis compañeros. Por sus expresiones, supe que aprobaban la idea, especialmente porque se trataba de monstruos que atacaban humanos. Pero yo no estaba convencida. No necesitaba fortunas para cumplir mi cometido, y perder tiempo por oro me parecía inútil.

—Ve a solicitar permiso para acampar esta noche —ordené—. No quiero tener problemas con un pueblo en nuestra primera parada. —Le hice un gesto con la cabeza—. Y no pienso perder tiempo aquí. Nuestro objetivo es Güíjar.

El soldado asintió dos veces, aunque su mirada perdió algo de brillo, decepcionada.

—Por supuesto, pero, si me permite decirlo, Güíjar carece de riqueza. No es una tierra fértil ni poderosa. Apenas un trozo de suelo habitado por salvajes.

Arqueé una ceja.

—Tienen soldados entrenados para matar. Y, como tú mismo has dicho, son salvajes. Son justo lo que necesito en mi ejército.

El hombre no volvió a replicar. Espoleó a su caballo y se acercó a las puertas de Valhiam. Tras obtener permiso para ocupar sus

terrenos durante el resto del día, los guardias comenzaron a montar las tiendas y las carpas.

El ambiente tras las murallas del poblado ya no era tan silencioso como el de los caminos de Gregdow. Se escuchaban voces tras los muros, pasos que resonaban sobre la tierra húmeda, el resoplar de los caballos y el sonido metálico de las armas al chocar unas con otras.

Además, ahora los soldados se permitían conversar mientras compartían algunas jarras de vino, procedentes de los barriles que los señores de Valhiam nos habían obsequiado. La carne no alcanzaba para todos, así que nos habíamos conformado con varios cuencos de caldo y unas pocas verduras.

Mi tienda era amplia, la más grande de todas. Estaba construida con seda y sostenida por palillos de metal, con pieles colgando del techo de tela para aumentar la calidez del interior. El suelo estaba cubierto de alfombras de pelaje, y Cala había atizado la hoguera que ardía frente a mis cojines rellenos de plumas. Mis baúles permanecían esparcidos por el espacio, y mi criada había resguardado cuidadosamente el agua que tomó del pozo del poblado, envuelta en gasas, para que pudiera bañarme esa noche en la intimidad, utilizando la tina de madera que varios guardias habían transportado a pie desde la capital.

El murmullo de los soldados se colaba entre las sedas que separaban mi refugio del resto del campamento. En parte, sabía que depender de un ejército comprado no era la mejor estrategia para una guerra, pero ya había previsto esa eventualidad. Además, estaba segura de que los guerreros que buscaría al día siguiente me seguirían por convicción propia. Al fin y al cabo, ¿qué más podría motivar a un verdadero soldado que la guerra, la masacre y la victoria?

Tomé otra cucharada de guiso y lamí la cuchara de madera con cuidado, mientras el calor del fuego acariciaba mi rostro. En ese instante, las telas de la entrada se sacudieron, y alguien penetró en la tienda. Antes incluso de distinguir su rostro, supe que era Audry.

—Dime, ¿qué ocurre? —pregunté, mirándolo por encima del hombro mientras Cala se acercaba a recoger mi cuenco vacío. Tras

asentir con un gesto, Cala salió para limpiar la pieza de madera.

Audry se sentó sobre el cojín a mi lado, frotando las manos frente al fuego.

—No lo sé… —dijo en un hilo de voz—. Es extraño estar contigo y, al mismo tiempo, sentir que no estoy aquí. Te pedí que no te compadecieras de mí, pero soy el primero que lo hace. Pensé que esta era mi vocación, pero ahora no siento que lo sea.

Asentí, comprendiendo lo que intentaba expresar mejor que nadie.

—Aún recuerdo esas noches en Gregdow, frente a una hoguera como esta —dije, con un suspiro—. Los tres estábamos juntos, sin más preocupaciones que los compromisos de Keelan. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y quedarme atrapada allí para siempre.

Él cerró la mano sobre la mía y se inclinó lo suficiente para que mis ojos se encontraran con los suyos.

—Keelan volverá, Éire. Encontraremos la forma de que regrese.

—Eso espero, pequeño guardia real. Eso espero —respondí.

Audry apretó con más fuerza mi mano, mientras se apoyaba en mi costado y sus ojos se fijaban en las llamas crecientes.

—¿Soy mala persona por querer atacar Iriam y salir victorioso?

—No, Audry —dije—. Eres un guerrero. Un guerrero que busca vengar la muerte de su rey.

Me miró nuevamente, y en sus ojos brillaba la gratitud.

—Y tú… ¿qué eres ahora, Éire? ¿Una reina? ¿Una guerrera?

—Supongo que aún no lo sé —contesté con un suspiro—. Pero lo descubriré.

CAPÍTULO V

ÉIRE

—Así que os dirigís a Güíjar. ¿Con qué cometido, si puede saberse?

Elevé la mirada hacia él. La noche ya caía como un manto oscuro sobre Valhiam, y yo ni siquiera había logrado terminar mi cena cuando Asha irrumpió en mi tienda junto con el mismo guardia de esta mañana. Había averiguado algunas cosas sobre él. Se llamaba Aylwind y era el comandante designado por Evelyn para las legiones de mi ejército. Me informó, además, que el señor de Valhiam había mantenido firme su postura respecto a conocer al responsable del ejército que dormiría en sus tierras.

La sorpresa de este hombre mayor al descubrir que yo era una mujer fue evidente. Sorpresa y horror, en realidad, pues había dejado caer varias veces entre sus guardias que yo no podía ser más que la señora de alguien importante.

Pude comprobar también la supuesta fortuna del pueblo. La enorme casa del viudo que se sentaba en un trono frente a mí estaba cubierta de oro. Al principio quise pensar que se trataba solo de pintura, pero al subir los escalones y observar el brillo característico de las paredes pulidas, y especialmente las alfombras de pelaje espeso, comencé a dudar.

Aquel pelaje no se parecía al de mi abrigo. No era simple, apagado ni suave. Era más áspero, pero brillante, como si aún conservase la fuerza del animal del que había sido arrancado. Doble de grueso y densidad, reconocible hasta con los ojos cerrados, era el pelaje de un cornok. Toda la casa estaba cubierta con alfombras de ese tipo y los cuadros que colgaban de las paredes mostraban cuerpos femeninos apenas cubiertos, algunas veces junto a niños.

Y, por lo que sabía, únicamente la realeza podía pagar a mercenarios lo suficientemente capacitados para abatir tal cantidad de monstruos. No eran fáciles de matar, y mucho menos manipular su sangre y desollarlos sin morir envenenados.

—Tengo un ejército y pretendo expandirlo —dije—. Como sabrá, su pueblo vecino no es precisamente conocido por su arte. No como su casa, que está repleta de pinturas… Mmm, ¿cómo llamarlas? —Miré a Audry y a Aylwind, que se encontraban a mi lado—. Probablemente asquerosas.

El viudo chasqueó la lengua, rascando su puntiaguda barba blanca, y me lanzó una mirada molesta. Claramente no estaba acostumbrado a ser contradicho.

—Este tipo de arte es tan respetable como cualquier otro.

No respondí. Me acerqué a una esquina donde colgaban los cuadros. Las pinceladas eran profundas y los colores vivos, con un realismo que permitía entender lo que el "artista" buscaba sin necesidad de mostrarlo de forma explícita. Las puntas de los pezones de aquellas mujeres destacaban en un burdo intento de erotismo sobre sus vestidos y sus entrepiernas sutilmente marcadas aún sin estar expuestas. Incluso estando esas mujeres vestidas y con niños al lado, se notaba que habían manipulado retratos de personas ajenas y felices para convertirlos en pinturas sexuales.

—No creo que estas mujeres supieran que posarían junto a sus hijos para ser sexualizadas —susurré.

No fue necesario mirar al viudo por encima del hombro; ya sabía cuál era su expresión. La había visto antes en el rey Symond, aquella mirada petulante que pretendía emanar grandeza, típica de personas débiles que ocupaban tronos demasiado grandes para ellas.

Estaba segura, incluso sin conocer a su esposa, de que habría vivido mejor muerta que al lado de este hombre.

Aylwind hizo un amago de acercarse, pero Audry lo sujetó con firmeza por la túnica y lo mantuvo a su lado frente al viudo. Por su expresión, supe que no aprobaba mis acciones recientes. Pero ¿me importaba lo suficiente como para detenerme? No. No en este caso.

—La he dejado acampar en mis tierras por cortesía. Podría alojarla en mi casa por amabilidad hacia una joven dama. Ahora, parece

buscar un conflicto, pero debería pensárselo bien. Échele cuenta a su comandante y márchese antes de que me arrepienta.

Me giré lentamente hacia él. Sus ojos eran pequeños con los capilares dilatados. ¡Igual que el baboso del Conde Fazus! Su nariz tan afilada que podía raspar telas con la punta con una redonda verruga en el bigote, y su piel brillaba, grasienta. Pero no solo por el sebo natural; había algo más, denso y líquido como alabastro… baba lechosa.

—Está bien. Me marcharé —dije, asintiendo en dirección al señor de Valhiam. Ordené silenciosamente a mis guardias adelantarse a la salida.

Aylwind soltó un suspiro de alivio y dejó las puertas abiertas, permitiendo que Audry y otros guardias me escoltaran hasta él. Tenía que esperar unos instantes apenas y el trabajo estaría hecho. Ni siquiera tendría que comprometer a mis hombres. Unos segundos y aquel hombre sería arrastrado al bosque, hasta una gruta, y finalmente al estómago de un quepak, si es que tenían bajo sus capas de sombra.

Pero entonces se escuchó una carcajada. Una carcajada compartida por los guardias del viudo y por él mismo, golpeando los reposabrazos de su asiento. Me giré al instante, incapaz de contener la indignación.

—Una mujer al mando de un ejército buscando salvajes de Güíjar. ¡Qué barbaridad! —vociferó—. Hoy en día se escuchan cosas impensables. A esas mujeres habría que obligarlas a casarse con un buen hombre de mano dura.

Me detuve. Mi mirada recorrió las calles de Valhiam, observando a los niños pasear, curiosos por conocer a la extraña que irrumpía en su pueblo. Las mujeres caminaban de la mano de sus esposos, pero sus rostros no mostraban felicidad. No se parecían a las que yo había mantenido con Keelan. No brillaban, no deseaban ni anhelaban. Otros hombres besaban abiertamente a niñas menores en las esquinas, niñas que tan solo se dejaban hacer bajo la mirada contemplativa de los guardias que esperaban una queja, quizá con ansias de aplicar un castigo.

Eso tenía un nombre, y no era precisamente justicia.

Recordé la mirada de Evelyn en aquella enana habitación de posada. Sus sollozos, sus quejas… y cómo, en un momento, cesaron. Porque se rindió. Porque no había salvación. Su única forma de salir viva de allí fue mantener el silencio y… dejarse hacer.

—¿Sabe una cosa, señor? —pregunté.

—¿Qué quieres, niña? Tengo asuntos que atender —farfulló él.

—Se le ha olvidado mencionar una última cosa.

Me giré y lo observé fijamente. Notaba cada trazo de energía recorrer mi piel, fluyendo por mis órganos y punzando mis tejidos, rebosando hasta cada extremidad. Era abrumador. Con un movimiento casi imperceptible, tanteé la conciencia de los monstruos, los tomé con hilos oscuros para anudar su voluntad hasta que solo quedó mi control. Ahora eran míos.

—¿El qué? —balbuceó, su voz estaba cargada de impaciencia y temor.

La mano de Aylwind tembló sobre las puertas. Audry tragó saliva junto a mí, murmurando un débil —: Oh, no.

Sonreí con malicia.

—Que también tengo monstruos.

Sus ojos redondos estuvieron a punto de fruncirse, preparados para soltar otra carcajada abierta. Pero entonces, una gota cayó sobre su coronilla. Al principio, los guardias tan solo miraron a los míos, pensando que la amenaza provenía de ellos. Y en ese instante, el señor de Valhiam tocó su cabello, acercó el dedo manchado al rostro y lo retiró, paralizado por un temor apenas disimulado en sus ojos saltones.

Elevó lentamente la mirada hacia el techo, donde las lámparas de araña colgaban con gotas de cristal aún intactas, que comenzaron a vibrar hasta estallar en pedazos de oscuridad. La niebla descendió sobre los guardias, y los cristales quebrados se deslizaron por sus cabezas hasta transformarse en seres de extremidades alargadas, tan ligeros como la brisa.

Arrastraron sus enormes garras hasta las manos de los guardias, haciendo desaparecer sus armas, y los envolvieron entre brazos de bruma para desgarrarles el cuello. Las finas garras arañaron el oro bajo sus pies, mientras los cuerpos eran destrozados.

El pequeño y cobarde hombre gritó, intentando escapar del trono de oro líquido, tropezando sobre los cuerpos destrozados de sus guardias. Sus gritos se grabaron en mi mente como un cántico oscuro, mientras la decena de criaturas escurridizas enroscaba sus brazos titilantes alrededor del cuerpo del viudo, mientras cubría sus piernas, su vientre, su cuello. Todo lo que quedó a la vista fueron formas hambrientas, imposibles de distinguir, que consumían cada retazo de aquel hombre.

Los quepaks deslizaron su cuerpo por los escalones del trono, haciendo chocar su cráneo contra cada peldaño de oro. Su sangre salpicó los cuadros que él había llamado arte. Era roja, oscura, mortal, como la de cualquier humano. Sin embargo, se había creído con derecho a juzgar a otros por pertenecer a un grupo distinto.

Pero ya no. No conmigo.

Pasé junto a mis guardias. Aylwind tragó saliva y clavó la mirada en sus botas, aterrorizado. Ahora comprendía su error al intentar detenerme. Audry, en cambio, me observaba fijamente, y una comisura de sus labios tembló, estaba orgulloso. No lo diría, pero lo estaba, porque había visto lo mismo que yo.

—¡Gentes de Valhiam! —vociferé, en pie sobre el peldaño más alto de la casa del anterior señor.

Las decenas de personas que paseaban por la calle frente a mí se detuvieron, desconcertadas, y los centenares restantes se agolparon, sorprendidos ante la presencia de tanta gente observando la casa de su señor.

—¡Yo soy Éire Güillemort Gwen, legítima heredera del trono de Iriam y hechicera de las bestias de Gregdow! He sido testigo de las denigraciones que vuestro señor infligía a un género específico, y he decidido que no las toleraré a partir de hoy. Hoy mismo, he ejecutado al señor de vuestras tierras por crímenes que su estatus le permitía ocultar, pero de los que yo os libero a vosotros.

Recorrí con la mirada a cada habitante de Valhiam. Sentí su miedo, su estupefacción y, en algunos, un tenue brillo de alegría. Observé cómo las madres apretaban con discreción las manos de sus hijas, y cómo los hombres mantenían la mirada aterrorizada,

incrédulos ante el hecho de que una mujer pudiera ejercer semejante poder.

Hice un gesto amplio, y los quepaks se deslizaron fuera de la casa del anterior señor. El gentío retrocedió, conturbado y algunos exclamaron como si los murmullos de las criaturas marcaran el inicio de una guerra. El cuerpo del viudo cayó sobre los escalones y se esparció bajo mis pies. Permaneció postrado, humillado, como hubiera debido estar en vida.

Me erguí con determinación. Podía hacerlo. Ya no era la niña temerosa que se encogía ante cualquier mirada. Ni la que respondía al miedo con desdén, ni la que dudaba ante el poder. Esa versión de mí había quedado atrás. Ahora era más.

Era la versión que más había logrado exprimir de mí misma. No la más feliz, pero sí la más fuerte. Y no me arrepentía de ello. Sí, dolía lo que había perdido para llegar hasta aquí, pero no dudaba de lo que había llegado a ser. Nunca más.

Porque, por fin, era la versión capaz de vengar todo lo que me habían arrebatado y salir victoriosa. Ya no me bastaba con manejar una espada o ganar una batalla, quería todo. Quería el mundo y a quienes lo habitaban.

—Y vosotros podéis aceptar este regalo desinteresado o… —Mi mirada se posó sobre los guardias de Valhiam, que apuntaban sus lanzas amenazadoramente— subestimarme, tal como hizo vuestro antiguo señor. Aunque aquel pensamiento no le permitió sobrevivir ni un solo día más. Callarse, en cambio, quizás le habría salvado la vida.

Bajé otro peldaño y pasé el pie por encima del cuerpo mutilado. Los monstruos tras de mí arañaban el suelo con sus garras, ansiosos de que alguien diera un paso en falso. La puerta de la enorme casa se cerró, mientras mis guardias avanzaban a mi lado, con las manos firmes sobre sus armas.

Asentí hacia los hombres armados frente a mí, esperando su reacción. Bastó con una mirada a los quepaks aún hambrientos para que soltaran sus armas y se arrodillaran ante mí. Tras ellos, los demás habitantes cayeron como piezas de dominó, postrándose en reverencia.

Se arrodillaron ante mí, como lo habían hecho los monstruos. Como lo había hecho Asha en su momento.

En aquel instante comprendí hasta dónde llegaba mi poder. Si lo deseaba, podría someter Nargrave entero, cada reino, cada señorío, cada pueblo. Todo el país caería. Después podría surcar los mares de Vignís y reclamar tierras más allá de sus fronteras.

Navegaría por el mundo, y todos se arrodillarían ante Éire Güillemort Gwen. Aquella a quien habían subestimado tantas veces. A quien yo misma había menospreciado en otras circunstancias.

Pero por ahora, me conformaría con este momento. Me bastaba con Valhiam. Aunque sabía que, tras esta victoria, muchas otras esperaban impacientes.

CAPÍTULO VI

ÉIRE

Era cierto todo lo que me habían dicho. Tras una hora galopando sin detenernos, dejando a Aylwind como señor de Valhiam y al resto de guardias dentro de las murallas de aquellas tierras conquistadas, nos acercábamos a Güíjar. Como había escuchado, se trataba de una simple aldea, apenas unas chozas dispersas, rodeadas de tierras labradas.

Al principio, dudé sobre si podía confiar en aquel comandante casi desconocido para mí. Sin embargo, la manera en que sus hombres lo miraban —con admiración y respeto— me dio la respuesta. Sabía cómo manejarlo, dejarle a cargo de aquellas tierras hasta que Evelyn recibiera noticias e instaurara un nuevo gobierno era suficiente. Le era fiel a su reina, y si algún día dudaba de mi autoridad, su cabeza sería la próxima que rodara bajo mis pies.

—¿Debemos atacar? Aquí no parece haber demasiada gente, Éire. No sé si será una batalla justa —comentó Audry a mi lado, deteniendo a su yegua con un tirón firme de las riendas.

Le eché un vistazo a los cien hombres que había traído conmigo y luego compartí una mirada con Asha, que jugueteaba con sus anillos mientras mantenía su atención en mí. Hoy llevaba el pelo recogido entre cintas y múltiples trenzas sostenían un rodete perfectamente elaborado. Estaba especialmente hermosa.

—¿Lavaste las camisas de mis soldados? —pregunté, con un hilo de humor.

Ella sonrió ladeadamente.

—Una a una.

—Perfecto —respondí, ajustando la tira de cuero que sujetaba mi larga coleta en alto. Mi cabello había crecido tanto que caía en

hondas voluminosas por la espalda baja.

—¿Que si ha lavado las camisas…? ¿De qué habláis? —Audry frunció el ceño, mirándonos como si compartiésemos una broma que no comprendía.

Le sonreí abiertamente.

—¿Quieres lavarlas tú? Me encantaría verte frotando camisas.

Audry entrecerró los ojos.

—Psicópata.

—Me halagas —respondí con una ligera inclinación de cabeza.

Después de aquello, salté del lomo de mi caballo gris vetado y aterricé con firmeza sobre el suelo. Ajusté mi abrigo sobre los hombros y avancé hasta la pequeña pendiente arenosa que separaba la vereda del inicio del bosque. Sabía que mis hombres me seguían con la mirada, así que mantuve la cabeza erguida mientras los repasaba uno por uno desde esa posición ligeramente elevada.

Había escogido a los más enjutos, a los más menudos, a los lentos y torpes. A los que temían a la muerte, con menos entrenamiento. Había seleccionado a los jóvenes e incluso a los demasiado mayores. Había elegido lo peor de mi ejército, y aun así, ellos se sentían halagados por haber sido seleccionados entre cinco mil hombres para la primera misión. Lo que desconocían era que estaban siendo parte de algo mucho mayor.

—Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que los asesinos y sus aliados deben recibir castigo. Este pueblo, pese a formar parte de los territorios de nuestra excelsa reina, conspiró contra ella —dije, mientras algunos gritos indignados resonaban entre los guardias—. Ellos abastecieron al reino que acabó con nuestros antiguos reyes (que los dioses les hayan concedido otra oportunidad) e intentaron matar a nuestra actual majestad. Por eso debemos vengarnos de su traición. ¡Mantendremos intacto el honor de Aherian a toda costa!

El murmullo del metal y los gritos de guerra se unieron, como un río de fuerza que recorría a mis guardias. Se armaron de valor y clamaron su deseo de venganza, de honrar a su reino.

Si algo me había enseñado el príncipe era a agasajar, a hacer sentir importante a la gente y luego aprovechar su ego. Tan solo lo

justo, y los tenías en la palma de tu mano. Mi sonrisa creció mientras los guardias descendían la colina, cegados por la gloria que jamás habían experimentado y por la confianza en su misión.

—¿Qué acabas de hacer? —dijo Audry, desconcertado—. Güíjar nunca tuvo nada que ver con esta guerra. Con ninguna, realmente.

Saltó de su yegua y la sujetó junto a él, manteniendo las riendas firmes. Compartí una mirada con Asha, que él no pasó desapercibida.

Ella chasqueó la lengua a horcajadas sobre su caballo, su vestido ligero cubría el lomo de este. Hoy tampoco llevaba corsé, y era fácil distinguir la silueta de su pecho bajo las finas telas de ébano. Sus ojos claros resplandecían bajo el sol, y las diminutas pinceladas de canela sobre su nariz resaltaban con delicadeza. Detuvo su mirada en mí y arqueó una ceja, consciente de que la había observado durante un largo instante.

Aclaré mi garganta y me giré hacia Audry justo antes de responder.

—¿Acaso crees que mandaría a mi amiga a limpiar camisas de guardias y que diría esa estupidez sobre los dioses?

Sus ojos se abrieron desmesuradamente. No muy lejos, se escuchaban los pasos apresurados de nuestros guardias. Aún no se percibía el choque de armas ni rastros de magia.

—¿Qué has hecho, Éire?

—Pensé que estabas de mi lado en esto, que harías lo que fuera por salir victorioso esta vez.

Su mano sobre las riendas de la yegua tembló.

—Y lo estoy, ayudaré a derrotar criminales como aquel señor de Valhiam, como a Eris y a cada noble que la apoya. Pero estos son nuestros hombres. Los conozco. He luchado con ellos. Y te conozco lo suficiente como para saber que los estás sentenciando a la muerte.

Avancé un paso hacia él, firme.

—En todas las guerras hay daños colaterales.

—¿Como Keelan? —dijo él entre dientes.

Tuve que tragar saliva con esfuerzo. Estaba bien. Tenía que mantener la calma. Si no lo hacía… podría herir a quien no deseaba.

—Haré que su muerte tenga sentido. La seguiré intentando vengar hasta que muera, y si no estás de acuerdo, eres libre de irte o luchar junto a esos inútiles. Haz lo que desees, pero luego no te llames a ti mismo guerrero; no tienes la valía de uno.

Su mandíbula se tensó y apretó los labios.

—Sabes que…

En ese instante, la elaboradora chistó. No nos miraba a nosotros; su atención se dirigía colina abajo, por donde habían marchado nuestros guardias. Apenas se levantaban algunas chozas entre madera, heno y paja, y el pienso de los animales rodaba por el suelo. Pero no quedaba nada… al menos, nada vivo.

Cuerpos yacían esparcidos entre los cultivos, bañados en sangre caliente y fresca. Algunos atravesados por flechas, otros con espadas, y varios sin heridas visibles. Aquello no parecía posible: ¿qué tan hábiles podían ser los atacantes para derribar a hombres armados y protegidos con armadura? Preferí aferrarme a la explicación más lógica. La otra alternativa era…

—Magia persuasiva —susurró Asha. Tenía razón. Entre el denso olor de la sangre flotaba un aroma sutil, persuasivo. Me recordaba al algodón de azúcar, caramelo o fresas bañadas en leche condensada. Se movía como viento entre las nubes, serpenteando sobre los cuerpos, encandilando con su ligereza.

Era apenas perceptible, pero suficiente para hechizar a cualquiera que lo oliera. Ni las galletas más tibias, el maíz más dulce ni la menta más fresca podrían competir con su poder de fascinación. Aquel era el arte de atraer, confundir y ahuyentar a los visitantes no deseados. Y estaba presente, claro y fuerte. Allí no solo había guerreros, había hechiceros.

—¿Quiénes sois? —gruñó una voz cerca de mi oído. Sentí el frío metal del puñal rozando mi piel, y Audry desenvainó su espada, apuntando de inmediato.

Asha me lanzó una mirada calculadora. Al inclinar ligeramente la cabeza, supe que el plan había funcionado, debían estar furiosos, y eso era ventajoso.

Me giré lentamente, dejando que la punta del puñal se apoyara apenas bajo mi mentón. Era una mujer alta, casi un palmo más que

yo. Su cabello rubio estaba trenzado desde la raíz hasta las puntas, brillante y pálido. Sus labios fruncidos y la mirada salvaje delataban su condición de guerrera, pese a que su ropa parecía la de una granjera. Llevaba un vestido carmesí suelto sujeto por un cinturón de cuero.

—Yo soy Éire Güillemort, hechicera de las bestias razha, y estos son mis amigos. —Me mantuve erguida, observando cada detalle de la hechicera. Sabía que lo era, aunque no tuviese ninguna prueba. El aroma embaucador que emergía de su piel era suficiente incentivo para continuar pensándolo.

—¿Sois vos la que ha ordenado el ataque?

Casi sonrío.

—¿Habéis visto el estandarte de sus camisas? Vine a advertiros del ataque, no a provocarlo.

Elevó la mirada por encima de mi hombro, observando la pila de hombres sin vida que cubría el pasto y lo teñía de rojo. Su nariz se arrugó ligeramente, y luego me lanzó otra mirada.

—Iriam —dijo, con los labios apretados, entre indignada y resignada.

—Exacto. La reina Eris pretende tomar Aherian y sus territorios tras la ruptura del tratado por Evelyn. Iba a ayudaros contra esos criminales, pero… —le indiqué con un gesto hacia los cuerpos de mis hombres— ya no es necesario.

—¿Cómo conocéis esa información? —Apretó más la empuñadura del puñal.

—Soy hermana de la reina Eris, su hermana mayor. Permanecí en su reino hasta que dictó sentencia contra mí y pude conocer algunos de sus planes.

—¿Entonces vos sois la descendiente de Gianna? ¿La mujer que huyó de Aherian junto con el príncipe de Zabia y un niño?

—Guardia. —Tosió Audry, intentando corregirla. La mujer ni siquiera lo miró. Audry se removió, molesto por haber sido ignorado, mientras yo le dedicaba una sonrisa leve.

—Esa misma —confirmé—. Ahora, ¿podríais, ya sabéis, dejar de apuntarme con esa daga?

Ella envainó su arma y nos recorrió con la mirada. Aun desconfiada, no dijo otra palabra y se alejó colina abajo. Las trenzas de su cabello flotaban a cada paso mientras ajustaba la cinta que sujetaba sus armas.

Me acerqué a Asha y Audry, compartiendo un asentimiento satisfecho con la elaboradora.

Audry me miró, desconcertado.

—Pero… ¿qué acaba de pasar? ¿Desde cuándo averiguaste los planes de Eris? ¿Desde cuándo nuestros hombres son iriamnos?

Sonreí, mientras seguía a la hechicera, y, aun dándole la espalda a Audry, le dije.

— Propuse que jugaríamos sucio, y parece que es la forma más rápida de ganar esta guerra.

CAPÍTULO VII

ÉIRE

La hechicera rubia palpó el cuello de un guardia que se retorcía sobre el pasto. Al percibir que su corazón aún latía, clavó el puñal en su garganta hasta que solo quedó el gorgoteo de la sangre.

Audry exhaló con fuerza entre los dientes, mantuvo la mirada fija en aquel guardia, que quizá había sido su amigo. No pronunció palabra, pero escuché claramente la oración susurrada que escapó de sus labios.

—Los dioses no escuchan en Güíjar. Este no es un lugar de su agrado —comentó Asha, repasando con los ojos a cada guardia caído. Su expresión no reflejaba pesar por la muerte, sino un dejo de compasión que apenas intentaba contener frente a la mujer.

—Los dioses escuchan en cualquier lugar, sobre todo cuando deben reclamar las almas de los guerreros —replicó Audry, apretando los labios con firmeza, como si no dudara de la verdad de sus palabras.

La mujer volvió a guardar sus armas en el tahalí y nos lanzó una mirada por encima del hombro mientras pasaba junto a uno de los cuerpos ensangrentados.

—¿Cómo os hacéis llamar? —preguntó Asha, enrollando con los dedos una de sus numerosas trenzas.

—Soy Brunilda de Güíjar. No tengo apellido; nunca conocí a mis padres —respondió sin que pareciera afectarle aquel recuerdo. Evitó nuestras miradas por un instante y continuó—: ¿Qué buscáis, forasteros?

—¿A qué te refieres? —inquirí.

—Veníais a ayudarnos. ¿Por qué hacerlo? ¿Queríais algo a cambio acaso?

Se dio la vuelta. Sus pies descalzos crujieron sobre las ramas húmedas. La tierra seguía mojada por las tormentas recientes, y el barro le llegaba hasta los tobillos.

Tragué saliva con fuerza. No temía a esta mujer, pese a sospechar que era la hechicera persuasiva. Temía al silencio, a la ausencia de los guerreros que deberían haber estado allí. Temía a lo oculto tras las sombras del bosque. No eran monstruos; no los percibía, pero algo acechaba.

—De hecho, sí —dije—. Deseo que vuestro pueblo y sus guerreros se unan a mí.

Ella no rió, pero esbozó un ligero gesto en la comisura de sus labios. Su tranquilidad contrastaba con la decena de guardias caídos bajo sus manos. Los guerreros persuasivos eran poderosos. Muy poderosos. Si entrenaban lo suficiente, podían controlar centenares de mentes al mismo tiempo, siempre que sus órdenes fueran unánimes, incluso órdenes de suicidio. Solo pensar en ello bastaba para reconocer que esta mujer podría eliminar un pequeño ejército por sí sola.

—Aquí las cosas no funcionan así —dijo—. Si quieres ganarte el respeto y el apoyo de nuestras tierras en esta guerra, debes demostrarnos que eres una líder digna de seguir. Debes mostrarnos tu poder, tu fortaleza.

—¿No queréis fortuna? —me burlé, arqueando una ceja. No pude evitar examinar su modesto atuendo de arriba a abajo.

Ella no se ofendió. Al contrario, soltó una risa baja.

—Los tesoros son placeres que se obtienen tras la victoria, no una forma de pago. Nosotros somos guerreros. No buscamos fortuna, buscamos batallas que librar.

—Bien. ¿Qué debe hacer mi señora para demostrarnos que merece nuestro seguimiento? —intervino Asha, asintiendo hacia mí.

Su sonrisa se ensanchó, afilada, retorcida, casi sangrienta.

—Debe luchar.

—¿Contra quién? —pregunté. Si ella era mi adversaria, la batalla sería reñida. Mi magia era más potente, más devastadora, pero la suya era astuta. Si caía en sus redes, estaría perdida.

—Contra mí —respondió una voz grave que resonó desde detrás de Brunilda. Al principio no supe de dónde provenía. La entonación era masculina, profunda, más grave que cualquier otra que hubiera escuchado, con un timbre pesado que imponía por sí mismo.

Al mirar por encima del hombro de Brunilda, descubrí que su sonrisa se había ensanchado aún más, como si aguardara con emoción la pelea. El hombre que emergió del bosque era alto, apenas una cabeza más que Audry y ligeramente más bajo que yo. Su complexión era la de un guerrero entrenado, con músculos marcados, casi exagerados, esculpidos con precisión. Sus brazos eran fuertes y surcados de venas.

No llevaba camisa, y un fino vello cubría su abdomen hasta perderse más abajo. Su nariz era afilada, el mentón cuadrado, y sus ojos reflejaban un brillo salvaje. No era sed de magia ni encantamiento, sino odio puro, lúgubre. Su color ámbar recordaba a la miel, similar al de Keelan, pero sin la misma magia.

Su cabello era largo, como el de una mujer, suelto y enredado y caía sobre sus hombros. Una tira de cuero lo sujetaba parcialmente, pero la mayoría de las hebras escapaban libremente. Su piel sudada y su ropa mínima indicaban entrenamiento reciente… o algo más.

—Madre mía, ya me gustaría entrenar con él —susurró Audry en mi oído. Preferí ignorar su comentario; solo confirmaba lo que temía, la adolescencia le había alterado el juicio.

—¿Y qué poderes tienes tú? —pregunté, observándolo de arriba abajo. Aparte de su exceso de músculos, el sudor y una capa de vello que le cubría el pecho, no encontré nada más digno de atención. Nada que revelara la naturaleza de su magia, si es que poseía alguna.

Él no respondió con palabras. En su lugar, dio varias zancadas firmes y se plantó frente a mí. Inclinó la cabeza hacia adelante, tan cerca que su aliento rozó mi rostro. Arrugó la nariz y aspiró profundamente una, dos, tres veces, mientras su mirada recorría cada detalle de mis facciones. Me estaba olfateando como si fuera un animal que evaluaba a otro, como si yo fuera una hembra en celo… o una presa. Una presa que estaba considerando devorar.

Cuando su atención se detuvo en la cicatriz que cruzaba mi mejilla, la tensión se quebró dentro de mí. Antes de que abriera la boca, desenvainé mi daga con un solo movimiento y apunté al lugar que sabía que no se había molestado en cubrir ni en rasurar.

—Soy Éire Güillemort Gwen, hija de Rauthier, princesa de Iriam y legítima heredera. Protectora de la reina Evelyn, descendiente de la reina de Gregdow y creadora de las criaturas Razha —dije con voz firme, sin apartar la mirada—. No vuelvas a olfatearme como si fuera una prostituta de taberna, o cortaré este trozo de carne y lo haré dados para alimentar a tus guerreros

El hombre sonrió. La daga seguía apuntando a su bajo vientre, pero ni eso bastó para borrar su expresión soberbia. Pese a todo, dejó de aspirar el aire a mi alrededor y no volvió a acercarse con esa lascivia animal que lo envolvía.

—¿Entonces debo reverenciarme ante ti? —preguntó, con un tono cargado de burla.

En un recóndito lugar de mi cerebro algo titiló como una llama prendida. Al principio, tan solo fue un recuerdo latente en mitad de un mar de otros tantos perdidos. Pero tras unos segundos fue claro, se plasmó frente a mí como si fuera un acontecimiento reciente.

«Estoy esperando a que salgas y hagas una reverencia».

El recuerdo emergió con la fuerza de una corriente desbocada. Parpadeé, y sentí mi sangre hervir bajo la piel. La empuñadura de la daga crujió entre mis dedos y el guerrero siseó con fingida diversión.

—Auch, princesa. Deberías tener más cuidado.

Levanté la vista. Por un instante, su rostro cambió ante mis ojos, sus facciones se fundieron con las de otro hombre, con unos ojos que ya no existían en este mundo. No era Keelan. Pero desearía que aquel recuerdo hubiese sido invocado por él.

—¿Cuáles son tus poderes, entonces? —repetí, esforzándome por mantener el control. Mi paciencia se deshacía como nieve bajo el sol, y mis recuerdos amenazaban con arrastrarme al abismo. No podía permitirme perder el dominio frente a posibles aliados. Eso era algo que me había enseñado… el príncipe.

La hechicera de cabello grisáceo soltó una carcajada que retumbó entre los árboles.

—Aquí no se permite el uso de magia durante los combates. Eso no demuestra fortaleza; es un don heredado, no una conquista —anunció con tono seco.

De pronto, dio una palmada sorda, y el sonido bastó para convocar a decenas de figuras que emergieron de entre las sombras. Guerreros y mujeres de armas avanzaron desde las chozas y los troncos, armados con lanzas rudimentarias, espadas melladas y dagas de hierro grueso. Sus vestimentas eran jirones, y, aun así, cada uno irradiaba ferocidad. La tierra tembló con los gritos que rugieron en torno a nosotros, exigiendo sangre, exigiendo combate.

—Podéis tomar un arma si lo deseáis, pero nada más —añadió Brunilda, con una sonrisa torcida.

Durante un segundo, nuestras miradas se cruzaron, y supe que ella era consciente de mi desventaja. En un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, estaba perdida. Mi oponente era una bestia de músculos tensos y fuerza desbordante, una montaña de carne y furia. Pero yo aún podía pensar. Aún podía anticipar.

Audry se acercó a mí y me sujetó del antebrazo con fuerza.

—Éire, no sé si es una buena idea —susurró, lo bastante bajo como para que solo yo lo oyera.

Giré apenas el rostro hacia él y le devolví una mirada firme, cargada de una determinación que ni yo misma sabía si poseía.

—Confía en mí, pequeño guardia real —le respondí. Me deslicé hacia el centro del círculo formado por los bárbaros. Asha, más atrás, tragó saliva. La vi temblar. Me tendió una mano temerosa y la estreché con un gesto que buscó infundirle calma—. Tú también, Ashania Minceust.

Ambos asintieron, pero la duda era visible en sus rostros. Se retiraron entre la multitud mientras los guerreros a nuestro alrededor rugían, golpeando el suelo con sus lanzas, e invocaban la guerra como una plegaria. Sentí el peso de mi destino hundirse en el pecho. Si perdía, Keelan habría muerto en vano. No podía permitirlo. No debía hacerlo.

Brunilda extendió su mano, exigiendo la daga. La observé unos segundos y luego se la entregué, para clavar mi mirada en la del hombre que me enfrentaba.

—Quiero una espada —dije con voz firme.

Brunilda chasqueó la lengua con desaprobación, pero accedió. Uno de los guerreros le lanzó una espada tosca y ella me la entregó. La tomé y sentí su peso en mi mano. La hoja era pesada y estaba desequilibrada, pero servía. La moví en un arco corto para acostumbrarme a su empuñadura curtida. No era un arma digna, pero era suficiente.

Recordé las enseñanzas de Keelan y Audry: «No es la hoja la que mata, sino la intención de quien la sostiene». No era una espadachina hábil, pero sí una estratega. Y sabía que un adversario tan orgulloso como él jamás aceptaría empuñar un arma.

—Yo no quiero ningún arma —gritó el guerrero, alzando los brazos. Su voz tronó entre los vítores de su gente, que lo aclamó como a un dios.

Sonreí apenas. Tenía razón. Su orgullo sería su ruina.

La hechicera nos observó a ambos. Asintió lentamente y pensé que aquella era la señal del inicio. Pero él no se abalanzó. En su lugar, tomó una daga que Brunilda le ofreció y rasgó la piel de su brazo con un movimiento firme. La sangre brotó hasta su muñeca, y con ella trazó un círculo sobre su frente pidiendo en silencio la ayuda de los dioses. Era una ofrenda hacia la tríada.

Cuando todos volvieron su mirada hacia mí, comprendí lo que esperaban. Y lo hice. Tomé la misma daga y pasé su filo por mi brazo, dejando que la sangre corriera libre. Sentí el ardor del corte, la fragilidad del instante. Apreté los dedos contra la herida, manché mi índice con la sangre y la llevé a mi rostro. Pero no dibujé el símbolo de la tríada. No pedí ayuda. No supliqué su favor. En su lugar, tracé líneas diagonales en mis mejillas, dejando que el rojo se extendiera como una marca de guerra.

Un murmullo de indignación recorrió a los presentes. Algunos escupieron al suelo, otros alzaron los puños, ofendidos por mi desafío a sus dioses.

Dejé caer la daga sobre el pasto. El sonido metálico fue tan claro como una sentencia.

—Yo no necesito la suerte de vuestros dioses.

CAPÍTULO VIII

ÉIRE

—No me gustaría herir a una dama de alta alcurnia. Quizá te rompas una uña —se burló el hombre, paseando a mi alrededor con la arrogancia de un depredador que disfruta del miedo de su presa. Las risas de los demás acompañaron su insolencia y resonaron en el aire.

Chasqueé la lengua y aferré con firmeza la empuñadura de mi espada. Mis manos, cercanas entre sí, me daban control sobre cada giro de la hoja. Él aún no se movía, solo me observaba como si estuviera esperando que cometiera un error. Trataba de tomarme desprevenida.

—Créeme, no tienes por qué preocuparte por mí. No creo que llegues a romperme una uña.

Giré con calma, moviendo la espada al compás de mis pasos. El comentario hirió su orgullo; lo noté en la rigidez de sus hombros y en la forma en que los demás se carcajearon a su costa. Contuve una sonrisa. Él inhaló con fuerza, furioso, y me miró con el rencor de quien no tolera la humillación.

No respondió con palabras. Lanzó un rugido salvaje y se abalanzó sobre mí sin dudar. No tenía protección, y aun así atacaba con la convicción del que confía más en su fuerza que en su inteligencia. Quizá pensaba que yo no sabría usar la espada. O quizá era simplemente un necio.

Adiviné su movimiento en un instante: pretendía hacerme caer, inmovilizarme y golpear hasta dejarme inconsciente. Tal vez incluso más allá, pues la rabia que lo dominaba no se saciaría con poco.

Me aparté con agilidad. Mi cuerpo, más liviano, se deslizó de lado, y él casi se estrelló contra uno de los espectadores que formaban el

círculo a nuestro alrededor. Los abucheos lo siguieron, y su ira creció. Gruñó, tenso, mostrando sus músculos como si la furia le recorriera la piel.

Esta vez no intentó derribarme, solo buscó mi rostro con el puño para noquearme. Antes de que lograra impactar, deslicé la hoja por su brazo derecho, abriendo la herida que ya tenía. La sangre tiñó el acero, cálida y densa. Preparé una estocada hacia su vientre desnudo, pero su mano izquierda me alcanzó el abdomen con un golpe brutal.

El aire escapó de mis pulmones y caí sobre la hierba húmeda. El cielo azul se transformó en un destello pálido mientras mi pecho se contraía en espasmos. A mi alrededor, el gentío rugía, se escuchaban las voces, risas y el tintineo de monedas apostadas sobre nuestras vidas. Quizá la suya valiera unas cuantas piezas de cobre, pero la mía no.

Todo se ralentizó. Cada sonido se volvió distante, ajeno. Sentí que los dioses observaban nuestro duelo con deleite, prolongando el instante para su propio entretenimiento.

La bota del guerrero descendió hacia mi cabeza. Su sonrisa, oscura y ansiosa, me veía desde arriba. Aún sostenía la espada. Si me movía a tiempo, podía girar la situación a mi favor. Rodé por el suelo y esquivé el golpe. La magia ardía en mi pecho, ansiosa por manifestarse, pero no podía usarla. Si lo hacía, perdería el honor. No sería digna de liderar a nadie. Debía ganar con mis propias manos, no por la herencia de Gianna Ragnac.

Salté con destreza para volver a mantenerme en pie. En el transcurso de un segundo, todo el mundo dio un vuelco. Las entrañas me ardían y el dolor me obligó a doblarme. No veía con claridad; solo siluetas deformes y algunos ojos brillantes que me observaban con crueldad. Todos parecían bestias hambrientas.

El guerrero se adelantó, burlándose.

—¿Por qué huyes? Pensaba que las historias sobre ti eran ciertas, Éire Güillemort, pero veo que no eres una guerrera digna de ellas.

Apreté los dientes. Mis manos temblaban. El sudor me corría por la frente y el aire sabía a hierro. La bilis me subió por la garganta; el cuerpo me exigía agua de tormenta. Llevaba horas sin probarla, y la

espada se hacía más pesada con cada segundo entre mis manos húmedas.

—Para no ser digna —respondí con voz áspera—, estás tardando mucho en matarme.

Me mordí el labio al hablar; la sangre me llenó la boca. Él me miró con desprecio.

—Quizá, cuando acabe contigo, reclame el cuerpo de tu príncipe y se lo envíe a Eris como regalo.

Mentía. Sabía que mentía. Creía que Eris había atacado Güíjar, y quería provocarme. Intenté contenerme. Tenía que mantener la mente fría. Tenía que pensar. Tenía que…

A la mierda.

Corrí hacia él, cargando con la espada al hombro izquierdo, dispuesta a abrirle el abdomen de un solo tajo. Se movió con rapidez y me golpeó la espalda con el codo. Tropecé, tambaleante, y choqué contra otro cuerpo. Brunilda me sostuvo por el hombro y me empujó de nuevo al centro del círculo.

El mareo me nubló la vista. El guerrero aguardaba, confiado. Creía que ya había ganado.

Entonces, un aroma cruzó el aire, fresco, limpio, casi sagrado. Lo había olfateado antes. Era… melisa. Una hoja se posó sobre mi bota, arrastrada por el viento. Aquel olor cítrico me traía recuerdos lejanos. Recuerdos que había enterrado. Me había acurrucado contra un hombre que lo emanaba. Contra un hombre que amaba ese olor. Y él no querría esto. Si él estuviera aquí ahora… Keelan no querría que me rindiese. Keelan no permitiría que lo hiciera.

Inspiré profundamente y volví a sujetar mi espada. Esta vez, con toda la fuerza que me quedaba.

—Eres una perra resistente —masculló él.

Escupí justo sobre las botas del guerrero. Mi propia sangre cubrió la tierra y el cuero que le calzaba.

—Soy la perra que va a vencerte —murmuré con voz ronca.

Él no se enfadó. En su lugar, soltó una risa baja, incrédula, casi divertida. No me creía. Y, siendo honesta, incluso yo dudaba de mis propias fuerzas.

Me moví con rapidez, aunque cada músculo me pesaba como si cargara una armadura invisible. Mis huesos parecían agrietarse con cada zancada, y el sabor ácido del vómito amenazaba con subirme por la garganta. Aun así, avancé. Mantuve el mango de la espada pegado al vientre, aferrándome a ella con una determinación que me dolía en los dedos. No la soltaría. Lucharía hasta el último aliento, si era necesario.

Jugué con la empuñadura y dejé que mis dedos recorrieran el cuero curtido antes de girar la hoja hacia su costado. Sabía que él anticiparía el movimiento, así que me detuve al último instante. Cuando retrocedió, ya era tarde, doblé las rodillas y deslicé la espada contra sus pantorrillas. La hoja abrió su piel con un sonido áspero, y el hombre cayó de rodillas, soltando un siseo maldito entre dientes.

Su cuerpo se desplomó a mi lado. Yo sonreí, exhalando entrecortada, sintiendo la adrenalina recorrerme las venas como fuego líquido.

Antes de que pudiera reaccionar, me impulsé con el peso de mi propio cuerpo y logré ponerme en pie. Él intentó levantarse, pero la oportunidad se le escapó. Clavé la punta de la espada en su hombro desnudo y lo obligué a hundirse contra la hierba. El acero se abrió paso entre músculo y hueso con un sonido húmedo. Solo la empuñadura quedó visible sobre su piel. Su grito desgarró el aire, vibrando con la furia de una bestia herida.

—Soy una guerrera, no una princesa. Para vencerme se necesita más que vanidad y un par de músculos —le susurré al oído, conteniendo el temblor de mis brazos mientras mantenía la hoja hundida en su carne. Me agaché junto a él, viendo cómo el sudor se mezclaba con la sangre que empapaba el suelo.

A mi alrededor, el gentío estalló en vítores. Gritos de júbilo y risas ebrias de violencia. Habían obtenido el espectáculo que ansiaban. Quizá no esperaban que yo fuese la vencedora, pero se complacían en la brutalidad del combate.

Me puse de pie con lentitud, sintiendo el cuero resbaladizo bajo mis dedos. Con un tirón firme, liberé la espada de su hombro. No lo miré. Solo giré hacia los espectadores, que aguardaban con los ojos

encendidos, deseando que rematara la faena. Sin embargo, no lo hice.

Mis pasos eran inciertos; el equilibrio me abandonaba. El dolor me sacudía cada vez que respiraba, pero me negué a caer. El guerrero lanzó un gemido agudo cuando retiré la espada, y la sangre brotó en un torrente que manchó la hierba. Me limité a observar el líquido escarlata resbalar por el filo.

Pasé el dedo índice por la hoja ensangrentada. La superficie metálica tembló bajo mi tacto, cubierta de aquel rojo espeso que parecía llorar por todo lo que había costado derramarlo. Me llevé la mano al rostro y extendí la sangre sobre mis mejillas. El olor ferroso me invadió, y el sabor, amargo y salado, me llenó la boca cuando la tragué sin querer.

Elevé la espada por encima de mi cabeza.

—Hoy habéis sido insultados, pueblo de Güíjar —proclamé, alzando la voz—. Eris Güillemort, la reina de Iriam, ha creído que podía aplastaros enviando a cien de sus soldados. Ha mancillado vuestro honor sin pensarlo dos veces. Pero yo estoy aquí, y os llamo a levantaros conmigo. Tomemos venganza contra una reina ilegítima, una tirana que ha atacado Aherian desde la ruptura del tratado con vuestra soberana.

Avancé un paso y apunté con la espada hacia el cielo.

—Os pregunto, pueblo de Güíjar, ¿lucharéis por vuestro hogar junto a mí? ¿Me aceptaréis como vuestra soberana, o preferiréis seguir ocultos como las ratas que ella cree que sois?

El silencio fue absoluto. Los gritos que exigían el final de la batalla se extinguieron. Nadie rió, nadie habló. Las miradas se cruzaron entre los aldeanos; todos observaron al hombre que yacía bajo mis pies, al guerrero que hasta hacía poco era su orgullo.

Uno a uno, comenzaron a caer de rodillas frente a mí. La tierra crujió bajo el peso de su rendición. Brunilda me observaba desde el otro extremo del círculo. Ya no había burla en sus ojos, sino respeto. También ella se arrodilló, bajando la cabeza cuando mi mirada se clavó en la suya. Esperé algún signo de rebelión, alguna voz que se alzara. Pero no llegó.

Entonces, una voz rompió el aire.

—¡Larga vida a la hechicera de las bestias! —gritó Audry, arrodillado cerca de la hechicera persuasiva.

Y tras él, muchos otros lo siguieron.

«¡Larga vida a la hechicera de las bestias!»

CAPÍTULO IX

ÉIRE

La enorme bañera de madera rebosaba de agua tibia, tomada de los pozos de Valhiam, que conectaban con las corrientes subterráneas del río de sal. El vapor se condensaba sobre mi piel desnuda en diminutas esquirlas saladas, mientras Cala masajeaba con esmero mi cabello usando un jabón aceitoso elaborado con cenizas de madera de arce y grasa animal.

Los moratones comenzaban a florecer por mi cuerpo, tiñendo mi piel con tonos violáceos. Mi rostro, antes libre de rasguños, ahora estaba cubierto de heridas leves que ardían con el contacto del agua. Aún sentía en la garganta la calidez del analgésico que Asha había preparado en el cazo de mi tienda, mientras Cala llenaba otra jarra con agua de tormenta extraída de los barriles. Había mezclado leche de cabra con polvo de raíces de algún árbol cercano y, después, había removido la mezcla con su dedo húmedo por la saliva de un ñacú. Yo misma añadí una porción generosa del licor que el viudo ocultaba en sus bodegas.

—¿Cómo está Haakon? —pregunté, estirando las piernas bajo el agua que lamía con amargura mis heridas. Había averiguado que aquel era el nombre del guerrero al que me había enfrentado. Haakon Sin Apellido, igual que Brunilda. Al parecer, todos los guerreros de Güíjar eran huérfanos abandonados en Gregdow.

Podría haber sentido compasión por él, pero no lo hice. Hacía tiempo que había dejado de conmoverme por los desafortunados, al menos por aquellos que representaban una amenaza.

—Está vivo, mi señora —respondió Cala—. Entre los guerreros no había ninguna hechicera sanadora, pero sí un curandero. Un joven que ayudó a Ashania a mantenerlo con vida.

Asentí.

—Bien.

—¿Bien? ¿Por qué se alegra de que su contrincante siga con vida?

—No puedo permitirme perder a un buen guerrero. Haakon lo es, y eso fue lo que le salvó la vida.

Sus dedos se tensaron ligeramente contra mis sienes.

—¿A dónde iremos ahora? —preguntó. No lo hizo con miedo ni con curiosidad fingida; su voz era tranquila, sin la carga de quien teme por su destino. Tal vez, en su intento de conversar, había una intención sincera.

Confiaba en ella, aunque no del modo en que se confía en una amiga. Lo único que la unía a mí era el temor que yo despertaba en ella. Era una confianza nacida de la certeza. Cala no podía traicionarme. No podía salir del campamento que estaba vigilado con rigor por mis guardias, y aunque lo intentara, no llegaría lejos. No con vida.

—No tengo nada más que hacer aquí —dije con calma—. Ya obtuve todo lo que quería de Aherian, y no necesito provocar a Evelyn atacando sus tierras. Envié exploradores para verificar si el puente de Normagrovk está protegido únicamente por Iriam y, de ser así, necesito saber con cuántas tropas cuentan.

Sus dedos se detuvieron por un instante. Los círculos que antes trazaba con delicadeza sobre mi cuero cabelludo se transformaron en roces torpes. Exhaló y reanudó el masaje, aunque sus manos estaban tensas, más frías.

—¿Atacará directamente el puente de Normagrovk? —se atrevió a preguntar—. ¿No es un riesgo considerable? Pensé que entraríamos en el reino de las montañas a hurtadillas, quizá por un atajo… Nadie lo ha hecho jamás, mi señora.

—Era un riesgo cuando los cinco reinos mantenían ese paso asegurado. Ahora Iriam está sola. Mi hermana no fue sabia al ejecutar al príncipe heredero de Zabia. Con aquel acto, se condenó a librar esta guerra sin aliados.

Escuché cómo Cala tragaba saliva antes de levantarse y abrir uno de los baúles donde había preparado mi equipaje. Esperó a que me incorporara para cubrirme con un grueso albornoz.

—Lamento su pérdida —murmuró—. Nunca lo dije porque no sabía si eran ciertos los rumores, pero creo que tenía en alta estima a aquel príncipe.

Sus palabras fueron torpes, un gesto de cortesía que no buscaba consuelo, solo decoro. Sonaron ajenas, incómodas, temblorosas. Aun así, se clavaron en mi mente con fuerza. Nadie me había dado el pésame.

En todo este tiempo, nadie se había lamentado por mi pérdida.

Sabía que esperaba una reprimenda, una mirada cargada de ira. Pero no la obtuvo. Dejé que sus manos deslizaran la tela por mi cuerpo y fijé la vista en el agua limpia del río. Era tal como la recordaba, aunque en mi mente persistía el recuerdo de aquel monstruo que me arrastró hasta su cueva.

Recordaba el dolor punzante de la herida, la sensación de un peso seco y duro cayendo en mi vientre hasta dejarme sin aliento. Recordaba las palabras de Keelan mientras sujetaba mi rostro, el roce helado de la muerte acercándose como una vieja conocida que había visitado mi umbral demasiadas veces. Más de las que debía. Aunque nunca con la intención de llevarme consigo.

Ojalá la recordara por ese propósito. Ojalá ni siquiera pudiera recordarla, y me hubiese raptado con sus garras oxidadas.

—¿Has perdido a alguien alguna vez, Cala? —pregunté, aunque mi voz carecía de alma.

El dolor era tan tangible como el nudo que presionaba mi estómago herido. Era el dolor de una pérdida. De muchas. El filo invisible de una daga incrustada en mi corazón desde hacía demasiado tiempo. Debería haberme acostumbrado, pero el daño no cedía. Cada día rasgaba un poco más, dispuesto a atravesarme por completo y esparcir mis fragmentos en su recorrido.

Cala carraspeó antes de sentarse a mi lado, sobre el banco humedecido por el vapor. Pasó el cepillo por mi cabello una y otra vez, cuidando de empapar las puntas con lociones para evitar que se quebraran.

—Mis padres perecieron en la guerra de los Seis Reinos.

Ni siquiera me exalté al oírla decir seis, en lugar de cinco. Muchos ya sabían que Gregdow, antaño, había sido un reino como cualquier

otro. Todos los libros que no se publicaron sobre aquella guerra, o los que lo fueron, pero Rauthier procuró quemar, Eris se encargó de reescribirlos. Para ella, era una victoria que narraba cómo los hechiceros poníamos en peligro la vida de los humanos; sin embargo, para Rauthier había sido una mancha que debía borrarse, una época en la que fuimos iguales.

—Mi padre fue obligado a alistarse en el ejército y a servir de apoyo a las tropas de Rauthier. Mi madre se quedó en casa para cuidar de mis hermanas y de mí durante la guerra, pero una fiebre acabó con ella la misma noche en que mi padre partió. Después de ella, mis tres hermanas murieron al día siguiente. Yo fui bendecida por los dioses con inmunidad a aquella enfermedad y me vi obligada a presenciar cómo quemaban mi hogar hasta los cimientos para evitar que la maldición se propagara.

La observé de soslayo. No parecía afectada por aquella historia, aunque fuera la suya propia. Más bien, daba la impresión de estar relatando la vida de otra mujer, una figura distante a la que apenas recordaba. Retorció con timidez un mechón de su cabello sin atreverse a sostener mi mirada.

Su pelo era corto, tanto que apenas rozaba sus hombros, aunque solía intentar recogerlo de cualquier forma. Esa noche, sin embargo, lo había dejado caer sobre su cuello, oscuro hasta parecer irreal, con reflejos azulados que centelleaban entre los flequillos desiguales. Aparentaba calma, pero sus hombros se tensaron por un instante, mientras humedecía con la lengua sus labios finos y agrietados.

—Eres valiente. Lo sabes, ¿verdad? Podrías haber sido guerrera, cazadora o mercenaria. Podrías haber sido más que… esto. —No pude evitar que sonara como un reproche. No pretendía menospreciar su oficio, pero lo cierto era que no hallaba en él ningún atractivo.

—¿Por qué querría ser más? Si me permite decirlo, mi señora, no creo que la valentía sea la única cualidad necesaria para esos trabajos. Hace falta constancia, fortaleza y la capacidad de enfrentarse cada día a la muerte. De mirarla cara a cara. —El cepillo casi se le escapó de entre los dedos—. Solo la vi una vez, y estoy segura de que no deseo volver a hacerlo.

—¿Crees que no miras a la muerte todos los días al quedarte aquí? Estás rodeada de asesinos, Cala. Estás cepillándole el cabello a una. —Se detuvo de inmediato.

Al principio pensé que había quedado paralizada, que había interpretado mis palabras como una amenaza. Sin embargo, solo se había detenido porque había terminado. Mi cabello estaba completamente desenredado, limpio, y desprendía una fragancia suave y dulce.

Ella mantuvo la cabeza ligeramente inclinada, observando el brillo metálico del cepillo como si le resultara fascinante. Luego pasó el pulgar por las cerdas de pelo grueso con una lentitud casi ritual.

—No creo que muera en este campamento. Si le soy sincera, estoy segura de que estoy protegida con usted. Todos saben que ganará esta guerra. Incluso antes de declarar sus planes, ya la respetaban lo suficiente como para no acercarse a mí.

—Me respetaban solo por mi magia, no por mis hazañas. Aprendí de alguien que eso no valía nada. —Tensé la mandíbula mientras me incorporaba para tomar mi túnica y mis pantalones de montar—. Aun así, ya no busco la aprobación de nadie. Ya no necesito que me quieran ni que me acepten.

—¿Qué desea ahora, entonces? —preguntó con esa curiosidad impropia de una sirvienta.

El sol había desaparecido hacía poco. Sabía que debía cubrirme con las pieles y cerrar los ojos hasta rendirme al sueño; sin embargo, desde hacía meses había desarrollado la costumbre de visitar a alguien en particular antes de dormir. Necesitaba hacerlo si quería descansar de verdad.

Pasé la túnica por mi cabeza con rapidez, sintiendo cómo la tela rozaba con crueldad las contusiones de mis costados. Me mordí el interior de la mejilla para contener un siseo de dolor. Ni siquiera me giré para mirar a Cala una última vez mientras enfundaba mis piernas en los pantalones. Estaban gastados y ahora me quedaban holgados. Ya no ceñían mi cintura ni abrazaban mis caderas. Podía pasar una mano entre la tela y mi piel sin apenas notarlo.

No sabía si era por haber comido tan poco en los últimos meses o si, en cambio, la tristeza había vaciado mi cuerpo, absorbiendo cada

resto de energía como una hiedra silenciosa. Tal vez la magia elaboradora también tenía parte de culpa.

Mis muslos, antes firmes, apenas se rozaban al caminar. Mis piernas parecían más largas y huesudas. Mi cintura se había estrechado tanto que mis caderas resultaban más prominentes, y mis pechos, antes redondos y plenos, habían perdido firmeza. La piel ya no era tersa, delgadas líneas pálidas cruzaban mi vientre, mis costados y mi busto, como si fueran cicatrices dibujadas por el tiempo.

Miré por última vez a aquella mujer alicaída que me observaba con paciencia. Sus ojos, humildes y atentos, reflejaban una compasión que no me atrevía a aceptar.

—Quiero justicia, Cala. Tan solo eso.

CAPÍTULO X

ÉIRE

Fuera de las tiendas lloviznaba. El cielo permanecía cubierto por nubes ennegrecidas, impregnadas de lo que parecía ser tizne, chocando entre sí en un intento fiero por dominar el espacio del firmamento. El agua calaba mi capucha con una rapidez abrumadora, empapando mi cabello aún aceitoso. Mis botas saltaban como podían entre el barro, mientras los restos de nieve amontonados atrapaban de vez en cuando mis suelas gastadas, aferrándose a ellas con sus garras gélidas. Las sombras que me envolvían bajo la capa impedían ver lo que había frente a mis pies, así que debía avanzar casi a ciegas por el campamento. Aun así, tenía una idea clara de hacia dónde debía ir.

El aire helado se deleitaba lamiendo mi piel húmeda con su lengua invisible y dejaba un sabor agrio en el fondo de mi estómago. La piel me ardía bajo el contacto del viento, y los vellos se me erizaron al instante. Ajusté la capa contra mi cuerpo con fuerza. Tenía frío. Mucho frío. El agua se filtraba entre los pliegues de mi ropa, descendiendo por mi piel con la paciencia de un veneno.

Los dientes me castañearon mientras me acercaba con paso rápido hacia los dos guardias apostados frente a la tienda. Sus miradas se cruzaron y, al instante, elevaron las lanzas hacia mí sin reconocerme.

—Fuera de mi vista, inútiles —gruñí.

Gotas de agua resbalaban por mi rostro, mezclándose con el sudor y la escarcha. La llovizna se había vuelto más densa, más sonora, y el cielo rugió de forma ensordecedora antes de desgarrarse con un relámpago que iluminó la tierra.

Los guardias entrecerraron los ojos casi al unísono. Bajaron las armas con rapidez y se irguieron aún más, intentando protegerse bajo las telas empapadas de lluvia. El agua se acumulaba sobre los techos de piel, y enormes gotas caían con un sonido hueco desde las costuras saturadas.

No dijeron una palabra. Agradecí su silencio, si hubiesen intentado entablar conversación, probablemente no habrían obtenido una buena respuesta. No esa noche.

Atravesé las sedas que los guardias apartaron para dejarme pasar y contuve un suspiro al sentir el aire cortante que se arremolinaba dentro. El viento sacudía la tienda con violencia, como un navío perdido en mitad de una tormenta. Allí dentro, el frío era incluso más punzante que fuera.

Solo unas pocas velas derretidas alumbraban tenuemente el interior. La sombra de mi cuerpo se proyectó junto a mí, era una figura deformada que parecía inclinarse en un gesto siniestro. Aspiré una pequeña bocanada de aire, pero lo único que sentí fue un vacío helado en el pecho. No era el frío de la tormenta, ni el de la escarcha que aún cubría el campamento. Era algo más profundo. Un frío que nacía en el alma. Se arrastraba por mis huesos como una marea invisible, despedazando mis músculos y oprimiendo mis venas. Por un instante, creí que me desvanecería.

Preferí atribuirlo al clima. A la falta de descanso. A cualquier cosa, menos a la verdadera razón: Keelan estaba allí, frente a mí. Pero no vivo. No sonriente. No esperándome con su habitual mueca burlona.

Estaba recostado sobre un lecho de cojines de seda, rellenos con plumas de oca, cubierto por varias pieles. Su cuerpo yacía inerte. Sin vida.

—He venido a verte… —murmuré, obligándome a mantener los ojos abiertos mientras me arrodillaba a su lado. Tomé sus manos entre las mías, aunque el contacto con su piel fría y cetrina me provocó un escalofrío—. De nuevo.

Sabía que no me respondería. Nunca lo hacía. Pero aún no había perdido la esperanza de que algún día lo hiciera.

"Tanto como hojas de melisa haya en el mundo."

Cerré los ojos con fuerza. La agonía me acompañaba cada día, cada noche, cada amanecer. Era un dolor insondable, tan vasto que no podía imaginar su fin. Deseaba que acabara pronto, pero nunca lo hacía.

Hacía meses que había dejado de llorar por su muerte, pero el dolor seguía anclado en mi pecho, tan presente como el propio latido de mi corazón, pero ya no podía derramar lágrimas por él. Era un peso que cargaba en silencio, una cadena invisible que oprimía mis hombros y me mantenía sujeta al pasado. Eran grilletes de hierro que jamás lograría romper.

"Yo nunca privaría al mundo de alguien como tú."

Ahora comprendía que había sido yo quien nunca habría podido privar al mundo de alguien como Keelan Gragbeam. Porque sin él, el mundo era un lugar vacío, oscuro. Era como bracear en un océano bravo, sin horizonte, donde nada existía más allá del agua. Agua y más agua. Cada vez más turbia, más profunda, más fría.

—Te he traído una sorpresa. Es… una tontería, pero me recordó a ti. —Sorbí la nariz y saqué de entre los pliegues de mi capa el pequeño instrumento que había robado semanas atrás del puesto de un comerciante. Era diminuto, decorado con pinceladas en tonos pastel sobre la madera, tan finas como hilos enroscados alrededor de su mástil.

Lo sostuve entre mis brazos con cuidado, como si fuera mi posesión más preciada. La madera se había hinchado por la humedad y una de las cuerdas se había roto durante el trayecto, pero seguía siendo hermoso. Era nuestro. Y seguía siendo hermoso.

—Es un ukelele, Keelan. Como aquel… ¿lo recuerdas? Cuando tuviste que hacerte pasar por un juglar. —Mi voz se quebró al pronunciarlo. Sentí que el aire pesaba dentro de mis pulmones. Quizá ya no era aire. Quizá por fin me estaba ahogando en aquel mar de aguas oscuras que me rodeaba—. Pensé en traerte tus famosos pantalones, pero me di cuenta de que… ya no podrías ponértelos otra vez.

Tragué saliva con dificultad, pero aquello no alivió el dolor. Ardía en mi pecho, incendiaba mis órganos y los atravesaba con filos invisibles y punzantes. Unas uñas afiladas se hundieron en la piel

sensible del pecho y rasgaron el esternón. Sentí cómo apretaban mi corazón, cómo lo reducían a hollín y cenizas. En ese instante, otro gruñido iracundo restalló en el campamento, y fue como si un rayo hubiera estallado dentro de mí, pulverizando lo que quedaba de mi corazón. Lo sentí deshecho, convertido en fragmentos diminutos.

Dejé el instrumento sobre el regazo de Keelan y deslicé mis manos sobre las suyas. Su piel estaba tan fría como siempre, y sus facciones permanecían relajadas, con los ojos serenamente cerrados. A simple vista podría parecer que dormía plácido, pero bastaba observar con atención para comprender que no era el sueño quien lo mantenía inmóvil. Su piel tenía el tono del alabastro, y las sombras que solían dibujarse en su rostro al dormir habían desaparecido. Estaba inusualmente tranquilo, más que nunca. Ya no fruncía los labios, ni los mordía. Ya no rozaba su mentón ni sonreía sin darse cuenta.

Apreté con más fuerza sus manos. Sentía que me moría, aunque no estaba herida ni enferma.

—Keelan, tienes que volver. Tienes que volver o quemaré Zabia hasta los cimientos, ¿de acuerdo? —Mi voz temblaba; mis manos también. Mordí con fuerza mi labio inferior. Ese dolor era soportable. Ese sí podía resistirlo—. Tienes que volver conmigo… antes de que te olvide. Antes de que la magia elaboradora se lleve todos nuestros recuerdos. No quiero perderte por segunda vez.

No obtuve respuesta. El silencio fue mi única compañía, así que insistí. Entrelacé sus dedos con los míos, aunque ya no sentí su presencia. Esa no era su mano. No era Keelan. Lo supe porque al rozar su piel no sentí ni un leve hormigueo, solo vacío.

—Voy a recuperarte, ¿vale? Confía en mí. Confía en mí, por favor. Yo… lo haré.

De nuevo, el silencio fue todo lo que recibí.

♣

—¿Podemos hablar, Éire? —preguntó Asha mientras sostenía las faldas de su vestido para no mancharlas de barro.

Llevaba las mangas fruncidas, remangadas hasta los codos, procurando no ensuciar la delicada tela con las lociones que cubrían sus brazos. Un aceite espeso y brillante humedecía sus manos, de un tono verdinegro, como una sustancia destinada a nutrir la piel. Al abrirse las telas de mi tienda para dejarla pasar, una fragancia especiada y cálida se coló con ella, impregnando el aire.

Levanté la mirada en su dirección, apartándola de la baraja de cartas que sostenía entre mis manos. Se las había pedido al amanecer, cuando quedó claro que la tormenta no cesaría y Audry y yo nos aburríamos sin nada que hacer. Nuestra suerte había sido pésima, habíamos perdido todas las partidas.

—¿Por qué te aplicas esos ungüentos en los brazos? Pensé que solo los usaban en el rostro —comentó Audry, frunciendo el ceño.

Asha chasqueó la lengua con fastidio.

—¿Ungüento? Por todos los dioses, Audry, son las preparaciones para la víspera del último día.

Audry dejó caer las cartas entre sus dedos, desconcertado.

—¿Has preparado el musgo para la limpieza? ¿Por qué nadie me ha avisado? —Nos miró a ambas, indignado—. ¡Casi me pierdo las preparaciones para el final de año!

Sabía exactamente a qué se refería. Las purificaciones de fin de año comenzaban un mes antes de diciembre. Durante treinta días se limpiaba el cuerpo con musgo y cenizas para recibir las bendiciones de los dioses en el nuevo ciclo. Yo nunca había hecho aquella ceremonia absurda, aunque recordaba a Idelia bañándose cada madrugada en aguas mezcladas con hollín y el musgo que recogíamos de la corteza de los árboles.

—Audry, si me pagaran por cada vez que olvidas una de las celebraciones de tus dioses, sería rica. —Suspiré, dejando el mazo de cartas pintadas a mano sobre el regazo. Al parecer, mi mañana de juegos había terminado.

—Ya hay una larga cola para sahumarse antes de la limpieza. Yo que tú me daría prisa —le advirtió Asha, señalando hacia la entrada. Audry no esperó a que terminara; se levantó apresurado y salió de la tienda a trompicones.

Observé cómo desaparecía tras las telas.

—Si soy sincera, admiro su fe. Debe de ser hermoso creer en algo con tanta firmeza —confesé. Asha permaneció callada mientras se sentaba frente a mí.

Pasaron unos instantes antes de que rompiera el silencio.

—Tenemos que hablar.

—Lo sé, lo dijiste al entrar —respondí con una sonrisa tenue.

—Los exploradores han vuelto.

Fruncí el ceño, expectante, mientras daba un sorbo al agua de tormenta de mi jarra. Tenía un sabor metálico que dejaba un amargor persistente en la lengua.

—¿Y bien? ¿Qué dicen? —Por el temblor de su garganta, supe que no traía buenas noticias—. ¿Asha? ¿Qué ocurrió con los exploradores?

Desvió la mirada. Su voz se quebró cuando respondió:

—Están muertos, Éire. Todos muertos.

CAPÍTULO XI

ÉIRE

—Si atacamos Normagrovk, nos vencerán con facilidad. Tendrán ventaja ya que es su territorio y saben que estamos aquí —expuso Asha mientras terminaba de anudar su largo cabello con una cinta de cuero.

El murmullo constante del campamento casi ahogaba sus palabras. Habíamos tenido que mantener abiertas las sedas que servían de entrada a mi tienda para que la humareda de salvia no me asfixiara. El humo espeso se acumulaba en los espacios cerrados, se adhería a la piel y llenaba los pulmones con una densidad sofocante.

Afuera, el aire también ardía bajo el peso de las hogueras encendidas; su hedor se mezclaba con el de la salvia y el hierro. La mayoría de los guerreros limpiaban sus armas con musgo, recitando oraciones a los dioses, dejando en sus manos el destino de la batalla que se aproximaba.

Haakon Sin Apellido bufó con rabia, tensando sin querer la banda que le servía de cabestrillo.

—¡Estupideces! ¿Cómo vamos a quedarnos de brazos cruzados? Se están burlando de nosotros. Nos atacaron con cien de sus soldados más débiles y ahora asesinan a nuestros exploradores. ¡Incluso los dioses deben estar riéndose de nuestra cobardía! —rugió, golpeando con su brazo sano la mesa donde reposaba una jarra de vino. La madera tembló, y el líquido se agitó hasta rozar el borde.

—Tendrán refuerzos, Éire. Serán muchos más —dijo Asha, lanzándome una mirada firme—. No merece la pena morir en una batalla perdida. Debemos ser más inteligentes.

Apreté los dedos sobre el reposabrazos de mi silla, mientras Cala me servía otra copa de vino. El sudor frío me recorría el pecho; debía beber antes de que la ansiedad me devorara.

Brunilda, que también había insistido en participar en aquella reunión, se mantuvo erguida mientras se aclaraba la garganta.

—Estoy con Haakon, mi señora. No debemos mostrar debilidad. Este acto merece venganza —afirmó con solemnidad.

Claro que tú estás con él, pensé, sin poder evitar hacer una mueca.

Tragué saliva con esfuerzo, procurando que mi mano no temblara al llevar el vaso a los labios. En cuanto la madera rozó mi boca, lo vacié de un trago, con una avidez que no intenté disimular.

Audry permanecía a mi lado, junto a Cala. Ninguno había intervenido; ambos se mantenían firmes, atentos, escuchando cada palabra sin emitir juicio.

Dejé el vaso sobre la mesa y prolongué el silencio. Todos aguardaban mi decisión, y podía sentir sus miradas sobre mí, algunas impacientes, otras expectantes. Si no necesitara mantener la compostura, los habría mandado lejos hacía rato.

Finalmente, levanté la mirada hacia Audry. Con un simple asentimiento en su dirección, pregunté:

—¿Qué piensas tú?

Frunció el ceño, sorprendido. No parecía esperar que alguien le pidiera su opinión, se irguió aún más, carraspeó y apretó con fuerza el puño alrededor de la empuñadura de su espada envainada. Todos sabíamos por qué lo hacía y era porque no confiaba en los guerreros de Güíjar. Aun así, ninguno pareció ofendido.

—Algo que aprendí de ti, Éire, es que nosotros peleamos. No huimos. Jamás lo hacemos. Si hemos venido hasta aquí, fue por sangre y venganza, y no veo sentido en esperar quién sabe qué. Si les damos más tiempo, reunirán más refuerzos —dijo con firmeza.

Asentí una sola vez, notando las miradas complacidas de Brunilda y Haakon. Asha, en cambio, había fruncido los labios con resignación. Me miró con un brillo de súplica contenida, como si esperara que la contradijera.

En lugar de eso, di otro sorbo al vino.

—Preparaos, entonces. En cuanto amanezca, atacaremos el puente de Normagrovk.

Desde lo más profundo de la garganta de Haakon emergió un gruñido de aprobación, casi una carcajada contenida. Parecía ansiar el combate. Después de aquello, se inclinó brevemente en mi dirección y abandonó la tienda junto a Brunilda. Audry no se movió, aunque ambos sabíamos que esa era la respuesta que esperaba.

—Éire, son muchos más —insistió Asha—. Perderemos soldados, perderemos armas…

—Asha, ¿sabes por qué Eris reunió un ejército tan grande en tan poco tiempo? —la interrumpí y me recosté contra el respaldo de la silla. La sombra de mi capucha me cubría el rostro, y mi cabello ocultaba la mitad, dejando visible únicamente la cicatriz que surcaba la otra parte.

Sus facciones se contrajeron, sorprendidas.

—¿Qué? No… no lo sé.

—Me lo pregunté durante mucho tiempo —continué, girando el vaso entre mis dedos—, pero creo que al fin encontré la respuesta. —Di otro trago antes de seguir—. Creo que no son soldados.

La mujer de las largas trenzas arrugó el ceño. La sustancia luminosa que cubría su piel oscura me recordó al líquido en el que se disolvían mis recuerdos cada mañana, arrebatándomelos para siempre.

Aparté la mirada.

—No te entiendo —admitió.

—Eso es lo que intento decirte —expliqué con calma—. Creo que la mayoría de ellos no son guerreros. Son iriamnos sin entrenamiento. Su ejército es su pueblo, y los verdaderos combatientes son solo una fracción de él. Si no fuera así, ¿qué otra explicación habría?

Durante un instante, su expresión se tiñó de incredulidad. Luego, su mirada cambió; las piezas encajaban lentamente. Lo noté en el destello que se encendió en sus ojos, en cómo sus pupilas se movieron de un lado a otro y trataron de asimilarlo todo. Finalmente, ese brillo se fundió con el color aguamarina de su iris, y la incredulidad dio paso al entendimiento.

—Está usando los números para intimidar a los otros reinos —reflexionó en voz alta—. Es una estrategia para que nadie se atreva a iniciar una guerra.

Me encogí de hombros.

—O quizá sí son guerreros —susurré, dejando el vaso sobre la mesa—, y estamos cavando nuestra propia tumba. De cualquier forma, la muerte ya es amiga mía.

Miré a Cala con una sonrisa burlona en ese preciso instante. Ella intentó corresponderme con una mueca torpe, aunque sin éxito. Aun así, no pude evitar reír por lo bajo, ocultando la risa tras el borde de mi vaso de vino.

—¿Podría hablar? —preguntó con voz débil.

No respondí, aunque la observé desde mi asiento mientras esperaba sus palabras. Ella se armó de valor y continuó con un tono vacilante:

—El acantilado es un nido de ñacús, ¿cierto?

Asha y Audry asintieron por mí. Yo seguí en silencio, contemplándola con curiosidad. Cala inhaló con cierta dificultad, y sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Tiéndales una emboscada. Haga que los ñacús los ataquen hasta diezmar sus tropas. Cuando estén lo bastante débiles, nosotros soltaremos el golpe final.

Una ligera sonrisa se curvó en mis labios. El humo que llenaba la tienda me envolvía por completo, y sabía que apenas podían distinguirse mis rasgos entre las sombras. Aun así, vi cómo Cala percibía con claridad la forma de mi sonrisa.

La muchacha se movió, inquieta, como si dudara de haber dicho lo correcto.

—Bien hecho. Acabas de sentenciar tus primeras vidas, Cala. —La sombra de mi capucha me impidió ver su reacción, pero noté el movimiento de su cuerpo al intentar retroceder—. Ahora puedes marcharte. Déjame sola con ellos.

No necesitó que se lo repitiera. Limpió sus manos sudorosas en las faldas del vestido y, tras varias reverencias torpes, abandonó la tienda a pasos rápidos. Dejé el vaso de madera sobre la mesa, junto

a la jarra vacía, y me recosté contra el respaldo de mi silla. Las patas chirriaron por el movimiento.

El dolor que me acompañó toda la noche seguía allí, constante como un filo que no cedía. No era frío, como el anhelo de recuperar un recuerdo perdido, ni amargo como el sabor del desamor. Era un ardor áspero que crepitaba bajo la piel, abrasando los huesos y la carne hasta dejarme convertida en cenizas.

—Mañana visitaré a una vieja amiga en Gregdow. Quiero que en mi ausencia os encarguéis del campamento —dije mientras cerraba los párpados con pesadez. Me llevé una mano al rostro para presionar el puente de la nariz y así aliviar la punzada en mis sienes.

—¿Tienes más amigos? —preguntó Audry, con una sonrisa que apenas disimulaba su ironía.

—Si sigues con tus bromas, no pienso nombrarte comandante de mi ejército.

Su expresión se transformó al instante. Desde que habíamos acampado, lo veía a menudo riendo con los guardias mientras compartía historias o bromas. Pensé que ante sus hombres se mostraría distinto, más solemne; sin embargo, seguía siendo el mismo joven risueño de siempre. Aquello me hizo recordar la primavera pasada, cuando aún conservábamos algo parecido a la inocencia.

Aunque él ya no era ese niño que había sido.

—¿Me vas a nombrar comandante? —balbuceó, incrédulo.

—Así puedo volver a divertirme con mis apodos —dije.

No alcancé a terminar la frase cuando Audry se abalanzó sobre mí. Me echó la capucha hacia atrás y cubrió mis mejillas de besos.

—Por todos los dioses, te quiero tanto.

—Sí, sí. Ya lo sé —murmuré, empujando su hombro para apartarlo. Él se incorporó enseguida, todavía sonriendo—. Ahora ve y haz lo que hacen los comandantes, pero hazlo bien.

Audry asintió varias veces y se enderezó con una seriedad repentina.

—Voy a supervisar los entrenamientos. —Apretó el puño sobre la empuñadura de su espada y, antes de salir, nos dedicó una última sonrisa.

Esbocé una leve sonrisa al ver cómo los guardias frente a mi tienda se inclinaban a su paso. Al parecer, habían escuchado toda la conversación.

—¿Y Aylwind? —preguntó Asha en cuanto se aseguró de que Audry estaba lejos.

Fruncí el ceño casi por reflejo. *¿Acaso dudaba de mi decisión?*

—Sabes que lo dejé a cargo de Valhiam. Le encomendé que informara a Evelyn de lo ocurrido.

—¿Por qué? —Su voz se quebró un poco, aunque intentó recomponerse—. Pensé que Aylwind era de confianza para la reina.

—Tal vez lo sea para ella, pero no para mí —respondí y aparté un mechón de cabello de mi rostro—. Por eso le di esa tarea. Confío en él para enviar un mensaje, no para dirigir mi ejército.

Noté que algo en su postura cambió. Su mirada seguía fija en el suelo.

—¿A quién vas a visitar, Éire? —preguntó de pronto. La tensión en mi mandíbula fue inmediata.

—Que yo sepa, no le debo explicaciones a nadie —repliqué—. Y menos a ti.

—Sí que me las debes. No sólo por ser tu amiga, sino porque te he ayudado a mentir a todos los que están aquí.

No aparté los ojos de ella. Su respiración se aceleró, y sus uñas se clavaron con fuerza en la madera de la mesa.

—¿Sabes lo fácil que sería deshacerme de ti, Ashania Minceust? A esta gente, mañana, cuando les entregue la gloria que esperan, olvidarán tu existencia. Pero a mí… —Chasqueé la lengua—. Créeme, considerarte mi amiga no te absuelve de nada. Sobre todo cuando mi único amigo aquí es el nuevo comandante.

No me desagradaba Asha. No como la mayoría de los que me rodeaban. Fue ella quien nos ayudó a escapar de las manos de su padre, el mismo que la había traicionado. Me había protegido, y también había contribuido a mantener a Keelan lejos de la corrupción que nos rodeaba. Pero llamar "amigo" a alguien en estos tiempos era una promesa demasiado arriesgada.

Al fin y al cabo, aquel a quien consideré mi hermano me había traicionado. Me engañó incluso después de todos los años que

compartimos. Entonces, ¿qué me garantizaba que podía confiar en esta mujer?

Nada.

La respuesta surgió con la voz helada de Gianna resonando en mi mente. Ya no me sobresaltaba su presencia. Hacía tiempo que me había acostumbrado a sus dedos fríos recorriendo mi alma mientras robaba los últimos fragmentos de calma que conservaba.

Asha tensó la mandíbula. Su mirada, dura y encendida, se alzó hacia mí con una furia apenas contenida.

—Solo era curiosidad, Éire. No tienes por qué amenazarme —masculló, tomando una bocanada prolongada de aire. Sabía que trataba de serenarse, aunque no lo lograba.

—Y yo únicamente he ascendido a un hombre capaz y de confianza. —Me incorporé, apoyé las manos en el reposabrazos antes de ponerme de pie frente a ella. Los dedos me temblaban mientras se cerraban en torno a la madera astillada—. ¿Tienes algún problema con eso?

Asha carraspeó con un dejo de incomodidad.

—No, no lo tengo. Sé que Audry es apto para el cargo, pero quería entender por qué Aylwind ya no lo es.

—Bien, ahora ya lo sabes. —Le señalé la salida con un gesto seco —. Puedes irte.

Creí que obedecería sin decir una palabra. La vi darse la vuelta y pensé que se marcharía, pero cuando me dejé caer de nuevo en la silla y estaba a punto de llamar a Cala para pedirle un vaso de agua de tormenta, Asha se detuvo. Su mirada se deslizó sobre su hombro, cargada de una suspicacia que me erizó la piel.

—Vas a visitar a Serill, ¿verdad?

Gruñí por lo bajo. Un impulso feroz me recorrió las manos.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Aún sigues intentando resucitar a Keelan?

"Buenas noches, hechicera."

No supe en qué momento me moví ni de dónde surgió la fuerza que me impulsó. De pronto, salté del asiento, desenvainé la daga y la acerqué a su cuello. El filo tocó su piel antes de que pudiera retroceder. En un instante, mi rostro estaba a un suspiro del suyo. La

hechicera contuvo la respiración; vi cómo un escalofrío descendía por su vientre.

—Si vuelves a pronunciar su nombre —susurré—, te arrebataré la capacidad de hablar.

—Qué agresiva estás últimamente, querida prima —dijo una voz al fondo de la tienda.

El sonido me heló. No necesitaba verla para reconocerla. Nadie, salvo ella, podía atravesar mis aposentos sin ser detenida por los guardias. Probablemente ni siquiera la habían notado.

Su figura emergió de la penumbra. El cabello castaño caía suelto sobre su pecho, enmarcando la túnica cerúlea que se ceñía a su cuerpo esbelto. Los ojos, enormes y de un gris despampanante, destacaban en un rostro redondeado y parecían esculpidos entre el alabastro y la obsidiana. Aquella mirada, tan profunda, luminosa y peligrosa, atraía la atención dondequiera que la mujer pisara.

Una capa oscura, casi viva, se extendía tras ella, ondeando en el aire mientras el humo de la hoguera la envolvía como un velo. Sus ojos brillaban en la sombra con el hambre depredadora de un ñacú.

Tragué saliva con esfuerzo.

—Nyliss… —susurré, apenas capaz de pronunciar su nombre.

CAPÍTULO XII

ÉIRE

—Así que los rumores eran ciertos, pretendes invadir Iriam por culpa de un corazón roto. —Nyliss retorció una hebra de su cabello, observándome con una sonrisa cargada de ironía—. Sorprendente, sin duda.

Ladeé la cabeza y la seguí con la mirada mientras se servía un trago de vino. No se había sentado a mi lado ni había tenido la cortesía de ofrecerme un sorbo de mi propia jarra. En su lugar, deambulaba por mi tienda como un felino curioso, inspeccionando cada objeto con una lentitud que buscaba prolongar el silencio.

Aparentemente, Nyliss seguía siendo tan encantadora como la recordaba.

—¿Eso dicen los rumores? —pregunté y apoyé la barbilla sobre el puño cerrado. Ella no era realmente mi prima; al menos, no en un sentido cercano. Nuestro parentesco se perdía entre ramas de sangre muy lejanas, pero bastaba para mantener un vínculo.

Aun así, Nyliss y yo siempre habíamos tenido una buena relación. Era la única persona del reino que me agradaba de verdad, y también la única a quien Idelia permitía visitarme en palacio. Desde jóvenes compartimos el mismo deseo de formar parte del ejército. Fue su madre quien nos enseñó a manejar las armas por primera vez.

No la veía desde la víspera del último día del año anterior, cuando me confesó que haría las pruebas para ingresar en el ejército de Helisea. Nunca supe si lo consiguió, aunque aquel día me alegré sinceramente por ella, aun sabiendo que ese sueño ya no podríamos cumplirlo juntas.

—Sí, eso dicen —respondió al fin, dejándose caer en una silla frente a mí—. Pero no te avergüences por ello; tiene su mérito. Cualquier otra persona estaría llorando entre dulces y pañuelos.

—Qué interesante tu opinión. —Sonreí con fingido entusiasmo—. Pero ante tu visita, surge una duda que me gustaría que resolvieras, Nyliss.

Ella alzó su copa en mi dirección, como si brindara por mi desdicha.

—Adelante.

—¿Qué coño haces aquí? —solté con desdén.

Nyliss torció los labios, intentando parecer ofendida, aunque la ironía se delataba en su mirada. Dio un sorbo a su vino antes de responder.

—Bueno, pasaba por allí y venía de por allá. Lo normal.

Fruncí el ceño ante su humor y me incliné hacia ella, perdiendo la paciencia.

—¿Por qué no pruebas a ser un poco más concreta?

Por un instante, vaciló. Tragó saliva con dificultad antes de sostenerme la mirada. En sus ojos apareció un destello, como si diminutas chispas de marfil danzaran sobre el gris metálico de su iris.

—Hay monstruos que han empezado a salir del mar —dijo al fin—. Muchos han huido de Asolium y se han refugiado en la capital. Las criaturas razha están tomando las ciudades.

Solté un bufido, harta de las tragedias ajenas.

—¿Para eso has venido hasta aquí, Nyliss? No entiendo qué esperas que haga.

Sus facciones se tensaron, desconcertadas ante mi indiferencia.

—Se supone que eres la última razha que queda, Éire. Es evidente lo que quiero que hagas —masculló con un tono que parecía atragantarse en su garganta.

—No me digas que has venido por eso. —Reí, incrédula—. ¿De verdad cruzaste el país esperando que unas simples palabras me hicieran ceder? ¿Creíste que, al oír las desgracias de Asolium, ordenaría a esas bestias regresar encadenadas al mar de Vignís? —

Estiré las piernas sobre la mesa y apoyé las botas con desgano—. No voy a ayudar a Helisea ni a sus familias, querida prima.

—No puedes ser tan egoísta —replicó, alzando la voz—. ¿Vas a permitir que toda esa gente muera por venganza?

—¿Ellos intercedieron por mí cuando me llamaron criminal por sobrevivir? ¿Helisea estuvo ahí cuando asesinaron a Keelan? ¿Cuando intentaron matarme una y otra vez? —Chasqueé la lengua con desdén—. Me parece que la respuesta es no.

Se puso de pie de golpe, arrastrando la silla con violencia. El sonido llenó la tienda como una exclamación ahogada. Me miró con una mezcla de rabia y decepción, como si ya no me reconociera.

—Esa es una decisión cobarde —dijo con voz áspera.

—No es justo —respondí, más cansada que molesta. No porque sus palabras me hirieran, sino porque ya no tenía fuerzas para discutir—. No puedes pedirme que me dé la vuelta y vuelva a sacrificarlo todo por quienes me odian. Ya lo hice una vez, y lo perdí todo. Ni siquiera obtuve un agradecimiento. Lo único que recibo son más exigencias para seguir salvando sus malditos pellejos.

Nyliss se quedó inmóvil. Aunque permanecía de pie, parecía encogerse bajo el peso de mis palabras, hasta que finalmente volvió a sentarse. Su mirada seguía fija en mí, pero la luz de sus ojos se había apagado, reemplazada por una tristeza que la desbordaba.

—No te odian, Éire —susurró con sinceridad. Lo supe porque su voz temblaba, aunque intentaba mantenerla firme, y porque mordía el labio inferior en un gesto que apenas lograba contener la emoción.

—¿Ah, no? —Me reí sin humor—. ¿Y cómo llamas a poner precio a mi cabeza? Intenté salvar a los hechiceros que Eris aún desea exterminar, y nadie quiso ayudarme. Me dejaron sola, metida en la boca del lobo. Nadie intercedió por mí. Ni siquiera tú. —Sentí un nudo en el pecho, un dolor que no menguaba—. La única persona que lo hizo está muerta. Y no pienso detenerme hasta traerla de vuelta. Llámame cobarde, egoísta o malvada si quieres, pero nada cambiará mi decisión.

Decirlo dolía más de lo que admitía, pero era la verdad. Quizá era egoísta, pero ellos también lo eran al pedirme que entregara mi vida

por las suyas. Supongo que, para ellos, mi muerte era un mal menor. Pero yo ya no estaba dispuesta a ser el daño colateral de nadie.

—Tienes razón —dijo, tras un silencio que pareció interminable—. No estuve ahí para ti. No hay justificación posible. Tu madre murió, tu rostro apareció en cada cartel, y todo eran rumores. No sabía en quién confiar ni cómo encontrarte.

Sus palabras sonaban huecas. Quizá eran ciertas, pero no bastaban para sanar nada.

—No importa. Ya no importa —murmuré, apartando la vista—. ¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo aquí o te marcharás ahora que ya tienes tu respuesta?

Durante un instante, el silencio se prolongó más de lo necesario. Estuve segura de que no respondería; sin embargo, antes de que pudiera decir algo más, sentí un peso cálido sobre mi mano. Los dedos de Nyliss se entrelazaron con los míos sobre la mesa y, cuando volví a mirarla, una sonrisa lánguida se dibujaba en su rostro.

—Te demostraré que aún hay personas a las que les importas. —Su mano se apretó contra la mía—. Esta vez lucharé contigo, Éire.

El cielo nocturno se extendía sobre nosotros, derramando su luz plateada sobre la tierra. Los rayos de luna y el titilar de las estrellas bañaban el paisaje en tonalidades cobalto, envolviéndonos en una calma engañosa. A medida que nos aproximábamos al puente de Normagrovk, la nieve se acumulaba en los senderos, arrastrada por torrentes de agua que descendían desde las colinas. Las lluvias de los últimos días habían inundado los campos, transformando los caminos en una masa de fango y escarcha.

Me mantenía erguida sobre el lomo de mi caballo, con los muslos tensos para conservar el equilibrio ante el galope constante. Llevábamos horas cabalgando sin descanso. Nadie había dormido aquella noche, y lo sabía porque yo misma había compartido las horas de vigilia. Escuché las oraciones susurradas en la penumbra, el roce de las piedras al afilar las armas, el sonido del aceite y la loción

de musgo y cenizas deslizándose sobre el metal. A ratos, el silencio se quebraba con el choque seco de espadas al entrenar o el rumor de dagas saliendo de sus fundas. Casi todos aguardaban el momento de la partida con una serenidad forzada, contenida.

Casi todos. Algunos, incapaces de dominar los nervios, se habían entregado a su impaciencia. Afilaban sus armas una y otra vez, repitiendo los mismos movimientos con desesperación. Brunilda, por ejemplo, había intentado convencer a Haakon de que su brazo herido no le impediría combatir; él, sin embargo, había pasado la noche contemplando su lanza con gesto sombrío. A la luz de la luna, sus dedos rasguñaban su propio cuello, dejando a la vista las heridas frescas que delataban su inquietud.

—Deberíamos detenernos aquí —dijo Asha con voz baja, reduciendo el paso de su yegua hasta colocarse a mi lado. Desde la discusión que habíamos tenido unas horas antes, apenas habíamos cruzado más que miradas vacías y comentarios superficiales.

Asentí una sola vez y volví la vista hacia las dos figuras que nos acompañaban: Nyliss y Audry. No había tenido ocasión de presentarlos formalmente, pero por la sonrisa cordial del comandante deduje que ya se habían presentado.

—Es tu turno, Éire —murmuró Audry, mirándome con una expresión alentadora.

Inspiré con lentitud y me detuve tras un árbol de tronco torcido, cuyas ramas largas me ofrecían cierta cobertura. Escuchaba los relinches de los caballos, el golpeteo metálico de las herraduras contra el suelo húmedo y la respiración profunda de los soldados que esperaban detrás de mí. Un ejército entero contenía el aliento. Ahora éramos casi seis mil.

Las miradas de todos pesaban como planchas de hierro. En sus rostros se reflejaban la determinación y el miedo, dos fuerzas opuestas que compartían un mismo origen, el deseo de sobrevivir.

Frente a nosotros se alzaba el acantilado de Normagrovk, tal y como lo recordaba. No era un acantilado común, sino una vasta extensión de roca desgastada por la erosión, partida en dos por el paso implacable del río Ágocav. Este se deslizaba entre los riscos,

estrecho y turbulento, hasta golpear las afiladas piedras que aguardaban bajo el puente.

Técnicamente, eran dos acantilados separados por la corriente del río, donde nadie osaba navegar ni bañarse por miedo a las rocas ocultas bajo la superficie. Esa característica lo convertía en un punto estratégico, era el límite natural entre el norte y el sur.

El puente, pese a su importancia, no tenía un aspecto imponente. Era una estructura de madera reforzada con clavos de latón, sostenida por gruesas cuerdas anudadas a ambos extremos. Los tablones, astillados y viejos, se mantenían unidos con obstinación, resistiendo al tiempo y a la intemperie. No había nada extraordinario en su diseño, salvo su tamaño, que era al menos veinte varas de ancho y sesenta de largo.

Sobre nuestras cabezas, más allá de la niebla y del resplandor lunar, revoloteaban los ñacús. Aquellas criaturas habían custodiado el acantilado desde los primeros registros de los hombres. Nadie sabía con certeza por qué elegían ese lugar, pero solían ocultarse entre las montañas de Iriam y las cuevas de Aherian antes de detenerse aquí, donde sobrevolaban el mar trazando círculos incesantes.

Durante un momento los observé. Ninguno descendía, ninguno atacaba. A pesar de su fama de bestias voraces, devoradoras de carne humana, parecían limitarse a vigilar. Su vuelo era silencioso, casi solemne. Era como si vigilaran aquel espacio como si fuera… sagrado.

La única explicación posible era que, según la leyenda, de ese mismo mar brotaban las lágrimas de la Nigromante. Si era así, aquel acantilado podía considerarse un lugar sagrado. Pero me negaba a creer que los monstruos fuesen capaces de una conciencia tan compleja. No podía aceptar que comprendieran lo que significaba eso.

—Es mi turno, sí —acepté sin apartar la vista de aquellas criaturas.

Tal vez antes no lo había notado, pero eran excepcionales. No sólo por sus largas alas membranosas o el veneno que destilaban, sino por su mente. Era similar a la de la mayoría de los monstruos —

excepto las bynges—, sin poseer una inteligencia sobrehumana, aunque entre los hilos oscuros y las brumas que las envolvían, se percibía la chispa de un poder inmenso. El mismo que hacía vibrar su gruñido, denso y profundo, como un eco que provenía de un lugar ajeno a este mundo.

Por un instante me pregunté si Asha compartiría aquella habilidad. Y, sin poder resistirlo, empujé con fuerza la frontera de sus mentes, abriéndome paso entre los restos de su conciencia hasta rozar la esfera chisporroteante que reclamaba mi atención.

Cuando la yema de mi dedo tocó una de las chispas, el calor se extendió por mi piel y se adentró en mi cuerpo como una corriente viva. Contuve el jadeo. Sentí que el mundo entero se precipitaba sobre mí, empujando mi pecho y desgarrando mis pensamientos con sus espolones de fuego. Algo trató de arrancarme de aquel contacto, de impedir que tomara el poder, pero fue inútil, lo encerré entre mis manos. No se deshizo en hilos apagados ni en grasa oscura, como tantas veces antes; en cambio, el destello se intensificó hasta obligarme a cerrar los ojos.

Entonces lo sentí. Los tentáculos de mi poder se deslizaron desde mis pupilas y escaparon de mi cuerpo como si tuvieran voluntad propia hasta envolver aquella chispa que palpitaba dentro de cada una de las bestias, y, en cuestión de segundos, fueron míos. Pocos podrían haberlo notado, pero yo lo vi con nitidez, sus alas se tensaron, sus colmillos relucieron y sus ojos, antes lechosos, se tornaron tan oscuros como los míos.

Solo necesité un leve movimiento de la mano para que comprendieran lo que debían hacer. Las sombras se deslizaron por los bordes de mi visión, veloces y feroces, tan etéreas que apenas dejaban un rastro entre las cortezas que desgarraban con sus garras. Eran los quepaks, abriéndose paso hacia el campo de batalla.

Sabía que controlar a tantas criaturas me pasaría factura más tarde. Tan solo el espectáculo de Valhiam me había costado varios barriles de vino, días sin dormir lo suficiente, parálisis cuando despertaba de mis pesadillas y una pequeña fiebre que me había tenido sin comer.

Y entonces los ñacús atacaron. Cayeron en picada, con sus púas dirigidas hacia los guardias y los gruñidos resonando como una tormenta lejana. En un instante, casi un millar de soldados de Normagrovk se vio envuelto en sombras que partían cuellos y abrían gargantas, bañando sus uniformes en sangre. Los cuerpos colosales de las bestias aplastaban sus huesos, desgarraban la carne y reducían todo a un caos de gritos y polvo.

—Ahora. Es hora de atacar a esos hijos de puta —gruñí, mirando por encima del hombro a mis guerreros.

Bastó un gesto para que entendieran la orden. Nos lanzamos juntos hacia el corazón del combate, sumidos en una vorágine sangrienta de monstruos y mortales que sumía a aquel lugar sagrado.

CAPÍTULO XIII

ÉIRE

En cuestión de minutos, los cuerpos de mis soldados chocaron con los de nuestros enemigos. La espada se sentía ligera entre mis dedos, como una extensión natural de mi brazo. Las flechas de los arqueros cruzaban el aire sobre el puente colgante y silbaban por encima de nuestras cabezas, mientras los gritos de guerra estallaban en un estruendo que se mezclaba con la acústica de la batalla.

A mi alrededor, el mundo se desdibujó en una masa de movimiento y sangre. Los caballos sin jinete galopaban desbocados, huyendo del caos; y guerreros de ambos bandos caían atravesados por espadas que abrían sus vientres. Los hilos de magia envolvían cuerpos enteros, oprimiéndolos hasta arrancarles los últimos balbuceos. Los ñacús atrapaban a los desertores al vuelo y los desgarraban, mientras los quepaks arrastraban los cadáveres por el suelo, dejando tras de sí un reguero de sangre oscura.

El metal de las armas no susurraba, sino que rugía con furia entre las manos de los guerreros. Apreté la empuñadura y giré la espada en un arco preciso que cortó el cuello de un hombre. Cayó de rodillas con los labios entreabiertos en un grito que no alcanzó a salir. Antes de exhalar su último aliento, su mirada se clavó en la mía, ardiente como el hierro con el que Idelia marcó mi cuello. Un instante después, sus ojos se apagaron.

El caballo bajo mis piernas relinchó con violencia. Se agitaba, preso del pánico, intentando librarse del atalaje. Durante un segundo temí que ambos fuésemos a caer al río, cuyas aguas bravas golpeaban las rocas como cuchillas. Sujeté las riendas con fuerza, hundiendo las cintas contra mi vientre hasta que el animal se detuvo

bruscamente. Antes de que su impulso me lanzara hacia atrás, pasé la pierna izquierda sobre la silla y apreté los muslos contra su lomo.

Entonces me dejé caer.

Mis botas golpearon los tablones del puente justo cuando un muro de fuego cruzó a mi lado. Salté hacia la derecha, esquivando las llamas que se abalanzaron sobre un grupo de soldados iriamnos. El fuego los envolvió por completo, lamiendo sus ropas y devorando sus gritos. La magia elemental se alimentó de ellos como una hoguera de los leños, creció, rugió y se expandió. El olor a carne quemada me golpeó con fuerza, se mezcló con el hedor metálico de la sangre y la energía mágica que saturaba el aire.

Un ruido de metal tras de mí me devolvió al presente. Sentí el peligro antes de verlo.

Giré con rapidez, aferrando mi espada en mis dedos. Los soldados del muro solían ocultar armas en lugares imprevisibles; atacar de frente era un error. Pero sus armaduras eran su punto débil, y Keelan me había enseñado a aprovecharlo.

Frente a mí se alzó un hombre de barba espesa y rojiza que escapaba bajo el yelmo. Ningún fuego, por intenso que fuera, alcanzaba aquel tono. Su mano, envuelta en acero y cuero, se levantó con la intención de atravesarme el pecho. Me agaché y sentí el aire que su hoja cortó sobre mi cabeza. El suelo estaba cubierto de sangre y, al apoyarme, mis dedos se tiñeron de ella; el olor metálico me subió por la garganta y me hizo fruncir los labios.

Me impulsé con fuerza y me situé a su espalda. Escuché su gruñido ronco cuando se dio cuenta de que me había perdido de vista. Antes de que girara, deslicé mi espada en un movimiento horizontal. La hoja cortó la piel y el músculo de su cuello, atravesando la yugular antes de tocar el hueso. Los gorgoteos de su garganta fueron los últimos sonidos que emitió antes de desplomarse.

Entonces escuché el siseo.

Al principio pensé que provenía de un humano, pero se repitió, más profundo, más vibrante. No era el gemido de un herido ni el rugido de un quepak. Era otra cosa. Una melodía conocida que se

deslizaba entre los cuerpos, tan sutil como el roce del viento entre las hojas.

Me giré, y allí estaba. Sus escamas brillaban bajo la penumbra como fragmentos de estrellas caídas. Sus ojos, enormes y dilatados, ardían con una ferocidad que conocía bien.

—Ojitos… —susurré, dejando escapar el nombre de mis labios. Sonreí sin poder evitarlo. El aminqueg estaba vivo.

Él me miró una sola vez, con una devoción tan pura que supe que aún me recordaba. Había admiración en su mirada, una lealtad silenciosa que ninguna batalla podía quebrar. En un segundo, se deslizó entre los restos ensangrentados y envolvió con su cuerpo a un soldado, quebrándole los huesos con la fuerza de su abrazo.

Respiré hondo y limpié la sangre de mis manos sobre la tela de mi túnica. Tenía que concentrarme. No podía perder el control, ni sobre mí ni sobre las criaturas. Cualquier distracción podía costarnos la vida.

Desde que Gianna y yo habíamos alcanzado un acuerdo, someter la voluntad de sus monstruos me resultaba menos difícil. Aun así, bastaba un pestañeo prolongado o una respiración demasiado lenta para que todo se derrumbara. Si mi control se quebraba, los razha atacarían a cualquiera que respirara, sin importar el bando.

Otro segundo que retrasase mi victoria y aquello podría suponer mi derrota.

Di media vuelta sobre mis pies justo cuando una flecha cruzó el aire en dirección a mi hombro. La atrapé con la palma abierta y la madera crujió entre mis dedos hasta partirse en dos fragmentos irregulares. Los trozos cayeron a mis pies, y los aplasté con la suela de mis botas.

Aquel sonido… ese gemido agudo y rabioso de la madera al quebrarse, el silbido cortante del proyectil al ser disparado y el seco chasquido al impactar contra su blanco… todo ello me arrastró a otro lugar, muy lejos de allí. A un recuerdo.

La textura áspera, liviana, sin más peso que una pluma… la reconocí. Era madera de Iriam. No era la más resistente, pero sí la más ligera, perfecta para quien dominara el arco. Si el arquero tenía

la suficiente destreza, aquellas flechas podían atravesar el aire sin ser vistas, confundidas con la oscuridad misma.

Yo había sostenido una de esas antes. Junto a Keelan.

Él me enseñó a disparar aquel día, bajo un cielo despejado y un bosque que olía a savia nueva. Nunca volví a entrenar desde entonces.

Saber que empleaba las enseñanzas de Keelan para matar y no para proteger me produjo un nudo en el estómago. Él no estaría orgulloso. Pero el campo de batalla no daba lugar al remordimiento, y menos aun cuando escuché un grito. Y no cualquier grito.

Era Audry. Su voz cargada de furia y dolor atravesó la distancia como una daga. El comandante estaba en peligro.

Me lancé en dirección al sonido.

El aire olía a muerte. Al respirar, el sabor metálico de la sangre se mezclaba con el hollín, mientras el aroma húmedo del río se elevaba desde el abismo bajo el puente, dulce y engañoso como azúcar en polvo. Sobre esa mezcla danzaban otros matices, estaba el perfume envolvente de la magia persuasiva, el aliento vibrante de la energía elemental y la frescura de la magia defensora. Ondas de fuerza emanaban de los hechiceros protectores, impidiendo que sus enemigos los rozaran siquiera. Algunos cuerpos, arrastrados por la presión de esas corrientes invisibles, se precipitaban al cauce rugiente del río.

Me moví con rapidez entre los guerreros y magos, esquivando choques de acero y destellos arcanos, decidida a alcanzar el punto donde creía que Audry se encontraba. Lo tenía cerca, tan cerca que ya podía distinguir el brillo húmedo de su cabello empapado en sudor.

Pero algo irrumpió en mi camino.

—¿Alguna vez has luchado contra un igual a ti? —preguntó una voz femenina.

Me detuve en seco, desconcertada. Negué con la cabeza sin entender. La respuesta fue una risa baja, casi ronca, que heló el aire entre nosotras.

Frente a mí se alzaba una mujer de complexión fuerte, de mi misma estatura pero más corpulenta. Su expresión era feroz, sus

mofletes estaban tensos por el esfuerzo. Avanzó sin vacilar y extendió las manos hacia mi cuello. Reaccioné por instinto y atrapé sus muñecas con una sola mano, encerrándolas entre mis dedos. Apreté con fuerza, con la suficiente como para sentir cómo los músculos de mis brazos se tensaban y mis labios se curvaban en una mueca contenida de esfuerzo.

Entonces lo vi. Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. No era rabia. Era malicia.

Solté su piel de inmediato, pero ya era tarde. El contacto se había hecho.

Y fue en ese momento cuando lo percibí, un olor nuevo, leñoso, ahumado. No era el aroma de la magia elemental que impregnaba el aire, sino algo más primitivo, más salvaje. Olía a bosque húmedo, a roca recién partida, a tierra fértil.

Tierra.

Controlaba el elemento tierra.

Y me había tocado.

Mierda.

CAPÍTULO XIV

ÉIRE

Las ramas fueron las primeras en rodear mis dedos. Después, el tacto sedoso de los pétalos se deslizó por mi codo hasta que las espinas se clavaron directamente en mi hombro. Levanté la mirada hacia aquella mujer, e instintivamente sentí cómo mis entrañas se retorcían al ver que su sonrisa se ensanchaba, lenta y satisfecha, como la de un depredador que disfruta del sufrimiento ajeno.

Intenté retorcerme entre las plantas que comenzaban a envolverme, buscando un resquicio de aire, una grieta en su hechizo; pero la hechicera se adelantó y sostuvo mi mano libre antes de que escapara de su alcance. En cuanto los tallos se enredaron alrededor de mi torso, sentí el peso opresivo del hechizo cerrándome el pecho. El aire se volvió escaso, áspero, y la presión me nubló la vista.

—Zorra —siseé, sin poder contenerme. Aquellas malditas ramas me robaban cada fragmento de oxígeno que quedaba en mi cuerpo.

Ella arqueó una ceja, sin molestarse en ocultar su satisfacción. Disfrutaba del espectáculo. Probablemente, estaba a segundos de verme asfixiarme.

—Oh, ¿su majestad está enfadada? —se pavoneó, dejando que su voz rezumara burla.

—Créeme, no me has visto enfadada —farfullé, tirando de los hilos nebulosos dentro de mi vientre.

Los sentía vibrar bajo la piel, enmarañándose en mi interior, despiertos y relucientes mientras se engarzaban con las mentes de las bestias que dominaba. Era un poder vivo, agitado, que solo podía controlar gracias al espíritu de la antigua reina. Sin ella, jamás habría podido contener semejante fuerza.

Era poderosa, sí, pero incluso para mí, ese poder era demasiado vasto.

—Si eres tan poderosa, ¿por qué no escapas de unas simples plantas? —Su tono me hizo querer arrancarle la lengua y hacérsela tragar. Pero me forcé a mantener la calma, a tragar saliva y no darle el placer de verme perder el control.

—Porque estaba esperando eso. —Mis labios se curvaron apenas mientras miraba por encima de su hombro.

La hechicera se giró con rapidez, y en ese gesto, las ramas aflojaron su presión. Pude respirar de nuevo, llenando mis pulmones con un aire áspero, mezclado con polvo y sangre. En ese preciso instante, el ñacú cruzó el cielo y descendió en picado. Su sombra se proyectó sobre nosotras, oscura y veloz, antes de que su enorme hocico se abriera sobre la cabeza de la hechicera.

Para ella pasó inadvertido. Para mí, no.

—No perdería mi energía con seres insignificantes —mascullé al pasar por encima del cuerpo sin vida de la hechicera. Estaba casi igual que antes, salvo porque ahora no tenía cabeza.

No me detuve. No podía hacerlo. Seguí mi camino en dirección al pequeño comandante. No dejaría que lo lastimaran, no mientras pudiera respirar.

Quienquiera que lo hubiera hecho gritar, conocería el verdadero tormento al enfrentarse conmigo. Él era parte de mí, y nadie salía impune tras dañar a la hechicera de las bestias.

Reparé en su posición unos instantes después, estaba acorralado en el borde del puente colgante por tres guardias enemigos.

Oh, ¿así que con batallas injustas?

Yo les mostraría lo que era una verdadera injusticia.

Saqué una daga de mi bota con un movimiento rápido y preciso. El filo brilló bajo la luz tenue mientras lo colocaba justo bajo el mentón de uno de los hombres. Era el más alto de los tres, de mirada fría y firme. Por la forma en que sostenía la espada apuntando al pecho del comandante, comprendí que no era un novato.

Audry me vio entonces. Su mirada, cargada de tensión, se alzó hacia mí, y una mueca fugaz cruzó su rostro.

—Lo tenía todo bajo control —gruñó, balanceándose peligrosamente al borde de los tablones.

Le lancé una mirada significativa hacia su tahalí vacío. Desarmado. No, no lo tenía bajo control, y ambos lo sabíamos.

—No creo que quieras hacer esto. Por tu fuerza y tamaño, no representas una amenaza real para tres hombres armados —dijo uno de ellos con voz grave.

Apreté la hoja contra su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo el acero. No sonaba burlón, más bien convencido de lo que decía, como si estuviera recitando una verdad evidente.

Me incliné hasta que la sombra de su barba rozó mi barbilla.

—Si buscas un verdadero reto, lucha conmigo y déjalo ir. Te demostraré que soy una amenaza digna. —Sentí cómo sonreía—. Si aceptas por tu cuenta, quizá después te dé una muerte rápida.

Sus dos compañeros se carcajearon, aun sujetando a Audry contra las cuerdas del puente. Parecían bravucones adolescentes con músculos, arrogancia y cero inteligencia.

—Está bien, cariño. Jugaremos a tu juego en cuanto me sueltes —respondió el hombre, con una voz tan suave como la miel derritiéndose en mis oídos.

Demasiado fácil. Era una trampa obvia, y aun así me sonrió como si creyera que caería. Sabía que, si lo soltaba, intentaría matarme, y sus amigos empujarían a Audry al vacío.

—Nah, era una broma. No creo que pudieses seguirme el ritmo. —Separé la daga de su cuello y, sin pensarlo, la lancé con precisión letal hacia uno de los hombres que retenían a Audry.

La hoja silbó en el aire y se incrustó justo bajo su ceja rubia, atravesándole el ojo.

El jadeo ahogado del hombre fue todo lo que Audry necesitó para reaccionar. Aprovechó la distracción, levantó una pierna y pateó el rostro de su agresor. Se oyó un gemido quebrado y el chasquido seco de un hueso fracturado. Antes de que pudiera verlo caer, el caos volvió a cubrir el puente de cuerpos sangrientos y las armas siendo blandidas.

El hombre al que había mantenido contra mi daga se giró entonces hacia mí. Su mirada era una fiera desatada. El cadáver de

su amigo aún caía por el abismo, y cuando el cuerpo golpeó el agua con un sonido hueco, supe que estaba muerto. Irremediablemente muerto.

Por mi culpa.

Yo lo había matado. Y no tuve la cobardía de negarlo.

Ahora podía ver en su rostro fruncido, que compartía mi mismo pensamiento: me mataría. Ya no por placer ni por honor, sino por venganza. Era una ira visceral, primitiva, una furia que conocía demasiado bien. Nadie entendía mejor que yo lo que era dejarse consumir por ese fuego interno que devora todo.

—Estás muerta —dijo, y las palabras se escaparon de su boca como un suspiro lleno de veneno.

—Pues yo me siento bastante bien. —Me encogí de hombros—. Aunque, ahora que lo mencionas, no me vendría mal una cerveza.

Era un intento torpe de conservar la calma. Sabía que en ese instante no habría tregua, ni tiempo para ironías. Aquel hombre estaba fuera de sí. Su rostro era una máscara de odio, las venas de su frente sobresalían con violencia y los músculos de su cuello parecían tensarse hasta el límite de romperse.

No tuve oportunidad de pronunciar otra palabra. Balanceó su espada y se lanzó sobre mí, con la mandíbula apretada y una determinación ciega en la mirada.

Giré sobre mis pies, esquivando el golpe por una fracción de segundo. Me sostuve con dificultad en la punta de los dedos, a punto de perder el equilibrio. La sangre se extendía por el suelo como un espejo irregular y resbaladizo. Un movimiento en falso podía sellar mi destino, sobre todo frente a un enemigo tan rápido y calculador.

Llevé una mano a mi cadera, buscando instintivamente una de mis armas, pero ya me había deshecho de todas. Maldije en silencio e intenté idear una salida.

No podía recurrir a mi magia. No esta vez. Sentía la energía drenada, como si cada célula de mi cuerpo gritara de agotamiento. Había invocado y controlado demasiadas criaturas; el precio de mantenerlas bajo mi dominio era alto. Incluso con la ayuda de Gianna, apenas podía sostenerme.

Solo me quedaban mis habilidades físicas… y la posibilidad de arrebatarle un arma a alguno de los muertos antes de que él me atravesara.

Entonces vi un hacha girar sobre el suelo, deslizándose hasta detenerse a un par de metros. Me abalancé sobre ella, la tomé con firmeza y la levanté. Reconocí al instante su diseño, pertenecía a los guerreros de Güíjar.

Al alzar la vista, mis ojos se encontraron con los de Haakon. Me observaba desde la distancia, y asintió con un gesto breve, casi imperceptible. A su lado, vi a Audry. Estaba vivo, ileso, incluso con una expresión de orgullo contenida.

Por un momento, la sorpresa me paralizó. ¿En qué momento se habían conocido personalmente? ¿Cómo habían acabado luchando codo a codo?

No tuve tiempo para pensarlo. El filo de una espada cortó mi costado con una precisión dolorosamente limpia. Sentí el desgarrón en la tela y el calor inmediato de la sangre empapando mi túnica.

El dolor me atravesó como una ráfaga. No logré contener el gruñido que se escapó de lo profundo de mi garganta.

Sujeté el hacha y la balanceé por encima del hombro, aunque el movimiento hizo arder la herida. La sangre descendía por mi vientre, tibia y constante, hasta resbalar en las botas. Aun así, apreté la mandíbula y me negué a emitir un solo gemido frente a ese hombre. No le daría el gusto de saberse vencedor.

El enemigo esquivó mi ataque con facilidad y arremetió de nuevo. Su cuerpo chocó de lleno contra el mío y golpeó justo donde me había herido. Un dolor punzante me recorrió la columna, robándome el aire. Perdí el equilibrio y caí bajo su peso. Su cuerpo me inmovilizó con la fuerza de una bestia, y sus muslos me aprisionaron con un control feroz.

Cerró su mano en un puño y la alzó, decidido a destrozarme el rostro. Logré apartar la cabeza a tiempo del primer golpe, aunque mis fuerzas se escapaban con la sangre que empapaba la madera bajo mí. Pero el segundo impacto no tuve cómo evitarlo.

El crujido de sus nudillos contra mi nariz resonó dentro de mi cabeza, apagando todo sonido. El mundo giró a mi alrededor y la

conciencia se me deslizó entre los dedos. No oía nada, no veía nada con claridad. Solo el puño del enemigo, levantado de nuevo, impaciente por seguir golpeando.

Debía levantarme. Lo sabía. Iba a hacerlo en…

No hizo falta. El peso desapareció de encima de mí con un tirón violento. Escuché un forcejeo, un golpe seco, el arrastre de algo sobre el suelo ensangrentado… y luego un siseo.

Ojitos… sé que puedes escucharme. Detente ahora mismo.

Pensé las palabras con tanta intensidad que casi las pronuncié. Apenas un murmullo escapó de mis labios. El calor espeso que se acumulaba bajo mi espalda me advirtió que estaba perdiendo demasiada sangre.

Reuní lo poco que quedaba de mi energía y, con esfuerzo, me incorporé hasta apoyar los codos en el suelo. La visión se me nublaba, pero debía ver qué ocurría con el aminqueg.

El silencio me envolvía como un vacío inquietante. Entrecerré los ojos, tratando de enfocar la vista. Todo parecía distorsionado, envuelto en una neblina rojiza. Había cuerpos por todas partes, tantos que ya no podía distinguir de qué bando eran. Por un instante temí que hubiésemos perdido la batalla.

Entonces lo vi. El ser escamoso de múltiples ojos, cada uno brillando con un resplandor cambiante, se interponía entre mí y el enemigo. Mostraba los dientes, afilados y húmedos, mientras aquel hombre de cabello cobrizo levantaba su espada aún cubierta de sangre.

Por un momento creí que no tenía nada de qué preocuparme. Ojitos era un ser psíquico, compensaba su sordera con la capacidad de leer las mentes. Nadie podía anticipar un ataque ante él; conocía cada pensamiento antes de que se convirtiera en acción.

Y sin embargo, algo me oprimió el pecho. Una punzada fría de presentimiento.

Ojitos… vete de aquí.

Repasé con detenimiento al hombre frente a mí, buscando cualquier objeto que pudiera representar una amenaza para Ojitos. Fue entonces cuando algo llamó mi atención: una estaca enfundada en su cintura.

¿Una estaca? ¿Quién portaría una estaca? Solo podía ser para alguien especial, alguien que necesitase una madera concreta para eliminar a otro ser… o algo más.

—No —quise gritar, pero el sonido que se me escapó fue apenas un susurro.

Ojitos pareció comprender de inmediato lo que ocurría. Sus múltiples ojos se abrieron con una expresión sorprendentemente humana, reflejando un miedo genuino que me atravesó el pecho. Aun así, no retrocedió. Tal vez entendía que huir significaría abandonarme a merced de aquel hombre.

Con un movimiento rápido, se lanzó hacia el guerrero. Sus colmillos se clavaron en el cuello del enemigo justo cuando este desenvainó la estaca y la hundió en uno de sus ojos. La mordida de Ojitos era firme, letal; había sentenciado la vida del hombre con una precisión salvaje.

Pero no fue el único que encontró su destino en ese instante. El cuerpo de Ojitos se retorció con fuerza, golpeando los tablones del puente mientras su cola azotaba con violencia. Su piel se cubrió de un tizne oscuro que parecía absorber la luz alrededor. Antes de que pudiera arrastrarme hasta él, sus escamas comenzaron a transformarse en una niebla densa y oscura. La bruma saltó a lo largo de su cuerpo hasta casi cubrir su cabeza, justo en el lugar blando que siempre le acariciaba con cuidado.

Abrí los labios, impulsando mi cuerpo hacia adelante. Me arrastré sobre mi propia sangre para apoyarme en los codos. Mi piel se raspó contra la madera, y más perlas de sangre empaparon mi túnica ya hecha jirones.

Antes de que el aminqueg desapareciera por completo en la niebla —una bruma que se parecía demasiado a la que los razha solían invocar— logré alcanzarlo y sostenerlo con mis dedos ensangrentados. Sus escamas estaban heladas, mucho más de lo habitual.

No podía hablar, pero comprendía perfectamente lo que quería transmitir. Su sacrificio me decía todo, había muerto protegiéndome.

Has sido un gran amigo, Ojitos. Mejor que muchos.

La bruma continuó su danza serpenteante, envolviendo su cuerpo casi por completo, pero me dio tiempo suficiente para sentir su cabeza rozando mi palma, un gesto afectuoso que duró un instante.

Luego desapareció entre mis dedos y la espesa niebla se absorbió en la tierra de Gregdow.

Él había muerto.

CAPÍTULO XV

ÉIRE

A veces me daba cuenta de lo inestable que era. Solo por breves instantes, cuando levantaba la vista de la sangre o del alcohol. No creía que fuera la única que evadía el sufrimiento, pero sí sabía que era lo suficientemente cobarde como para hacerlo infligiéndome daño a mí misma: alcohol, heridas o algo tan simple como los insultos.

No importaba. Siempre caía en el mismo ciclo. Solo lograba adormecer mi dolor creando nuevas heridas que intoxicaban mi cuerpo, mi mente o mi alma. Y si no bastaba con lastimarme a mí misma, intentaba herir a los demás. Supuse que eso lo había aprendido de mi madre.

O de mi padre, que, a decir verdad, nunca había estado realmente.

Al fin y al cabo, los padres eran los principales responsables de que sus hijos terminaran dañados. Quisieras o no, tus referentes definían tu forma adulta de lidiar con el dolor con poca o demasiada atención, evadir la comunicación o someter al hijo a interrogatorios constantes; prohibir demasiado o ignorar su existencia, imponer presiones inhumanas o ser el vivo ejemplo del fracaso; insultar continuamente mientras se convencían de que no era maltrato porque nunca levantaron la mano, o, peor aún, justificarlo con la borrachera o el fanatismo, como hacía mi madre.

Lo más irónico era que luego te juzgaban por tus actos, como si su culpa no existiera.

Si era adicta, era culpa de mi madre. Si había asesinado, era porque nunca me trazaron la línea entre el bien y el mal. Si sufría

dependencia emocional, era porque nunca tuve un referente cuerdo durante mi infancia.

Y no, no se trataba de cobardía ni de negación de mis errores, sino de la pura verdad. Había normalizado esos comportamientos desde niña y crecido creyendo que eran correctos.

Pero sabía mejor que nadie que no lo eran, porque nunca se sentían bien.

Ahora estaba en mi mano acabar con esos ciclos. Pero, ¿cómo deshacerse de aquello que te protegía del dolor? ¿Cómo cambiar mis mecanismos de defensa cuando eso implicaba desnudar el corazón y permitir que lo apalearan otra vez?

Porque, sinceramente, no estaba segura de ser tan valiente.

—¿Éire? —dijo Audry con cautela, entrando en mi tienda con un plato de madera entre las manos.

Había permanecido a mi lado toda la noche tras la batalla, asegurándose de que Cala cambiara las compresas frías de mi frente cada cierto tiempo. No era la herida de mi costado lo que le preocupaba —aquello se había encargado un hechicero en cuanto llegamos al campamento— sino que yo insistiera en embriagarme para evadir el dolor emocional. Gracias a eso, aquella no había sido la mejor noche de mi vida.

—Traje una sorpresa para que te animes y no me odies demasiado.

—Más te vale que sea una cantidad indecente de comida. Preferiblemente pollo —mascullé, incorporándome sobre los cojines apilados donde había pasado las horas posteriores a la batalla. Cala estaba a mi lado, dejando escapar un hilo de baba de la comisura de su labio, pero sin moverse de su postura desde el amanecer, de rodillas casi a la altura del pecho y con los dedos de los pies encogidos.

Audry soltó una risa baja, aunque ambos sabíamos que nadie podía estar alegre tras lo sucedido en Normagrovk. No solo se trataba de Ojitos, sino de todos los hombres que habíamos perdido: casi mil. Al menos habíamos tomado el puente, y ahora debíamos mantenerlo.

—Es incluso mejor —afirmó, sentándose a mi lado. Algunos remolinos de vapor se levantaban sobre el plato. Me lo ofreció con una sonrisa enorme, y no pude evitar reír al ver el torpe intento de carita hecho con carne. Había dos tiras de pollo finas que simulaban cejas fruncidas, la boca era una línea apretada; los ojos, dos enormes chuletas de cerdo ligeramente chamuscadas, y la nariz, una pizca de especia. —¿Lo ves? Es igual que tú.

—Parece muy gruñona.

—Por eso —dijo él con naturalidad, como si fuera un hecho irrefutable.

Reí incrédula. Estaba destrozada, pero su presencia era reconfortante. Audry era como la magia sanadora, aunque no fuese hechicero, solo mi mejor amigo.

—Dámelo antes de que sea consciente de tu insulto —le pedí, conteniendo un esbozo de sonrisa. Su mirada satisfecha delataba que había logrado provocarme. Dejé que el plato reposara sobre mis rodillas y, casi de inmediato, tomé un trozo de carne y mordí con hambre.

Su sonrisa permanecía despreocupada, pero noté cómo me observaba con atención, esperando que rompiera en llanto por fin. Desde anoche no había derramado una sola lágrima. Tras curar mis heridas externas, intenté sumergirme en el vino espumoso, perderme en la ebriedad, pero él me negó esa vía. Me quedé sola con el nerviosismo que palpitaba en mi pecho. La ansiedad, el dolor que trascendía lo físico y la necesidad empezaron a apoderarse de mí.

Sentía la garganta cerrarse, secarse y agonizar. Maldecía a Audry, aunque ahora podía comprender que solo quería ayudarme. Anoche le dije cosas horribles mientras me sostenía contra su pecho; preferí no recordarlas, era demasiado vergonzoso admitir que eran ciertas.

—¿Estás bien? Quiero decir, pareces mejor, pero… ¿cómo te sientes? —finalmente preguntó, tomando valor. Parecía entender que ahora era el momento adecuado para hablar, lejos del torbellino emocional de hace unas horas.

Tragué saliva, sintiendo cómo la carne se comprimía en la boca del estómago. Aparté la comida. Había perdido el apetito. Sabía que

debía obligarme a comer, pero lo único que ansiaba era el calor del alcohol.

—No sé qué responderte, Audry. No soy buena interpretando lo que siento, y mucho menos encontrando palabras para expresarlo. —Humedecí mis labios y lo miré de reojo—. Pero eso no es prioritario ahora. ¿Habéis descubierto de qué madera está hecha la estaca?

Su mirada se oscureció. Supe que no tendría una respuesta afirmativa.

—Nadie lo sabe.

—Déjame tocarla otra vez —dije, extendiendo la mano. Él vaciló apenas un instante.

—¿Estás segura? Si llega a traspasar tu carne, podrías morir.

Incliné la cabeza, manteniendo mi postura solo con la mirada. Él suspiró, como si aceptara una batalla perdida, y extrajo la estaca de su tahalí. Me la entregó con sumo cuidado, evitando presionar demasiado las yemas de los dedos sobre la madera, probablemente temeroso de clavarse alguna astilla. Aunque suponía que el arma no afectaba a humanos, solo a quienes albergasen suficiente magia en su interior.

—Es muy extraño, porque puedo sentir la magia crepitando en la madera, pero se trata de un objeto inanimado. ¿Cómo es posible? —murmuré, más para mí que para Audry.

Las puntas de mis dedos recorrieron la estaca y percibieron pulsaciones que hacían vibrar mi piel. Intenté discernir de qué tipo de magia se trataba, pero fue inútil. No había un olor ni un sentimiento distintivo, solo presencia mágica. Era… pura. Como si no representara una habilidad concreta, sino poder concentrado. Nunca había sentido algo igual.

—¿Mhm? —interrumpió Cala repentinamente, entrecerrando los ojos en nuestra dirección. Se frotó los párpados y se incorporó con torpeza.

Audry no ocultó la risa.

—Te van a otorgar un diploma por ser la mejor criada del año —se burló abiertamente.

Ella parpadeó varias veces, confundida, hasta que reparó en mi presencia y la somnolencia desapareció de su mirada. Se incorporó con rapidez, sacudiendo la cabeza.

—Por todos los dioses, no sé qué me ha pasado. Estaba agotada, aunque sé que eso no es excusa, y…

—No importa. ¿Quieres almorzar? —le pregunté, con una sonrisa que se dibujaba en mis labios mientras le acercaba el plato.

Intentó disimular su ceño fruncido al ver la carita antipática de pollo, ahora sin ceja, pero no pudo evitarlo. Aun así, no protestó y tomó el plato entre sus dedos.

Inmediatamente, me giré hacia Audry y le devolví la estaca con un suspiro resignado.

—Será mejor que nos deshagamos de ella cuanto antes.

—¿Ese es el arma que pudo acabar con Ojitos? —intercedió Cala, mirando fijamente la estaca mientras masticaba. Audry y yo asentimos al unísono, compartiendo una mirada desconcertada—. Creo que sé de qué está hecha.

Nos dirigió una mirada inquisitiva, como pidiendo permiso para tocarla. Audry se la acercó y ella limpió sus dedos grasientos en su ropa antes de cerrar las manos en torno a la madera. Al observar cómo su expresión se iluminaba, supe que había reconocido el tacto.

—¿Cómo puedes identificarla? —pregunté.

—No es la estaca, sino el material —explicó rápidamente—. Mi padre era leñador y sé reconocer de qué zona de Nargrave proviene cada madera, sobre todo este tipo.

—¿Y? ¿De dónde es? —insistió Audry.

Cala tragó saliva, alternando la mirada entre ambos.

—Gregdow. Esta estaca proviene de un árbol de Gregdow. De ahí sus propiedades mágicas.

Maldije entre dientes y clavé mis uñas rotas en la palma de mi mano. La ira se apoderó de mí. No solo habían creado un arma para acabar con mis monstruos y hechiceros, sino que además habían osado tocar mi bosque, el antiguo reino de los hechiceros, destruido por Iriam.

Tensé la mandíbula.

—Fuera de aquí —farfullé, sin apartar la mirada de ellos. Noté sus ojos sobre mí, pero ninguno se movió—. ¡He dicho que os vayáis!

Sabía que estaba descargando mi frustración sobre quienes no la merecían, pero no me importaba. Necesitaba estar sola. Quería asesinar a Eris, escucharla suplicar clemencia y negarme a detenerme. Lo deseaba de manera irracional.

Cuando ambos salieron de mi tienda, compartiendo miradas visiblemente preocupadas, no intenté reprimir mi furia. Tiré los mapas de la mesa, dejando que el agua de tormenta se derramara al suelo. Solté un gruñido de frustración y estuve a punto de gritar, iracunda.

Mis ojos se posaron en la jarra de vino sobre la mesa. Extendí la mano temblorosa hacia ella. Solo un sorbo. Si mojaba mis labios, nada cambiaría, nadie se decepcionaría.

La sostuve con ambas manos y acerqué mis labios agrietados al borde. Un pequeño trago. Insignificante. Muy pequeño, tan solo…

—¡Joder! —maldije, arrojando la jarra al suelo. Sacudí la cabeza varias veces y limpié la fina capa de sudor de mi frente. Me levanté de golpe y me dirigí al exterior.

Era hora de visitar a Serill y despertar a Keelan, porque por mucho que intentara convencerme de que podía, sabía que esta no era una batalla para enfrentar sola.

CAPÍTULO XVI

ÉIRE

—¿Dónde se supone que vas? —me preguntó Asha, alcanzándome mientras recorría el campamento.

Apreté el cuero que rodeaba mi cintura y me aseguré de que las armas estuviesen bien sujetas. Le lancé una rápida mirada a la elaboradora, quien se había apresurado a guardar los frascos que servirían para embalsamar a Keelan. Aun sentía el dolor punzante en la muñeca, mientras cubría la herida con la manga, recordando el nuevo pinchazo que Asha había provocado al robarme un recuerdo.

—Voy a buscar a Serill. Tenemos que resucitar a Keelan antes de atravesar el acantilado —respondí, lacónica, esperando una reacción. Ella asintió y dio unas zancadas para alcanzarme.

No pude evitar sorprenderme. Desde la pelea de ayer, no esperaba que quisiera entablar otra conversación.

—Me gustaría pedirte perdón —aseguró, aferrándose a las asas de su bolsa, donde escondía sus elaboraciones, siempre a mano.

Fruncí el ceño ante sus palabras y desvié la mirada hacia los entrenamientos que lideraba Audry. Él se ocupaba de la práctica con las armas, Haakon del combate cuerpo a cuerpo y Brunilda de las habilidades mágicas. Cuando había supervisado por primera vez, y única, las luchas entre los guerreros, me sorprendió la destreza de Audry con la espada. Antes era competente, incluso bueno, pero con el tiempo su habilidad había crecido de forma notable. En un combate restringido a armas, dudaba que alguien pudiera seguirle el ritmo.

A su lado, Brunilda y Haakon parecían más hermanos que compañeros de batalla. Ambos explotaban sus fortalezas y complementaban al otro. Mientras ella explicaba cómo focalizar la

magia y los momentos exactos para usarla, Haakon corregía, casi como si fuera una molestia, los ataques corporales, diciendo qué partes del cuerpo debían golpear si la fuerza física sustituía al poder mágico.

Los hombres y mujeres que entrenaban pertenecían al ejército de Evelyn o al de Valhiam. Muchos desconocían la brutalidad de Güíjar y carecían del conocimiento profundo que Keelan había transmitido al comandante. No todos recibían entrenamiento, pues sería imposible instruir a centenares, pero los menos diestros eran obligados a participar.

Por un momento, me pregunté cómo habría sido la vida de esos soldados antes de la guerra que habíamos comenzado. Probablemente miserable. Llamarlos desgraciados era un eufemismo, para los demás, siempre serían monstruos.

Mi madre me había considerado toda mi vida una aberración y un error, se dedicó a recordármelo hasta que se grabó bajo mi piel. Me hizo odiarme por mi poder, por mi identidad. Me hizo sentir que representaba una amenaza para las voces que habitaban su cabeza, apodadas por ella "dioses".

Si era sincera, todo esto había comenzado como una venganza personal y, en gran parte, aún lo era. Pero también se trataba de supervivencia y de derechos básicos sobre impedir que esa mujer matara a todos los seres mágicos como si no importáramos.

Éramos más rápidos, más fuertes, más poderosos. Antes habíamos sido el reino más rico e importante jamás visto, y nos aplastaron como si fuéramos una plaga, al perdonarnos la vida solo para utilizarnos. Esa discriminación no había disminuido; simplemente la disfrazaban con la esclavitud a la que nos sometían los humanos. Nos habían desplazado, humillado y usado. A muchos nos habían cazado, y a los monstruos razha los habían intentado aislar y exterminar una y otra vez.

Yo misma había estado atada al rey de Zabia, creyendo que jamás podría escapar de ese destino. Ahora, sin embargo, tenía más. Tenía poder y batallas que librar. Podía matar en un campo de batalla, sentir la adrenalina correr y el control de las vidas ajenas en mis

manos. Podía hacerlo como antes solo soñaba. *Podía.* Quizá sonara narcisista y cruel, pero era la verdad.

Y lo más importante, podría disfrutar de mi pequeño triunfo cuando escuchara los gritos desesperados de Eris.

—¿Por qué lo sientes exactamente? —pregunté, deteniéndome frente a ella.

Asha casi chocó conmigo, pero ajustó el equilibrio y permaneció erguida sobre sus pies. Pareció sorprendida por mi pregunta.

—No me disculpo por interesarme en tu vida ni por preguntar, sino por la forma en que lo hice. Podría haber parecido que juzgaba tus acciones, pero no fue así —explicó, encogiendo los hombros—. Por eso me disculpo, Éire. No por lo que dije, sino por cómo lo dije. Y, como muestra de simpatía, quiero acompañarte a visitar a tu tía.

Bufé, casi por inercia.

—Llámala simplemente Serill. Prefiero pensar que no me queda ningún familiar vivo —respondí y giré para continuar mi camino hacia los límites del campamento, donde comenzaban las primeras briznas de hierba de Gregdow—. Bueno, tal vez dejaría vivir a Nyliss.

Ella me alcanzó con algunas zancadas.

—¿Nyliss es la de los ojos llamativos?

—Ajá —afirmé.

—¿Y es de tu familia?

—Sí, de mi familia materna. Es como una prima muy lejana.

—¿Y por qué dudas respecto a si dejarla vivir?

Por cómo ladeó la cabeza y me observó con atención, supe que se preguntaba si le ocultaba algo.

La verdad era que no. Estaba demasiado enfadada con todo el mundo como para siquiera planear una mentira sobre Nyliss para cada curioso que me preguntase. Prefería cortarle la garganta a cualquiera que intentara entrometerse y dejar que sus gorgoteos cesasen.

—Soy una persona versátil. No sé cuándo podría cambiar de opinión.

No ofrecí más explicaciones, y ella tampoco las solicitó. Sin embargo, no parecía del todo convencida. Aun así, no tuvo

oportunidad de investigar más, pues llegamos al borde del bosque y la detuve.

Ashania frunció el ceño.

—Si vamos a pie, tardaremos demasiado.

Sonreí con calma.

—¿Quién ha dicho que vayamos a pie?

Inspiré profundamente y cerré los ojos un instante. Mi magia estaba débil, fragmentada y exhausta. Apenas sentía unos hilos ennegrecidos y quebrados que se agitaban, implorando clemencia, rogando que los dejase recomponerse. Pero no podía permitírmelo. Los necesitaba. Aunque ello supusiera arrastrar mi cordura consigo.

Sentí la presencia que buscaba no muy lejos. Bajo la tierra, dormía en su escondrijo, con la barriga vacía y tan escuálido como un niño hambriento. Percibí su dolor, su hambre y su cansancio. Noté cómo su magia apenas relucía en su corazón, apagada tras años de ocultamiento. Me introduje en su olfato, en sus escamas, en sus órganos. Procuré que me sintiese y escuchase el cántico de mi espíritu. Si reconocía mi magia como la de Gianna, vendría conmigo.

Y lo hizo. Lo supe cuando la tierra bajo nuestros pies tembló, apenas perceptible en señal de que el monstruo se aproximaba.

Justo frente a Asha y a mí, un surco en la tierra se abrió en dos, dejando asomar la cabeza cubierta de escamas brillantes de un dragón.

La elaboradora contuvo la respiración.

—Nunca… nunca había visto uno con mis propios ojos —murmuró, sin aliento.

—Él nos llevará a casa de Serill —le aseguré mientras el dragón razha de escamas carmesí emergía al exterior con un salto ágil de sus patas flexionadas. No era grande; de hecho, su tamaño era reducido, pero suficiente para que ambas pudiésemos caber en su lomo.

Di unos pasos hacia él. La criatura me observaba con ojos curiosos. Levanté la mano para acariciar su cabeza, pero inmediatamente se encogió y retrocedió. Tragué saliva con dificultad; mi corazón se hundió en el pecho.

Ni siquiera quería imaginar el daño que habrían causado para que sintiese un miedo tan intenso.

Me arrodillé a su lado. El dragón mantuvo la cabeza baja. Sus enormes ojos ámbares permanecían fijos en el suelo, incapaces de alzar la mirada. Por el temblor de su cuerpo, comprendí que deseaba regresar bajo tierra y cubrirse con piedras, ocultarse para siempre.

—Sé que tienes miedo. Yo también lo tengo. La vida es una verdadera mierda, sobre todo para seres como tú y como yo. Pero no pretendo hacerte daño, ¿de acuerdo? —Para demostrarlo, deshice el nudo que sujetaba las armas a mi cadera y las dejé caer a un lado. El golpe hueco sobre la superficie atrajo su atención y, por fin, levantó la cabeza. Parecía desconcertado mientras alternaba la mirada entre el cinturón y yo—. Estoy desarmada y sabes que mi magia ha sido diezmada. No podría contra un insecto ahora, así que no tienes motivos para temerme.

Sentí la intensa mirada de Asha sobre mí, tan fija que parecía grabarse en mi nuca. El dragón ladeó la cabeza, evaluando mis palabras, y tras unos segundos dio un paso hacia mí.

Deslicé mis dedos por sus cálidas escamas, que cedieron bajo mi toque. El monstruo ronroneó, acurrucándose instintivamente contra mi regazo.

—Ahora necesitamos que nos lleves, pero prometo mimarte en otro momento, ¿vale, chico? —El apodo me recordaba a alguien de manera dolorosa, y el pecho se me oprimió, aunque no lograba reconocer a quién. Cada intento de memoria se desvanecía entre mis manos, como si nunca hubiera existido.

Le di unas palmadas suaves sobre los muñones donde deberían estar sus alas y luego insté a Asha a acercarse. Pasé mi pierna por el lomo del dragón. No se movió cuando la elaboradora se subió a horcajadas justo detrás de mí.

Cuando sintió el peso de ambas, avanzó con sus pequeñas garras hacia el hueco que había creado al emerger de su refugio subterráneo.

—¿Sabes montar sobre él? —preguntó Asha cuando la luz del sol desapareció al adentrarnos bajo tierra. Las sombras cubrieron casi

todo, salvo la franja de superficie por la que aún se colaban rayos débiles.

—Sinceramente, no tengo idea —admití.

—Ah, eso está bastante… bien —dijo ella, tragando saliva—. Supongo.

Esbocé una sonrisa, que se congeló cuando el dragón arrancó a correr. No fue un avance progresivo, como un paso que se transformara en zancadas y luego en trote. No.

Pareció deslizarse sobre la tierra como si el túnel fuera una pendiente resbaladiza cubierta de grasa, impulsándose sin esfuerzo. Con unas cuantas zancadas, las paredes temblaban, nos lanzaban guijarros y nos azotaban con ráfagas de aire violentas.

El túnel vibraba a nuestro alrededor. Todo se transformaba en pinceladas color melaza, fragmentos distorsionados que se sucedían como páginas de un libro que se plegaban y giraban, todas convergiendo hacia un final común.

Hebras de mi cabello golpearon mi rostro mientras el dragón pateaba una pared para girar hacia la derecha. Usó el impulso para trepar la otra pared y se balanceó entre ellas con naturalidad instintiva. La evolución había convertido a esta criatura en un maestro subterráneo, y lo había hecho extraordinariamente bien.

Probablemente, porque no les quedaba alternativa.

—Éire, ¿te he comentado que suelo vomitar con facilidad? —comentó Asha, elevando la voz mientras acercaba los labios a mi oreja, para intentar hacerse oír entre los pisotones del dragón. Aun así, no logré entender más que unas exclamaciones confusas.

—¿¡Qué!?

—¡Que voy a vomitar!

—Joder, espera a que lleguemos —mascullé, esforzándome por hacerme entender.

Mi estómago también estaba revuelto desde la noche anterior, así que si ella cedía ante las arcadas, era probable que yo siguiera su ejemplo. Y no era algo que deseara en absoluto.

No tuvimos que esperar mucho. La criatura escamada se detuvo de golpe. Hundió las garras delanteras en la tierra y frenó

bruscamente, amenazando con lanzarnos hacia adelante por la fuerza del impulso.

Me agarré con firmeza a su cuello y Asha clavó sus uñas en mis hombros, tratando de no rodar por el túnel. Justo cuando el monstruo razha aún no había tenido oportunidad de excavar hacia la superficie, un bastón atravesó el techo terrario frente a nosotras. Un círculo de luz se trazó sobre el suelo y me obligó a apretar los labios ante la repentina iluminación.

Ni siquiera tuvimos tiempo de pestañear cuando la voz de Serill se coló en el hueco, acompañada por la cálida luz del mediodía.

—Si hubierais tocado las raíces de mis sauces, contaría con vuestros ojos para mi colección personal.

No pude responder. Antes de que pudiera hacerlo, Asha se apartó a un lado y vomitó sobre las patas del dragón.

CAPÍTULO XVII

ÉIRE

Aterricé sobre el asiento tapizado de la casa de Serill, arrastrando un cuenco rebosante de patatas cocidas con legumbres. Justo por encima del guiso, Serill espolvoreó una pizca de pimentón mientras tomaba un mendrugo de pan y le daba un mordisco.

—He oído que recientemente Eris ha atacado Güíjar —comentó la anciana, mientras tomaba una patata con migas de su panecillo—. Es curioso que la reina de Iriam decida iniciar una guerra contra Evelyn después de haberla dejado ir hace unos meses, provocando disturbios en la capital y conspiraciones entre los nobles para sacarla del trono.

Me esforcé por no intercambiar mirada con la elaboradora. Habíamos sembrado dudas en la mente de los ciudadanos; ahora debían cuestionar la legitimidad de Eris como gobernante. Si lográbamos que la aristocracia y la baja clase social comenzaran a dudar, ni siquiera sería necesario convencerlos de que yo era una mejor opción.

—Es bastante curioso, sí —asentí, tragando con esfuerzo unas legumbres. Limpié el sudor de la frente, pero el calor seguía acosándome—. ¿Y cómo sabes eso?

Sus ojos brillaron con una intensidad peligrosa. Apenas conocía a mi tía, pero podía afirmar que cada gesto suyo parecía ocultar un pensamiento malicioso o una intención secreta. Era como si siempre estuviera un paso por delante, anticipando lo que uno pensaba, incluso cuando no debería.

—Mucha gente pasa por aquí. Al fin y al cabo, es el punto de encuentro de los cinco reinos. Mercaderes y buhoneros atraviesan

este bosque constantemente, así que si prestas atención, puedes descubrir ciertas cosas.

Asha carraspeó y limpió la comisura de su labio con un pañuelo. Ambas aún teníamos el cabello revuelto tras el viaje por los túneles del dragón, aunque ella había logrado mantener sus trenzas casi intactas, protegidas bajo sedas pajizas.

—Adelante, decidme, ¿qué hacéis aquí? —La anciana nos miró fijamente, pasando la lengua por sus finos labios y encías. Desde que llegamos, mi tía había hablado más con Ashania Minceust que conmigo, interesándose genuinamente en su familia. A mí, apenas me dirigió un par de miradas y ordenó que alejara a mi dragón de Lulú.

Lo había hecho. El monstruo escarlata permanecía a mis pies, quieto, atento a mis movimientos.

Miré a Asha, pidiéndole silenciosamente que nos dejara a solas. La mujer de piel ébano asintió una sola vez y arrastró la silla hacia atrás, retirándose hacia el pasillo. Lo último que percibí de ella antes de desaparecer fue el roce de su falda ligera contra los talones.

—Se te ve fatigada. ¿Quieres una copa? —Su voz parecía desinteresada, pero ambas sabíamos que era una evaluación. Parecía intuir que no podía beber alcohol. Ni siquiera quería preguntarle de nuevo sobre sus fuentes, ni sobre mi desintoxicación. Al fin y al cabo, no obtendría respuesta; su clarividencia era evidente.

Miré a mi tía con un desagrado apenas disimulado.

—No bebo. Ya no —respondí con rapidez, notando de inmediato el leve temblor de mi voz—. Pero eso no importa ahora. He venido a hablar de Keelan.

—Mmm, sí, el príncipe. He oído que vuestra relación se ha estrechado recientemente.

Clavé la mirada en su rostro con intensidad.

—¿Cómo lo revivo, Serill? —pregunté sin rodeos.

—Este es un asunto delicado y pantanoso. No deberías indagar en cosas que te sobrepasan, niña.

No intenté ocultar el gruñido que se formaba en mi garganta.

—Subestimas a los demás como si nunca mereciesen recibir el mismo conocimiento que tú. Sin embargo, mira de qué te ha servido, has envejecido sola, repudiada por la sociedad, y morirás sin que nadie vele tu cuerpo —dije entre dientes, mientras la irritabilidad bullía al sentir el olor del alcohol a apenas un palmo—. No quiero tus lecciones, sobre todo cuando no eres un símbolo de gloria y triunfo. Respóndeme ahora, y yo decidiré si la respuesta me sobrepasa.

Contrario a lo que esperaba, la vieja esbozó una sonrisa afilada y me miró con un brillo de aprobación. Apartó su plato ya vacío y posó los ojos en el mío, con interés en mi guiso casi intacto.

—Cuando tu madre huyó de Iriam, los dioses le encomendaron una misión, debía acabar con Rauthier Güillemort y su corte. Logró que Symond Gragbeam la incorporara a su séquito e inventó todas esas mentiras sobre su grandeza a cambio de entregarme por haber envenenado a Gianna. Intenté explicarle que Gianna había decidido sumirse en un sueño eterno por propia voluntad, pero no me creyó y concluyó que debía sentenciarme a la horca. ¿Sabes cómo conseguí que me perdonara la vida? —preguntó Serill.

Negué varias veces con la cabeza. La verdad era que no tenía idea de cómo lo había logrado. Había supuesto la primera vez que pisé esta cabaña que Keelan y ella se conocían previamente, pero hasta entonces no había encontrado la conexión dentro de esta historia. Al tocar los lapislázulis y ver aquel fragmento del pasado de la antigua reina de Gregdow y Serill, comprendí finalmente que ese era el motivo por el que mi tía había confesado haber huido de algo. Ese "algo" ahora tenía un nombre, y si efectivamente se trataba del rey de Zabia, era evidente que, por muy profundo que se adentrara en el bosque, Symond podría haberla encontrado.

—Me permitió vivir en Gregdow, siempre y cuando analizara al huérfano que su amada le obligó a acoger y determinara si estaba preparado para ser enviado al palacio. Yo era la única que conocía ese secreto, y con ese acuerdo Symond podía asegurarse de que tendría que llevármelo a la tumba si quería sobrevivir unos cuantos años más.

—¿Qué debías analizar en Keelan exactamente?

—Era un mercenario, así que estábamos seguros de que no había recibido una educación adecuada. Tuve que reforzar sus escasos conocimientos en historia, ortografía, caligrafía, matemáticas y otras disciplinas que se prolongaban en una larga lista. Además, me tomé el privilegio de conocerlo personalmente. Descubrí que su madre no era humana, así que deduje que él tampoco debía serlo, y no tardé en confirmarlo al verlo luchar. Aun así, guardé ese hecho para mí. Sobre todo, porque no fue hasta más tarde que supe que los farscanté aún existían. Creía que todos habían muerto cuando Gregdow cayó, pero aquella cualidad se había mantenido oculta en distintas líneas sanguíneas.

Me costó reprimir una sonrisa al imaginarme al joven príncipe sabelotodo atendiendo a una lección. Nunca me había detenido a pensar que él también asistía a clases. Parecía como si hubiera nacido con un libro entre las manos.

—No entiendo cómo acabasteis manteniendo una buena relación —confesé, sintiendo cómo el dragón carmesí enroscaba sus patas alrededor de mis pantorrillas.

Al instante en que sentí sus escamas suaves contra mi piel, tuve la sensación de haber vivido este momento antes. Probablemente con Ojitos.

Serill sonrió profundamente, de tal manera que pude contar todas las manchas que ennegrecían sus dientes.

—No es demasiado sorprendente. Él aceptó este destino para cambiar las cosas. Para ser un rey que nunca tratara a sus súbditos como Rauthier lo hizo con su familia. Cuando tuvo la oportunidad de recibir una educación decente y no ser un ignorante en asuntos de estado, la aprovechó con entusiasmo. —La anciana evitó mi mirada por un instante, como si recordara con nitidez aquellos momentos—. Nunca confió plenamente en mí, pero me respetaba. Era un alumno brillante, siempre con algo que decir. Cuando no practicaba para perfeccionar su técnica con las armas, entrenaba con intensidad para ser el mejor. Nunca he tenido hijos ni alguien de quien sentirme orgullosa, hasta que le conocí. Él habría sido el mejor rey que estas tierras hayan visto, pero ya era demasiado tarde.

Sus ojos se crisparon mientras me estudiaba de nuevo. Por un instante, juré que su rostro se ensombreció con molestia y rencor, aunque fue tan fugaz que podría haberlo atribuido a mi imaginación. Aun así, no lo hice; ambas sabíamos que, desde mi llegada, había preferido ignorarme o mirarme con deliberado fastidio.

Ladeé el rostro y observé cómo sus hombros se tensaban conforme pasaban los segundos.

—Me culpas a mí, ¿no es cierto?

Serill ni siquiera pestañeó antes de responder.

—No puedes criminalizarme por ello. Él nunca habría hecho eso por nadie. El amor lo convirtió en un tonto.

—¿Hubiera sido más inteligente dejarnos morir? ¿Volver a revivir su mismo dolor hasta que le consumiera? —No esperaba respuesta. Eran preguntas retóricas. Nadie desea ser un héroe si eso implica sacrificar todo lo que amas para que un país se aproveche de tus virtudes.

—Él lo habría superado. Era resiliente. Pasó años preparándose para ser el mejor, y en pocos meses lo sentenciasteis a morir. —Chasqueó la lengua y me miró con desaprobación—. Dime, Éire, ¿cómo se siente asesinar al amor de tu vida?

Apreté los dientes con tal fuerza que sentí que podrían quebrarse.

—No te permito que me hables así.

—¿Y por qué debería obedecerte? —replicó con los dientes apretados.

—Porque si no lo haces, tendré tu cabeza rodando bajo mis pies en menos de un instante.

Temblaba de furia. Si alguien hubiera elevado la voz conmigo en ese momento, aunque no formara parte de la discusión, podría haberlo matado. El dragón a mi lado percibió mi ira; apoyó la cabeza en mi rodilla y lanzó a Serill una mirada de reproche con sus ojos ámbares.

Aun así, la anciana no se inmutó. Sabía lo que podía hacer después de tantos meses juntos. Era evidente que podría vencerla incluso sin esfuerzo, pero no parecía preocupada. Su seguridad era impenetrable.

—No necesitas mi ayuda para revivirlo. Sabes cómo hacerlo. La única manera de acceder a la magia de la resurrección en estas tierras es contactar con un nigromante.

—Pero todos están muertos —objeté.

—Curioso que lo digas tú, cuando ambas sabemos que ya has hablado con un alma en pena.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Cómo no había pensado en eso antes? Debía contactar con el espíritu de la única nigromante que conocía, el de Nascha. El problema era que su espíritu descansaba en las profundidades bajo el acantilado, en un río hostil con condiciones casi inhumanas. ¿Cómo podría hacerlo sin arriesgar mi vida?

—Debo lanzarme al vacío desde Normagrovk, ¿verdad? —pregunté, y aunque conocía la respuesta necesitaba escucharla de sus labios.

—Así es. O bien esperar hasta el próximo solsticio de verano y rezar para que una de sus lágrimas te conceda el deseo. Sin embargo, deduzco que mantener intacto el cuerpo del príncipe implicaría un costo demasiado alto como para retrasarlo más.

No asentí. Ella sabía que mi respuesta era afirmativa. Ella sabía con certeza que lo era, tan solo hondaba en aquellos hechos porque sabían que podían llegar a lastimarme. Aun así, no lo hacían. Durante meses había pagado un precio cada día. Aunque los recuerdos perdidos se escaparan de mí, sentía el vacío en el pecho profundizar con cada amanecer.

—Ahora que ya tengo mis respuestas, es hora de regresar al campamento —concluí—. Y entiendo que habrás previsto que debes acompañarnos.

Esta vez reaccionó como esperaba. Negó débilmente con la cabeza y acarició a Lulú, que acababa de saltar a su regazo.

—Me quedaré aquí, pase lo que pase. Este siempre será mi hogar, y sufriré igual que él.

—Es lo más estúpido que he oído —bufé, encogiéndome de hombros—. Pero es tu decisión, y no me importas lo suficiente como para obligarte a venir. Aun así, espero que no creas que eso me detendrá, porque voy a quemar este bosque.

Y era cierto. Lo haría. Debía reducirlo a un terreno cenizo y oscuro, donde no creciera un solo árbol capaz de generar armas mágicas contra los seres no humanos. No podía permitir que la vegetación de Gregdow cayera en manos equivocadas, como las de Eris, porque eso significaría contribuir a la extinción de varias razas.

Incluida la mía.

—Al menos deseo que esto te haga comprender por qué debes abandonar el poder que Gianna te confió.

—¿Y por qué debería hacerlo? —pregunté, divertida. Lulú se lanzó ágilmente hacia la mesa, siseando en mi dirección apenas un instante antes de enterrar los bigotes en mi plato.

—Porque mientras más lo conservas, más te consume el espíritu de Gianna. Si derrotas a un villano obligando a seres a seguirte en contra de su voluntad, ¿eso te hace mejor que él? —Su pregunta me sorprendió.

Sabía que no era justo forzar a los monstruos razha a obedecer, pero ellos tampoco eran seres evolucionados capaces de entender el porqué. La mayoría actuaba por instinto, como animales comunes, y eso me había convencido de que mis acciones eran lógicas. Aun así, Serill tenía razón. No había honor en lo que hacía.

—Y según tú, ¿cómo ganaría sin la magia de Gianna?

—Eres una temporal —dijo con obviedad, como si no comprendiera que yo misma había olvidado aquello. Inevitablemente, solté una carcajada burlona.

—Sí, todo ese discurso sobre aceptación está bien, pero resulta conformista. No voy a abandonar este poder, porque es tan mío como lo fue de los otros razha.

—Aunque no quieras hacerlo, debes hacerlo. Mientras haya un solo razha vivo en Nargrave, los monstruos siempre podrán ser eliminados o sublevados. Si de veras defiendes sus derechos, termina con esa coacción y renuncia a la magia que solo pertenece al bosque.

Tragué saliva con esfuerzo, sintiendo una punzada en el fondo del pecho. No quería continuar por ese camino, porque sabía que nunca llegaríamos a un acuerdo. Ella siempre estaría segura de que yo no podría mantener el equilibrio de mi poder, y yo estaba convencida de

que, tras esta guerra, nunca más volvería a adentrarme en la mente de un monstruo. Con el tiempo, el linaje razha desaparecería y las criaturas mágicas ya no serían amenazadas, pero no era justo pedirme que abandonara mi poder. No cuando cualquier tipo de magia podía ser un arma mortal.

Pero, al parecer, solo persistía la estigmatización hacia la casa razha.

—Le daré recuerdos a Keelan de tu parte —le dije a Serill. Tras eso, me levanté del asiento y golpeé con fuerza la puerta de la habitación donde se encontraba Asha.

Deseaba marcharme con urgencia; el techo parecía cada vez más bajo y la habitación, más claustrofóbica. En cuanto pusiera un pie fuera de allí, podría besar la tierra como si no la hubiera tocado en años.

—Espero que estés segura de lo que haces, porque cavar tu propia tumba debe ser agotador —comentó la vieja, apoyándose en su bastón, mientras la falda de su vestido oscilaba sobre los dedos de sus pies.

—Créeme, es mucho menos satisfactorio dejar que te la caven otros —repliqué, con un hilo de desafío en la voz.

CAPÍTULO XVIII

AUDRY

—Se te da muy bien enseñar. Pareces conocer con precisión los puntos débiles de cada persona y cómo deben trabajarlos. Nunca había visto a alguien colocarse con tanta exactitud en el lugar ajeno.

Elevé el rostro hacia Haakon. Estaba limpiando el arsenal del campamento, untando cada arma con musgo e incienso. Para otros, aquella tarea habría resultado monótona, incluso aburrida, pero para mí era relajante. Me aislaba del exterior y me adentraba en una burbuja donde las paredes olían a salvia y mis pulmones se llenaban de la mezcla aceitosa que impregnaba el campamento estos días.

No conocía demasiado al enorme y apuesto hombre que tenía delante. Me triplicaba en estatura y su cuerpo, curtido por no se sabía cuántas batallas, proyectaba una sombra que me envolvía. Aun así, habíamos coincidido bastante desde que llegó, y pronto me di cuenta de que me agradaba mucho más de lo que había esperado. Mi primera impresión de él no había sido favorable, esperaba encontrármelo desagradable y vanidoso. Sin embargo, y contra todo pronóstico, resultó distante, pero siempre atento y amable. Nunca faltaba un saludo, un gesto de gratitud o una mirada cálida que compartía sin esfuerzo.

Nuestras conversaciones giraban alrededor de los entrenamientos, de pequeñas banalidades o de cortesías sencillas. Sin embargo, me gustaba hablar con él, y no podía negar que también era agradable a la vista. No había reparado en su físico con descaro, pero era imposible no notarlo, con hombros amplios, brazos musculosos y una mirada firme y expresiva.

—Muchas gracias. Aunque no sabía que… me estabas observando con tanto detalle —dije, soltando una risita nerviosa. Al instante,

quise coserme los labios con hilo y aguja. Era absurdo. La sensación de que le gustaba lo que veía se mezclaba con la vergüenza y el nerviosismo que recorría mis rodillas.

Él me dedicó una sonrisa ladeada y se apoyó contra un tronco cercano. La espada entre mis manos se volvió extrañamente más pesada, cubierta por la tela empapada en la sustancia aromática de las hierbas.

—No me malinterpretes, no quiero sonar como un acosador. Simplemente me llama la atención tu talento para transmitir conocimiento —dijo, mostrando la hilera de dientes al sonreír.

—Muchas gracias de nuevo —respondí, sorprendiéndome a mí mismo por la formalidad de mis palabras. Sentí cómo mis mejillas ardían de vergüenza y un pequeño hoyuelo se formó en la barbilla del guerrero.

—Cada vez queda menos para la víspera del último día, y aunque supongo que tendrás acompañante, no puedo evitar decirte que me gustaría ser yo el afortunado —añadió.

Tragué saliva con esfuerzo, varias veces. Quise golpearme mentalmente. Ya había superado la etapa de la timidez, del balbuceo y del sonrojo, pero mi cuerpo reaccionaba como si aquel hombre tuviera algún hechizo sobre mí. Era un hombre de veintitantos años, mayor que yo, y eso siempre complicaba cualquier posible acercamiento juvenil.

—¿Y qué edad tenías tú? —pregunté, con voz firme, casi como si perteneciera a otra persona.

Él no alteró la expresión divertida mientras ajustaba la cinta que sostenía su largo cabello. Las hebras sudorosas caían sobre sus hombros musculosos cuando sus brazos se flexionaban con naturalidad.

—Diecisiete, dentro de un mes cumpliré dieciocho. ¿Por qué? ¿Acaso parezco un señor de treinta? —No parecía ofendido, sino expectante por mi reacción.

—Pregúntamelo mejor en la víspera —dije y me giré rápidamente. Casi inmediatamente, cuando celebraba mi aparente victoria al no temblar al hablar, se me cayó el paño con el que limpiaba la espada.

Apreté los labios y contuve un suspiro largo. Intenté mantener la compostura, pero sentía la vergüenza como un peso sobre mis hombros. Había sobrevivido a batallas con Keelan, con Éire, al ejército aheriano y en Normagrovk; y, aun así, un simple gesto de Haakon podía desarmarme por completo.

Incliné el cuerpo para recoger la tela, rogando que Haakon no me hubiera visto. Pero sí lo hizo y sostuvo la gasa ante mis ojos, a un palmo de distancia. Contuve la respiración mientras sus iris color miel recorrían mi rostro. Sus labios, carnosos y rojizos, atraían la mirada de cualquiera con sentido de la atracción.

Me tendió la gasa desviando la vista, casi con pudor, y yo esbocé una sonrisa al sentir cómo el calor se asentaba en mi pecho. La tomé con cuidado para evitar que nuestros dedos se rozaran, y asentí con gratitud, aunque sabía que él no lo notaba.

—No digas "muchas gracias" otra vez —susurró con una sonrisa leve, atreviéndose a mirarme.

Solté una risa baja, cerrando el puño en torno a la tela húmeda y áspera, impregnada de los aceites secos. Quise continuar la conversación, pero algo captó nuestra atención.

Al principio fueron pisadas estruendosas, luego gruñidos y demandas lejanas, animalescas. Después, la voz de Éire llegó clara y segura, con un timbre que resonaba como ladridos, reclamando autoridad por todo el campamento. Giré rápidamente, y vi que la cabecilla, desaparecida desde la mañana, no mostraba signos de calma.

—Necesito la ayuda de los elementales que dominen el fuego a la perfección. Debemos provocar un incendio controlado —le dijo a Brunilda, quien permanecía rígida como un palo de madera ante Éire. Desde que la hechicera había colaborado en la victoria contra Haakon y en el puente de Normagrovk, el respeto de todos los guerreros hacia ella se había consolidado notablemente.

—Inmediatamente —afirmó la mujer de trenzas nórdicas, con la decisión marcada en sus ojos—. ¿Hacia dónde los dirijo?

Los labios de Éire se crisparon mientras echaba una mirada rápida sobre su hombro, asegurándose de que todos los presentes mantenían su atención sobre ella.

—Quiero que incendien Gregdow entero —gruñó, lo suficientemente alto como para que nadie pudiera ignorarla.

Pese al amplio círculo que la rodeaba, nadie osó contradecirla. Todos asintieron al instante, otorgando su aprobación silenciosa, y algunos incluso exclamaron con satisfacción. Probablemente, aquellos que celebraban eran elementales.

Yo, en cambio, no pude evitar dar un paso hacia ella, exhalando un suspiro entrecortado y cargado de temor. No sabía qué decir, pero ella ya me había escuchado antes; podía volver a hacerlo. Comprendía la razón detrás de su decisión y, probablemente, todos los demás también: las nuevas armas de Eris. Sin embargo, en aquel bosque podían encontrarse decenas de personas en ese instante.

Niños que exploraban por diversión, leñadores cumpliendo con su labor, cazadores en busca de alimento, mercenarios que esperaban abatir un monstruo para conseguir unas monedas, y, sobre todo, buhoneros y mercaderes que utilizaban el bosque como único punto de encuentro entre los reinos. Era cierto que muchos no salían vivos de por sí, pero por encuentros con criaturas razha, no por una masacre deliberada para impedir la creación de armas.

Cuando intenté avanzar un paso más, el círculo se estrechó y Éire compartió algunas demandas adicionales con Brunilda. Al mismo tiempo, alguien apretó mi antebrazo y me detuvo. Era Ashania Minceust.

—Es inútil. Está decidida a hacerlo —dijo con voz firme.

No lo podía creer. Éire siempre había procurado no dañar a otros a menos que fuese estrictamente necesario o moralmente justificable, dentro de lo que podía considerarse moral al hablar de asesinato, pero esto no se parecía en nada a ella. Al menos, no a quien yo conocía.

—Podría explicarle la situación yo mismo. Seguro que entendería que podemos evacuar a la gente que se encuentra en el bosque. Con ayuda de los monstruos sería mucho más fácil localizarlos y… —intenté argumentar.

—No se trata solo de destruir la vegetación, sino de demostrar hasta dónde está dispuesta a llegar —interrumpió Ashania, tragando con un gesto seco—. Intentó tomar el trono pacíficamente la última

vez y no obtuvo una buena experiencia. Ahora quiere demostrar hasta qué punto es capaz de llegar.

—Tengo que hablar con ella —mantuve mi postura, decidido a intervenir. Apenas pronuncié las palabras, noté el roce de un brazo contra mi hombro.

Era Haakon, avanzando con zancadas firmes hacia la hechicera. A nuestro alrededor, nadie lo detuvo, reparando en su musculatura imponente y su estatura descomunal. Rápidamente se colocó al lado de Brunilda, quien aún conversaba con Éire, y le dedicó un asentimiento respetuoso. No tardó en sonreírle con naturalidad.

Tensé la mandíbula. Cómo no, tras aquel gesto amable, se encontraba el verdadero guerrero que siempre había sido egoísta y despiadado, aguardando con paciencia el clamor de las víctimas.

Me liberé del agarre de Asha al instante. Estuve a punto de avanzar hacia mi amiga, pero ella agitó repentinamente la mano dominante. Sus dedos, largos y finos, estaban manchados de tierra húmeda hasta la raíz de las uñas. Al principio, creí que era un gesto de advertencia sin mayor importancia, pero me equivoqué.

Un violento azote de aire nos golpeó a todos desde el cielo. La ráfaga me sacudió con fuerza, haciéndome trastabillar y casi perder el equilibrio. Elevé la vista entrecerrando los ojos por la luz del sol, y una enorme figura se desplegó bajo la cúpula malva y cian del atardecer.

Exclamaciones y jadeos de asombro surgieron de los presentes. Algunos rostros mostraban horror y fascinación a partes iguales. Yo, en cambio, no me atreví a abrir los labios. Ni siquiera estaba seguro de poder pestañear. O respirar.

Era un dragón. Sus alas se extendían sobre nosotros como si se desperezara con elegante despreocupación. Su tamaño era tal que su sombra cubría por completo el campamento, oscureciendo el sol bajo su cabeza, como un gigantesco tejado de escamas y magia. Sus patas, tan altas como secuoyas, se apoyaron sobre la tierra con suavidad, pero el impacto nos hizo tambalear. Sus alas permanecían extendidas, evitando derribar las tiendas con un golpe involuntario.

—Él será vuestro aliado. Os llevará a través del bosque sobre su lomo —anunció Éire. El dragón gruñó en señal de complacencia—. Y,

cuando terminéis, quemad los cultivos y las granjas de cada pueblo iriamno y de la capital.

—¿Qué? —soltó Ashania con un hilo de voz, apenas disimulando el temblor que recorría sus manos.

Fruncí el ceño con más fuerza, sin apartar la mirada del rostro de Éire. Ella ni siquiera me dirigió una sola palabra, pero sus ojos buscaron a la elaboradora, y lo hicieron con una frialdad que heló el aire entre ellas.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Éire, entornando los ojos en su dirección. Su pecho se alzaba y descendía con respiraciones pesadas, cargadas de furia contenida.

Asha, a mi lado, permaneció inmóvil, aunque podía sentir la tensión en su cuerpo.

—No puedes hacer eso. Los condenarás al hambre —replicó con firmeza.

La hechicera de las bestias sonrió, y el gesto fue tan lento como cruel. Su lengua se deslizó por su labio inferior mientras jugueteaba con la empuñadura de su daga, como si cada palabra que pensaba pronunciar estuviera afilada con el mismo filo que esa hoja.

—Tenerme a mí de enemiga es un problema, pero tener al hambre como enemigo es una sentencia de muerte segura —dijo, y una risa baja escapó de su garganta, seca y cortante, como si compartiera un chiste que solo ella comprendía—. Bueno, tenerme a mí de enemiga también lo es, pero entiendes mi punto. Si los dejo sin recursos ni aliados que puedan socorrerlos, creerán que todo es consecuencia directa de las decisiones equivocadas de su reina.

La mandíbula de la elaboradora se tensó tanto que por un instante temí que sus dientes crujieran. No comprendía cómo Éire podía considerar que quemar los alimentos de un reino entero era una opción válida, y menos aún hacerlo frente a Asha. Ambas sabíamos que la elaboradora tenía familia en Sindorya, en el ducado de su padre, ubicado en Iriam. Aquella amenaza la alcanzaba de manera directa. Su reacción, lejos de ser desmedida, resultó completamente razonable.

—Éire, no puedes hacerlo —repitió con un tono más grave, sin apartar la vista de ella.

—¿Por qué no? —respondió Éire con un brillo furioso en los ojos —. ¿Por qué vuestros dioses pueden enviar plagas, enfermedades y muerte como pruebas a la raza humana, y yo no puedo salvar a los seres mágicos sin convertirme en una villana?

Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del puñal, y la tensión de su brazo delataba que un solo impulso bastaría para desatar algo que nadie podría detener.

—Porque tú no eres una diosa —le devolvió Asha con voz firme.

Éire ladeó la cabeza, y una sonrisa breve, casi imperceptible, se dibujó en sus labios.

—¿No lo soy? —susurró, con una calma tan peligrosa que hizo que incluso el aire pareciera contener la respiración.

CAPÍTULO XIX

ÉIRE

—Tengo malas noticias, prima —comentó Nyliss, retorciendo los mechones que escapaban de su moño despeinado. Su voz arrastraba una ligera nota de burla, como si el mensaje no le afectara en absoluto—. La han encontrado tratando de escapar, tal como dijiste.

Humedecí mis labios, ignorando el aguijón que se clavó entre mis pechos. El estómago me dio un vuelco, y no supe si era por el hambre que me atenazaba o por el peso de la traición.

—Bien, que la lleven al centro del campamento —ordené, sin girarme a mirarla—. Y trae a Audry inmediatamente.

—¿Al comandante? ¿Para qué? —preguntó con el ceño fruncido. Giré el rostro hacia ella, procurando que no notara mis uñas mordidas por la histeria.

Estaba a punto de responderle cuando mi mirada descendió hacia sus caderas. Allí, entre las fundas de cuero, relucían dos armas. Reconocí una de ellas en el acto. El brillo característico del metal que nunca perdía su lustre, la empuñadura plateada y tersa, sosteniendo una hoja fina y puntiaguda, forjada por los mejores herreros de Zabia. En el mango, los relieves de filigrana formaban un trazo elegante, casi oculto entre los reflejos cobrizos del bronce.

—¿De dónde has sacado esa daga? —pregunté, incapaz de apartar la vista.

Nyliss ni siquiera siguió mi mirada; sabía exactamente a qué me refería.

—La encontré —dijo con indiferencia.

—Esa daga era mía. Me deshice de ella —repuse, sin entender cómo había terminado en sus manos. Se suponía que el cauce del

río la arrastraría hasta el mar, donde se perdería para siempre. Pero ahora… la tenía Nyliss.

Ella se encogió de hombros con una pequeña sonrisa que danzaba en sus labios pintados.

—Qué casualidad —murmuró, aunque su tono no sonó sorprendido, sino extrañamente sereno—. Traeré al comandante, entonces.

La dejé marchar. No podía detenerla por algo tan trivial. Probablemente se trataba de una casualidad, quizás era una daga similar, forjada por el mismo artesano o tal vez hallada en alguna orilla del río.

Pensar en otras posibilidades —las que implicaban conspiraciones o traiciones— habría sido una pérdida de tiempo.

Esperé, impaciente, a que Audry entrara en mi tienda. Mis ojos se posaron sobre las tazas humeantes que reposaban en la mesa. Aspiré el aroma especiado que flotaba en el aire, denso y cálido bajo la punta de mi nariz. Tomé una breve bocanada de aire y observé la humedad que se extendía por las telas del suelo, en una esquina cercana estaba el vino que había derramado antes.

Por un instante me sentí tentada a agacharme solo para mirar más de cerca las gotas carmesíes, tan brillantes bajo la luz tenue. Sentí cómo mi boca se humedecía y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

No. Lo hacía por mí. No iba a defraudarme de nuevo.

—¿Qué querías? —La voz de Audry me sacó del pensamiento. Entró en la tienda con los brazos cruzados y una expresión que destilaba desaprobación. Su mirada, dura y contenida, revelaba el motivo de su disgusto sobre la orden de quemar los cultivos en Iriam.

—Hay una bebida para ti. Siéntate y habla conmigo —le propuse.

El comandante frunció el ceño, aunque no replicó. En unas cuantas zancadas ocupó la silla a mi lado. Su espalda se mantuvo recta con los hombros tensos, como si esperara una emboscada.

—Preguntaré de nuevo, Éire. ¿Qué querías?

Deslicé mis manos por la superficie caliente de la taza y bebí un sorbo de la infusión especiada. El calor me recorrió la garganta. Pasé

la lengua por la comisura de mis labios para evitar que una gota escapara de mi boca.

—Bebe conmigo, por favor —le pedí, señalando su taza, más llena que la mía.

Él suspiró, rindiéndose, y bebió de un solo trago. Su nuez se deslizó varias veces mientras tragaba, y al terminar dejó la taza sobre la mesa con un golpe seco. Se limpió los labios con la palma de la mano y me sostuvo la mirada.

—Ya está. Ahora puedes explicarte.

—Me gustaría saber qué pensasteis cuando os dije a Ashania y a ti que comenzaría una guerra. Quizás imaginasteis que enviaría obsequios y jugaría al escondite con ellos —respondí, con una sonrisa apenas contenida.

—Los ciudadanos no tienen nada que ver —replicó él con firmeza —. Ellos no deberían sufrir las consecuencias de esto.

—¿Desde cuándo los ciudadanos no sufren las consecuencias de las guerras? —pregunté.

—Desde el momento en que hay un buen rey —sentenció el comandante.

No pude evitar soltar una risa baja.

—Eso es lo más absurdo que he escuchado en mi vida. Pensé que habías madurado, Audry, pero sigues creyendo en las utopías.

No pareció enfadado, sino abatido. Solo entonces reparé en las sombras que se marcaban bajo sus ojos, en su cabello desordenado, en la tristeza que oscurecía su semblante. Parecía distante, como si un muro invisible lo aislara del resto del mundo.

—Creo que estoy siendo demasiado generosa —proseguí, con voz pausada—. Solo voy a dejarlos sin recursos el tiempo justo para que nadie sufra por hambre, pero que sientan la ausencia del alimento. Cuando estén lo bastante enfadados, tomaré el trono de Eris en el momento exacto. Entonces me aceptarán. Estoy actuando con la mayor moderación posible, créeme. Y lo hago por ellos, para salvarlos. —Deslicé mi mano sobre la mesa hasta rozar la suya—. Nunca haría daño a un inocente, pequeño comandante. Al menos, la mayoría de las veces.

Él esbozó una sonrisa insegura, leve, como si temiera permitírsela.

—Aunque lo hicieras —susurró—, no creo que pudiera dejarte sola.

—Lo sé. Por eso tienes que dejar que te evite este sufrimiento.

Audry me observó, confundido, mientras yo retiraba mi mano de debajo de la suya y la dejaba caer sobre mi regazo.

—¿A qué te refie…? ¿Qué…? Todo está dando vueltas de repente. —Sus ojos se entrecerraron, y un brillo extraño patinó en sus pupilas —. Tengo mucho sueño. ¿Por qué…? ¿Por qué tengo tanto sueño?

—Espero que algún día puedas entender por qué lo hago. —Las palabras se atascaron en mi garganta, abrasándome por dentro con una fuerza sofocante. Arrastré mi silla hacia atrás y me incliné junto a él, que me seguía con la mirada perdida. Cerré los ojos un instante, tratando de mantener el control sobre mi respiración—. Dulces sueños.

Su cabeza cayó hacia atrás, golpeando suavemente el respaldo de la silla. Quedó inconsciente. Le deposité un beso en la frente antes de acomodarle el cuello sobre un cojín y descalzarlo con cuidado. Cuando lo vi lo bastante cómodo, reprimí la voz que me susurraba culpa y salí tambaleándome de la tienda.

El aire frío de la noche me recibió con una bofetada. Lo primero que vi fue el círculo de personas congregadas alrededor de una figura arrodillada. Sus manos estaban atadas a la espalda, y la arena bajo sus rodillas se hundía con el peso de su cuerpo. Los soldados se apartaron en cuanto me vieron, abriéndome un pasillo entre la multitud.

Entre los rostros expectantes, hallé la mirada de Nyliss. Sus ojos enormes me observaban con una mezcla de atención y recelo. Evité sostenerle la vista y la desvié hacia Brunilda y Haakon, que se encontraban junto a ella. Ambos asintieron en silencio, compartiendo una decisión que no necesitaba palabras.

Y entonces la vi.

La mirada que más temía enfrentar, la de Ashania Minceust.

Su cabello, antes trenzado y adornado con sedas, caía ahora suelto y opaco sobre su pecho. Los labios le sangraban por los mordiscos que se había dado, presa de la ansiedad. No debía de llevar mucho tiempo allí, quizá veinte minutos desde que ordené su

vigilancia. En cuanto ella y el dragón desaparecieron con los hechiceros, supe que debía actuar, aunque jamás imaginé que tendría razón.

Estaba descalza, sucia, con el rostro endurecido por una calma inquebrantable. Sus ojos no me maldecían ni sus labios temblaban de rabia. Solo había vacío.

—Ashania Minceust ha traicionado nuestra confianza —anuncié, elevando la voz para que todos me oyeran. Caminé despacio alrededor del círculo y observé cada rostro—. Ha intentado huir para advertir a la reina ilegítima de nuestros planes. No solo ha sido una cobarde, también una enemiga. Y su cercanía conmigo no la librará de su destino. Ahora que todos sois testigos, la sentencio a muerte, y yo misma seré su verdugo.

Un rugido de voces estalló entre los presentes, había gritos sedientos de justicia, puños alzados y lanzas golpeando la tierra. El sonido me atravesó como un trueno. Avancé un paso hacia Asha, sin apartar mi mirada de la suya. Sentí cómo el remordimiento comenzaba a bullir en mi vientre, espeso como plomo fundido.

—Dime que, al menos, esta guerra no sigue siendo por la venganza que sientes hacia Eris —dijo ella, alzando la barbilla para sostenerme la mirada.

—Lo era al principio, pero ya no. Este es mi pueblo ahora, y me aseguraré de que jamás vuelvan a considerarnos monstruos.

Escupió cerca de mis pies, provocando exclamaciones airadas a nuestro alrededor.

—Al final, el maltrato de tu madre te convirtió en una asesina. Crees que rompiste el círculo, pero solo te dejaste aplastar por él.

—No nombres a mi madre —gruñí.

—Te has convertido en todo lo que odiabas. Espero, sinceramente, que valga la pena.

El frío comenzó a subir por mis piernas y se filtró por mis huesos. Sentí cómo la escarcha se apoderaba de mis órganos, helando cada rincón de mi cuerpo. Sin embargo, mi corazón ardía. Latía con violencia y golpeaba mis costillas como un animal enjaulado.

Me dolía.

Me gritaba que aquello era una traición, que la sangre que intentaba mantener fluyendo se convertía en hielo dentro de mis venas. Quería que me detuviera. Quería salvar lo poco que quedaba de mí. Pero yo no podía. No debía.

Porque yo no era una traidora, aunque aquella decisión se sintiera como si lo fuera.

Convertí la culpa en arena entre mis dedos y la dejé escurrir hasta que no quedó nada. No era una cobarde. No iba a huir como ella.

Sabía, desde el inicio, que habría sacrificios. Y este era uno de ellos.

—Le enviaré besos a tu padre junto con tu cabeza —dije en voz baja, tan solo para que ella me oyera—. Él debía saber que su deslealtad en Sindorya tendría consecuencias.

Me giré hacia Brunilda, que me observaba con un brillo feroz bajo el entramado de sus trenzas. Sostenía mi espada entre las manos, esperando la señal para entregármela.

—¿Qué crees que le pasará a Cade? —preguntó Asha, y su voz tembló por primera vez—. ¿Cómo crees que esto lo arruinará? Él está ahora con mi padre, y sabrá lo que me hiciste. Te odiará.

Aquellas palabras me paralizaron. Por un momento, no vi a la mujer frente a mí, sino al niño de mejillas rugosas y mirada temblorosa, apuntándome con el dedo y susurrando una palabra que se me clavó como una daga: asesina.

Giré lentamente hacia ella.

—Yo no soy una mala persona —dije casi en un susurro—. Lo hago por ellos. Lo hago para que Cade pueda vivir libre algún día, sin importar de dónde venga.

Apretó los labios. Una lágrima redonda rodó por su mejilla antes de que sus palabras se quebraran.

—Lo sé, Éire. Lo sé. Si me sueltas, no diré nada. ¿Está bien? —Su voz temblaba como un hilo a punto de romperse—. Perdóname, por favor. No quería que mi hijo pasara hambre. Pensé que lo entenderías. Pensé que éramos… amigas.

Retrocedí un paso. *¿Ella me consideraba su amiga?*

«Y mira cómo terminó tu última amistad».

—Deberías haberlo pensado antes —susurré.

Volví a darle la espalda, escuchando cómo sus sollozos se transformaban en gemidos desgarrados y convulsiones contenidas. Intenté apartar el dolor que se expandía en mi pecho, opresivo y abrasador, como si una mano invisible lo estrujara desde dentro. Por más que lo intenté, la tristeza y la rabia se aferraban a mí, tercas, imposibles de disolver. Sabía que su padre nos había traicionado, que por su culpa Keelan había muerto; aun así, ella continuaba comunicándose con él. Si de verdad me había considerado su amiga, no le había importado nada. Había tomado mi confianza y la había arrojado al suelo, aplastándola sin remordimiento alguno.

Inconscientemente moví la punta de los dedos, y una ráfaga leve agitó mi cabello. No necesité girarme para comprender lo que ocurría. El cielo se abrió sobre nosotros con un resplandor alabastrino, tan pálido que parecía irreal. Un instante después, el estallido retumbó por todo el campamento, con una fuerza que me sacudió hasta los huesos. Un pitido agudo llenó mis oídos y, por un momento, el mundo pareció girar en torno a mí.

Detrás, escuché el golpe seco de un cuerpo contra la tierra. Era Asha. Yacía inmóvil, con los ojos abiertos, desorbitados, fijos en un punto invisible del horizonte. Su rostro se grabó en mi memoria sin permiso, hundiéndose como una espina en mi mente. Incluso con la vida escapando de su cuerpo, parecía observarme todavía. Con sus pupilas quietas cargadas de un rencor que no se extinguiría ni con la muerte.

Los gritos de aprobación se elevaron a mi alrededor. Aplausos, vítores, voces que festejaban lo que yo apenas podía sostener. Quise convencerme de que aquel clamor ahogaba mi culpa, pero lo cierto fue que la avivó. El remordimiento ardía bajo mi piel, aunque una parte de mí insistía en que todo valía la pena. Ese sacrificio debía tener sentido.

Porque, aunque no hubiese podido salvar a Keelan, salvaría a los demás.

Aunque tuviera que cargar con el odio, aunque mi nombre se manchara para siempre. Sería fuerte, sería poderosa, y eso bastaría. Tenía que bastar.

Me alejé del círculo sin mirar atrás. La electricidad aún vibraba en mis manos, condensándose entre mis dedos hasta estallar en chispas diminutas que iluminaban fugazmente la oscuridad.

CAPÍTULO XX

ÉIRE

Cerré mis manos alrededor de la cuerda del puente que unía los dos acantilados. No sentía vértigo, ni el cosquilleo que suele acompañar la altura, ni siquiera el miedo a caer. Solo observaba el paisaje bajo los tablones de madera, una tierra antes verde y frondosa, ahora devorada por las llamas. El fuego mordía la vegetación con ferocidad, expandiéndose sin piedad sobre cada tallo y cada raíz. Desde la distancia, Gregdow parecía envuelto en una prisión de fuego, un resplandor anaranjado que devoraba todo excepto nuestro campamento, protegido por un muro mágico que impedía al fuego tocar el suelo prohibido.

Aun así, algunos elementales habían reducido a cenizas los helechos del borde, aunque sin que las llamas lograran persistir ni poner en peligro a los seres mágicos que nos acompañaban.

La imagen de Asha me perseguía. Su rostro, su voz, el último temblor de su mirada, todo se deslizaba en mi mente como una herida que no cicatrizaba. Las lágrimas descendían sin cesar por mi mentón, empapando mis botas y dejando un rastro sobre la madera. Cada sollozo parecía arrancarme algo del pecho, pero el dolor no menguaba; se asentaba, pesado, constante, llenando cada rincón de mi cuerpo. Llorar no servía. Ninguna lágrima podía purgar lo que había hecho.

—¿Dónde está Asha? ¿Es cierto lo que dicen? —La voz de Audry llegó a mis espaldas, grave y contenida.

—Está muerta —respondí.

No me moví. Esperé el golpe de su ira, los reproches, los gritos. Sabía que los merecía. Siendo justa, tenía todo el derecho de odiarme.

—Pensaba que te había entendido, pero no era cierto —dijo tras unos segundos de silencio—. No es hasta ahora que creo comprenderlo. Quise ayudarte como lo hacía Keelan. Creí poder sostenerte, pero no soy él. —Su voz se quebró un instante—. Me he despertado con ganas de estrangularte, de hecho. Pero entendí que no serviría de nada.

Apoyó los antebrazos sobre la cuerda, junto a mí. Ninguno apartó la vista del horizonte. El cauce del río se extendía bajo nosotros y reflejaba las llamas que bailaban en la orilla. Agua y fuego se entrelazaban, creando un espectáculo imposible, una vorágine de chispas violetas que ascendían al cielo y lo teñían de un tono malva difuso.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunté.

—¿Quieres la verdad? Aún quiero estrangularte —respondió con una sonrisa amarga—. Y no pienso perdonarte lo que hiciste con Asha. —Su voz bajó un tono—. Pero si me aparto de ti ahora, solo contribuiré a que te destruyas más rápido. Así que aquí estoy, esperando que al menos me digas que entiendes que este no es el camino.

—¿Crees que no lo sé? —Suspiré, agotada—. Pero no hay otra opción.

—Tú fuiste quien me dijo que siempre la había.

—Pues me equivoqué —repuse.

Lo miré de soslayo y noté el brillo húmedo de sus mejillas. Aquella visión hizo que mis hombros se hundieran un poco más.

Sin pensarlo, pasé bajo la cuerda. Apreté su superficie áspera entre mis dedos e incliné el cuerpo hasta que las suelas de mis botas rozaron el borde del abismo. El rugido del río, estrellándose contra las rocas, me recorrió la piel. Aun así, mantuve la espalda firme contra la cuerda e ignoré el vértigo que amenazaba con paralizarme.

Audry soltó un jadeo. En cuestión de segundos se movió hasta mi lado, imitando mi postura. Nuestros pies apenas cabían en el estrecho tablón, con las puntas sobresaliendo al vacío. Respiraba con dificultad; su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Vi el pánico reflejado en sus ojos, en el movimiento inquieto de sus pupilas, en la forma en que tragaba saliva mirando el abismo bajo nosotros.

—Éire, ¿qué estamos haciendo? —preguntó con la voz tensa.

—Tú, el ridículo.

—Al menos no has perdido el sentido del humor.

—Fui a ver a Serill —le confesé sin rodeos, consciente de que cada segundo allí podía ser el último—. Descubrí cómo traerle de vuelta. Ahora que Ashania no está, debo hacerlo antes del amanecer. Si espero más, su cuerpo empezará a descomponerse.

—¿Y si no puedes? —Su pregunta sonó más como un susurro que como una advertencia—. ¿Qué harás cuando tengas que perderle otra vez?

Sus palabras se clavaron en mí con la precisión de una flecha. No respondí. Sabía que tenía razón. Si fallaba, lo perdería por completo. Todo lo que habíamos construido se disolvería como humo: los planes, las promesas, los sueños. Solo quedaría su recuerdo, flotando en cada rincón de mi vida.

Lo vería en el azul del mar, del cielo, del vestido que usé el día de la cosecha. Lo olería en los limones, en las naranjas, en el ámbar que perfumaba su piel. Lo sentiría al mirarme al espejo, en la cicatriz que cruzaba mi rostro y que él solía recorrer con ternura.

—Si no es posible —dije al fin, con la voz quebrada—, le dejaré ir. Me lo debo. Necesito aprender a hacerlo. Pero no puedes culparme por intentarlo. Yo… lo amo.

—Podrías morir —susurró.

Sus ojos estaban empañados y su rostro reflejaba un dolor que apenas podía sostener. Tragué saliva y, sin pensarlo, solté la cuerda detrás de mí para tomar su mano. Vi cómo sus ojos se abrían con alarma al darse cuenta de que acababa de soltar mi único apoyo. Bastaría un movimiento en falso para que cayéramos al vacío.

—Confía en mí —le pedí—. Sé que he fallado y que no he sido la mejor amiga, pero necesito que creas en mi palabra cuando te digo que voy a volver. Aunque tenga que aplastar a los dioses y romper su círculo maldito, regresaré. Ese es el significado de familia, ¿no?

Audry parpadeó con fuerza. Su labio inferior tembló, y luego dejó escapar una risa breve, vacía.

—Está bien. No tengo idea de lo que vas a hacer, pero está bien —dijo—. Y si tardas más de media hora, te buscaré y te mataré yo

mismo.

Asentí una sola vez, forzando una sonrisa frente a él. En cuestión de un instante se decidiría si aquello funcionaría o si Nascha permitiría que muriera en aquel río, si es que el espíritu de esa mujer existía realmente. En ese mismo lapso descubriría si Keelan tendría una segunda oportunidad o si me vería obligada a enterrarlo bajo tierra, dejando que las flores se alimentaran de su cuerpo y de mis lágrimas. Era un salto de fe, una locura absoluta y una sentencia de muerte. Pero, si seguía pensándolo, solo retrasaría lo inevitable. Porque lo haría. Sabía que iba a saltar.

No lo pensé más. Di un paso al vacío y solté la mano de Audry.

No hubo impacto. Mi cabeza no crujió ni sentí la pérdida repentina de consciencia. Al menos, eso creía recordar. Lo que sí percibí fue el frío de las aguas heladas desgarrando mi ropa hasta alcanzar la piel, clavándose en cada fibra de mi cuerpo. Temblé, estremecida, mientras mis dientes chocaban entre sí y la corriente me arrastraba con violencia. El río no debería sentirse tan frío… y sin embargo lo estaba, con una intensidad antinatural.

Agité los brazos sobre el agua e intenté rodearme con ellos, tratando de resistir el frío que se adentraba hasta lo más profundo de mi ser. Era un intento inútil. La temperatura cortante se filtraba por cada poro y creaba esquirlas diminutas bajo mi piel. Sentía que me convertía en una flor escarchada, frágil y quebradiza. Todo dolía. Cada caricia del agua quemaba como una llama gélida.

Hubo un momento en el que cerré los ojos y me dejé llevar, flotando a merced de la corriente. Aun así, mis pulmones seguían obligándome a respirar, a bracear, a sobrevivir. Los temblores eran insoportables. Cada segundo se extendía como una tortura interminable, mientras mis manos rozaban trozos de hielo medio derretidos que deshacían cualquier intento de recuperar calor.

Pasé la lengua por mis labios, esperando sentir algo cálido, una superficie que me recordara que aún estaba viva. Pero lo único que encontré fue más frío, un sabor metálico y cortante que me hizo jadear. Cerré los ojos con fuerza y me abracé a mí misma en busca de un refugio que no existía. La oscuridad me envolvió con dulzura, invitándome a rendirme. Intenté convencerme de que sería rápido,

que todo terminaría pronto, pero sabía que mentía. Podía pasar una eternidad ahí y nunca tener la certeza de salir.

—¿Éire? —susurró una voz, delicada y casi etérea, en medio de la oscuridad.

Era suave, musical, como un cántico que se deslizaba entre las sombras. No sonaba sobrenatural como la de Gianna, pero tenía una belleza hipnótica, parecida a una melodía grave que bastaba para transportarte a otro lugar con solo escucharla.

—¿Sí? —pregunté, girando mi cuerpo lentamente en aquel vacío. Sabía que todo era una proyección en mi mente, pero el frío se desvaneció por un instante, sustituido por el peso húmedo y denso de la oscuridad—. ¿Nascha?

—¿Para qué has venido, hechicera de las bestias? ¿Es por lo que creo? —La voz resonó de nuevo, rebotando dentro de mi cabeza como una pelota invisible.

Me giré hacia su procedencia, pero no vi nada. Solo vacío. Un abismo sin forma que me rodeaba. Quise creer que era Nascha, aunque también podía ser el resultado de las bajas temperaturas y mi cuerpo rendido tras minutos de agonía.

—¿Cómo sé que eres tú? —pregunté con desconfianza.

—Debes confiar, me temo.

—No se me da muy bien eso —le espeté, alzando la voz contra la nada.

—Quieres a Keelan Gragbeam de vuelta, ¿verdad?

Asentí, aun sin verla. Imaginé que me observaba desde algún punto invisible. Allí dentro, el frío era solo un eco lejano, una brisa pesada comparada con el hielo real que aún envolvía mi cuerpo en el mundo exterior. Sin embargo, la idea de que mi cuerpo físico siguiera flotando en aquel río, entre criaturas desconocidas o rocas afiladas que podrían destrozarme, me estremeció.

—Está bien —dijo ella al fin. Fruncí el ceño, sintiendo cómo mi corazón comenzaba a golpear con fuerza en mi pecho. *¿Había escuchado bien?*—. Pero tengo una condición.

—¿Qué? Sí, lo que sea —me precipité a responder. Aunque fuese una alucinación, necesitaba verla una vez más.

Entonces lo sentí. La humedad escaló por mi muñeca, incrustando fragmentos de hielo en la piel y clavando sus puntas diminutas en mi carne. Era como si dentro de mí nacieran estalactitas que atravesaban músculos, huesos y venas hasta helarlos. La sensación se extendió por todo mi cuerpo, hasta alcanzar cada hebra de mi cabello. Abrí los ojos de golpe al notar cómo la sombra de mi poder razha cubría mis mechones de un tono tiznado, señal de que mi magia se agitaba, dispuesta a defenderme.

Y entonces la vi. Una mano femenina, pálida y esbelta, emergía de la oscuridad. Pertenecía a una joven, quizá una adolescente, que permanecía oculta entre las sombras, negándose a mostrar su rostro.

No tuve tiempo de reaccionar. Sus labios, fríos como el granizo, rozaron el lóbulo de mi oreja para murmurar con voz quebrada:

—Continúa con el plan.

Abrí los ojos de golpe, tomando una gran bocanada de aire. Imaginé que, tras aquella visión, me encontraría mucho más lejos del puente, con los pulmones inundados de agua y la cabeza golpeada contra alguna roca. Sin embargo, lo único que hallé fue la presión de mis dedos hundiéndose en un suelo cubierto por briznas de hierba reducidas a cenizas. Parpadeé varias veces, tragando saliva con esfuerzo, mientras un escalofrío ascendía desde mi espalda baja hasta la nuca, erizándome la piel.

—¡Estás aquí! —exclamó alguien cerca de mí.

Al principio me sentí desorientada, como si mi mente tardara en regresar a la realidad. No reconocí la voz hasta que unas manos heladas se deslizaron por mis brazos. Entonces vi el rostro tenso de Audry, crispado por la preocupación. Estaba inclinado sobre mí, con la ropa empapada pegándose a su torso y los labios teñidos de un violáceo enfermizo.

—Pensé que te perdía. No respirabas, Éire. ¿Te encuentras bien? —preguntó con la voz entrecortada.

—Yo… —Tomé aire y traté de incorporarme. Él me ayudó, sosteniéndome por los hombros hasta que logré enderezar la espalda—. Creo que he hablado con Nascha, Audry. He hablado con ella.

Sus dedos se cerraron con más fuerza sobre mis hombros. Sentí cómo sus manos frías se clavaban en mi piel empapada, pero la fricción generó un calor que me recorrió el cuerpo como una descarga.

—¿Qué? ¿Y qué te ha dicho? ¿Nos ayudará? —Su voz temblaba, aunque en ella se filtraba una esperanza que parecía tan frágil como un hilo de cristal.

Asentí con firmeza, notando cómo un estremecimiento se expandía en mi vientre.

—Sí. Ha dicho que nos ayudará. Que Keelan vivirá de nuevo.

—¿Y dónde está? —preguntó con ansiedad, mirando a su alrededor.

Seguí su mirada, pero Keelan no estaba allí. Me aparté de Audry, rodeando mi cuerpo con los brazos mientras me levantaba. Mis ojos recorrieron el paisaje, en busca de cualquier señal. Habíamos vuelto a Normagrovk, junto al puente colgante, rodeados por el resplandor de las llamas que devoraban las copas de los árboles. Avancé entre el humo, crucé el puente, me asomé al borde y seguí con la vista el cauce del río de sal, pero no había rastro alguno de él.

¿Por qué no estaba?

Había hablado con la Nigromante. Ella me había asegurado que lo traería de vuelta, que todo lo que debía hacer era continuar con la guerra. Pero ¿y si todo había sido una alucinación? ¿Y si aquella conversación solo existió dentro de mi mente?

—¡Keelan! —grité, girando la cabeza en todas direcciones. La esperanza aún ardía en mi pecho, débil pero persistente, aunque la realidad comenzaba a sofocarla con brutalidad. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que sentí el crujido en mis sienes—. ¡Maldita sea! ¡Keelan, respóndeme!

Audry colocó una mano sobre mi hombro. El viejo puente crujió bajo el peso de ambos, mientras el sonido del agua golpeando las piedras llenaba el aire. Sin embargo, ni siquiera ese estruendo logró ocultar el sollozo que escapó de mis labios.

—Está bien, Éire —dijo él en voz baja—. Él no querría que te hicieras tanto daño. Por eso tienes que soltarlo. Se fue para que tú vivieras, y ahora no lo estás haciendo.

No fui capaz de mirarlo. Mantuve los ojos fijos en las aguas oscuras del río. Se suponía que debían ser cálidas, como el mar de Vignís o las termas de Sindorya, pero el frío me había entumecido las extremidades con una rapidez humillante.

—Tal vez es demasiado pronto —dije al fin, más para mí que para él—. Ni siquiera ha tenido tiempo de llegar aquí. Quizá está desorientado. No sabrá cuánto tiempo ha pasado. Debo ir a verle, ayudarle a orientarse.

—Éire… no creo que eso sea bueno para ti —susurró Audry.

Su compasión me hirió más que cualquier reproche. Sabía que, desde su perspectiva, debía parecer una mujer perdida, patética en su obstinación. Pero no me importaba. Me aferraba a la esperanza porque era lo único que mantenía mi humanidad intacta.

—Necesito comprobarlo —insistí, con la voz quebrada—. Solo quiero asegurarme de que es cierto. Quizá esté vivo. Nascha me lo dijo en el río. Hablé con ella, Audry. Me aseguró que lo estaría.

Él no respondió de inmediato. Ambos sabíamos que mis argumentos podían desmoronarse con facilidad. Aun así, ninguno de los dos se atrevió a contradecirlos.

—Está bien —cedió al fin—. Yo iré a comprobarlo, ¿de acuerdo? Si él está despierto, serás la primera en saberlo. Pero si no lo está… no creo que te haga bien enterarte ahora.

Asentí una vez. Estaba convencida de que él regresaría. Lo sentía en lo más profundo de mí.

O al menos quería sentirlo.

Porque, aunque intentara creerlo, en el fondo de mi corazón sabía la verdad: Keelan no volvería. Su muerte era definitiva, y aceptarlo resultaba devastador.

Porque, aunque Keelan había muerto por nosotros, una parte de mí había perecido con él aquel día.

Y esa parte jamás podría recuperarla.

CAPÍTULO XXI

ÉIRE

Cala estaba en mi tienda reorganizando los baúles, cuyo interior debía de estar revuelto por las incontables veces que había rebuscado en ellos sin cuidado. El único rasgo visible de ella era su recogido cuidadosamente atado, y su cuerpo enjuto acuclillado junto a mis pertenencias.

Reparé en los barriles de madera alineados cerca de la entrada, aún sin abrir. Los reconocí de inmediato, eran de Valhiam. La madera, pulida con esmero, mostraba delicadas mandalas talladas en la hendidura que unía las duelas con el fondo, y una aleación de oro y latón abrazaba el cuello del barril, oscilando entre lo modesto y lo ostentoso.

—¿Qué hace esto aquí? —pregunté, soltando el aire que había estado conteniendo en una exhalación entrecortada.

Cala se giró sobre el hombro y me miró con desconcierto. Siguió la dirección de mis ojos, y al observar los barriles, su expresión se aclaró.

—Ah, sí. Iba a llevárselos a los soldados, para que los disfrutaran ellos. Ya no tiene sentido que estén aquí.

Asentí en silencio, arrastrando una silla hacia atrás antes de dejarme caer sobre ella.

—No será necesario —dije con la voz apagada—. Sírveme un trago.

La criada se incorporó con rigidez y se volvió hacia mí.

—No entiendo, mi señora. Usted ya no bebía.

—Por un solo trago no pasará nada —respondí, aunque sabía que era mentira. Nunca era un solo trago. Siempre era el principio de un ciclo que me devoraba sin remedio.

—No debería servirle nada —replicó, con la voz temblorosa pero firme—. Será mejor que me deshaga de ellos antes de que se arrepienta y arruine todo su esfuerzo.

Apreté los dedos contra los reposabrazos del asiento hasta sentir el crujido de la madera.

—Creo que no lo has entendido… es una orden, Cala.

No me pasó desapercibido el leve temblor de sus rodillas, aunque trató de sostener la barbilla en alto al hablarme.

—Y yo le digo que no —declaró, con una determinación que apenas pudo sostener.

Un gruñido brotó de lo más profundo de mi garganta mientras me ponía de pie.

—No está pensando con claridad. Es su enfermedad, no su culpa —musitó ella.

—No quieres provocarme ahora, créeme.

Como si mis palabras se materializaran, un trueno retumbó sobre la tienda, iluminando el techo como un millar de relámpagos congregados. Cala tragó saliva y observó las sombras que danzaban en las paredes, temerosa de que una bestia emergiera de la oscuridad.

No le di tiempo a reaccionar. Me lancé hacia ella con un impulso violento. Fui más rápida de lo que esperaba; no alcanzó a esquivarme. Cerré mi mano derecha alrededor de su cuello y la levanté del suelo para dejarla suspendida a la altura de mi rostro. Sentí la magia arder bajo mis dedos, ansiosa por salir. Un solo pensamiento y la pulsación que bullía en mi interior habría acabado con su vida.

—Tus ojos… —murmuró con la voz quebrada. Sabía a qué se refería. Mis ojos debían de haberse teñido de obsidiana, cubiertos por aquella oscuridad que no dejaba pasar la luz. Nadie me lo había dicho desde entonces… desde Evelyn.

—No vuelvas a desafiarme nunca —escupí con un tono que no reconocí como mío.

Sus labios temblaron, y sus ojos, agrandados por el terror, se llenaron de lágrimas.

—¿Cree que el príncipe querría esto? ¿Cree que esta versión suya es la persona de la que se enamoró? —susurró entrecortadamente, buscando aire—. ¿Cree que puede sentirse orgullosa de lo que se ha convertido?

Apreté los dientes hasta que dolieron. ¿Por qué todos insistían en juzgarme? ¿Por qué cada una de mis decisiones debía parecer equivocada? Yo no era la villana. Yo era quien intentaba salvarlos. Y lo sabía. En el fondo, lo sabía.

La solté. Cala cayó de rodillas y se llevó una mano al cuello, buscando desesperada el aire que le había arrebatado. Su piel enrojecida mostraba la marca de mis dedos, algunas sombras oscuras, casi tiznadas, como si mi niebla hubiera estado a punto de atravesarla.

Un nudo me cerró la garganta. Retrocedí tambaleante y me dejé caer de nuevo en la silla. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas antes de poder detenerlas.

¿Me sentía orgullosa de lo que era?

La respuesta me aterrorizaba, porque la conocía, y no era una afirmación.

—¿Cómo has podido sufrir tanto daño? —preguntó Cala, olvidando por completo el protocolo. No debía tutearme, pero lo hizo, incluso después de haber tenido su vida entre mis manos. No se acercó, aunque su mirada no se apartó de mí.

—¿Qué? —susurré. El dolor era inevitable. Esta vez, debía enfrentarlo sin escudos ni evasiones.

—Para acabar así, ¿cuánto daño debieron hacerte?

Avergonzada, evité su mirada. Las lágrimas delataban un dolor que llevaba años escondido. Quise detenerlo, pero no pude. El llanto brotó con fuerza, desgarrando el aire de la tienda. Las lágrimas, saladas y calientes, corrían por mis mejillas sin tregua. Me abracé las piernas y hundí el rostro entre las rodillas.

Cala se acercó con cautela. Pasó un brazo sobre mis hombros y me abrazó. No ofrecí resistencia. Cada sollozo encontraba eco en el siguiente, y cada exhalación era un lamento. No entendía por qué lo hacía, por qué me mostraba compasión, pero la calidez de su gesto

fue un alivio que no esperaba. Por primera vez en mucho tiempo, me permití ser abrazada.

♣

El puente de Normagrovk se había convertido en un lugar de consuelo. Desde la muerte de Ojitos, su ausencia me pesaba más de lo que admitía. Me recosté sobre los tablones de madera, justo donde su cuerpo se desvaneció y la niebla descendió bajo la tierra. Aquel rincón, silencioso y desolado, era lo único que lograba calmar mi mente.

Había dejado que Cala se encargara de vaciar los barriles. Después de apartarme de ella, no dejé de disculparme entre palabras atropelladas. Me sentía culpable, profundamente avergonzada por mi arrebato. Pero ya no había marcha atrás. Solo podía pedir perdón y prometerme no repetirlo.

Inspiré con fuerza. Pasé la manga de mi túnica por las mejillas, limpiando los rastros de lágrimas. Los árboles que antes rodeaban los acantilados eran ahora un paisaje muerto de ramas carbonizadas y hojas que el viento arrastraba sin rumbo.

Habían encontrado el cadáver de Serill junto al de su mascota hacía apenas una hora. Ambas habían sido devoradas por el fuego mágico, calcinadas bajo los restos de su choza. Los sauces que tanto había protegido se reducían a un esqueleto gris de cenizas.

—¿Se puede saber por qué tenía un ukelele en mi regazo? —preguntó una voz conocida, rompiendo el silencio.

Fruncí el ceño, llevándome una mano a la frente. Maldije entre dientes.

—Detente. No quiero verte más. No eres real —murmuré y sostuve el puente de mi nariz con los dedos, intentando que la imagen se desvaneciera.

—Auch… eso ha dolido, hechicera.

Fruncí el ceño con mayor fuerza. Era cierto que a veces le oía si me mantenía en absoluto silencio, que lo veía entre sueños y que su muerte regresaba una y otra vez a mi mente como un recuerdo persistente. Sin embargo, siempre había sabido distinguir entre lo

real y lo imaginario. Esta vez, no obstante, algo era distinto. Aquella sensación era demasiado vívida, demasiado tangible. No debía sentirse así. ¿Acaso me estaba volviendo loca?

Hice lo único que me pareció lógico en ese momento: me giré sobre mi hombro y busqué el origen de la voz. Durante un instante estuve segura de que solo hallaría el vacío, y que después llegaría el golpe de realidad con su tacto helado calándome hasta los huesos. Pero no fue así.

Frente a mí no había un paisaje desolado, sino una figura. Una persona alta, de hombros anchos y labios pálidos. Llevaba la túnica remangada y los antebrazos surcados por líneas finas y claras. Su cabello, oscuro como el carbón, caía desordenado sobre la frente, y una barba incipiente sombreaba su rostro, áspera y familiar.

—¿Keelan? —pregunté, incrédula.

—¿Debería tocarte una canción? —respondió, levantando el ukelele que sostenía en la mano.

Ese instrumento… lo reconocí al instante. Era el mismo que había llevado aquella noche a su tienda. Un presente torpe para alguien que no escuchaba y ni siquiera sentía.

—¿Eres tú… de verdad? —inquirí, sintiendo cómo el pecho se me contraía con una mezcla de desconcierto y esperanza. Las lágrimas que comenzaban a brotar ya no nacían del dolor.

—Sabía que era apuesto, pero no tanto. ¿Piensas abrazarme o tendré que hacerlo yo, hechicera?

—No, yo… —Mi voz se quebró en un hilo apenas audible—. ¿De veras eres tú, Keelan Gragbeam?

—No traigo mi espada, pero por lo demás creo que sigo siendo el mismo —bromeó con una sonrisa ladeada. Dejó el ukelele junto a sus pies, sobre unas briznas de hierba ennegrecida. Aun así, podía distinguir la tristeza oculta tras aquella sonrisa.

No lo dudé un instante más. Me lancé a sus brazos y sentí cómo me rodeaba la cintura con firmeza. Hundí los dedos entre las ondas de su cabello, deslizándolos por su cuero cabelludo. Enterré el rostro en su hombro mientras temblaba de euforia. Él estaba allí. Había funcionado.

Había funcionado. Keelan estaba vivo.

—No sabes cuánto te he echado de menos. No tienes idea… —susurré entre sollozos contenidos.

Él apoyó el mentón en mi sien con ternura, para estrechar aún más su abrazo.

—Lo sé. He estado contigo todo este tiempo. Esos sueños, esas voces… era yo, Éire. Nunca me he ido. No podría haberlo hecho.

Me aparté apenas unos centímetros para contemplar su rostro. Tracé con las yemas de mis dedos el contorno de sus ojos, ese tono miel que reconocería en cualquier lugar. No era el oro frío de los templos ni la luz metálica del amanecer; era fuego contenido, un resplandor cálido que vivía en su mirada.

—Entonces, no entiendo por qué no me odias —confesé.

—No justifico lo que hiciste —respondió con calma, acariciándome la mejilla—. Ambos sabemos que has quitado vidas que no debiste, y ni siquiera yo puedo ignorarlo.

—¿Y eso es todo? ¿Eso es lo único que me dirás? —pregunté, confundida.

—Éire, has cometido errores terribles, y eso es un hecho —repitió mientras sostenía mi rostro entre sus manos—. No los justifico, pero sé que Gianna sigue dentro de ti, manipulándote. Si es necesario, atravesaré la oscuridad para alcanzarte y no dejarte sola nunca más.

Sus labios buscaron mi piel, besó cada lugar donde antes habían caído las lágrimas, hasta detenerse a un suspiro de los míos. Mordí mi labio inferior y mis dedos se aferraron a su nuca. La calidez de su piel se propagó como una corriente ardiente a través de mi cuerpo. Ya no estaba frío. Era él, por completo.

—No quiero decir ni una palabra más, Keelan Gragbeam. Quiero que me beses —susurré.

—Todo lo que pidas es tuyo —prometió. Se inclinó despacio hacia mí. Sus labios rozaron los míos con una suavidad que desató chispas invisibles entre nosotros, una energía que recorrió cada fibra de mi cuerpo hasta los pies.

Sentí como si un torrente de vida se agitara en mi interior, desbocando el corazón en un ritmo frenético. Era como un primer beso, pero más que eso, era el primer beso verdadero. No se trataba

del roce, ni del deseo, ni de cómo me sujetaba entre sus brazos. Era el reconocimiento de algo más profundo.

Se trataba de las repercusiones que dejaba en el cuerpo, de la felicidad que se derramaba sin control, de la conexión que trenzaba nuestras almas. Era la certeza de que, sin importar lo que ocurriera después, aquel momento quedaría suspendido para siempre. En nuestros labios. En nuestra piel. En nuestra memoria.

—¿Puedo? —preguntó, levantándome por las caderas.

Asentí con una sonrisa que no pude contener. Él me alzó hasta su altura, y yo enrosqué mis piernas alrededor de su cintura.

—Eres tan hermosa —susurró con devoción—. Te juro que nunca he conocido a nadie tan extraordinario como tú, hechicera.

—No volveré a perderte —dije con el corazón latiendo a un ritmo frenético—. Te lo juro.

—Atravesaría la condenación eterna una y mil veces, Éire. Por ti.

CAPÍTULO XXII

ÉIRE

Sus manos se deslizaban por mis muslos desnudos mientras el puente se balanceaba bajo nuestros cuerpos. Hacía rato que los pantalones habían desaparecido, igual que las túnicas y las armas. Todo se amontonaba a un lado, murmurando cada vez que los tablones de madera crujían con nuestros movimientos.

Nuestros labios se unieron con una necesidad primitiva. Cada presión de nuestras lenguas mezclaba la sangre de ambos, producto de los mordiscos que habíamos dejado en los labios del otro. Su rodilla se presionaba entre mis muslos, y con cada beso profundo rozaba con más fuerza mi parte más sensible. Un jadeo se escapó de mi boca antes de que pudiera contenerlo.

—¿Te molesta? —preguntó Keelan. La duda brilló en su mirada, y por un instante pareció dispuesto a apartarse. Pero no iba a permitir que lo hiciera. No en ese momento. Porque, joder, sí que me gustaba. Sus movimientos no eran los más precisos, pero se esforzaba tanto por descubrir qué me proporcionaba placer que nunca fallaba.

—No, no me molesta —respondí con seguridad. El alivio suavizó su expresión. Se inclinó sobre mí, apoyando su peso con cuidado mientras su piel rozaba la mía. Su aliento cálido chocó contra mi oído, y sus labios comenzaron a recorrer mi mandíbula mientras su dedo índice dibujaba el contorno de mi clavícula.

Sus dedos descendieron con lentitud y atraparon mi pezón entre las yemas. Lo pellizcó con la fuerza justa para arrancarme un gemido mientras mi espalda se arqueaba. Si seguía así, no resistiría mucho. Me moví contra su muslo casi sin pensarlo y dejé escapar un siseo ahogado junto a su pómulo.

Él sonrió con timidez y llevó su otra mano hacia el centro de mis muslos. Recordé que la primera vez que habíamos estado así, le había explicado cómo me gustaba, y ahora sabía exactamente qué hacer. Sus dedos trazaron círculos suaves justo en el vértice, era el roce perfecto para mantenerme al borde del éxtasis.

Estaba a punto de tocar las nubes, de alcanzar ese punto donde todo se disuelve en calor, cuando decidí detenerlo. No tan rápido...

—Detente, es mi turno —ordené y lo empujé hacia atrás con firmeza antes de que pudiera responder. Me senté a horcajadas sobre su cuerpo.

Lo sentía entre mis muslos, duro, tenso, palpitante. Aun así, no lo toqué; no lo complací, y él ni siquiera se quejó. Solo sonreía, con esa expresión profunda y oscura que me encendía por dentro.

Lo tomé con firmeza sin apartar mi mirada de la suya. Sus ojos me quemaban allí donde se posaban. Lo hacía en mis pechos, en mi vientre, en las cicatrices y las estrías que cruzaban mi piel. Su lengua humedeció el labio inferior mientras entrelazaba los brazos detrás de su cabeza, observándome como si fuera su obra más preciada.

—Me encantas —murmuró.

—Dame un segundo y te enloqueceré —susurré y me dejé caer sobre su dureza.

Pude deslizarme con facilidad, ayudada por la humedad que empapaba mis muslos. Me sostuve de sus hombros mientras Keelan rodeaba mis caderas, guiándome con una mezcla de fuerza y devoción. Su gruñido ronco vibró contra mi pecho; hundió los dedos en mi estómago y cubrió mi cuello de besos. Atrapó el lóbulo de mi oreja entre los dientes y una corriente recorrió mi cuerpo entero.

Caí una y otra vez contra él, recorriendo con mis dedos la dureza de sus omóplatos. Sentía bajo mis manos la textura de su piel, áspera donde las alas permanecían ocultas. Al rozar aquella zona, sus dientes tocaron mi hombro. Me aparté apenas lo suficiente para apreciar que el dorado de sus ojos se había ensombrecido, y los colmillos parecían más largos, como si algo en él estuviera cambiando.

—Esa zona… joder, sí, tócame ahí otra vez —pidió con la voz entrecortada, hundiendo el rostro en mi cuello.

Sus dientes se cerraron con fuerza, y sentí cómo mi sangre caliente se deslizaba sobre la piel. Jadeé ante el dolor dulce que encendió mis nervios y endureció mis pezones. Acaricié con mis dedos el surco de sus omóplatos para intentar complacerlo, mientras él me obligaba a moverme una y otra vez sobre su cuerpo.

Empujaba contra mí con una fuerza que me hacía temblar. Me tenía rendida, ciega de placer, atrapada entre su respiración y la mía. Cada embestida me acercaba más al borde, y no había vuelta atrás. Nunca nadie me había llevado tan lejos. Ni siquiera en los juegos previos con otros, nadie había conseguido arrastrarme tan hondo, tan cerca de la pérdida absoluta del control. Keelan lo hacía solo con mirarme. Bastaba su mirada para hundirme en esa vorágine de deseo y hacerme querer repetirlo una y otra vez, sin pensar en escapar.

Mis dedos no se apartaron del lugar donde las alas reposaban bajo la piel. Sentí cómo su cuerpo temblaba cada vez que lo rozaba. Entonces, el placer me rasgó por dentro y me elevó más allá de toda frontera. Las sensaciones me abrumaron, me desbordaron, me arrastraron a un punto donde ya no quedaba pensamiento, solo la vibración pura de su nombre en mis labios.

El príncipe heredero de Zabia rugió contra mi mandíbula, mientras lamía y besaba mi piel sensible para luego ahogar sus jadeos ásperos en la curva de mi hombro. Apenas pude contener mi propio gemido mientras caía contra su cuerpo sudoroso, alcanzando la liberación al mismo tiempo que él.

—Cásate conmigo —dijo de pronto y dejó escapar una exhalación entrecortada entre sus labios entreabiertos. Tomé aire con dificultad y me aparté de su pecho, desconcertada.

—¿Qué? —susurré. Apenas tenía aire en los pulmones.

La determinación que vibraba en sus ojos era desconcertante.

—He tenido mucho tiempo para pensar, Éire. Me he levantado cada mañana solo, sin nadie a mi lado, viendo cómo sufríais por mi partida. Aun así, no fui capaz de marcharme para siempre fuera de este universo. No podía soltarlos sin más, no sin saber antes que

eran felices. —Tragó saliva con fuerza, atrapando un mechón de mi cabello para colocarlo tras mi oreja—. Si algo aprendí allí, es que no quiero volver a despertar un solo día sin la certeza de que estarás junto a mí. Quiero compartir mi vida contigo, hechicera. Y aunque sé que consideras el matrimonio una tontería anticuada, cásate conmigo. Déjame hacerte mi reina. Permíteme envejecer a tu lado y te juro que haré todo lo posible por hacerte feliz.

Una sonrisa se extendió por mis labios mientras sostenía su rostro entre mis manos. Por un instante, sentí que aquel podía convertirse en el momento más feliz de mi vida.

—Sí —murmuré.

—¿Sí? —Sus ojos brillaron tanto que parecían capaces de iluminar la oscuridad.

—Claro que sí, Keelan Gragbeam —dije con una risa ahogada antes de lanzarme a sus brazos.

Nuestros pechos desnudos se unieron, hundiéndose el uno contra el otro. Entonces, entre la penumbra de mis párpados cerrados, un recuerdo me atravesó con la nitidez de una revelación. Fue como si un jarro de agua helada me devolviera a la realidad. Recordé quién era él. El soberano de un reino. Un rey que debía gobernar… y que, inevitablemente, tendría que marcharse.

Tragué saliva y lo miré a los ojos.

—Supongo que cuando volvamos a vernos podremos visitar un templo para la ceremonia.

Su ceño se frunció.

—¿Cuándo volvamos a vernos?

—Entiendo que debes irte —dije, acariciando sus hombros con suavidad.

—¿Por qué lo haría? —preguntó, genuinamente sorprendido.

—Tienes un reino que gobernar —argüí con calma.

—Sí, y lo haré —respondió con firmeza—. Contactaré con Miriela y le daré las órdenes necesarias para estabilizar la economía. Pero Zabia no está en peligro en esta guerra. Tú sí, y mientras tú formes parte de ella, yo también.

Un estremecimiento recorrió mi pecho y se ancló en mis huesos.

—No creo que ahora mismo alguien esté dispuesto a casarme. Sobre todo un sacerdote —bromeé, dejando escapar una risa baja.

Keelan sonrió y pasó su pulgar por mi pómulo y trazó suaves círculos.

—Que yo recuerde, seré el rey del reino más poderoso, y tú eres el ser más poderoso de este continente. Nadie se atrevería a decirnos que no.

—Tienes razón, pero aún así no tengo anillo —murmuré con una sonrisa en los labios.

Él ladeó la cabeza.

—¿No lo tienes? —preguntó con un tono divertido.

Luego rebuscó en el montón de ropa junto a nosotros y extrajo algo del bolsillo de sus pantalones. Lo ocultó cerrando el puño antes de recostarse otra vez a mi lado.

—Es imposible que hayas conseguido un anillo después de resucitar de entre los muertos —bromeé.

—No subestimes mis habilidades.

—¿Cómo pudiste pensar en eso en medio de todo?

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa con descaro.

—Soy Keelan Gragbeam. Nada se me escapa.

En ese instante abrió lentamente la palma de su mano. Sobre ella descansaba un anillo. No tenía piedras preciosas, ni estaba hecho de oro o plata; tampoco llevaba inscripciones ni adornos elaborados. Pero era infinitamente mejor que cualquier joya. Era una ramita de melisa trenzada sobre sí misma, del tamaño exacto para deslizarse por mi dedo índice.

—Entonces… ¿me harías el honor de convertirme en tu esposo, Éire Güillemort Gwen? —preguntó con una sonrisa que desarmó por completo mi pecho.

El aire pareció detenerse. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que el universo se había alineado a nuestro favor.

CAPÍTULO XXIII

AUDRY

No supe cómo decirle a Éire que Keelan continuaba en su tienda cuando fui a verle. Que su cuerpo permanecía inerte y frío. No tuve el valor suficiente para plantarme frente a ella y confesarle aquello, así que ni siquiera permanecí mucho tiempo junto al cadáver de Keelan; en cambio, giré en redondo sin pensarlo dos veces y me dirigí hacia un destino indefinido. Ni siquiera yo mismo podía aceptar que Keelan seguía sin pulso, sin respiración. Había intentado hacer entrar a Éire en razón, pero sería un mentiroso si dijera que no había fantaseado con que aquello pudiera ser cierto.

Avancé sin mirar atrás, ni en sentido literal ni figurado, porque el pasado era lóbrego y siniestro, y prefería enfrentar la incertidumbre del futuro. Di algunas zancadas, miré hacia adelante y serpenteé entre algunas tiendas, hombres y monstruos. Últimamente, y para el pesar de muchos, las criaturas razha pasaban demasiado tiempo entre nosotros.

Aun así, ni los monstruos se atrevían a sisearnos ni nosotros a gruñirles, ya que Éire cortaría la lengua a quien osara romper la armonía de su campamento. Una armonía que alguna vez creyó que solo podrían mantener el hombre y el monstruo. Lo cierto era que convivíamos mejor de lo que cualquiera hubiera esperado.

Un kolbra pasó aleteando junto a mi hombro, con sus puntiagudas alas translúcidas rozando mi piel. Reprimí un abucheo de dolor al sentir cómo sus garras superficiales atravesaban mi carne. La piel reluciente de la criatura brilló mientras se giraba hacia mí. En cuanto reparó en el brote de sangre que surgía de mi hombro, sus ojos se entrecerraron y se apresuró a presionar mi herida con sus manos húmedas.

Por inercia, me alejé. Al instante siguiente, un profundo remordimiento se apoderó de mí ante la mirada herida de la criatura, pero no tuve tiempo de rectificar cuando echó a volar con una rapidez inesperada. Sabía que no debía haber retrocedido; aquel rechazo no fue justo. Pero yo mismo había tenido que defenderme de monstruos así. Había escuchado historias escalofriantes sobre ellos, y por mucho que intentara verlos con ojos más cordiales, aún no me sentía capaz.

Agarré mi herida con fuerza e intenté detener la escandalosa sangre para poder continuar. No sabía hacia dónde, pero deseaba avanzar. No tuve que esperar mucho para orientarme cuando una conversación llegó a mis oídos por casualidad.

—Entonces, ¿qué harás cuando ganemos la guerra? ¿Volverás a Güíjar? —era Brunilda. Ese tono severo resultaba reconocible en cualquier lugar. Inconscientemente, seguí la voz de la guerrera, y me asomé por la rendija que habían dejado entre las pieles de su tienda.

Nadie alrededor reparó en lo que hacía. La mayoría ya estaba dormida, aguardando el entrenamiento del amanecer. Haakon los había empujado hasta el límite, gritándoles insultos y asustándolos hasta la última hebra de su cabello. Dioses, me habría asustado también si no fuera porque su cuerpo de escándalo podía incluso eclipsar las palabras que salían de su boca. No del todo, pero ayudaba.

—No lo sé. Sabes que siempre he querido viajar por Nargrave. —Y hablando de Haakon… tenía que ser él quien estuviera con la hechicera persuasiva, cómo no. Ahora que lo recordaba, ni siquiera los había visto separados por más de un par de minutos.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Brunilda.

Entre las sombras de la tienda, donde solo un par de velas cerosas ofrecían una iluminación débil, vi cómo la mujer rubia tomaba la mano de Haakon entre las suyas.

¿Acaso… estos dos estaban juntos?

—Lo sabes —afirmó él.

—No, no lo sé.

—Porque me gusta el comandante.

¿El comandante? ¿Quién era…? Oh. Yo era el comandante.

Parpadeé varias veces. ¿Acaso había dicho eso? ¿Lo había escuchado bien? Pero… yo no lo conocía. Él no me conocía. No nos conocíamos. ¿Cómo…? No encajaba. Era absurdo. Probablemente estaba soñando. Sí, esto debía ser un sueño.

Una mano se cerró inesperadamente sobre mi hombro y me giré de inmediato, notando cómo mi corazón se desbocaba en el pecho. En ese instante, quienquiera que me salvara de esta embarazosa situación ganaría mi gratitud eterna.

—¿Disfrutando del espectáculo?

Parpadeé varias veces, más de lo habitual. Giré mi rostro sobre el hombro y observé de nuevo la escena que había espiado a hurtadillas. Las sombras de la tienda serpenteaban, la vela de cera pálida goteaba sobre los banquetes, y la mesa crujía levemente cuando Haakon la tocaba con la punta de su zapato. Su enorme cuerpo estaba inclinado hacia Brunilda, pero ahora eso tenía mucho menos sentido, porque Haakon también se encontraba frente a mí, con un esbozo arrogante de sonrisa.

—¿Qué? Pero… —Ni siquiera necesité continuar, porque la mujer de trenzas nórdicas pasó junto a Haakon y me lanzó una mirada divertida, con sus ojos brillando en matices malvas. Cuando volví a mirar hacia el interior de la tienda, esta estaba completamente vacía.

Maldita magia persuasiva.

Resoplé con fuerza y le lancé una mirada molesta al hombre frente a mí. No era el efecto de sus pantalones ceñidos ni de su camisa arrugada, ni el vello que desaparecía bajo la tela. No, nada de eso influyó.

—Eres un idiota —ladré.

Él cruzó los brazos con parsimonia, penetrándome con la mirada dorada de formas imposibles.

—¿Acaso quieres gustarme, comandante? —Quise pensar que era una broma, pero no parecía burlarse.

—Aunque yo te gustase, preferiría arrancarme el corazón antes de dejar que latiera por ti.

Ni siquiera sabía por qué estaba tan enfadado, pero lo estaba. Se habían reído abiertamente de mí, como si yo fuera un niño inútil y

enamorado que ansiaba ser correspondido. Tal vez había tartamudeado y me había sonrojado algunas veces en su presencia, pero eso no cambiaba que yo era superior en la jerarquía de este campamento. Yo era su comandante, y él debía respetarme, aunque se creyera superior con todos esos músculos.

Por un instante, pude jurar que su mirada reflejaba confusión, como si esperara cualquier cosa menos una reprimenda.

—Era una broma tonta que quisimos gastarte, no pretendíamos molestarte de ninguna manera.

Trató de extender su mano hacia mí, pero la aparté con un manotazo.

—No me has molestado. Por supuesto, puedes gastar bromas a tus iguales, pero no a mí. —Podría haberme dado una palmadita por lo firme que sonó mi voz en aquel instante.

—¿Eso significa que me quedo sin acompañante de nuevo para la víspera? —bromeó él, pese a que su sonrisa estaba crispada y sus músculos ligeramente tensos.

Tomé una bocanada de aire.

—No, claro que no, siempre y cuando me demuestres que mereces mi compañía. Desde luego, con bromas absurdas, no. —Al pasar por su lado, le eché una mirada de soslayo antes de agregar —: Por cierto, esa ropa te queda fatal. Cambia de guardarropa.

—Mentiroso —siseó y sostuvo mi muñeca para después girarme de nuevo hacia él.

—Y tienes comida entre los dientes —repuse, con los hombros cuadrados y la barbilla en alto. Me zafé de su agarre y lo miré con un desafío que latía en mi pecho con fuerza.

Él humedeció la comisura de su labio, con un movimiento suave de la lengua que parecía deliberadamente provocador.

—No sabía que la mano derecha de la hechicera de las bestias se pasease por un campamento de guerra, lleno de monstruos y guerreros, cuchicheando como una anciana del pueblo.

Dio un paso enorme hacia mí, dejando como única distancia entre nosotros una fina capa de aire.

—¿Tú no se suponía que eras un brutal asesino? No pensé que Haakon Sin Apellido aspirase a visitar mercados y templos.

—Veo que estás muy molesto, comandante. —La forma en que enfatizó mi título, con una sombra de sonrisa, me hizo entrecerrar los ojos con disgusto.

—No es mi mejor día. —Habían pisoteado la única esperanza de que mi amigo pudiera volver con nosotros y después saltaron sobre ella hasta teñir mi corazón de un violáceo escalofrío. Claro que no era mi día favorito de la semana, ni del año, ni siquiera de toda mi vida.

—¿Te gusta el chocolate? —preguntó, retrocediendo ligeramente. Lo miré, confundido, sin comprender del todo la pregunta.

—Es casi como una fantasía para mí —admití, con una sonrisa que jugaba en mis labios.

Pude ver toda su hilera de dientes cuando su mueca divertida aumentó, acentuando el hoyuelo de su barbilla.

—Entonces, entra en la tienda conmigo, tenemos pastas de chocolate y rosquillas de canela.

—¿Te gustan los dulces?

—A mí no, es a Brunilda a quien le encantan.

Me tomó por sorpresa. No parecía el tipo de mujer que se atiborrara de azúcares y masas dulces, sino más bien alguien que mantenía una dieta estricta con entrenamiento incluido. Sin embargo, qué podía saber yo. Las apariencias engañaban.

—¿A ti no te gustan? —pregunté. Aquella era una cuestión importante. Si alguien no apreciaba el chocolate, no era de fiar.

—No me disgustan, pero la mayoría me sienta mal. Además, de donde venimos, no había un solo dulce en el plato, tan solo algún que otro filete si había suerte, y fuentes y fuentes de legumbres aguadas. Al final, te acostumbras.

—Déjame decirte que tu estilo de vida me parece aburrido y desmoralizador —repuse.

Él se encogió de hombros y se dio la vuelta hacia la tienda, esperando que lo siguiera. Al adentrarnos, las pieles se cerraron a nuestro alrededor y tuve que enfocar la vista entre la penumbra casi total. Gracias a los dioses que las velas iluminaban tenuemente la estancia, porque si no, habría tenido que tantear a ciegas los objetos del lugar.

—¿Rosquillas o pastas? —inquirió, mientras se giraba hacia una cómoda cubierta con varios platos.

Me senté con cuidado sobre una de las sillas de la tienda y, sin pensarlo, abrí la boca:

—¿Las rosquillas tienen chocolate? No, ¿verdad? Pues pastas.

Recibí su respuesta casi de inmediato con una risa ronca y baja.

Haakon se acercó y dejó caer un plato lleno de migas entre nosotros, mientras él mismo se sentaba frente a mí. Mis ojos casi centellearon al ver la pequeña pila de pastas redondas bañadas en chocolate, con cristales de azúcar sobre su suave masa y trozos rizados de naranja confitada.

—¿Cómo habéis conseguido esto? —pregunté, tomando una pasta entre mis dedos. Era tan gruesa que parecía una pequeña tartaleta. Debido al gélido clima, el chocolate ni siquiera se había derretido.

—Brunilda descubrió que tomasteis muchas cosas de Valhiam. Entre ellas, suficiente comida para alimentar al campamento hasta que la guerra terminase. Antes de que alguien lo racionase, se llevó todos los dulces para ella. —Sacudió la cabeza, como si no pudiera creer lo que contaba—. Y ahora… tenemos un baúl repleto de azúcar.

—Si quieres que guarde ese secreto, deberás darme al menos la mitad —afirmé, dando un buen bocado a la pasta y zampándomela de golpe.

—Contaba con ello. Así esperaba librarme del persistente olor de estos pasteles.

Lamí mis dedos uno a uno, sin dejar ni un solo resquicio de chocolate, mientras le respondía:

—Eres estúpido.

—Puede —concedió—. Ahora, cuéntame, ¿por qué estás molesto?

Me encogí de hombros mientras intentaba aparentar desconcierto al pescar otra pasta y morderla con cuidado.

—No sé… a qué te refieres —mascullé entre bocados.

—Tú mismo me has dicho que no tenías un buen día. —Era cierto. Maldita sea, ¿por qué lo había dicho? ¿Por qué me resultaba tan difícil ocultarlo? *Maldita honestidad,* pensé.

No iba a contarle el motivo. Principalmente porque no nos conocíamos lo suficiente, y yo tampoco guardaba la mínima confianza en él; sin embargo, sentía la urgente necesidad de vomitar todas aquellas palabras dolorosas que se negaban a escapar de mi pecho. Quería explicar cómo me sentía, de dónde surgía ese malestar físico que se extendía más allá de lo psicológico, y tener a alguien que simplemente escuchara, aunque no supiera qué decir, ya era suficiente. En otro momento habría acudido a Éire, pero ¿merecía ella que la atormentara con mis problemas? La respuesta era no.

Me aclaré la garganta mientras tomaba el plato con las pastas apiladas y lo acercaba a mi pecho como si fuera un tesoro invaluable. Inevitablemente, aquellos manjares me transportaron a Sindorya, a los días en que Clarén nos había preparado comidas deliciosas durante más de una semana, justo antes de apuñalarnos por la espalda.

—Créeme, estoy bien, solo… algo ansioso. —Mentira. Mentira absoluta. "Ansioso" apenas rozaba lo que realmente sentía.

Aun así, él asintió una vez, con un brillo de decepción en los ojos que no se atrevió a prolongar. Lo ocultó tan rápido que me costó notarlo.

—Bueno, entonces… ¿estoy perdonado?

—Lo estás. Ha sido una tontería de cualquier forma. Simplemente estoy irritable. —Le dediqué un esbozo de sonrisa forzado—. Te veré mañana… en los entrenamientos. Claro, ¿en qué otra cosa iba a ser sino?

Haakon sonrió, aunque su gesto no parecía especialmente deslumbrante; había una calma contenida en él, un aire de seguridad que me hacía recordar, aunque por un instante, que no estaba solo en aquel campamento.

—Exacto. ¿En qué otra cosa iba a ser sino, comandante?

CAPÍTULO XXIV

ÉIRE

—¿Crees que llorará? —le pregunté a Keelan, con una pequeña sonrisa traviesa en los labios.

Él apretó su palma contra la mía y me dirigió una mirada reprobatoria.

—Tú casi lo haces.

—Uy, qué mentiroso —repuse. Pero ambos sabíamos que tenía razón.

Entonces, la sonrisa del futuro rey de Zabia se desvaneció, hasta convertirse en una mueca nostálgica. No muy lejos de nosotros, Audry estaba sentado sobre una roca, afilando una pila de armas con sus manos enrojecidas y callosas.

Keelan no ocultó cómo sus ojos se humedecieron.

—Le había echado tanto de menos —musitó con la voz quebrada. Yo sabía que era verdad; Audry le había extrañado de igual manera.

En ese instante, solté su mano con delicadeza. Keelan ahora solo observaba al reciente comandante, con los ojos brillando en una mezcla intensa de tristeza y alegría. Asentí en su dirección con una seguridad que tuve que sacarme de la manga. Mis rodillas aún temblaban, dudando si aquello era real. Me había pellizcado varias veces para cerciorarme, pero mi mente parecía reticente a aceptar la evidencia.

—Estoy tan orgulloso de él. De todo en lo que se ha convertido —susurró Keelan, balanceando los pies, dudando si acercarse o retroceder. Permaneció a mi lado, clavando su mirada en los movimientos precisos de Audry, quien no hacía más que arrastrar una puntiaguda piedra por las hojas metálicas de sus armas.

—No tienes que hacerlo ahora. Si no te sientes preparado, puedes esperar —le aseguré y acaricié su costado.

Él negó con decisión.

—Sé que puedo, pero no es lo que quiero. Necesito abrazar a mi amigo ahora.

Antes de que pudiera decir algo más, dio unas zancadas firmes y se plantó frente a Audry. Este ni siquiera levantó la mirada al principio, como si temiera que la sombra humanoide que se cernía sobre él fuera solo un recuerdo o una alucinación, tal como me había ocurrido a mí. Pero sus ojos recorrieron lentamente el cuerpo del príncipe de Zabia, desde el cabello hasta las facciones, y se detuvieron en sus ojos, compartiendo una mirada que se prolongó para mí, donde la felicidad y el alivio de Keelan chocaban con el desconcierto de Audry.

—Vale… en mis sueños nunca sabes… nuestro código. Así que… debo preguntarte cuál es el código —balbuceó, incrédulo.

Levantó el puño y esperó a que Keelan replicara con el mismo gesto. Lo hizo, y ambos chocaron nudillos, ejecutando una secuencia extraña con los dedos índices y corazones.

Mmm, ¿por qué yo no formaba parte de ese código? Qué traidores. Pensé, divertida.

Audry bajó la mirada y pasó los dedos por sus propias manos, observando el rostro de Keelan con una sorpresa difícil de disimular. Parecía genuinamente anonadado, pero al mismo tiempo, la esperanza latía con fuerza en sus ojos.

—Soy yo, Audry —confirmó Keelan.

—¿Eres tú… de verdad? —La voz del comandante era un susurro quebrado.

—Es él, de verdad. Ha funcionado, pequeño comandante —intervine, exhalando profundamente—. Ha funcionado.

Audry me miró, pero no esperó confirmación. Echó a un lado las armas que sostenía y se lanzó hacia Keelan, casi ocultándose entre sus brazos. La fuerza que habían desarrollado durante estos meses le permitió abrazarlo sin problemas.

Respiró con fuerza contra el hombro de Keelan, como si quisiera grabar aquel aroma en su memoria. Keelan rodeó su cintura con los

brazos y apoyó la barbilla en la coronilla de su amigo. Se sostenían con una fuerza que trascendía lo físico, un vínculo que parecía eterno. Eran como hermanos que habían compartido luchas, espadas, risas y noches en vela.

—No puedo creer que estés aquí —suspiró Audry, mientras Keelan le apartaba con cuidado para sostener sus hombros con firmeza. Ambos compartieron una mirada vidriosa que me rompió el corazón.

—Estoy aquí y no planeo irme en un tiempo.

—No planees irte nunca, por favor —pidió Audry, intentando bromear, aunque la fragilidad en su voz desmentía la intención.

—Ya no puede —intervine nuevamente y me acerqué por la espalda. El príncipe me dedicó una pequeña sonrisa mientras se secaba una lágrima que caía por su mentón. Audry apartó la mirada de él para fruncir el ceño hacia mí.

—¿A qué te refieres? —preguntó, mientras Keelan retrocedía dejando sus manos a los lados, otorgándole a Audry un espacio para asimilar la situación.

Me coloqué aún más cerca de Keelan y sentí cómo su cadera chocaba contra mi cintura por casualidad.

—Le he pedido matrimonio —afirmó y me miró de soslayo con una sonrisa sorprendentemente tímida.

Sentí cómo mi corazón parecía querer escaparse por mi garganta. Todo había sido tan rápido, tan repentino, y al mismo tiempo había llegado después de tanto sufrimiento. Pero, aparentemente, habíamos logrado mantenernos unidos.

Audry boqueó, atónito, examinando nuestras manos en busca de un anillo. Al notar el tallo de melisa rodeando mi dedo índice, sus labios se entreabrieron con más notoriedad.

Se atragantó mientras intentaba decir:

—¿Estáis… comprometidos? ¿Cuándo…? ¿Cómo…? ¿Qué…? Pero si estabas prácticamente muerto. No estás frío ni en una cama, pero estabas muerto. Hace un instante… yo he…

Alcé las cejas, divertida por su torrente de palabras. Keelan, a mi lado, ni siquiera ocultó su enorme sonrisa mientras cruzaba los brazos frente al pecho.

Audry, tras intercalar la vista entre nosotros, sacudió la cabeza y avanzó, exclamando:

—¡A la mierda! Me alegro mucho por ustedes, chicos.

Nos apretó en un fuerte abrazo, pasando sus manos por nuestros hombros. Los tres nos sostuvimos con fuerza, mientras sentía cómo una cálida sensación se asentaba en mi vientre por estar de nuevo con mis mejores amigos.

—¿Cómo fue volver de la muerte? —preguntó Audry de repente, separándose ligeramente, pero manteniendo sus manos firmes sobre nuestros hombros.

Keelan esbozó una sonrisa burlona y resopló.

—Si tu pregunta es si os he observado, así es… y Haakon me gusta para ti.

Después, le guiñó discretamente un ojo cómplice.

Las mejillas de Audry se tiñeron de un intenso rubor casi de inmediato. En ese preciso instante, el crujido de una bota sobre la hierba seca resonó en el campamento justo detrás de nosotros, acompañado por el leve murmullo metálico de unas armas.

Era Nyliss quien tenía los ojos fijos en Keelan, cargados de determinación, mientras su mano se cerraba con fuerza alrededor de la daga que una vez me había pertenecido.

—¿Keelan Gragbeam? —inquirió, con una expresión rígida y calculadora.

El hombre a mi lado tensó imperceptiblemente los músculos, evaluándola de arriba abajo con desconfianza pura.

—¿Y… tú eres? —preguntó.

—Por lo que he oído, dentro de poco seré tu familia.

—Ah, sí… tú eras Nyliss. —Él carraspeó, luego entrecerró los ojos —. Bueno, ¿querías algo?

No pude evitar dirigirle una mirada cargada de desagrado. No comprendía por qué había escuchado nuestra conversación a escondidas, aunque preferí suponer que se trataba de una coincidencia.

—En realidad, sí. Necesito hablar con Éire.

—¿Qué? —respondí, con tono lacónico.

Un ligero malestar se instaló en mí, pese a que aquella mujer formara parte de mi familia; su presencia, sin embargo, resultaba extraña y desconcertante. Sus comportamientos recientes despertaban desconfianza inevitable.

—Se aproximan al campamento sujetos no identificados. Algunos elementales observaron que eran seguidos por un grupo de farscantés, pero no le dieron mayor importancia. Ahora están a pocas horas de llegar. ¿Desea que neutralicemos la amenaza?

Sentí las miradas de los tres sobre mí. No sabía cuál esperaba cada uno, pero decidí responder según mi convicción, con claridad y determinación. Mi intuición me guiaba y sabía de quién se trataba.

Muchos podrían desear vengarse de mí, pero en este caso no había duda. Buscaban venganza por Ashania. Clarén, las sirvientas, el duque, y quizá Cade los acompañaba. Posiblemente ya habían llevado la cabeza de la elaboradora a lomos del dragón carmesí que había fortalecido con mi magia.

—Esperemos a que lleguen. Merecen una explicación, aunque eso no redima sus acciones. Además… no puedo dejar a Cade sin protección. —Tragué saliva con fuerza.

Nyliss asintió una sola vez y detuvo la mirada en Keelan, quien tensó la mandíbula con firmeza al percibir mi decisión. No interfirió, pero su desaprobación era evidente. La mujer se marchó satisfecha con la respuesta. No me arrepentía de mi orden. No me arrepentía de… casi nada.

—Nos delataron en Sindorya, es cierto. La traición es un crimen —intervino Keelan—. Pero… ¿vale la pena perder tu humanidad sacrificando otras vidas?

Audry negó con la cabeza sin darse cuenta, como si compartiera mis pensamientos.

—Esta vez coincido contigo, Éire. Nos perdimos por su culpa y casi arruinan nuestros planes por Ashania Minceust. Yo… A mí me agradaba Asha, pero algunas ejecuciones son necesarias. Hacen que te escuchen.

—La justicia debe ser justa —replicó Keelan, firme—. No puedes asesinar a un padre por querer lo mejor para sus hijas, biológicas o no. La venganza no reduce el rencor; solo alimenta el odio hacia uno

mismo. Cyrus fue un traidor, pero matarlo no solucionará nada; solo avivará los fuegos de una rebelión.

Keelan apretó su mano contra la mía, y sus ojos reflejaron sinceridad.

—Comprendí cuando quemaste ese bosque, incluso sé que Serill, de cierto modo, lo entendió. He entendido tus acciones, aunque no las comparta. Pero todas estas ejecuciones por venganza… ¿valen la pena para ti, Éire?

Inspiré profundamente.

—Esto ya no trata solo de mi madre o de ti, Keelan. No necesito vengarme solo por eso. Se trata de mí. Me perdí por su culpa. Éire murió hace mucho, y en su lugar quedó esto, la hechicera de las bestias. Esta sombra cruel y atormentada de lo que fui y ya no puedo recuperar como lo hice contigo. Así que, por favor, dejemos estas conversaciones; no creo que lleguéis a entender que, para mí, esto es justicia. No permitiré que más hechiceros o monstruos sufran daño. Este es mi reino, estos son mis guerreros, y esta es mi batalla. Yo decido cómo librarla. Ha pasado mucho tiempo desde que te fuiste, y todo ha cambiado. Yo he cambiado.

—¿Pero quedará alguien vivo a quien salvar después de esto? —preguntó Keelan, separando ligeramente sus dedos de los míos. Su tono no era hostil, sino preocupado y cauteloso.

No me dolió. Su intención era que comprendiera su perspectiva, no imponerme reproches.

Me separé de él y murmuré:

—Me gustaría que me acompañases a mi tienda, si aún quieres.

—Éire, solo quiero que pienses en esto de otra manera —dijo Keelan—. Quiero que estés preparada para que en el reino de las montañas te vean como villana, como asesina, como tirana. Quiero que nadie te haga daño, y que esta guerra no te arrastre para siempre a la oscuridad.

Audry carraspeó, incómodo, y antes de que continuáramos, se acercó y me dio un beso en la mejilla, diciendo:

—Creo que es momento de que me retire. Iré a asegurarme de que Nyliss no haga nada extraño y luego me iré a la cama.

Nos despedimos del comandante. Antes de irse, pellizcó el mentón de Keelan con firmeza. El príncipe frunció el ceño, sin emitir sonido alguno, y Audry simplemente se encogió de hombros.

—Tenía que comprobarlo. Aún estoy… alucinando tartaletas.

No acaba de decir eso.

Miré a Keelan de soslayo; su risa baja me confirmó que sí, que había dicho eso. Reprimí a duras penas una carcajada.

Cuando Audry se alejó, Keelan se inclinó hacia mí y jugueteó con uno de los tirabuzones de mi flequillo.

—Me gustaría ayudarte en esto, realmente, pero no puedo. No me entrometeré, siempre que no comprometa tu seguridad, ¿de acuerdo?

Asentí. Lo sabía. Lo sabía con certeza. Nunca accedería a formar parte de esto. Sin embargo, me sentí reconfortada por su presencia. Aunque no luchara conmigo, era mi ancla fuera de la oscuridad. Mi brújula y mi voz de razón.

—Vayamos a la cama. Necesito descansar —dije, tomando su mano entre las mías.

Se dejó arrastrar hasta mi tienda, donde Cala dormía profundamente, con la ropa revuelta y un sudor alarmante tras cargar todos los barriles.

No sabía, en ese momento, que alguien más observaba cómo nos acurrucábamos junto a unas llamas hechas con hojarasca y ramas.

Eran unos ojos redondos que se colaban por la rendija de la tienda, analizando cada movimiento, como si planeasen algo inesperado.

CAPÍTULO XXV

KEELAN

Detuve su golpe con la madera de la vara. Audry intentó impactar mi muslo, pero su movimiento era previsible. El cansancio pesaba sobre sus hombros ya que la medianoche debía haber quedado atrás hacía horas. Lo deduje al observar cómo los tenues rayos de luna se intensificaban y extendían por el campamento, iluminando con claridad los contornos de la tierra mientras los minutos pasaban.

Él mismo me había interceptado durante mi paseo nocturno, y finalmente habíamos acabado practicando algunos movimientos básicos. Ninguno de los dos parecía capaz de conciliar el sueño. Éire, por el contrario, se había dormido sin dificultad esa noche, aunque sus pesadillas, sudores y temblores persistieron hasta que lavé su rostro con agua fría en varias ocasiones y la abracé con fuerza.

Cuando me retiré, estaba bien.

—Todavía espero despertarme de golpe en mi tienda, solo y sin ningún Keelan Gragbeam rondando por aquí —admitió y balanceó su vara mientras retrocedía para prepararse de nuevo para embestir.

—Espero que no sea así. Yo, desde luego, no he comprado un billete de vuelta a la muerte.

Audry puso los ojos en blanco para intentar distraerme mientras daba un par de zancadas y buscaba punzar mi hombro. El choque de nuestras armas resonó entre nosotros, y aproveché la oportunidad para deslizar la daga bajo mi manga y apuntar al vientre del —ahora apenas— niño.

Chasqueé la lengua y me burlé.

—Ni de lejos.

Se carcajeó, pero no pasó un instante cuando sentí la presión de una hoja metálica clavándose ligeramente en mi espalda. Fruncí el

ceño, consciente de no cometer la imprudencia de mirar por encima del hombro. Entonces comprendí que, tal como había hecho yo, había sostenido su vara con una sola mano, mientras con la otra empuñaba un arma.

—Bien, bien. Podemos considerarlo un empate —concedí y le mostré una mueca de molestia fingida.

La verdad era que no estaba irritado; sentía orgullo por mi aprendiz y por todo lo que había mejorado. No parecía el mismo niño que temblaba al salir del riachuelo, huyendo del pulvra mientras devoraba a los guardias.

Nos separamos de nuevo. Audry escondió su daga, para luego apoyarse en la punta del palo delgado que casi rozaba su rostro. Yo dejé la mía a un lado y jugueteé con ella entre mis manos.

—Suéltalo. Sé que quieres decirme algo —insistí. Sabía que no estaba allí por capricho.

Estando a punto de amanecer, solo podía significar que le había dado vueltas a algo durante horas, incapaz de conciliar el sueño.

—¿Por qué no la detienes? ¿Por qué no te enfureces con ella si sabes que lo que hace no es justo ni ético? —Sus palabras cayeron de golpe, automáticas, como si se hubieran grabado en su memoria.

—Pensé que no habías estado en desacuerdo con ella. Al menos en la mayoría de las cosas.

Torció el labio, cuadró los hombros e irguió la postura. Su barbilla ya no descansaba sobre los nudillos; sus dedos apretaron con fuerza la punta del bastón.

—Es cierto. Muchas de sus decisiones las veo idóneas para una reina, pero quiero saber por qué tú cambiarías de opinión.

—¿Crees que serviría de algo intentar detenerla? —pregunté—. En los calabozos de mi reino hay cientos de criminales, y la mayoría reincidirá. ¿Sabes por qué? Porque ninguno comprende sus errores. Creen que los demás están equivocados y justifican sus actos con motivos que consideran válidos, como el poder, venganza, pasión, o la lujuria… Todo se resume igual. No soy su padre ni su rey; mi trabajo no es ordenar nada, solo ayudarla a que comprenda que no es la heroína que cree ser.

—¿Y todas esas vidas merecen la pena?

No pude responder. No a eso.

Audry, interpretando mi silencio como negativa, asintió y dejó escapar un suspiro cargado de pesar.

—Qué temprano comenzáis a entrenar —interrumpió una voz femenina.

Era Nyliss. No la conocía personalmente, nunca la había visto salvo en los momentos compartidos con Éire durante mi ausencia. Sin embargo, su voz femenina y coqueta se había grabado en mi mente, no como un recuerdo agradable, sino como un zumbido persistente y perturbador.

—Yo… mejor me voy —dijo Audry, carraspeando incómodo—. Seguiremos hablando, Keelan.

Asentí. Nyliss ni siquiera se despidió del comandante. Avanzó unos pasos y se posicionó frente a mí, en el lugar que Audry acababa de dejar.

—Yo también debería irme —le respondí e incliné la cabeza cortésmente, a punto de marcharme. Pero cerró sus dedos en torno a mi antebrazo para obligarme a mirarla por encima del hombro.

—Hable conmigo, su alteza. Me genera curiosidad todo lo que le rodea. Dioses, ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo no me interesaría? —Tras eso, soltó una risa baja, casi un murmullo de broma que parecía entender solo ella misma.

Me zafé de su agarre y respondí con firmeza.

—No quiero hablar ahora mismo, pero me halaga tu interés.

Mentira.

—Vamos, solo quiero conversar —insistió y se humedeció el labio inferior. El brillo en su boca era reciente; el aroma dulce que flotaba en el aire delataba miel fresca.

—Mira, Nyliss, no sé si estoy interpretando mal tus señales, pero no quiero nada contigo.

Su expresión no cambió, lo que me hizo dudar por un instante. Sin embargo, pronto lo confirmó.

—Pensé que Éire y tú manteníais una relación abierta —dijo, con evidente confusión.

Apartó sus largos y finos dedos de mi muñeca de inmediato y dio un paso torpe hacia atrás.

—Pues no es así —zanjé, dispuesto a marcharme.

—Dioses, lo siento. Habrás pensado que soy de lo peor.

Ni siquiera pensé en responderle. Estaba dispuesto a marcharme de allí de una vez. Pero, como era previsible, volvió a hablar.

—Eres Keelan Oswell, ¿verdad? Yo te conocí cuando eras mercenario en uno de mis viajes al norte. Ellie era… un amor de persona. Siento mucho tu pérdida.

Me detuve.

—¿Has dicho Ellie? —pregunté, luego me giré hacia ella de sopetón—. ¿Conocías a Elizabeth?

—Así es —respondió—. Fue en una taberna. Conocí a su amiga Aislinn y ella nos presentó. Me recomendó varias lecturas maravillosas. Gracias a ella aprendí mucho sobre monstruos y… sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Acaso hablaste conmigo en alguna ocasión?

—No, yo… no llegamos a hablar nunca, pero te observaba en aquella misma taberna. Siempre con el mismo carcaj, las mismas flechas, el rostro magullado y unos guantes que protegían tus manos. —Soltó una breve y agradable risa—. Además, Elizabeth hablaba demasiado sobre su hermano.

Ladeé la cabeza, sorprendido. Había conocido a todas las amigas de Ellie, incluso a aquellas con las que apenas coincidía, pero Nyliss era totalmente desconocida. Nunca había escuchado su nombre hasta que Éire la mencionó, y sin embargo, ella conocía a mi hermana. Hasta ese momento, no había vuelto a recordar anécdotas de Ellie con nadie más. Y, desde luego, no con alguien que también la conociera.

No pude evitar querer seguir escuchando. Quería saber qué había hecho Ellie con aquella mujer, qué libros le había recomendado, qué contaba sobre mí cuando no estaba y todas las historias que pudiera revelarme. Por eso no me fui.

—¿Por qué tanto interés en mí? Ni siquiera me conoces —pregunté.

Sus ojos plomizos brillaron, oscilando como llamas que se movieran con el viento.

—Bueno, has vuelto de entre los muertos —dijo y luego se encogió de hombros, con una sonrisa arrebatadora—. No lo sé, simplemente quiero conocerte.

—Está bien. Me quedaré un rato —accedí.

—Entonces, ¿amigos? —Nyliss extendió la mano hacia mí, esperando que la estrechara.

Sus dientes formaban una hilera reluciente de perlas; sus comisuras no temblaron, pese a mi mirada fija. No podía evitar notar que no se parecía en nada a Éire, aunque fueran familia. Era coqueta, alegre y espontánea. De hecho, se asemejaba mucho a cómo había sido Éire… antes de todo.

Pestañeé varias veces, sorprendido. Aun así, cerré mi mano en torno a la suya.

—Claro, amigos —dije, algo confundido, sintiendo cómo su tacto cálido contrastaba con la frialdad de mi piel.

Antes de que aquella acción volviese incómodo el momento, retrocedimos al mismo tiempo, y nuestras manos cayeron en el espacio que nos separaba.

—De veras que no quiero entrometerme entre Éire y tú. Pensé… no lo sé, simplemente pensé mal.

—No te preocupes, lo entiendo. Fue un error —respondí.

Ella carraspeó y detuvo súbitamente la vista en mi espada envainada.

—Ellie me hablaba de esa espada, de la espada de vuestro padre —comentó—. Es preciosa.

—Ah, sí. Lo es —admití, rozando con la punta de mis dedos su empuñadura.

Era preciosa, no por la técnica del herrero ni por las piedras preciosas que la adornaban, sino por el enorme significado emocional que guardaba para mí.

—Siento también la muerte de tus padres. Los conocí y eran personas muy agradables. Días antes de que fallecieran, Ellie me prestó uno de los libros que tú le habías conseguido, y creo que es justo que tú lo tengas.

Sacó un pesado ejemplar de la oscuridad de su capa de pelaje. Lo sostuvo unos instantes, luego de observar la portada y el lomo

gastado por el uso. Después me lo tendió. Lo tomé con cuidado, y mis ojos recorrieron la cubierta pulcra y las hojas manchadas de tinta, mientras recordaba las anotaciones que ambos habíamos dejado sobre correcciones, citas, comentarios… y algunos fragmentos de recuerdos que me devolvían a tiempos que creía perdidos.

—Muchas gracias. —Exhalé con sinceridad—. Y… yo también lo siento, Nyliss.

—¿Por qué habrías de hacerlo? —preguntó.

—Tú también la perdiste.

CAPÍTULO XXVI

NYLISS

Una vez. Dos veces. Tres veces. Entré y salí de mi tienda en tres ocasiones, clavando los dedos en las gasas después de contar mentalmente hasta tres. Tres, tres, tres. Sí… pero, ¿habían sido realmente tres? No estaba segura. Maldita sea, no… no podían haber sido tres, ¿verdad?

Volví a repetirlo, pronunciando en voz baja los números con los labios mientras mis pies oscilaban fuera y dentro de la delgada línea que separaba el terreno chamuscado de aquel refugio.

Cuando finalmente permanecí dentro, el nerviosismo, la ansiedad y las náuseas no disminuyeron. Normalmente, la tensión cedía con el tiempo, pero ahora la sensación de que debía repetirlo persistía, implacable. Rasqué mi piel hasta marcarla, con fuerza, pero solo tres veces. Sin embargo, el dolor físico superó al emocional y, antes de darme cuenta, mis uñas habían rozado mi piel una cuarta vez. Una frustración brutal explotó en mi pecho. Cuatro veces. Habían sido cuatro. No, no, no… no podían ser cuatro.

¿Qué estaba mal conmigo? No. Podían. Ser. Cuatro. El pensamiento me zarandeó con más fuerza que nunca, hasta robarme el aliento y llenar mi estómago de un ansia que oprimía mi pecho.

¿Cómo podía…? ¿Cómo…?

Mis rodillas cedieron y tocaron el suelo. Sentí que me ahogaba; unas garras invisibles apretaban mi esófago, punzándolo con furia. Me incliné hacia adelante, sin poder detener las lágrimas, los sollozos ni los berridos. Todo en mí temblaba y sentí la necesidad urgente de levantarme para volver a anudar las gasas. ¿Lo había hecho correctamente? No estaba segura.

¿Por qué nunca estaba segura? ¡Maldita sea! Solo necesitaba comprobar si los nudos eran firmes, pero la duda persistía. Creía que sí, casi podía afirmarlo, pero una voz oscura en mi cabeza me ordenaba repetirlo una vez más. O varias. ¿Qué más daba? Para los demás, solo era una manía estúpida. Para mí, era algo más. Era un susurro malicioso que me obligaba a actuar contra mi voluntad, que me mantenía en vela para chasquear los dedos, inspeccionar el entorno, erguirme o cerrar los ojos un número determinado de veces. Era un ser dentro de mí que me manipulaba con hilos invisibles y anulaba mi raciocinio.

Sabía que era irracional, pero aquel desorden había estado presente durante meses. Ahora mi vida giraba en torno a esa extraña enfermedad. Existía únicamente para obedecer sus demandas y para sostener la ilusión de que, si no cumplía, algo terrible ocurriría. Si fallaba, nunca volvería a ser nada para nadie.

El caos en mi mente me aislaba constantemente. A veces, no podía controlar un golpe debido a la repetición de un gesto; otras, permanecía despierta durante días enteros. Algunas veces parecía mejorar, pero nunca desaparecía, solo se mantenía en silencio. Si tenía suerte, eso era todo lo que podía esperar.

Solté un sollozo mientras desataba los nudos de las gasas y volvía a atarlas con más fuerza. Lo repetí tantas veces que mis manos se agotaron y tuve que masajearlas cuando terminé. Por un instante, imaginé a uno de aquellos monstruos irrumpiendo en mi tienda, desgarrando mi vientre con sus afilados dientes. Aquí… no estaba a salvo.

Entre aquellas paredes de pieles y telas, donde el frío se filtraba y todo estaba plagado de seres leales a Éire, no podía encontrar refugio.

Me dejé caer sobre la cama, temblando hasta la punta de los pies. La impotencia crepitaba en mi pecho. Solo quería cerrar los ojos, pero no podía.

Revisé la daga bajo mi almohada tres veces más y, al darme cuenta de que la seguridad no llegaría nunca, la abracé contra mi pecho, sintiendo el frío metal sobre mi piel.

¿Por qué alguien querría a alguien como yo? Solo soy una carga. Un fenómeno. Ni siquiera puedo dormir, porque sé que ya no puedo defenderme. Ni siquiera a mí misma.

—Solo quería que me quisieran… ¿por qué nadie lo ha hecho… nunca? —musité con la voz quebrada.

Quizá porque ni siquiera tú misma te satisfaces. Porque no estás segura ni de tus acciones y las repites por el deseo estúpido e infantil de que todo mejore.

Tenía sentido. Podía entenderlo. Ni siquiera Éire me había querido. Venía a practicar con mi madre, porque ella era la única que aceptaba enseñarle, pero no lo hacía por mí. Se quejaba de que yo no estaba presente para ella… pero, ¿acaso ella estuvo alguna vez para mí?

Ella solo apreciaba a su madre y a ese niño llamado Lucca. Les guardaba fidelidad inquebrantable, aunque ellos nunca correspondieran como ella lo hacía. Yo sí lo habría hecho, pero nunca tuve oportunidad. Nunca se planteó que yo podía ser más que una conocida con quien compartir risas esporádicas.

Sacudí la cabeza. Todo aquello ya no importaba. Ni siquiera debía pensar así. No estaba bien, no era justo. Me hacía sentir como una hipócrita.

Ya no me importaba no haber sido su verdadera amiga. En el fondo, sabía que sí me guardaba cierto afecto, solo que no como yo a ella. O quizá simplemente no podía esperar que todos demostraran el amor como yo lo hacía. Pero otra parte de mí, oscura y sibilina, aseguraba que ella me había arrebatado todo. Que por su culpa, mis padres dejaron de sentirse orgullosos de mí al reconocer su grandeza.

Cuando descubrieron su romance con el príncipe, su ejército, su poder oscuro y mortal, dejé de importar. ¿Cómo podía compararme con Éire? La poderosa, cruel, hábil y amada Éire. Ella había sufrido, sí, pero no más que yo; todos la compadecían únicamente a ella. Era la protagonista de los cuentos de terror. Había destruido familias, matado a padres, amigos, hermanos, abuelos… incluso niños.

Y yo me odiaba por sentir celos y resentimiento. Quería ayudarla, salvarla, devolverla a la realidad. Pero, ¿acaso estaba en condiciones

de hacerlo, si cada vez que pensaba en ella crecía mi inseguridad?

Sabía que debía trabajar en ello. Ella no era culpable de mi desastrosa vida, paradójicamente ordenada. Y lo haría, porque en el fondo la quería, aunque fuese mi mayor fuente de estrés.

Comprendí que el problema residía en mí, que mi inseguridad no era su culpa. Ambas merecíamos más. Estaba destrozada por verla así… pero sabía que me tendría aquí, siempre. Incluso si me mantenía a distancia. Estaba segura de ello.

Asentí, convencida e intenté cambiar un poco la bestia que pisoteaba mi pecho. Me levanté, flexioné las piernas y conté… uno, dos, tres.

Revisé todo de nuevo. Anudé las telas, conté mis pasos hasta la entrada y me aseguré de que terminara en un número impar.

No supe cuánto tiempo pasó, pero cuando finalmente cerré los ojos con la daga contra mi vientre, el amanecer ya había llegado.

ÉIRE

—Brunilda envió bajo mi supervisión a varios espías para que nos informaran del estado actual de la capital —comentó Audry, dejando caer sobre la mesa de mi tienda una carta de papel gastado y sucio. Apenas la tomé entre mis dedos, añadió—: Esta es la carta que hemos recibido.

Keelan aguardó a que la desplegara con mis uñas rotas, y ambos nos inclinamos sobre la hoja, siguiendo la caligrafía menuda y afilada que se extendía en líneas desordenadas.

—El plan avanza como esperábamos —anuncié y sentí ese calor interno que solo ofrece la victoria.

Según el informe, la capital era un caos. Las personas se mataban entre sí por un trozo de pan, las conspiraciones para destronar a Eris hervían entre los nobles que ahora sufrían hambre y ruina, y la cólera del pueblo se intensificaba al ver cómo los pocos recursos que quedaban se destinaban a la aristocracia y a los templos de la tríada.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en destruirse entre ellos? —preguntó Keelan sin apartar la vista de las líneas cubiertas de tinta.

—¿Hemos recibido noticias de mi hermana? —inquirí mientras arrugaba la carta y la arrojaba a un rincón.

Cala, con su precisión habitual, procuraba que el agua de tormenta cayera justo en mi vaso, sin una sola gota fuera de lugar.

—En realidad, no. Solo sabemos lo que podemos deducir a partir de estas misivas —respondió Audry con seriedad—. Es evidente que atacará en cualquier momento. Ya debe conocer el estado deplorable de Normagrovk, así que no podrá pedir ayuda a otros señoríos, al menos hasta que recupere el control.

—Bueno, puede intentarlo —murmuré con un leve encogimiento de hombros—. Cuando el duque de Sindorya venga a por mí, tomaremos sus tierras. Después, la Ladera de Carámbanos será nuestra. Tengo entendido que allí hay un templo, ¿verdad?

Dirigí la mirada hacia Keelan, esperando su respuesta. Sin embargo, él parecía ausente, con los ojos fijos en la mesa donde había estado la carta. No necesitaba palabras para saber que no estaba conforme con lo que oía.

Cuando notó mis ojos sobre él, negó despacio y contestó con voz apagada.

—Sí, hay un templo.

No me miró al decirlo, aunque ambos sabíamos que hablábamos de nuestro compromiso. Aquel silencio me hirió más de lo que hubiera querido admitir, pero no podía reprocharle nada. Conocía su conflicto. Sabía que nunca podría ver mis decisiones sin cargar con culpa, ni sentarse a mi lado en un trono que, a su juicio, estaba manchado por sangre inocente. Esa conversación siempre terminaba en un punto muerto, en un abismo al que ninguno deseaba volver.

En ese instante, las gasas de la entrada se abrieron con brusquedad y alguien irrumpió en la tienda. Bastó una mirada a las gruesas trenzas y a las pieles de lobo y venado para reconocer a Brunilda.

—Mi señora, han llegado —anunció sin rodeos.

Audry y Keelan intercambiaron una mirada breve antes de que yo me cubriera el rostro con la capucha y saliera al exterior. Brunilda se apartó con un movimiento rápido, y mis dos compañeros tomaron

sus posiciones a ambos lados de mi cuerpo con el sonido de sus armas acompañando el ritmo de nuestros pasos.

Afuera, los kolbras nos observaron con una mezcla de curiosidad y expectación. Revoloteaban cerca, rozando sus escamas contra nuestras túnicas con un siseo leve. Los ñacús dormían sobre los cuerpos cansados de los hechiceros, y las sombras flexibles de los quepaks se escondían entre las telas de las tiendas. La mayoría de los hechiceros evitaba mi mirada; unos pocos, sin embargo, la sostenían con una devoción que rozaba la adoración.

No les devolví la mirada. Saberlos a salvo era suficiente para mí. Había ofrecido refugio a un millar de hechiceros y a todas las criaturas con las que me había cruzado. Pero aquello era solo el comienzo. Pronto llenaría un reino entero con ellos, un lugar donde nadie jamás pudiera volver a esclavizarlos.

El grupo de guardias se abrió paso entre la multitud. Uno de ellos tuvo que agacharse para esquivar a un kolbra que se movía con torpeza por el camino, demasiado altivo para apartarse.

Entre aquellos hombres se encontraba la figura que buscaba. Un hombre de piel de ébano y rizos espesos, cuya presencia antaño imponente se había reducido a una sombra. Sus mejillas estaban hundidas, los pómulos marcados por la debilidad, y en sus ojos ardía un fuego opaco de ira y vergüenza. Las manos, atadas con cuerdas, se tensaban hasta hacer temblar los nudillos.

Era Cyrus Minceust, el padre de Ashania.

CAPÍTULO XXVII

ÉIRE

Ni siquiera pestañeé cuando él escupió junto a mis pies. Los guerreros que lo sujetaban intentaron golpearlo, pero los detuve con un leve gesto de la mano.

—Oh, Cyrus… Qué destino tan miserable para un duque. Y encima, para uno tan atractivo. —Di unos pasos hacia él y recorrí con mi dedo índice una magulladura que cruzaba su mentón—. Podrías haber sido un buen aliado mío, pero preferiste vendernos como si fuéramos ganado.

Presioné la herida con la yema del dedo, y aun así su rostro endurecido no mostró el menor signo de temor. Permaneció mirándome con la mandíbula tensa y los labios crispados por la rabia.

—Vas a morir por lo que le hiciste a mi hija —masculló entre dientes.

—Lo dudo. Aunque tú sí podrás reunirte con ella —respondí con calma. Su mirada se clavó en la mía, como si quisiera escarbar en mi alma con los ojos. Estaba tan cerca de su rostro que casi podía sentir su aliento, aunque dudaba que pudiera distinguir mis facciones bajo las sombras de la capucha—. Además, tu muerte será… poética.

Dejé que unos hilos de niebla se deslizaran entre mis dedos y se filtraran bajo la tierra. Sentía su latido a lo lejos, probablemente en Normagrovk. Sabía que no estaba lejos; yo misma me había asegurado de ello la madrugada anterior.

Entonces, algunos hechiceros soltaron un jadeo de asombro. Una sonrisa satisfecha curvó mis labios. Allí debía estar.

Giré apenas el rostro, y en el extremo de mi visión aparecieron destellos carmesí. Fragmentos de piedras preciosas relucían con un brillo abrumador, y sus ojos, oscuros y hondos como pozos, centelleaban con una intensidad casi hipnótica. La criatura se movía con agilidad felina, apoyando las pinzas delanteras en la tierra mientras deslizaba el cuerpo con las traseras. Las extremidades brillaban como tenazas pulidas, y su mirada fija en Cyrus Minceust bastaba para helar la sangre a cualquier mortal.

Pero él no tembló.

—¿Crees que un padre que ha perdido a su hija teme a la muerte? —farfulló.

—Quizá no. Pero deberías temer dejar a Cade solo. Quién sabe qué bestias podrían destrozarlo —dije con frialdad. Me encogí de hombros y retrocedí un paso, aparentando serenidad.

Por dentro, hervía de ira, por su calma, por mis propias palabras, por la mentira que acababa de pronunciar. Era la falsedad más grande que había dicho en mi vida, pero debía sonar convincente. Y supe que lo había sido cuando las facciones del duque se quebraron bajo mi mirada, derritiéndose como hielo al sol.

Entonces lo vi. El terror. Ese miedo puro que lo despojó de toda dignidad. Forcejeó con los guardias que lo sostenían, gritando con desesperación:

—¡No serías capaz! ¡Él es solo un niño!

—¿Acaso está aquí? —pregunté, alzando una ceja.

La sombra de la criatura se alzó detrás de mí, cubriendo los rayos del sol que me alcanzaban la nuca.

—No… pero tal vez no esté solo —admitió el duque, bajando la voz.

Como si los dioses quisieran confirmar sus palabras, escuché el chasquido de una espada junto a mí. Me giré apenas y vi a Keelan deteniendo el golpe de una figura que intentaba lanzarse sobre mí. Por un instante no supe qué era. Su silueta era borrosa, su movimiento demasiado rápido. Pero entonces distinguí la cascada dorada que caía sobre su cráneo. No era más que cabello.

Un cabello rubio y largo.

Y los huecos que creí vacíos resultaron ser ojos. Ojos reales, ardientes, encendidos por un fuego interno que les daba vida.

Cuando su rostro quedó frente al mío, reconocí su belleza antinatural. Era una de las doncellas del duque, aquella mujer rubia que solía acompañar a Cade. Las mismas que debían haber protegido la casa de Cyrus sin necesidad de un ejército. Y ahora intentaban matarme.

No pude evitar soltar una carcajada abierta mientras Keelan sostenía su espada contra el cuello de la farscanté.

—¿Acaso Clarén también ha venido de visita? Me encantaría verla. Aunque espero que se haya quitado la harina de las manos si piensa tocarme —comenté, elevando la vista hacia la daga con la que empecé a limpiar mis uñas.

La farscanté me mostró los dientes y escupió una palabra cargada de odio:

—Zorra.

—De veras, estoy esperando a que aparezcan las demás. Preferiría no repetir mi discurso de villana demasiadas veces —murmuré con una sonrisa.

Sabía que no estaban lejos. Había descubierto que podía sentir a los farscantés igual que a los monstruos razha. Ambos compartían la misma esencia mágica; ambos habían sido creados a partir del mismo poder. Y esa conexión me permitía controlarlos.

Fue entonces cuando la magia se agitó tras de mí, latiendo con fuerza. Sentí cómo el monstruo dentro de ellas despertaba. Percibí el deseo de venganza, la sed de sangre, la urgencia por destruirme. Eran dos presencias, la de una mujer y una niña. Las conocía a ambas. A una, especialmente.

El jadeo de Audry me alertó antes de que las viera. Los cuerpos de las dos mujeres lo rodearon, primero uno más bajo y ancho, y el otro alto y delgado. Intentaban someterlo, sin éxito.

Solo cuando estuve segura de que lo tenían inmovilizado, de que su magia presionaba su corazón y las garras de la otra rubia rasgaban su cuello, me giré hacia ellos.

Keelan abrió los ojos desmesuradamente. Vi cómo su mano temblaba sobre la empuñadura de la espada, aunque no perdió el

control. No necesité tranquilizarlo. Sabía que lo tenía todo bajo su poder.

—Ahora te arrebataremos lo que más amas —dijo la mujer que sujetaba a Audry.

Su cabello dorado se pegaba a las mejillas por el sudor, y su respiración era un jadeo entrecortado. Su magia me susurró su nombre, Klarissa.

Su ojo derecho, cubierto por una neblina blanca, delataba al cornok que habitaba dentro de ella. Las garras se clavaron en el cuello del comandante, trazando heridas finas por las que la sangre corría como hilos oscuros sobre su pecho.

—Éire —murmuró Keelan, alarmado, apretando la empuñadura de su arma. Aun así, mantuvo la serenidad suficiente para no fallar un solo movimiento.

—¿Lo que más amo? —repetí con una sonrisa helada—. Lo que más amo soy yo misma, y no veo que nadie me amenace. —Terminé de limpiar una uña rota y envainé la daga con calma.

Volví la vista hacia Clarén, de pie junto a Audry. No lo tocaba. Sus dedos se retorcían con nerviosismo, y sus hombros temblaban bajo la tensión.

—¿Te molesta el sol, Clarén? —pregunté en voz baja—. Podría hacerlo desaparecer.

Era cierto. Podía hacerlo. Podía cubrir el cielo con un manto de nubes y desatar una lluvia tan espesa que ningún rayo de sol alcanzara la superficie de Nargrave.

¿Lo haría? No. No valía mi esfuerzo, aunque me complacía recordar el poder que poseía.

Sabía que los rayos solares le resultaban insoportables. La luz del día era un tormento para un hechicero mitad scrantés. En Sindorya descubrí que aquellas criaturas no toleraban el calor, y el frío hierro que una vez sentí atravesar los órganos de aquella joven solo podía ser el vestigio del monstruo que moraba en su interior.

—No… quiero hablar contigo —balbuceó, mordiéndose con fuerza el labio inferior. Cuando los entreabrió, un destello metálico recorrió uno de sus dientes.

Estuve a punto de ahondar en su mente, deseando con intensidad verla sufrir. Sin embargo, Klarissa zarandeó a Audry y hundió sus garras en sus hombros. La sangre comenzó a resbalar por encima de su túnica, y mi mandíbula se tensó de pura ira.

—Basta. Se acabó el juego —declaré con la voz firme—. Habéis agotado mi paciencia.

Y era verdad. Habían desgarrado la poca calma que me había esmerado en mantener. Nadie tocaba a Audry. Nadie.

La magia vibró contra mi piel, tiñendo mis ojos de oscuridad y deslizándose hasta lo más profundo de mi mente, donde Gianna se ocupó de deshacer cualquier resto de remordimiento.

Dejé que la energía se enredara en el cuerpo de Clarén, penetrando su razón y anclándose en los rincones donde dormían sus recuerdos sobre a quién amaba, a quién temía, cada sonrisa, cada momento de paz. Todo se volvió bruma para ella tras el roce de mi poder. Le arrebaté su voluntad, y en un parpadeo fue mía, tan mía como una extensión de mi propio cuerpo.

Presioné donde sabía que más dolía, en el núcleo mismo de su magia, en el punto que anhelaba liberarse y consumirlo todo.

Al principio, su piel se endureció y comenzó a brillar con un resplandor metálico. Los músculos se tensaron, rasgando su ropa hasta convertirla en jirones. Gruñó con una fuerza que estremeció el aire y me mostró su dentadura metálica mientras sus rodillas se curvaban y sus miembros se estiraban más allá de cualquier forma humana.

En menos de un minuto, la frágil Clarén desapareció. Lo que quedó fue su verdadera naturaleza, una bestia. Aquella que ocultaba tras sonrojos y sonrisas tímidas. Bastó un leve impulso de mi magia para que su apariencia humana se rompiera entre sus manos de acero.

—Tic tac —murmuré con una sonrisa helada, lanzándole mi puñal.

La criatura no dudó. Lo tomó con precisión inhumana y lo hundió en el vientre de Klarissa. El desconcierto se reflejó en el rostro de su amiga, mientras la hoja la atravesaba sin compasión.

Los labios de la híbrida se entreabrieron; la sangre manchó su abdomen y las fuerzas se escurrieron entre sus dedos. Cayó de

rodillas, liberando a Audry, que observó la escena con una mezcla de horror y desconcierto. Apenas alcanzó a retroceder antes de que su propia espada descendiera con un tajo certero. La cabeza de Klarissa rodó por el suelo y dejó tras de sí un rastro oscuro.

Quizá debí detenerme a observar la reacción de Audry ante su primera ejecución. Debí hacerlo, pero no lo hice, porque en ese instante la otra mujer de ojos incandescentes lanzó un codazo contra el estómago de Keelan que lo tomó por sorpresa.

Escapó de su agarre y se abalanzó sobre mí como un animal desbocado, aunque no llegó a alcanzarme. El monstruo de grandes pinzas atravesó su vientre con una de sus extremidades, sin vacilar.

En un solo segundo, ambas mujeres yacían sobre el suelo árido de Gregdow. Sus cabellos dorados se mezclaban con el polvo, y en sus rostros permanecía grabada la misma expresión de terror.

Ladeé la cabeza. Sentí el poder recorrer mis sienes chispeando bajo la piel. Era tan… satisfactorio. Ganar. Derrotar. Hacer sangrar a tus enemigos.

Y no había movido ni un solo dedo.

El aliento pesado de Cyrus sonaba tras de mí. Pude imaginar la aceptación fría en su semblante, la derrota asomando en sus ojos. Pero aquel eco de desesperanza se desvaneció ante la gratitud silenciosa del monstruo.

Gracias a mí alimentaría a su cría esa noche. Gracias a mí viviría.

Por mis actos, los seres mágicos serían libres. Yo estaba en lo correcto. No ellos.

Por eso dejé que el monstruo arrastrara los cuerpos lejos del campamento mientras dejaba un reguero de sangre que se extendía como una herida abierta sobre la tierra. Cuando se perdieron entre la niebla, solo quedó silencio. Un vacío sin vida ni color.

Entonces, unos pasos irrumpieron en la quietud. Pequeños, desiguales, apresurados. Incluso antes de girarme, supe quién era.

—Cade —susurré.

Pero si realmente era Cade, no debía estar allí. Clarén tenía órdenes de eliminar a todos los que no pertenecieran a mi ejército. Mi pecho se contrajo. Corrí hacia ellos e intenté interponerme antes

de que aquella híbrida le hiciera daño. No quería matarlos. Eran… niños.

No llegué a tiempo. Cuando me lancé hacia Clarén, ella ya sostenía al pequeño entre sus manos de hierro. Los gritos y ruegos de Cyrus desgarraron el aire. Keelan y Audry se preparaban para intervenir, tratando de apartarla sin herir al niño.

No era culpa de Clarén. Era mía.

Y aun así, hice lo único que me pareció lógico.

Le arrebaté su magia razha, le quité el hilo que la mantenía viva, su esencia, su razón de ser.

Y cayó.

Sin respiración. Sin latido. Sin magia.

Estaba muerta.

—¡Abuelo, Éire, estáis bien! —gritó Cade, con los ojos húmedos y temblorosos, corriendo hacia nosotros. Buscaba refugio, como si creyera que aún podía hallarlo en mí.

Lo detuve antes de que alcanzara a su abuelo. El niño escondió el rostro en mi cuello, y yo lo abracé con fuerza. Sobre mi hombro, asentí a los guardias que sujetaban a Cyrus. Debían llevarlo lejos. Ejecutarlo donde Cade no pudiera verlo.

Mientras lo estrechaba contra mi pecho, sentí las lágrimas arder tras mis párpados. Pero no las dejé caer. No podía mostrar debilidad. No frente a ellos.

Al alzar la vista, encontré la mirada de Keelan fija en mí. En sus ojos se mezclaban la incredulidad y la rabia contenida. Audry, a su lado, parecía desorientado, con los dedos aferrados a la mano de la niña que yacía en el suelo. Había muerto mostrando su verdadera forma, la de un monstruo razha.

—¿Qué… qué ha pasado? —balbuceó Audry, con un hilo de voz.

Keelan no apartó sus ojos de mí cuando respondió:

—La hechicera de las bestias. Eso ha pasado.

CAPÍTULO XXVIII

ÉIRE

—¿Cómo has podido hacerle eso? Era solo una niña, Éire —gruñó Keelan, aferrando con fuerza el borde de la mesa.

Estábamos en mi tienda. Él se había encerrado allí desde hacía horas, intentando no cruzarse conmigo, y yo había procurado respetar su silencio. Sin embargo, al final terminé entrando. Necesitaba saber cómo se encontraba.

Desde aquella última mirada que me dirigió tras la muerte de Clarén, supe que no estaría bien en mucho tiempo. Sus ojos ámbar se habían oscurecido, no por el ángulo de la luz, sino por el peso del dolor.

A mí también me dolía la muerte de esa niña. No había sido mi intención matarla, pero no tuve elección. Fue un acto reflejo, una reacción que no pude contener. No hubo placer, ni crueldad, ni disfrute. Solo necesidad.

—Ella vino para matarme. ¿Qué esperabas que hiciera? —repliqué con la voz firme, aunque por dentro todo me temblaba.

—¿Esa es tu justificación? —Su tono se quebró, cargado de rabia —. ¿Puedes matar niños solo porque creas que tienes motivos?

Fruncí el ceño, desconcertada. Ella había intentado asesinarme; había perdido el control y casi mata a Cade. ¿Acaso no era suficiente razón? Claro que podía matarla. Tenía todo el derecho a hacerlo.

—Yo lidero este lugar —dije con calma tensa—. Todo lo que ocurra aquí me incumbe. Cada decisión pasa por mis manos. Si digo que Clarén merecía morir, lo merecía.

Keelan me sostuvo la mirada con una dureza que me atravesó. Su juicio pesaba sobre mí más que cualquier palabra hostil.

—¿Cómo…? ¿Quién…? —balbuceó, buscando las palabras. Al final, exclamó—: ¡Por todos los dioses, Éire! Ni siquiera debería explicarte por qué suenas como si hubieras perdido la razón.

Retrocedí, herida. Sus palabras fueron un golpe seco que me vació el pecho.

—Ni siquiera pareces arrepentido de lo que acabas de decir —murmuré, intentando no quebrarme.

—¿Debería parecerlo?

—Sí, Keelan. Deberías. —Enderecé los hombros—. Soy una líder, y las líderes toman decisiones difíciles.

Él soltó una risa hueca, sin un rastro de alegría.

—Yo seré rey, pero no asesino pueblos enteros.

—Entonces quizá no seas un buen líder —respondí con un filo en la voz que ni yo reconocí—. Ni siquiera estás allá fuera protegiendo a tu gente, y aun así te atreves a juzgarme por proteger a la mía.

Sus hombros se hundieron, agotados.

—No llevo ni un día aquí y ya estoy cansado de esto. —Suspiró con cansancio—. Discutir contigo es perder el tiempo.

Mordió su labio inferior y su mandíbula se tensó tanto que temí que se rompiera. Sus ojos se tornaron de un dorado líquido, tan brillante que parecían arder.

Nunca me había mirado así. No era furia. Era decepción.

Cuando pasó a mi lado, percibí el temblor en su respiración. Murmuró sin mirarme.

—Que tengas una buena tarde, Éire.

—No, espera —intenté detenerlo, pero ya era tarde. Cuando quise alcanzarlo, había desaparecido.

Exhalé con fuerza. Me sentí vacía, con un peso en el pecho que no podía nombrar. No lo seguí. Sabía que necesitaba estar solo. Que no querría verme.

Me limpié el sudor de la frente con la palma y aparté las telas que me separaban del exterior. Cade estaba afuera, vigilado por un par de kolbras que se posaban sobre sus hombros. No había preguntado aún por su abuelo, y agradecía en silencio que no lo hiciera. No sabría cómo explicárselo.

El cuerpo de Clarén probablemente aún conservaba el calor de la vida, aunque ya estaba bajo tierra, junto al duque. Audry no se había movido del lugar desde el mediodía. Solo se había levantado para trazar círculos de la tríada alrededor de la tumba.

No tuve el valor de acercarme. Ni de hablarle. No podía soportar una mirada suya. Sabía lo que vería en sus ojos: reproche. Dolor. Y no soportaría hundirme en ellos.

—Preciosa, ¿estás ahí? Traigo pastas de chocolate —canturreó Nyliss al entrar, levantando un cesto repleto de dulces—. Sí, las robé de la despensa de Audry. Lo admito. Soy una ladrona de chocolate, pero, vamos, míralas. Valió la pena.

Su sonrisa era amplia, brillante, con esos labios perfumados de miel y carmín. El aire se llenó del aroma a lavanda y vainilla de su piel, tan intenso que casi mareaba.

No hizo falta que hablara. En cuanto notó mi expresión, dejó la cesta sobre la mesa y se acercó.

—¿Qué ha pasado?

Me encogí de hombros, intentando mantener la compostura, aunque mis manos temblaban.

—Nada. Estoy bien. —Fingí una sonrisa—. Perfectamente bien.

—Siempre me entero tarde. Sería más fácil si no tuviera que tragarme mentiras así —dijo con un tono sereno, sin reproche, solo con una preocupación genuina. Al ver que no respondería, suspiró y agregó—: Bueno, hoy hay una celebración por nuestras victorias. No puedes quedarte aquí toda la noche. Todos querrán verte, y lo sabes.

Suspiré. No me sorprendía.

—¿Una celebración? Estamos en guerra, Nyliss.

—Precisamente por eso —repuso con una sonrisa cansada—. Es la forma de apaciguar los ánimos, de distraerlos del derramamiento de sangre.

Mientras hablaba, tomó una de las pastas del cesto. Noté entonces que sus nudillos estaban enrojecidos y agrietados. Nyliss sabía pelear; no solía herirse con facilidad.

Clavé la mirada en su mano. Ella lo notó enseguida y la escondió en el bolsillo de su pantalón.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa leve—. Solo fue un mal golpe.

Se rió con suavidad, una risa ligera y contenida. Aquella misma que solía escaparle cuando mentía o se sentía nerviosa. Pero ¿por qué habría de mentirme?

No tuve tiempo de pensarlo. Me lanzó una pasta y tuve que atraparla al vuelo antes de que cayera al suelo.

—Bueno, debería irme —dijo con naturalidad. Sin embargo, antes de marcharse, giró el rostro sobre su hombro y añadió—: He visto a Keelan salir de aquí. Si estás así por él, no te preocupes, te quiere y mucho.

Y se fue sin añadir nada más, dejándome sola.

Permanecí allí hasta que el sol se ocultó y las risas comenzaron a elevarse desde el exterior. No me vestí con ningún atuendo especial ni trencé mi cabello. No tenía ánimos. Me limité a enjuagarme el rostro con una jarra de agua y a envolverme en unas mantas con las que había permanecido toda la tarde.

Cuando salí, la noche me recibió con un resplandor de fuego y movimiento. Las grandes hogueras se alzaban, rozando el cielo con sus lenguas ardientes, como si intentaran arañar las estrellas. La gente reía y comía carne asada, otros bailaban siguiendo el ritmo de las varas que golpeaban la tierra. Nadie cantaba, pero aquel sonido seco y tribal bastaba para marcar el compás.

El aire estaba cargado de humo, carne y sudor, pero también de una calidez que no sentíamos hacía mucho. Las llamas lanzaban destellos que convertían los rostros en máscaras luminosas, llenas de vida. Era extraño, pero aquella noche el campamento parecía un hogar.

Incluso los monstruos participaban. Algunos surcaban el cielo con sus alas desplegadas, robando trozos de carne de las manos de los guerreros que los perseguían riendo. Los cornoks y los ñacús jugueteaban entre sí bajo la luz plateada de la luna, mientras los quepaks se escabullían entre las sombras de los sicomoros para devorar los restos de comida.

Por un instante, sentí que Asha habría sonreído al ver esto: un mundo donde hechiceros y criaturas compartían el mismo espacio

sin miedo, como iguales.

—¿Por qué no vas a divertirte y a beber algo, Cala? —le pregunté a la doncella que estaba a mi lado.

Yo misma le había prestado un vestido, y aunque no llevaba corsé ni armazón, le quedaba perfecto. Era de un verde suave, de seda ligera que se deslizaba hasta el suelo, con mangas de encaje que se fruncían en los hombros. El escote, en forma de triángulo invertido, enmarcaba su pecho con delicadeza. Estaba hermosa, aunque parecía incómoda al observar a los demás, vestidos con túnicas simples y pantalones de montar.

Sus mejillas se tiñeron de un leve rubor.

—Nadie está bebiendo esta noche, Éire. Al menos, no alcohol. Por respeto a ti, claro. —Tragó saliva y volvió la mirada hacia la multitud —. ¿Crees que debería cambiarme?

—¿Por qué habrías de hacerlo? Si te gusta cómo luces, no importa nada más. Además, te ves preciosa.

Cala asintió, aunque su sonrisa era apenas un reflejo de nerviosismo. Mordisqueó su labio inferior y luego se alejó con paso tímido.

Yo, en cambio, continué deambulando entre la gente. Respondía con una leve inclinación de cabeza a quienes me saludaban, aunque mi mente estaba lejos de aquella celebración. Pensé en hablar con Audry, que al fin se había apartado de la tumba de Clarén, pero lo vi conversando con Haakon, quien lo rodeaba con un brazo en gesto fraternal.

Decidí entonces alejarme del bullicio. Caminé hasta Normagrovk, donde relevé a los guerreros que custodiaban el puente colgante. Allí, entre sombras y silencio, distinguí la silueta de un cuerpo sentado sobre el borde, los pies balanceándose sobre el vacío.

Mi corazón se encogió. No temía un ataque. El dragón carmesí que me obedecía patrullaba las fronteras, y nadie se atrevería a acercarse. Lo que realmente me inquietaba era la persona que tenía frente a mí. Me aterraba pensar que me miraría con frialdad, que ya no hallaría ni una chispa del afecto que antes me ofrecía.

Aun así, avancé hasta él y me dejé caer a su lado. Aparté la capucha que cubría mi rostro, hinchado por el cansancio y el

desvelo.

El murmullo del campamento se escuchaba a lo lejos. El crepitar de las llamas, los pasos sobre la tierra, las risas entremezcladas con algún intento de música. Bajo nosotros, el río rugía con fuerza, reflejando fragmentos de luz como si el agua misma respirara.

Tuve que reunir valor antes de hablar.

—Sabes que no quise matar a Clarén, ¿verdad? —Mi voz sonó más débil de lo que esperaba.

Keelan no giró la cabeza.

—Espero que así sea.

—Claro que… —Me detuve. Inspiré profundamente y bajé la mirada—. Lo siento. He sido una idiota. Tienes razón, estoy comportándome como si hubiera perdido la razón.

—Bien —dijo con calma, aun mirando el río—. Cuando perdí a Ellie, creí que nadie podría hacerme sentir tan vivo como ella. Pensé que jamás volvería a arriesgarlo todo por alguien. Pero llegaste tú, y aquí estoy, sentado como un imbécil, haciendo todo esto por ti. Dejándolo todo por ti. Esperando a una mujer que me hirió donde más dolía, como si nada hubiera ocurrido. —Su voz se volvió grave, contenida—. No pienses que esto significa que estás perdonada. Me respeto lo suficiente para no olvidar con unas simples palabras lo que has dicho y hecho.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. El corazón me pesaba como plomo. Sin pensarlo, apoyé la cabeza en su hombro. El contacto me devolvió recuerdos de aquella mañana de verano en la colina, cuando vimos juntos el amanecer.

Ahora era invierno, pero mis sentimientos no habían muerto con las flores ni con las hojas. Habían resistido la escarcha, grabados en el hielo y en la piedra.

—Si viviera eternamente —susurré—, elegiría pasar la eternidad contigo, Keelan Gragbeam. Y si debo rogar tu perdón hasta conseguirlo, lo haré.

Era cierto. Todo había valido la pena. Todo por él.

Quemaría el mundo si fuera necesario. Lo reduciría a cenizas, desafiaría a los dioses y rompería los cielos con mis propias manos si alguna vez lo perdiera. Nadie se interpondría entre nosotros.

A nadie se lo permitiría.

Él pasó un brazo por mi cintura. Su contacto fue leve, cálido, pero distante.

—Entonces… ¿con esto, al menos, he conseguido acercarme un poco más a tu perdón? —pregunté, con el corazón latiendo en la garganta.

Keelan inhaló hondo. No respondió.

El silencio cayó entre nosotros como un manto frío. Y no supe cómo interpretarlo.

CAPÍTULO XXIX

AUDRY

—¡Ya sé! Es una gaviota. Estoy seguro —afirmé, observando con atención cómo Haakon agitaba los brazos con fuerza.

El espectáculo era absurdo; ni siquiera podía justificarlo con que estuviera ebrio. Aun así, resultaba divertido, y debía reconocer que le agradecía el esfuerzo de hacerme reír.

Brunilda chasqueó la lengua junto a mí, mientras Cala y Nyliss intercambiaban miradas desconcertadas. Parecían tan perdidas como yo solía sentirme cuando intentaba encontrarle sentido a mi vida.

No, era una broma… o quizá no.

—No, es una persona muriendo por culpa de un rayo —dijo la mujer de gruesas trenzas rubias, tan convencida que por un momento creí que hablaba en serio.

Contra todo pronóstico, Haakon gritó victorioso y soltó un par de carcajadas antes de caer a mi lado, haciendo temblar el suelo con su peso.

—Tienen un humor muy… peculiar —murmuró Cala.

Nyliss, a su lado, le dio un leve golpe en la manga y corrigió con brusquedad.

—Dilo bien, tienen un humor terrible.

Asentí, totalmente de acuerdo, mientras observaba al enorme guerrero que me miraba fijamente, con un brillo divertido en los ojos.

—¿Un hombre atravesado por un rayo? ¿En serio? ¿Por qué no una gaviota?

—¿Acaso las gaviotas se mueven así? —intervino Brunilda, lanzándome una mirada altiva por encima del hombro.

Cerré los labios, conteniéndome. La miré con igual desdén, pero en ese instante Haakon volvió a rodearme con el brazo y no pude evitar sentirme satisfecho al ver cómo ella apartaba la vista.

Jódete. Tú y tu magia persuasiva barata, pensé.

—Bueno, Brunilda, te toca —dijo Haakon, mientras yo me acomodaba contra su cuerpo.

Había descubierto que su presencia tenía un efecto calmante en mí. Todo parecía más liviano con él cerca, pese a que no lo conocía lo suficiente. Aunque sabía que estaba de acuerdo con cada decisión de Éire, incluso con lo ocurrido con Clarén, su compañía me resultaba extrañamente reconfortante.

Era consciente de mi talento para elegir malas compañías. Gente que, aunque importante para mí, terminaba haciéndome daño. Lucca había sido el mayor ejemplo de ello. Mi mayor derrota… o mi más dolorosa victoria.

Brunilda se colocó frente a nosotros. Con un movimiento ágil pasó su pierna por encima de las llamas de la hoguera, como si fueran apenas un obstáculo sin riesgo. Su mirada se detuvo en mí, intensa y amenazante, mientras deslizaba su pulgar lentamente por su propio cuello. El gesto era tan claro como perturbador. Por un instante creí que había malinterpretado su intención, aunque sabía que no era así.

—¿Por qué quieres cortarle el cuello a mi comandante? —intervino una voz que había intentado evitar desde la mañana. Éire.

Era mi amiga, mi mejor amiga, en realidad. Pero desde el asesinato de Clarén, me resultaba imposible mantenerme cerca de ella. No soportaba la sensación.

Yo mismo había estado de acuerdo en ejecutar al duque y a sus aliados, pero la forma en que murieron… fue demasiado.

Clarén había perecido con el espanto de matar a quienes amaba, convertida en aquello contra lo que había luchado toda su vida: un monstruo. Aquellas mujeres… ni siquiera podía imaginar el dolor de morir pensando que su amiga las había traicionado. Y el duque, el último en caer, lo había visto todo. Murió convencido de que Éire cometería toda clase de atrocidades contra su nieto.

Y aun así, no podía odiarla. Éire me había salvado muchas veces, tanto en el sentido físico como en el emocional. La quería más que a nadie, pero… ¿acaso eso bastaba para absolverla?

Keelan estaba junto a ella, aunque no la tocaba. Sus manos permanecían quietas, sin rozar su cintura. Brunilda, al oír la voz de Éire, se tensó visiblemente antes de decir:

—Por supuesto que no hablaba en serio. Jamás amenazaría a alguien importante para usted.

—Tranquila —respondió Éire, aterrizando en una roca cercana—. Sé que mi amigo puede defenderse solo. No dudo de ello.

Me lanzó una mirada de soslayo; al notar que la sostenía, me guiñó un ojo con una complicidad que no supe cómo interpretar.

Keelan se sentó en el único espacio libre, sobre un leño junto a Nyliss y Cala.

La hechicera persuasiva retrocedió unos pasos y volvió a su sitio. Éire, sin embargo, se puso en pie casi al instante y canturreó con una sonrisa desbordante.

—Me toca a mí.

Sonreía con tal amplitud que casi podía contarle los dientes. Por un momento, no parecía aquella asesina capaz de matarte o invadir tu mente con un simple pensamiento. Era la misma mujer irreverente y divertida de siempre, nada más.

No era el ser que exhalaba venganza y cuya mirada oscura te atravesaba como una daga. No, era aquella mujer que había llorado desconsolada, lamentando ser indirectamente responsable de la masacre de Thart.

Una bruma translúcida comenzó a envolverla, tejiéndose a su alrededor en hebras brillantes. Sus ojos resplandecieron, vacíos de color. Sus manos recorrieron sus caderas, su cintura, su abdomen y sus muslos. Su cuerpo se movía con una gracia seductora, mientras mordía su labio inferior y dejaba escapar una sonrisa traviesa.

Keelan rió por lo bajo, pero fue Nyliss quien adivinó en voz alta de qué se trataba.

—¡Eres tú misma!

No pude evitar bufar. Éire celebró con un pequeño baile de victoria y chocó el puño con el de la defensora.

—¡Exacto! Nadie podría interpretarme tan bien como yo misma —respondió, encogiéndose de hombros mientras humedecía su labio inferior con un gesto juguetón. Luego se dejó caer sobre la roca que había usado de asiento, como si fuera su trono personal.

Keelan la observaba sin apartar la mirada. Su sonrisa era vacilante, pero sus ojos hablaban con una sinceridad que no necesitaba palabras. Éire pareció advertirlo, porque se levantó sin dudarlo y le tendió la mano al príncipe.

—Baila conmigo —dijo.

Keelan tomó su mano, y Éire amplió su sonrisa con una sorpresa que apenas logró disimular. Era evidente que no esperaba que él aceptara. Su expresión osciló entre la confusión y la alegría, y aquella mezcla me resultó tan desconcertante como lo que yo mismo sentía. ¿Por qué aceptaría Keelan bailar con ella después de todo lo ocurrido?

Ambos se abrieron paso entre los cuerpos que rodeaban el fuego y se perdieron tras las llamas de las hogueras. Las sombras proyectadas sobre sus rostros se movían al compás de la luz, desdibujando los gestos y volviendo borrosos sus contornos. Aun así, seguí su figura hasta que desaparecieron.

Entonces lo sentí. Una presión me apretujó el pecho con fuerza, como si alguien hubiera cerrado su puño alrededor de mi corazón. Sabía que tenían derecho a reír, a intentar ser felices, a dejar atrás el horror del día… pero no podía evitarlo. Clarén y los demás habían muerto hacía apenas unas horas. Y nosotros —yo, Éire, todos— habíamos destruido una familia.

¿Cómo podían olvidarlo tan pronto? ¿Cómo podían moverse como si nada hubiese sucedido?

—Oye, ¿estás bien? —La voz grave de Haakon me sacó de mis pensamientos. Me tomó del hombro y me observó con una preocupación que no esperaba en alguien como él.

—¿Qué? Claro que… —Iba a mentirle, lo sabía. Todos lo sabían. Pero no pude. Mentir me habría resultado insoportable—. No —admití, dejando caer el aire como si pesara.

Haakon arqueó una ceja.

—¿Y puedo saber por qué?

—Lo cierto es que no quiero hablar de ello. Además, dudo que precisamente tú lo entiendas.

El guerrero frunció el ceño con evidente molestia.

—¿Por qué crees que no lo entendería?

—Porque eres un soldado que disfruta la guerra. Estuviste de acuerdo con cada una de las decisiones de Éire. Ni siquiera pareciste dudar. Así que no, dudo mucho que puedas entenderlo.

Haakon ladeó la cabeza. Sus ojos se endurecieron, y su voz se volvió más firme.

—Estás suponiendo demasiado, Audry. No disfruto de la masacre, disfruto de ver caer a mis enemigos. Tampoco disfruto asesinando, sino luchando por mi honor y el de mi pueblo. Que no seas el verdugo de una ejecución, sino quien observa y maldice en silencio, no te hace menos culpable.

Su respuesta me golpeó como una bofetada.

—Eso no… No tienes idea de nada —murmuré, apenas conteniendo la rabia.

El gigante soltó un leve resoplido antes de responder:

—¿Sabes, comandante? Me criaron de una forma muy distinta a la tuya. Aprendí solo a distinguir lo correcto de lo que no lo era. Y cuando pasas la infancia sin nadie, el mundo adquiere otra forma. Para mí, nada tiene más valor que mi gente, los guerreros sin apellido, Brunilda, o el ejército que me da un motivo para seguir. Me muevo por lealtad, no por moral. Éire nos ofreció algo que nadie más había dado: esperanza.

Su voz bajó de tono, y por primera vez desvió la mirada.

—Esperanza de un mundo donde no existan más niños en Güíjar abandonados por miedo a sus dones. Donde no sean vendidos ni condenados por ser diferentes. Así que discúlpame si no comprendo tu punto de vista cuando tú ni siquiera te has molestado en preguntar por el mío.

Sus palabras me dejaron en silencio. Lo observé, con la respiración contenida, sintiendo que la culpa me trepaba por dentro como una raíz envenenada.

—Lo entiendo, ¿de acuerdo? —respondí al fin, bajando la voz—. Entiendo tu visión, y sé que puedo sonar como un hipócrita, pero no

puedo… No puedo aceptar lo que pasó. Esas muertes, esa niña… —Me llevé una mano al puente de la nariz, presionando con fuerza para evitar que las lágrimas me traicionaran—. No se lo merecían. No puedo fingir que no ocurrió. No puedo perdonarme por haberlo permitido. Era solo una niña, Haakon. ¡Una niña, maldita sea!

El enorme guerrero apretó los labios con gravedad. Me palmeó el hombro con torpeza, como quien intenta consolar sin saber cómo hacerlo.

—Lo sé. Y sé que duele. Pero no fue tu culpa. Aunque hubieras querido detenerlo, no habrías podido enfrentarte a Éire. Nadie podría haberla detenido, ni siquiera tú.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —pregunté con un hilo de voz.

Haakon suspiró.

—Si quieres, siempre puedes irte, Audry. Lo sabes. Puedes dejar todo esto atrás, volver a tu puesto en el ejército aheriano y olvidar lo que vivimos aquí.

Negué despacio.

—No puedo, Haakon. No puedo abandonarlos. Ellos son mi familia, la única que he tenido realmente, y…

—¡Vamos, Audry! ¡Te toca! —gritó Nyliss desde el otro lado del fuego, alzando su mano manchada con una sustancia aceitosa que relucía bajo la luz de las llamas.

Suspiré y negué con la cabeza. Tenía que dejarlo ir, aunque no supiera cómo. Debía hacerlo.

De cualquier forma, por mucho que siguiera atormentándome con los mismos pensamientos, la verdad no cambiaría.

Ellos estaban muertos.

Clarén estaba muerta.

Y mi única salida, la única forma de no convertirme también en cómplice, era huir. Alejarme de Éire. Pero no podía hacerlo.

No podía enfrentarla.

Nunca.

CAPÍTULO XXX

ÉIRE

—¿Y ahora aceptas bailar? ¿Qué pasa contigo, Keelan Gragbeam? —mascullé, rodeando su cuello con mis brazos.

El príncipe heredero respondió apretando mi cintura. Sus dedos se deslizaron lentamente hasta mi cadera, en un gesto cargado de posesión y deseo.

—Solo quiero bailar —murmuró junto a mi oído, dejando escapar un soplo que rozó mi piel y me hizo estremecer.

—¿Acaso vas a traicionarme, futuro marido? ¿Tienes algún plan oculto para detener todo esto? ¿O quizás… para retroceder en el tiempo? —Una sonrisa ladeada fue su única respuesta. Entonces humedecí mis labios y hundí las yemas de mis dedos en su nuca con una mezcla de malicia y provocación—. Si intentas detenerme, te mataré de nuevo.

Keelan sonrió con más fuerza, acercando su cuerpo aún más al mío. Su rodilla se alzó un instante y rozó la parte interna de mis muslos, arrancándome una maldición ahogada.

—No me matarías ni aunque lo intentaras —susurró con voz grave.

—Eso es cierto, pero debo admitir que me veo muy tentadora amenazándote.

Sus ojos, dorados y ferales, brillaron como el ámbar fundido.

—¿Ah, sí? ¿Quieres comprobarlo otra vez?

Una risa baja escapó de mis labios, justo cuando los suyos rozaron mi mentón con un beso ligero, apenas contenido.

—Podría obligarte a hablar en este instante —susurré—. Así que dime ¿por qué me tratas tan bien de repente?

Sus labios se apartaron lo justo para responder:

—¿De verdad quieres saberlo? Me has encendido con ese baile.

Su voz sonó ronca, casi peligrosa, y la yema de su dedo recorrió el surco entre mis pechos, encendiendo cada fibra de mi piel.

—Mentiroso —murmuré, aunque mi voz ya se quebraba en un temblor.

Keelan cubrió mi cuello con besos lentos y voraces, hasta que aquel cosquilleo se transformó en fuego, recorriendo mi cuerpo y encendiendo mi vientre con una oleada imposible de contener.

—Sabes que no te importa si miento o no —susurró entre un beso y otro.

—¿De verdad? Sin duda, joder… —murmuré con la respiración entrecortada, hundiendo mis uñas rotas en su cabello. Sentí cómo su piel cedía y la sangre tibia manchaba mis dedos.

No supe en qué momento nos habíamos movido hasta mi tienda, ni cuándo terminé tendida bajo él sobre la mesa. Los mapas que antes cubrían la superficie estaban ahora desperdigados por el suelo, las jarras hechas añicos y el agua de tormenta se filtraba lentamente en la tierra bajo nosotros.

Sus manos me buscaban con una urgencia contenida, y aun así, mi ropa seguía intacta. Maldita sea… ¿por qué seguía intacta la suya también?

Llevé mis manos a los botones de su camisa, dispuesta a deshacerlos uno a uno, pero él chasqueó la lengua y cerró sus manos en torno a mis antebrazos con una firmeza que me hizo detenerme.

—Déjame a mí —dijo con voz grave.

—No —respondí, con una sonrisa que se dibujó en mis labios sin permiso. Yo también quería el control. Me gustaba tomar las riendas, guiar el ritmo, sentir que el poder me pertenecía.

—Sí —replicó él, y esa sonrisa suya volvió a aparecer. La odiaba. Aquella curva insolente en su boca, la misma que había visto tantas veces antes de nuestro primer beso, la misma que irradiaba una confianza insoportable… y que, sin embargo, me desarmaba.

Y entonces, como tantas veces, me encendía de un modo que no quería admitir.

Quise apartarlo. Quise invocar la magia que dormía bajo mi piel y enredarla en torno a sus manos para inmovilizarlo, ponerlo bajo mi control. Pero cuando lo intenté, cuando busqué esa corriente interior, no hallé nada.

Nada.

Abrí los ojos y busqué su mirada. Esperaba encontrar deseo, el brillo dorado que siempre me encendía… pero encontré algo distinto. Culpabilidad.

Y lo comprendí. Si mi magia estaba silenciada, solo podía deberse a una droga. Los ojos razha.

Y si aquello era cierto, alguien la había administrado. Alguien en quien confiaba.

Repasé mentalmente cada detalle del día. No había comido nada, excepto… las pastas de Nyliss.

Tensé la mandíbula.

—Dime que no es lo que estoy pensando. Sabes lo que esa droga me hizo, Keelan. Tú estabas ahí.

El príncipe apretó los labios.

—Fue una cantidad mínima. Hablé con los elaboradores. No produce somnolencia ni adicción; la modificaron para eliminar esos efectos. Es tan inofensiva como una infusión natural. Por eso ha tardado tanto en actuar.

No me resistí. No todavía. Quería entender. Quería saber por qué me había traicionado.

Lo miré fijo.

—¿Nyliss y tú? ¿Desde cuándo?

—¿Nyliss y yo? —repitió, frunciendo el ceño—. Ni siquiera somos amigos. Tenemos una causa común, nada más.

—¿Y qué causa común puede unirlos? —gruñí, alzando la voz.

—Miriela contactó con un manipulador de objetos para enviarme la respuesta a mi carta de forma inmediata, como yo hice con ella. Me informó que han atacado Zabia.

—¿Y? —pregunté, aunque la respuesta me quemaba en la lengua.

—Han sido tus criaturas. Tus monstruos.

Tuve que tragar con fuerza. Su mirada se clavó en mí, esperando una negación, una disculpa, una explicación… Pero no dije nada.

—Estabas muerto —susurré al fin. Fue lo único que logré pronunciar, y, aun así, sonó hueco. Inútil.

Keelan aflojó la presión sobre mis antebrazos y se apartó despacio. No parecía sorprendido, pero sí herido. Dio un paso atrás mientras yo me incorporaba, con el pulso desbocado.

No me miró. Y aun cuando sus ojos se posaron en mí un instante después, no me reconoció.

En su mirada no había comprensión ni ira, solo un desconcierto profundo, el eco de algo que se había roto y que ninguno de los dos podría recomponer jamás.

—¿Cómo pudiste hacerlo? Sabías lo que Zabia significaba para mí, y aun así… lo hiciste.

—Pensé que lo sabías. Me dijiste que conocías todo lo que había hecho.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —gruñó él, con el rostro descompuesto—. ¡Evidentemente no lo sabía!

—Lo siento, Keelan, pero tenía que hacerlo. Necesitaba demostrar mi fuerza, por si algún reino se atrevía a enviar recursos a Eris.

Keelan dio un paso atrás. Sus labios permanecieron entreabiertos y su mirada, herida. Todo su cuerpo se tensaba más con cada segundo que pasaba.

—Todo este tiempo… fuiste tú —dijo con voz contenida—. Los monstruos que atacaban las ciudades aherianas, la razón por la que Audry volvió a ti… No fue una casualidad, lo planeaste.

—Lo hice —admití con un hilo de voz.

—¿Y mi muerte? ¿También fue parte de tu plan? Habría sido una buena jugada para que los reinos abandonaran a Iriam a su suerte.

—¿Qué? No. —Salté de la mesa y avancé hacia él—. Jamás habría hecho eso. Eres mi familia, Keelan. Eres mi prometido. He matado y he arriesgado mi vida por ti.

Extendí la mano para acariciar su rostro, pero él la atrapó con fuerza y la apartó sin mirarme siquiera.

—Dormiré con Audry durante un tiempo —dijo con tono cortante, sin emoción alguna—. Esto… no puedo hacerlo.

Sentí cómo algo dentro de mí se desgarraba. Mi garganta se cerró, y apenas pude contener las lágrimas que presionaban tras mis

párpados.

—Los monstruos no dañaron a nadie. Solo destruyeron algunas casas, queríamos asustar a la gente, no matarla. No ha muerto ninguna persona, ¿sabías eso?

Mi voz se quebró al pronunciar las palabras. Las lágrimas cayeron sin control por mis mejillas, pero él ya no se inmutó. No besó los rastros que dejaban, como solía hacerlo.

—Creí que lo había visto todo —susurró—, pero lo cierto es que no vi nada. Ahora que estoy aquí, contigo, me doy cuenta de que es mucho peor de lo que imaginaba. No sé si puedo pasar por alto algo así. Quisiera hacerlo, pero no puedo. Necesito tiempo para pensar. En ti, en mí… en nosotros.

Cada palabra suya pesaba como una piedra en mi pecho. Quise odiarlo, gritarle, culparlo, pero tenía razón. Por más que intentara justificarme o esperar comprensión, no la encontraría. Aun así, no podía asumirlo con serenidad. Era más fácil aferrarme al enojo, engañarme con la idea de que exageraba, fingir que su reacción era injusta. Transformar el dolor en rabia era, al menos, soportable.

—Tú también fuiste mercenario. Has matado a muchas personas —repliqué, buscando alguna rendija de empatía.

—Sí, maté. Pero cambié. Muchas cosas lo hicieron desde entonces. —En su mirada había una calma que me heló, la resignación de quien acepta lo inevitable.

—¿Te irás? —pregunté con voz apenas audible.

Keelan inclinó ligeramente la cabeza y posó su mano sobre mi hombro. Por un instante, su contacto me reconfortó. Luego dolió. No por la fuerza, sino porque comprendí que aquel gesto nacía de la compasión, no del amor.

—No le diré a Nyliss que fuiste tú quien envió los monstruos a Helisea. Si deseas que lo sepa, será tu decisión —dijo sin mirarme—. Buenas noches.

Y se marchó. Sin una última mirada, sin una palabra más. Simplemente se fue.

Y yo no podía culparlo. ¿Cómo hacerlo? Había destruido todo lo que teníamos. Si decidía volver a Zabia, si ponía fin a lo nuestro —si es que aún quedaba algo de eso—, lo entendería.

Ahora todo tenía sentido. Solo había visto una parte de las vidas que había arrebatado en mis peores días, cuando el dolor y la influencia de Gianna guiaban mis actos. No había visto lo que hice por decisión propia, sin justificación. No lo había visto… y por eso aún me amaba. Por eso me había pedido matrimonio. Pero ahora, frente a esta nueva versión de mí, su mirada ya no reflejaba el mismo amor.

Y lo comprendía. Lo peor era eso, que lo hacía.

No fui tras él. No esperé un arrepentimiento, ni un beso de buenas noches. Me quedé sentada, con la espalda erguida y la vista fija en las sombras que se agitaban en la tienda.

Durante un instante, la idea de beber resultó tentadora. Cualquier trago serviría. Sabía que no había licor en el campamento, pero bastaría una orden para que algún soldado me consiguiera una botella en una taberna cercana.

No llegué a hacerlo. La tienda se abrió y Cala entró saltando, con una sonrisa que iluminaba su rostro. Su vestido estaba impecable, aunque sus mangas arremangadas y la fina capa de sudor sobre su piel delataban el esfuerzo del baile. Olía a sal y a especias, tal vez por el incienso que impregnaba el aire del campamento. A su lado iba Cade, que le sujetaba la mano mientras se ajustaba el pequeño jubón y trataba de domar sus rizos.

Me limpié las lágrimas con rapidez.

—Veo que se han divertido —dije, intentando sonreír.

Cade soltó la mano de Cala y corrió hacia mí. Se subió a mi regazo con una risa contagiosa. Su alegría me atravesó como una punzada de culpa. Pensé en que aquel niño, tan inocente y luminoso, había perdido a toda su familia. Y yo era quien se la había arrebatado.

—Me lo pasé muy bien. Cala y Nyliss bailaron mucho conmigo —dijo con entusiasmo. Luego frunció el ceño y añadió—: Pero tú no estabas.

Cala soltó una carcajada mientras tomaba un cepillo del baúl y se acercaba. Su falda oscilaba suavemente con cada paso.

—Ella bailará contigo otro día —le aseguró, comenzando a cepillar mi cabello—. No sabía que mi compañía había sido tan mala como

para hacerte echarla tanto de menos.

Cade entrecerró los ojos, fingiendo enfado, pero guardó silencio. Era un milagro oírle hablar tanto seguido. Luego se acurrucó contra mi pecho y cerró los ojos.

Suspiré, procurando no moverme mientras me quitaba las botas. El sonido del cepillo deslizándose entre mi cabello rompía el silencio, pero Cala aún parecía dudar en hablar.

—Cuéntame —dije al fin—, ¿algún apuesto joven esta noche del que deba saber?

Ella soltó una risita y asintió.

—Uno, sí. Muy apuesto, aunque un tanto misterioso. No mostró su rostro, solo me dijo que se hacía llamar Lucca.

CAPÍTULO XXXI

ÉIRE

Había transcurrido una semana y aún no había encontrado a ningún "apuesto joven" que se hiciese llamar Lucca. Había levantado cada tienda del campamento, interrogado a más guerreros de los que podía contar y recorrido todas las posadas y tabernas cercanas, pero nadie coincidía con la descripción que tenía de él.

Cuando llegó el cuarto día de búsqueda, simplemente me rendí. Traté de convencerme de que podía tratarse de cualquier otro hombre con el mismo nombre, pero ¿por qué habría de cubrir su rostro si así fuera?

—No es él. Seguro que no —me había dicho Audry, aunque ni siquiera él parecía convencido.

Por un momento, me sentí profundamente mal por el comandante. Lucca había sido mi amigo durante gran parte de mi vida, casi un hermano. Una persona a la que debía proteger, y a la que efectivamente protegí y cuidé durante años, soportando golpes y palabras crueles por hacerlo. Pero también había sido alguien importante para Audry. Fue su primer amor, la primera persona en la que confió, a quien besó, con quien compartió momentos dulces que le despertaron emociones que no comprendía del todo. Y en el fondo, me dolía tanto por él como por mí misma.

Si aquel hombre realmente era Lucca, cuando lo encontrara desearía no haber puesto un pie en este lugar.

También había esperado a Keelan cada noche desde que se marchó a la tienda de Audry. Permanecía acostada hasta pasada la medianoche, dando vueltas entre las gruesas telas, imaginando el momento en que cruzaría la entrada, se acercaría a mí en un par de zancadas, me besaría y diría que ya había pensado suficiente, que

había esperado lo necesario, que me perdonaba y que aún me amaba.

Pero aquello nunca ocurrió. Ni siquiera llegué a cruzarme con él mientras recorría el campamento y observaba los entrenamientos, o mientras alimentaba a los monstruos y me aseguraba de que todos los hechiceros se encontraran bien.

Con el paso de los días, llegué a pensar que ni siquiera había salido de su tienda, y esa idea me desesperaba. Me preguntaba cuánto daño podía haberle causado para que no quisiera mostrarse. No había querido verlo sufrir; bajo ninguna circunstancia le habría hecho daño a propósito, porque su dolor palpitaba también en mi pecho.

Acabaría con cualquiera que se atreviera a lastimarlo, pero ¿qué debía hacer cuando era yo quien lo había herido?

Dale su tiempo, me susurraba una voz en lo más profundo de mi mente. Y eso era lo que hacía. Él necesitaba tiempo, y yo se lo daría, aunque eso no bastara para acallar la culpa que me oprimía el pecho. No sabía cómo hacer que ese peso desapareciera.

—¿Cómo va la búsqueda? —pregunté a los manipuladores de objetos. Se encontraban ocultos entre telas, rodeados de instrumentos extraños y velas cuyas ceras derretidas flotaban en el aire, moviéndose como guiadas por un leve soplo de magia.

Les había encargado encontrar una solución a la debilidad que sufrían nuestros cuerpos ante la madera de Gregdow. Si lograban alterar la materia de aquel material, tal vez su efecto sobre nosotros desaparecería, y Eris dejaría de usar esas armas para masacrarnos.

Cuatro hechiceros se reunían en torno a una mesa de madera labrada. En el centro descansaba la estaca que habíamos recuperado en Normagrovk, iluminada por una vela cuya llama titilante parecía desafiarnos con su brillo. La luz se extendía con fuerza inusual, una señal clara de que todos los objetos de la tienda estaban siendo manipulados, mejorados y transformados.

Pasé el dorso de la mano por mi frente, limpié el sudor, y forcé a mi mente a concentrarse. Debía trazar una línea entre mis asuntos personales y aquello. Esto era más importante. Esto era lo que realmente importaba.

Un hombre se volvió hacia mí, dejando que el aroma de su magia llenara la estancia. Era un olor antiguo, semejante al de los libros viejos, con un toque de tinta y pergamino. También había en él una dulzura tenue, como la vainilla o los higos maduros; un perfume profundo, azucarado, pero no empalagoso. Justo el punto medio.

—Mi señora —dijo inclinándose con respeto. Los demás lo imitaron de inmediato—. Hemos avanzado bastante en la tarea que nos encomendó. Sin embargo, me temo que también hay malas noticias.

—Fenomenal —resoplé—. Adelante, dame más problemas.

—Necesitamos un sujeto de prueba —anunció sin rodeos.

Una mujer detrás de él evitó mi mirada, fingiendo examinar nuevamente la estaca en el centro de la mesa. La luz resaltó en su rostro y pude notar en su mentón un brillo oscuro, un reflejo que no era natural. Comprendí de inmediato lo que eso significaba y era que los manipuladores, cuando pasaban demasiado tiempo cerca de un objeto, terminaban asimilando parte de sus propiedades. En ella, la piel había adquirido la textura de la madera envejecida. Casi podía imaginar la sensación de rozar su piel y la aspereza raspando la yema de mis dedos, la dureza del material bajo la palma como una astilla atravesando la carne.

—¿Un sujeto de prueba? —pregunté, volviendo la vista al hombre de barba rizada que casi rozaba su abdomen.

—Así es. Hemos modificado la estaca, pero necesitamos comprobar si los cambios son efectivos. Si funciona, podríamos neutralizar la letalidad de estas armas en las próximas batallas.

Tragué saliva.

—Entonces… necesitan a alguien dispuesto a arriesgar la vida.

Él asintió sin titubear. Agradecí su honestidad; la gente que no disfrazaba la verdad me inspiraba respeto.

—Sabemos que puede parecer una exigencia dura —añadió—, pero varios de sus seguidores se han ofrecido voluntarios.

—No —interrumpí—. Yo lo haré.

Sentí un estremecimiento al ver cómo la punta de la estaca relucía bajo la luz. No quería morir, por supuesto que no, pero ¿había un

motivo más digno para hacerlo? Ni siquiera me había despedido de nadie. No estaba lista para marcharme.

Y aun así, di el paso. Uno incierto, como caminar a ciegas por el borde de un barranco, sabiendo que un mal movimiento podía arrojarme al vacío.

Era mi momento de demostrarles que deseaba tanto su bien como el mío. Mi momento para probar, no solo ante ellos sino ante mí misma, que todo aquello era más que venganza.

Los hechiceros, los monstruos, los híbridos… todos merecían algo mejor, necesitaban un hogar. Uno que yo nunca tuve.

Y se los daría.

El hombre titubeó y miró por encima del hombro a sus compañeros durante un instante efímero. Ellos se observaban entre sí, con los ojos muy abiertos, sin saber cómo reaccionar.

—Mi señora, no tendría por qué hacerlo —balbuceó al fin—. Hay muchos candidatos dispuestos. No merecemos un gesto de bondad semejante. Ya nos ha dado demasiado.

—¿Bondad? —repliqué con la voz baja y entrecerré los ojos hacia aquel hombre menudo—. No soy una buena persona. Así que, por una vez que intento hacer algo correcto, no me quites el mérito.

En ese preciso momento, la llama de una de las velas se extinguió para dejar un rastro de humo que serpenteó en el aire.

—¿Qué…? No, yo… —intentó decir, desconcertado.

—Era una broma —interrumpí con un suspiro breve—. Anda, trae esa estaca. Esperemos que vuestro trabajo esté a la altura.

El hechicero extendió una mano temblorosa, y con un leve movimiento de dedos hizo que la estaca se elevara en el aire. Atravesó la distancia entre nosotros flotando hasta posarse en mis manos desnudas. En cuanto la toqué, sentí su poder recorrerme, vibrando bajo mi piel. El escalofrío fue inmediato, tan intenso que me entumeció las rodillas.

Durante unos segundos, el miedo se impuso a cualquier otro pensamiento. No era un temor abrumador, pero sí lo suficiente para hacerme imaginar los peores desenlaces. Me hablaba con voz trémula, susurrándome visiones de muerte, futuros inciertos pero tan vívidos que parecían reales. Me describía cómo expiraría, cómo

la vida se desvanecería de mis dedos, cómo mi cuerpo se disolvería en un remolino de magia hasta volverse niebla.

Respiré hondo, conteniendo el temblor en mi pecho. Apreté con más fuerza la estaca, decidida. Aquello debía funcionar. Era un salto de fe, pero no uno cualquiera. Era un salto de fe por mis hechiceros, por mi pueblo.

El mismo salto que ellos daban por mí cada día.

Podía ser una asesina, sí, pero ¿me convertía eso en alguien malvada? ¿Invalidaba mis razones? ¿Me hacía una mala soberana? Tal vez. Era discutible.

No tuve tiempo de seguir cuestionándome cuando la madera se hundió en mis manos con tanta fuerza que mis dedos comenzaron a sangrar. La sangre resbaló por las vetas oscuras del arma, absorbiéndose como si la madera tuviera sed.

Contuve el aliento y esperé el dolor o la punzada que debía llegar. Pero no sentí nada. Ni quemazón ni entumecimiento. Nada.

Una nada pura, limpia, extrañamente pacífica.

Me sentía… yo.

Mi yo viva, por supuesto.

—¿Ha funcionado? —pregunté con incredulidad. Alcé la mirada esperando ver expresiones sombrías o gestos de decepción, pero lo que encontré fue asombro. Todos me observaban con los labios entreabiertos, y la mujer del mentón de madera apenas lograba contener una sonrisa.

—Eh, no soy la hechicera de las adivinanzas. Lo sabéis, ¿verdad? —añadí, rompiendo el silencio.

El hombre tragó saliva, con los ojos muy abiertos. Me observó varias veces, como si necesitara asegurarse de que seguía allí. No sabía si su incredulidad provenía de la desconfianza en su propio trabajo o de que jamás habría esperado algo semejante… de mí.

—Sí… ha funcionado —dijo por fin, asintiendo con lentitud. Su voz se quebró levemente, y durante un segundo, todas las velas a nuestro alrededor temblaron como si una corriente invisible hubiese atravesado la tienda.

Exhalé un suspiro profundo. Un peso inmenso se levantó de mi pecho, y por primera vez en días sentí alivio.

—Perfecto. Ya está bien de buenas acciones por hoy —murmuré, entregándole la estaca con rapidez. No quería volver a sentirla entre mis manos. Aun así, mi corazón seguía latiendo con una fuerza feroz, como si se negara a aceptar que todo había terminado.

Me dispuse a marcharme. Quería salir al aire libre, recorrer el campamento y asegurarme de que todo estuviera preparado para partir al amanecer hacia Sindorya. Luego entrenaría un poco, quizá para despejar la mente.

Pero una voz suave me detuvo antes de dar un paso fuera.

—Gracias, su majestad. No habrá años de servidumbre que basten para agradecer lo que acaba de hacer.

Era aquella mujer. Su voz tenía la calidez del fuego viejo y la templanza de quien ha sufrido demasiado. Tendría cerca de cincuenta años, y aunque las huellas del tiempo marcaban su rostro, de ella emanaba una luz serena que embellecía cada rasgo sin necesidad de artificios. Era alta, de figura delgada, y vestía harapos que caían con naturalidad sobre su cuerpo. Unas extrañas cadenas trenzadas ceñían su torso; estaban sueltas en torno a las caderas, pero se apretaban con fuerza sobre su pecho. De ellas colgaban flores marchitas y tallos entrelazados, como una enredadera que trepaba por su piel, dándole un aire ancestral.

Una calidez inesperada me recorrió el pecho. Bajé la mirada, permitiéndome una sonrisa apenas perceptible.

—Para eso estoy aquí —susurré.

CAPÍTULO XXXII

ÉIRE

¿Debía entrar?

Esa era la misma pregunta que me había hecho ya, al menos, una centena de veces.

Las telas de su tienda estaban firmemente anudadas, ocultando su interior. Oscilaban apenas sobre la tierra, movidas por el viento. El tono azabache de aquellas telas me recordó el color que solía vestir Keelan tiempo atrás, chaquetas oscuras con ribetes dorados y botones redondos, siempre impecables.

Pero si dejaba a un lado mis sentimientos, si realmente lograba apartarlos, ¿por qué habría de dudar?

¿Por qué quedarme allí, inmóvil, con todas las palabras que quería decirle atascadas en la garganta?

No lo haría. Nunca había sido de las que se quedaban calladas.

Así que entré. De golpe. Sin pensarlo más. Sin ensayar lo que iba a decir ni ordenar las ideas en mi mente.

Y ahí estaba él. De pie en el centro de la tienda, con un libro pesado y gastado en la mano. Pasaba el pulgar sobre las páginas amarillentas, pero no lo leía. Su mirada no se dirigía al texto, ni al suelo, ni a las paredes de tela.

Miraba a Nyliss.

Ella se encontraba a su lado, y no parecía aburrirse en absoluto. Sus mejillas encendidas se fruncían por la amplitud de su sonrisa. Observaba a Keelan con una expresión luminosa, con los ojos brillantes y un parpadeo suave que parecía acariciar el aire entre ambos.

Carraspeé a propósito.

—Pensaba que tenías que entrenar, Nyliss —dije, intentando disimular el peso que me oprimía la garganta. Eran amigos, nada más. Lo sabía, de verdad que lo sabía, pero ella lo miraba de un modo que no parecía inocente.

Nyliss giró hacia mí, y su rostro confirmó en un segundo lo que ya temía. La culpa estaba ahí, clara en su semblante, en el brillo apagado de sus ojos, en la leve apertura de sus labios.

Así que… ¿le gustaba? ¿Keelan le gustaba? ¿Y él…?

—De hecho, sí, llego tarde —respondió ella. Noté cómo se frotaba la mano derecha, justo donde antes le había visto una herida que aún no sanaba del todo. La otra también estaba enrojecida. No volvió a mirar a Keelan. Antes de marcharse, se inclinó y dejó un beso húmedo en mi mejilla.

El viento devolvió la tela de la entrada a su lugar, y ese suave movimiento fue lo único que quedó de su presencia.

—Deberías decirle a Nyliss que fuiste tú quien provocó los ataques a su reino —dijo Keelan, dejando el libro sobre un montón de pieles que, por su disposición, debían servirle de cama.

No había mucho más en aquella tienda. Reparé en un carcaj apoyado en el suelo, del que sobresalían algunas flechas. En la punta de una de ellas aún brillaba sangre fresca. Había estado cazando. Eso, al menos, era una buena señal. Conservaba algo de su antiguo hábito.

—Sí, debería, pero no he venido a hablar de eso.

Keelan me miró fijamente.

—Entonces dime, ¿a qué has venido? —Su voz era dura, y sus palabras afiladas. No sabía qué esperar de aquella conversación más allá del resentimiento. Sin embargo, su mirada no era fría. Aún ardía el fuego de siempre, aunque el viento que lo golpeaba parecía querer extinguirlo.

Avancé hacia él.

—A hablar de ti.

—¿De mí?

—Sí, de ti. —Inspiré con dificultad, evitando su mirada. No quería hacerlo. No ahora—. Creo que es hora de que regreses a casa.

A casa.

Porque este no era su hogar. Nunca lo había sido. Zabia lo era, siempre lo fue. Serill tenía razón, yo lo había convertido en un necio. En alguien que el amor había vuelto vulnerable. Keelan merecía el mundo, y conmigo solo se condenaría.

No podía permitirlo. No esta vez.

Él permaneció en silencio. Entonces deslicé nuestro anillo de compromiso por mi dedo índice hasta dejarlo reposar sobre mi palma extendida. En ese instante reuní el valor suficiente para alzar la vista. Lo observé con atención y no parecía sorprendido, solo profundamente triste. Su mirada estaba cargada de una aceptación silenciosa, la clase de dolor que busca herirte para purgar la herida.

Ambos lo sabíamos.

Sabíamos que no había vuelta atrás.

—Creo que deberías dárselo a la persona correcta para ti —susurré.

Cuando levantó la mano, creí que aplastaría el anillo. No supe por qué imaginé aquello, quizá porque mi mente tendía a proyectar siempre las peores posibilidades.

Pero no lo hizo. Cerró su mano sobre la mía.

—Tú siempre serás mi persona correcta, hechicera —afirmó con una certeza tan profunda que me hizo parpadear. Con la otra mano rozó mi cabello, atrapó una hebra entre los dedos y frunció su ceño —. ¿Te has pintado este mechón de pelo?

Parpadeé, desconcertada. Él estiró la hebra hasta colocarla frente a mis ojos.

—¿Qué…? —murmuré, soltando su mano al instante. Presioné los dedos sobre aquel mechón azabache. ¿Por qué no era castaño oscuro? ¿Por qué ese negro tan intenso, casi azulado?—. Yo no hice esto. No lo hice.

—Eh, tranquila —dijo Keelan, acercándose—. Seguro que no significa nada.

—Sí significa algo. Es la magia. Estoy segura.

—¿Magia? ¿A qué te refieres?

—A la magia de los hechiceros razha —respondí.

Él me observó, confundido.

—¿La magia de los razha? Creía… creía que solo eras el recipiente del poder de Gianna Ragnac.

Sentí cómo mi pecho se hundía con un leve temblor, y la histeria comenzó a lamer mis heridas con una necesidad que no supe contener. Si la magia empezaba a dejar consecuencias permanentes en mí, si su influencia alcanzaba también mi cuerpo, entonces tal vez ya se había enraizado en mi interior.

Me aferré con fuerza a la mano de Keelan, aunque guardé silencio. No hizo falta decir nada para que él comprendiera que no debía insistir, que no debía esperar respuesta. No ahora, al menos.

—Volveré, Éire. Solo… necesito tiempo.

Supe que hablaba con sinceridad, y en cierto modo me reconfortó saber que lo haría, que deseaba regresar por voluntad propia.

—Sé que yo también he hecho cosas terribles —continuó—. No debí… no debí haberte arrebatado tus poderes. Ni siquiera entiendo qué se me pasó por la cabeza, pero cuando te vi haciendo aquello con las doncellas comprendí lo fácil que sería para ti callar mis preguntas. Estaba enfadado, tanto que olvidé tus límites. Y aunque tú también hayas hecho cosas horribles, eso no lo justifica.

Su voz se quebró, pero siguió hablando con un hilo de dignidad que me conmovió.

—Debo volver a Zabia. Hay asuntos que necesitan resolverse… y, sobre todo, necesito pensar. Pensar en muchas cosas, hechicera.

Su mano se deslizó hacia mi hombro. Acarició mi brazo y siguió el contorno de mis nudillos, dibujando círculos suaves con la yema de los dedos. Aquella caricia no buscaba consuelo, sino un adiós contenido.

—No llevo una buena semana —dijo tras un suspiro—. Estar aquí no me sienta bien. Este lugar me trae recuerdos que preferiría mantener sepultados.

Sus labios se apretaron, tensos, y sus ojos se llenaron de un brillo dorado, como una ciudad arrasada por un mar de oro líquido.

—Echo de menos a mi hermana. La echo mucho de menos. Creí haberla soltado hace tanto, pero volver a nuestra tierra ha devuelto también a su fantasma.

No respondí. Solo lo abracé.

Dejé que apoyara la cabeza en mi hombro y que sus lágrimas corrieran sin resistencia.

—Está bien. Llorar está bien —susurré, con la voz inevitablemente quebrada.

El tiempo pareció suspenderse. Permanecimos así unos segundos, con él encorvado sobre mí, dejando que el dolor fluyera sin miedo. Sus sollozos se apagaban en mi pecho mientras mis manos recorrían su espalda con torpeza, como si quisieran sostener aquello que no podía repararse.

No fui yo quien se apartó, sino él. Limpió sus mejillas con la palma y respiró hondo mientras intentaba recomponer su voz.

—Debería irme pronto.

—Lo sé.

—Bien… sí. —Aclaró su garganta y evitó mirarme—. Quizá podrías pedirle a alguno de tus monstruos que me lleve. Sería más rápido.

Alcé las cejas, sorprendida. Sabía que Keelan detestaba su forma más primitiva; que apenas soportaba la presencia de otras criaturas razha. Por eso me desconcertó que lo sugiriera él mismo, con tanta naturalidad.

—Sí, claro —respondí—. Me encanta que lo digas así, como si fuese lo más normal del mundo.

Me regaló una sonrisa leve, fugaz, pero suficiente para quebrar algo dentro de mí. Luego titubeó, como si estuviera a punto de volverse… hasta que mis palabras lo detuvieron.

—Keelan…

—¿Sí?

—¿Amigos, entonces? —pregunté. Decirlo fue necesario, aunque dolió más que una herida abierta.

El príncipe tragó saliva y apartó la mirada.

—Supongo —murmuró al fin.

Nos separaban solo unos pasos, pero sentí que el vacío entre ambos era inmenso, un abismo que se extendía más allá de lo visible.

—Le diré a Audry que venga, para que podáis despediros antes de marcharte —dije, intentando mantener la voz firme.

Él asintió y dejó escapar unas palabras, aunque no fueron las que yo esperaba.

—Adiós, hechicera.

Hasta pronto, hijo de Symond.

CAPÍTULO XXXIII

ÉIRE

Sindorya…

Por supuesto que recordaba este lugar. No con absoluta claridad, pero algunos fragmentos aún patinaban en mi memoria.

Sabía que alguna vez había sido un sitio lleno de color, con vigas pintadas en tonos vivos y tejados que crujían bajo el peso de la nieve y el granizo. Recordaba a los niños corriendo por las calles, las orquestas tocando con pasión y las risas que llenaban el aire. Las recordaba con una nitidez abrumadora.

Debió ser un lugar hermoso. Pero ya no lo era.

Ahora, las sombras cubrían todo con un velo espeso, tiñendo el paisaje de una oscuridad enfermiza y fría. Las ventanas permanecían cerradas, las puertas selladas, y apenas una figura solitaria cruzaba la calle desierta. No había mercado, ni nobles, ni caballos, ni carruajes. No quedaban juglares ni mendigos. Solo silencio.

La humedad se condensaba en el aire, no adherida a la piel con suavidad, sino cayendo sobre los cuerpos como lluvia helada. La sentía sobre mis dedos, reptando por mi cuello, enfriando mis huesos. Aquello no era solo el clima. Había algo más, algo más profundo y retorcido que impregnaba el ambiente.

Me giré hacia mis soldados, algunos sostenían las riendas de sus caballos, otros aguardaban de pie a mi lado. Era hora de movernos. La siguiente conquista esperaba.

Audry permanecía junto a mí. Bastaron unos segundos de su mirada para que comprendiera mis intenciones. Asintió con firmeza y ordenó a los hombres y mujeres tras de él que desmontaran. Lo hicieron al unísono, con una sincronía casi ensayada. Se dividieron en pequeños grupos y comenzaron a abrir las puertas de cada casa

del ducado, desde las más amplias y talladas en madera hasta las chozas de piedra agrietada.

El sonido de las armaduras resonó entre las calles vacías, un sonido metálico que avanzaba como el badajo de una campana al golpear su propio borde. Solo los soldados que habían servido bajo el ejército de Evelyn llevaban armadura; sus pasos eran más pesados, más lentos. Los hombres y mujeres Sin Apellido de Güíjar, en cambio, vestían pieles gruesas que cubrían sus cuerpos robustos.

Las puertas se abrieron una tras otra. Algunas chirriaron, otras se abrieron en silencio, y unas cuantas ya no eran más que tablones deformes que cedían sin resistencia.

Y allí estaban las personas que buscaba. Humanos, en su mayoría. Se escondían bajo cubrecamas, dentro de armarios, bajo falsos suelos que crujían o arrodillados ante círculos de velas. Su miedo era palpable… inútil, pero palpable. No les serviría. No obtendrían clemencia de mí, si eso era lo que esperaban. No pretendía dañar a nadie que no me diera motivos.

Mis soldados los sacaron de sus casas y los reunieron en la calle adoquinada. Los mantuvieron de pie frente a mí hasta que el espacio se colmó de rostros desconocidos de niños, adultos, ancianos… incluso un recién nacido que lloraba en brazos de su madre. Pero eso no importaba. La edad no era un factor determinante cuando todos eran humanos.

¿Por qué todos eran mortales? Antes había hechiceros, una suma sacerdotisa, maestros de magia… ¿dónde estaban ahora?

—No debéis temerme, pueblo de Sindorya. No he venido a dañaros. No tocaré a ningún humano que no haya hecho daño a los míos. Quien sea inocente, puede estar tranquilo —declaré, avanzando un paso.

Recorrí sus rostros con la mirada, deteniéndome en cada color de iris, desde el negro más profundo hasta el azul más puro. Debía encontrarlos. Debía hallar a los hechiceros que se ocultaban. Debía saber quién merecía vivir bajo mi mandato.

—Entonces… ¿alguien desea confesar algo?

Fue en ese momento cuando lo sentí.

Reconocí aquella sensación de inmediato. Conocía esa magia, su olor y la forma en que erizaba la piel. La había poseído una vez. Por eso supe que me atacaban incluso antes de verlo.

Una corriente invisible se formó cerca, casi al alcance de mi cuerpo. Su poder era denso, vibrante, dispuesto a arrollarme. Pensé que golpearía a mis soldados, a mis monstruos, a mis hechiceros. Pero no. Aquello venía dirigido a mí.

El vello de mis brazos se erizó. Mi instinto me obligó a enfocar la vista entre la multitud, entre los humanos que temblaban. No estaban lejos. Se ocultaban entre ellos, fingiendo ser uno más.

El paisaje, antes sombrío, se tornó negro. Una bruma espesa cubrió mis ojos y solo yo podía verla. Sentí cómo la magia razha me recorría las venas, transformando la sangre en veneno oscuro, tan profundo como una turmalina negra.

Con un simple movimiento de cabeza, desvié aquella energía que pretendía destruirme. Lo que iba a ser una embestida mortal se deshizo en una ráfaga de viento que solo agitó mi cabello. Mi mandíbula se tensó; el poder se aferró a mi corazón y lo contaminó con su ritmo venenoso. Cada latido era una amenaza, cada respiración una chispa que me empujaba a la locura.

No necesité ayuda de un persuasivo ni de un clarividente para saber quiénes eran los traidores. Lo sabía.

«Han vuelto a traicionar tu confianza, Éire. Acaba con ellos».

No. No lo haré.

«Una verdadera reina lo haría».

Levanté la mano. Mis venas se habían ennegrecido, y los hombres que se ocultaban entre la multitud se elevaron en el aire. Les vi los rostros. Para mí no eran más que cobardes y mentirosos. Algunos tenían magia, pero ninguno la merecía.

El resto de los humanos observaba, inmóvil. Sus miradas seguían los cuerpos suspendidos, sus bocas entreabiertas contenían gritos ahogados. El miedo se propagó como una enfermedad. Tan primario. Tan humano. Nadie habló, solo temblaron.

Bajo la mirada expectante de mis monstruos, todo parecía justo. Podía sentirlo. Sentía su satisfacción, la oscura y ardiente sensación de una venganza largamente esperada.

Quizá los mortales, con su compasión y su moral quebradiza, no lo comprenderían jamás. Pero mis monstruos sí. Y, con ellos, yo también.

Eran tres hombres, y solo uno de ellos era hechicero. Lo sabía. Cada uno era distinto, pero todos compartían la misma expresión de crueldad, la misma furia en sus ojos. Querían matarme. Querían verme caer.

Sus labios temblaban de rabia, los puños cerrados hasta perder el color, los dientes apretados en un intento inútil de contener el odio.

—Eres un…

—Sí, soy un monstruo. Ya lo sé. Y ahora deberías callarte —interrumpí antes de que terminara.

El hombre, suspendido por mi magia, había sido lo bastante insensato para abrir la boca. Desde esa altura, una caída sería fatal. No necesitaba que nadie me recordara lo que era. Desde niña lo había aprendido a fuerza de golpes y palabras.

No percibí en él poder alguno. No hubo cosquilleo en mis entrañas ni susurro en el viento. No era el hechicero que me había atacado.

Lo aparté con un gesto. En un pestañeo, la niebla se cerró sobre su cuerpo.

Sentí cómo la magia lo devoraba, cómo desgarraba su carne, cómo lo desintegraba hasta robarle incluso el alma. No quedaría de él más que la ausencia. No descansaría, simplemente… había desaparecido. O, más bien, yo lo había hecho desaparecer.

—Yo maté a vuestro señor, a su hija y a sus doncellas. Y ahora voy a acabar con cualquiera que intente impedirme tomar sus tierras —gruñí, flexionando los nudillos hasta que mis huesos crujieron.

El aire se tensó. El oxígeno que debía llenar los pulmones de los hombres restantes se negó a hacerlo, aprisionado por mi magia. Los vi sacudirse con desesperación entre la multitud, luchando por respirar mientras la energía invisible los envolvía como un torbellino. Patalearon, golpearon el vacío, pero cada intento de liberarse solo hacía que mi poder los zarandeara con mayor furia, desgarrando sus gargantas en un esfuerzo inútil.

Solo quedaban dos soldados. Menos de los que había esperado. Sabía que debía de haber más escondidos en alguna parte, tal vez

aguardando una señal, o quizá reforzando otra línea de defensa. Aquello no me preocupaba, aunque necesitaba despejar mi camino con rapidez.

También comprendía que Audry había pensado igual, porque había enviado a un grupo numeroso a revisar cada rincón de la ciudad, convencido de que un ejército oculto aguardaba su momento. Registraban todo sin cuidado desde la casa del duque hasta la de los ciudadanos más humildes.

Haakon y Nyliss marcharon con ellos, pero Brunilda permaneció a mi lado. Cala, en cambio, respiraba con dificultad cuando la dejé en un carruaje junto con Cade. Su rostro reflejaba el presentimiento de lo que iba a suceder. Aun así, no me detuve. Monté en mi caballo y ordené al cochero que mantuviera la distancia suficiente del frente, rodeado por kolbras que volaban cerca del niño, vigilantes.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, concentrándome en la sensación húmeda que se formaba en mis sienes y en el polvo que se adhería a mis dedos.

Lo sentía dentro de mí, en la lengua, en la mente. Mi magia lo sabía. Yo sabía quién era el hechicero entre aquellos dos hombres. Con un solo impulso, convertí en ceniza, viento y nube espesa al humano que no era de mi interés. El otro… ese era el que realmente importaba.

El hechicero.

Fijé mi mirada en él, era un hombre de torso ancho, bigote mal recortado y rostro endurecido por la miseria. Su túnica raída, apenas cubría su cuerpo. Los pantalones que llevaba eran demasiado grandes; probablemente robados. Le faltaba una pierna, y en su lugar quedaba un muñón cubierto con un paño empapado en sangre. La herida era reciente. Pantalones robados, pierna cortada… un castigo por sus delitos, sin duda. Era un ladrón; lo supe antes incluso de pensarlo.

—Has matado a tu propia gente —le dije con voz baja—. Formaste parte de una causa que pretendía exterminarnos. Intentaste asesinar a tu reina, y aun así… no pareces arrepentido.

El hechicero me miró con un odio tan profundo que habría hecho retroceder a una bestia.

—Mi hijo estaba enfermo —escupió con la voz ronca y quebrada —. Su cuerpo no soportó el hambre tanto tiempo. Perdí la pierna intentando robar algo de comida, y ni siquiera pude salvarlo. Murió por ti, falsa reina.

Así que tenía razón.

—Bien —respondí con una sonrisa que cortaba el aire—. Entonces te reunirás con él. Deberías agradecer que sea una reina piadosa.

Con un gesto, lo dejé caer frente a mí. Trató de abalanzarse, pero la magia se lo impidió. Se deslizó sobre su cuerpo como serpientes invisibles y lo envolvió en un manto de miedo que se infiltró bajo su piel. Lo oí gemir cuando aquellas sombras le susurraron los terrores más profundos, para luego desgarrar su mente antes de hundir sus colmillos en su carne. Su esencia se consumió poco a poco, y su grito fue lo último que quedó de él.

Pero no murió del todo.

Del polvo de un ser nació otro.

Su carne y piel se desintegraron en una nube tenue, sus músculos se disolvieron en hilos malvas que ascendieron al cielo y tiñeron el horizonte de un atardecer ensangrentado. Solo quedó su estructura ósea. Sus ojos, antes humanos, se transformaron en vacías cuencas que me observaban sin sufrimiento. Ya no pertenecía al mundo de los vivos.

Ahora era un protector.

Un monstruo a mi servicio.

—Mucho mejor —susurré mientras las personas se apartaban a mi paso.

Crucé entre los adoquines gastados, con la capa cayendo desde mis hombros como una cascada oscura de seda.

CAPÍTULO XXXIV

EVELYN

—¡Debe mantenerse dentro del castillo, su majestad! —me gritó un guardia real mientras trataba de cerrar las puertas de mi alcoba.

En cuanto las hojas se unieron con un golpe seco, supe que había corrido hacia las escaleras para descenderlas con prisa. Lo deduje por el eco de sus pasos y por la vibración de las tablas bajo sus botas. Yo, con la oreja pegada a la puerta, aguardaba el momento oportuno para salir.

Cuando solo los sonidos lejanos de pisadas y quejidos se filtraron en mi habitación, decidí que era hora de actuar.

Me despojé del vestido con rapidez. Las sedas, los encajes y las puntillas cayeron a mis pies en un suspiro de telas. Me estremecí cuando el aceite de cría de ruv comenzó a secarse sobre mi piel, dejando un brillo perlado que reflejaba la luz de las velas. Aquella bestia había sido la misma que atacó a Éire y Keelan en la terma de Sindorya. No hallé información sobre ella en ningún pergamino ni en los bestiarios del reino, así que decidí nombrarla por mi cuenta y mandé actualizar los registros. Aquello no complació a Éire, aunque no intentó detenerme.

Ordené que mis soldados recogieran el aceite que cubría a la cría muerta, y con él elaboraron un cosmético exclusivo para mí. Quizá Éire nunca lo supo, o simplemente no le importó. Tal vez aquel aceite no representaba peligro alguno para la criatura, y por eso lo dejó pasar.

Aflojé las cintas del corsé con torpeza; las manos me temblaban cada vez que un nuevo alarido se colaba desde el exterior. No me hacía falta mirar por la ventana para saber lo que vería.

La niebla obsidiana envolvía Aherian como una criatura viva. De su espesura brotaban tentáculos oscuros que se enroscaban en los tejados y torres, y entre ellos se movían bestias moldeadas por la magia.

Al principio, solo fue un velo extraño que cubrió la capital durante dos noches. Decidí no prestarle demasiada atención —aunque los rumores en la corte me empujaban a hacerlo— y me refugié en los libros de la biblioteca real. No encontré más que vagas referencias a la magia razha, una teoría que descarté de inmediato. Solo existía una hechicera de aquella casa, y ella no podía haber sido la causante de aquel fenómeno. Éire había protegido el reino durante los meses que permaneció aquí, y aunque se marchó pronto, no tenía motivo alguno para atacarnos. Por los dioses, yo misma le había entregado un ejército entero.

Pero ahora la niebla no solo cubría el amanecer, sino que se expandía.

Y no venía sola.

Entre sus ondulaciones oscuras brillaban ojos. Algunos parecían rendijas, otros eran redondos y fijos, y algunos se desvanecían como miradas espectrales. Ningún guardia se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos sabíamos que eran monstruos.

Me puse los pantalones de montar y la túnica violeta de botones marfiles que solía usar en mis paseos a caballo. No era el atuendo de una reina, pero sí el más cómodo que tenía a mano. Me vestí con premura y salí a trompicones de mi habitación.

Hacía tiempo que había despedido a todas mis damas de compañía. Prefería ocuparme sola de mi aseo y mis vestidos; la soledad me resultaba más práctica y, en ciertos días, más digna. Así que nadie se interpuso en mi camino.

No tenía por qué ocultarme. Era la reina. Tenía más deberes que nadie en Aherian, y no me escondería tras los muros esperando que otros libraran mis batallas. Quien no comprendiera eso podía buscar refugio en los tronos de la tríada.

Mi deber era con mi pueblo, y así debía ser.

Atravesé el extenso jardín, donde las rosas, los tulipanes y los nomeolvides parecían marchitarse bajo el manto gris que se cernía

sobre el cielo. Varios guardias se cruzaron conmigo mientras avanzaba hacia las puertas del castillo, pero ninguno osó detenerme; solo se inclinaron en señal de respeto. Supuse que consideraban mi presencia razonable, incluso necesaria. Después de todo, muchos reyes y reinas habían luchado al frente de sus ejércitos, y aunque algunos perecieron por ello, ninguno renunció a su deber.

Todos lo entendían. Todos, excepto Bastián.

Él era mi mano derecha, mi consejero y, por encima de todo, el comandante de mis ejércitos. Se preocupaba por mí más de lo necesario. Había sido el primero en rogarme que no saliera del castillo, sobre todo porque mis lecciones de tiro con arco y manejo de armas ligeras apenas comenzaban. Sabía que, sola, no podría defenderme con eficacia.

La guardia real había ordenado a los ciudadanos refugiarse en sus hogares. Repartieron parte del arsenal real entre quienes pudieron empuñar una lanza, y reforzaron las chozas del sector más pobre con tablones, pieles sobre la paja y puntas clavadas frente a cada puerta. No serviría de mucho, pero al menos les daría tiempo.

Desde que aumenté los impuestos sobre especias, telas, ornamentos y cualquier otro lujo reservado a los nobles, la economía del reino había prosperado. Aquella medida provocó enfrentamientos tensos con la aristocracia, pero los mantuve a raya: los tributos no eran obligatorios, solo para quienes deseaban conservar sus extravagancias. Los precios de los caprichos se dispararon, pero eso no los detuvo. Seguían vaciando sus arcas en frutas exóticas, sedas y zapatos hechos con escamas de pulvra.

Avancé entre los soldados apostados en los muros exteriores. Uno de ellos se ofreció a escoltarme hasta el comandante, y acepté sin demora. Evitamos los callejones y mantuve la vista fija en los guardias cercanos. No quería… ningún incidente ese día.

Bastián me esperaba en las murallas, junto a los arqueros y las catapultas. Me separé del escolta, que, tras una reverencia, regresó a su puesto. El camino de piedra serpenteaba bajo mis pies, y los rostros que me rodeaban —desfigurados por el miedo— me hicieron comprender que los rumores eran ciertos. Los monstruos no eran una ilusión. Estaban allí. Eran reales.

Y allí estaba él, Bastián, en lo alto de la muralla. No parecía aterrorizado como los demás, sino absorto, observando algo en la distancia, más allá del muro. Probablemente la niebla.

—¿Crees que vienen hacia nosotros? —pregunté, con un hilo de voz.

Tragué saliva mientras el comandante de ojos aguamarina se volvía hacia mí. Apoyaba los antebrazos sobre el borde de la muralla y, aunque me miró con seriedad, no mostró sorpresa alguna.

—Creo que sí, pero… no avanzan. Por algún motivo, se han detenido justo frente a la puerta de la muralla. Los arqueros quieren disparar, pero estas criaturas no parecen interesadas en luchar —dijo, sacudiendo la cabeza incrédulo, mientras bajaba la mirada de nuevo—. Sé que suena absurdo, pero…

Antes de que pudiera continuar, decidí asomarme y sacar mis propias conclusiones.

Lo primero que vi fue una capa de oscuridad que cubría el cielo tras la muralla, descendiendo hacia nosotros como un muro de nubes de hollín. Era una niebla densa, casi tangible, que se extendía como un telón negro. Si extendía la mano desde lo alto de la muralla, mis dedos no habrían alcanzado a tocarla; pero si me separaba apenas unos pasos, habría estado dentro de ella, envuelta por un espeso velo que prometía pesadillas inimaginables.

A medida que mis ojos se acostumbraban, pude distinguir a los monstruos. Criaturas enormes y pequeñas, aladas y terrestres, algunas adaptadas al agua, todas presentes ante nosotros. Sus miradas se clavaban en mí con una intención casi deliberada. Ojos inhumanos, de formas animales o espectrales, que parecían diseñados para desestabilizarme. Cada vez que buscaba más allá, las miradas se multiplicaban, una alineación interminable que se extendía hasta perderse en la niebla.

Entonces, una criatura avanzó un paso. Nunca la había visto en persona, pero recordaba a la perfección su descripción en el bestiario: un ser fantasmal que adoptaba a veces forma femenina, con un vestido largo que rozaba sus tobillos. Su piel no era sólida; parecía pura energía, y se podía traspasar con la yema de los dedos. Su voz resonó en todo el aire, como si los propios dioses hablaran

desde el cielo hasta nosotros. «Estas criaturas no nacieron en este mundo, sino que ayudaron a crearlo».

—Evelyn Waldorm de Aherian, reina de estas tierras —dijo la criatura, su voz se extendía de forma persistente—. No tenemos intención de atacarte ni a ti ni a tu reino. Solo traemos un mensaje.

Contuve la respiración. Me mantuve firme sobre las piedras frías de la muralla, consciente de todas las miradas que me observaban, expectantes.

—¿Un mensaje? Hablad claro, monstruo. Esto parece más una amenaza que otra cosa.

Una vibración surgió de la criatura, fue un sonido semejante a una risa maliciosa que permaneció flotando entre nosotros.

—No podéis ver cómo comienza una guerra sin tomar un bando. Esto ya ocurrió años atrás, y la historia está destinada a repetirse.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Podéis correr, pero ningún lugar está lo suficientemente lejos para la hechicera de las bestias.

♣

—Éire… —resoplé—. Por supuesto.

Sujeté con fuerza el alféizar de la ventana. ¿Cómo se había atrevido? La había acogido, le había dado un lugar en mi corte y, a cambio… ¿me amenazaba? Ni siquiera sabía cómo había confiado en ella. Mi madre había tenido razón meses atrás al decirme que Éire era peligrosa. Que cometiera algunos actos razonables no significaba que fuera digna de confianza. Al fin y al cabo, era una asesina de masas.

—¡Perra traidora! ¡La dejamos vivir, maldita sea! ¿¡Cómo ha podido amenazarnos frente a las puertas de nuestro reino!? Ni siquiera estaba aquí para hacerlo ella misma —exclamó Bastián, dando vueltas furiosas por la sala, escupiendo con desprecio—. Cobarde.

—Exactamente —respondí, girándome de golpe—. Si no estaba aquí… ¿cómo ha podido controlar esa niebla y a esos monstruos?

¿Acaso sabía que le responderíamos? ¿Nos está… escuchando de algún modo?

Bastián se detuvo en seco, como si nunca hubiese considerado esa posibilidad. Sus ojos recorrieron la sala, buscando una hechicera oculta, iracunda por el insulto; pero al no encontrar nada, volvió a mirarme, ahora con un miedo profundo que no había visto hasta ese día.

—¿De qué poderes podríamos estar hablando, Evelyn? ¿A qué nos enfrentamos?

Me acerqué al escritorio y tomé uno de los libros de magia que mi madre guardaba bajo llave. «Formas de enseñar a un humano», «Cada casa y su historia», «Ritos más antiguos de los hechiceros» y… «Gregdow, el final de los razha».

Pasé las páginas con rapidez mientras repasaba los dibujos hechos a mano y recordaba lo leído hace años.

—Hay leyendas que aseguran que Gregdow es el epicentro de nuestro mundo. No existen dioses ni seres que nos hayan creado, solo un cúmulo de magia que se ramificó en cada casa de hechiceros. Gregdow es eso: la magia más pura que dio origen a distintos tipos de poder. Dicen que, cuando los humanos comenzaron a exterminar casas enteras por la fe en falsos dioses, Gregdow se enfureció y provocó la gripe que diezmó a nuestra población. No existe en este plano, así que por sí mismo no podía acabar con nosotros. Sin embargo, trató de exterminarnos muchas veces y…

—¿Y qué, Evelyn? ¿Qué tiene que ver eso con la hechicera de las bestias? —insistió Bastián.

Me giré hacia él, esforzando la voz para que sonara firme y segura.

—Gregdow provocó la muerte de los hechiceros razha, enloqueciendo a Rauthier Güillemort y haciendo que los monstruos lo acecharan hasta que perdió la cordura, encarceló hechiceros y creó criaturas imposibles. Por eso nadie conocía a los ruvs ni a los scrantés. Se decía que eran los monstruos del rey porque Rauthier los controlaba —deduje en voz alta—. Todo esto fue obra del bosque, que utilizó la magia de los razha para crear algo más… Una

magia capaz de controlarlos a todos, diseñada para destruirlos. Gianna, sin saberlo, cumplió este destino al abrir un puente mágico hacia un niño desconocido, y a través de él, la magia de todos los razha llegó a ese bebé. Hablamos de manipulación mental, control absoluto de la magia de distintas casas, creación de monstruos, incluso omnipresencia.

En ese instante, sentí su presencia cercana, como si Éire hablara junto a mí.

¿Acaso me echaste de menos, Eve?

CAPÍTULO XXXV

ÉIRE

«Cuando ocurrió la caída de Gregdow, Gianna Ragnac, reina de hechiceros y bestias, la última de su linaje de reyes y guerreros, era la única de su casa destinada a unirse en matrimonio con un rey humano, Symond Gragbeam de Zabia, un monarca inteligente y audaz, que había logrado llenar de oro las arcas de su reino. Según algunos rumores, aquello fue posible gracias a trueques con piratas que desembarcaban en tierras desconocidas y ricas. Solo Symond creyó aquellas historias; por ese acto de fe se convirtió en el rey más rico de Nargrave. Al menos, así se decía, aunque nada aseguraba que existiera algo más allá de los mares de Vignís aparte de agua, y que esos hechos no fueran simples mitos.

La supuesta historia de amor entre ambos soberanos era más rumor que certeza, pero muchos aseguraban que el matrimonio se habría consumado de no ser por la intervención de Rauthier Güillemort.

De Rauthier se decía que carecía de cordura —aunque quienes lo afirmaban solían desaparecer sin dejar rastro—. Su historial incluía ejecuciones sin precedentes; era dueño de varias casas de placer, mancillando su legado, y no consideraba a ninguna mujer digna de ser su reina. Su majestad mantenía solo relaciones esporádicas con su extensa lista de amantes.

Sin embargo, entre tantas, una había sido reconocida oficialmente como amante del rey: Idelia Gwen de Gregdow, hermana de Serill Gwen, entonces protectora del reino de los hechiceros y parte del séquito de la reina Gianna. Con el paso del tiempo, Idelia consolidó su nombre y poder, desplazando al que había sido su amante, con la ayuda de Symond Gragbeam.

Diversas fuentes confiables informaron haber encontrado monstruos de más de cincuenta varas de altura, hechos de hierro y fuego, en los calabozos del rey iriamno. Sus nombres eran desconocidos, pero pronto se les denominó "los monstruos del rey". Los rumores afirmaban que formaban parte del ejército en construcción, que capturaba y estudiaba hechiceros de la casa razha para crear nuevas criaturas. Nadie había registrado a estas bestias ni las había visto fuera del reino montañoso.

La guerra de los seis reinos comenzó en el año 200, cuando Gianna, según se dice, rompió el tratado que impedía que sus monstruos cruzaran fronteras, dejando que sus bestias pisaran suelo norteño. Rauthier, en lugar de dialogar con sus consejeros —quienes aseguraban que ningún monstruo había dañado a nadie—, reunió a sus portaestandartes y juró que Gregdow caería, junto con todo linaje mágico, bajo su espada de acero.

En ese entonces, la reina de Draba era una joven enferma llamada Mary Ann Cassbeil, comprometida con el viejo señor del Monte Jesvish, Kiryan Visseyn. Los registros son contradictorios, pero se asegura que Kiryan quiso apoyar a Rauthier en la conquista de Gregdow, mientras Mary Ann se negó, por mantener una relación cercana con Gianna. Finalmente, desobedeció a su esposo y envió tropas a Symond Gragbeam para ayudar a su amiga.

En Helisea, los magísteres contaban que los señores de Cristalia, la princesa de Asolium, el Conde Fazus y el rey heliseo deliberaron hasta altas horas, decidiendo no alinearse con ningún bando. Algunos registros afirman que Rauthier ofreció la mano de su primogénita al rey heliseo a cambio de apoyo, pero Cystenin de Helisea se negó, pues Rauthier no estaba casado y no se sabía de mujer alguna esperando un hijo suyo.

Aherian, en cambio, debía rendir pleitesía a Rauthier según un antiguo tratado. Einar Waldorm había jurado lealtad al trono de las montañas, y solo podía cumplir con su obligación, ayudando al rey iriamno en su baño de sangre. Esto no le supuso problema; era conocido por torturar a sus prisioneros hasta que imploraban por la muerte.

Asterin Waldorm, su esposa, entonces embarazada, acudió al templo de su madre Astrahea, suma sacerdotisa de Aherian, para orar por la vida de Einar. Algunos escribas aseguran que nunca mantuvo relación con la fe de la tríada, y que acudió por obligación más que por devoción.

Hoy aún se considera aquel acto de Einar Waldorm como una deshonra para su reina, al atacar un lugar sagrado y esclavizar a parientes y amigos de Asterin.

Nadie sabe con certeza cómo cayó Gregdow. El ejército de Rauthier y Gianna estaba equilibrado, pero la reina de los hechiceros y las bestias contaba con varias legiones de monstruos. Esa misma noche, Gianna murió, presuntamente asesinada por alguien de su propia corte. Los hechiceros razha cayeron luego, como si la muerte de su reina los dejara sin corazón. Los monstruos se volvieron contra los hechiceros de distintas casas, y el ejército del rey iriamno arrasó el reino mágico por completo.

Al amanecer, solo quedaban bestias sedientas de sangre y cadenas que convertían a los hechiceros en esclavos, llevándolos a distintas ciudades como si fueran regalos para nobles aliados de Rauthier. Un silencio desgarrador siguió a la muerte de Gianna y a la humillación de Symond Gragbeam, quien finalmente se casó con Miriela de Draba, la hija menor del hermano del rey Kyrian Vissey, para obtener aliados en la siguiente gran guerra.

Años después, aún se mofaban de Gianna —principalmente humanos— apodándola "la reina cobarde", y sus historias fueron borradas de los libros, como si su existencia y la de los hechiceros sintientes jamás hubieran existido».

Cerré el libro y sentí las gélidas manos de Gianna posarse sobre las mías. Esperé un dolor desgarrador en el pecho, igual al que ella había sentido, pero solo percibí un vacío profundo, silencioso, que impedía sentir… cualquier cosa.

«Así es. Ellos me borraron de la historia, se burlaron de mí, y aún atormentan a nuestra especie», murmuró la antigua reina de Gregdow, mientras sus dedos recorrían la curva de mi hombro. Solo vestía una túnica violeta, y su tacto me estremeció.

—Y ahora tú me atormentas a mí. Cada día, cada noche. ¿Pretendes dejarme sola alguna vez? —pregunté, mirándola a los ojos.

«Claro que te dejaré, cuando pueda irme en paz. Cuando cumplas tu propósito».

—No —respondí con firmeza, negando con la cabeza—. Yo no soy un títere. Te irás cuando yo lo decida. Me dijiste que no podría controlar a tus monstruos, y lo hice. Me dijiste que Keelan nunca volvería a la vida, y está vivo. Me dijiste tantas cosas… y te he demostrado que te equivocabas. Tú, no yo.

«Es cierto, eres mucho más poderosa que yo, pero aún quieres que siga aquí. ¿Por qué, Éire?»

—No lo sé.

«Yo sí lo sé, te sientes sola y, de algún modo, yo soy la única que no puede dejarte».

—Está hecho, su majestad —intervino una voz profunda y fragorosa, que erizó mi piel con su sola presencia.

Me giré hacia la bynge y observé sus ojos fantasmas, difusos y penetrantes. Aún no distinguía sus rasgos con claridad, pero estaba segura de que era la misma criatura con la que me había encontrado aquella vez en el bosque.

—¿Qué crees que hará? —pregunté.

—Dímelo tú.

—Atacará, aunque sepa que perderá. Después de lo que ocurrió en el bosque y de todas las vidas que tomé, no aceptará apoyar mi causa —respondí, mientras estudiaba el rostro ceniciento de la criatura.

Sus manos largas y huesudas se movían con delicadeza a los lados de su delgado cuerpo, como si manipulara corrientes invisibles a su alrededor.

—Bien —concedió—. Los susurros que te atormentan no mienten, hechicera de las bestias, no lo hacen…

La bynge sacudió la cabeza y, en un instante, Gianna se desvaneció en el aire, como si su existencia hubiera sido solo un suspiro.

—Quiero que vigiles a Nyliss. Últimamente permanece demasiado callada, como si escondiera algo. No confío en ella, y menos aun cuando le revele que fui yo quien ordenó atacar su reino.

—Ella está enferma, Éire. Deberías entrenar tu visión, porque estás equivocada —dijo la criatura.

Arrugué el ceño, confundida.

—¿Enferma? ¿Acaso tiene fiebre?

—No, no es una enfermedad común. Es su mente la que está enferma, y necesita ayuda.

Una enfermedad… mental. Había oído vagamente sobre ellas y sobre los métodos que boticarios y sanadores empleaban para tratarlas: pócimas, cataplasmas, sangrías, mutilaciones. Ninguna de esas supuestas curas funcionaba, y no permitiría que mi propia sangre sufriera tales tormentos.

Yo… ni siquiera sabía qué le ocurría. Tal vez debía hablarle, estar ahí para ella, buscar una solución juntas, aunque luego me rechazara al saber que había ordenado marchar sobre Helisea.

Asentí en dirección a la bynge y anudé las cintas de mi capa de piel alrededor del cuerpo, mientras algunos mechones rebeldes de mi cabello se soltaban de mi torpe recogido.

La criatura no dijo una palabra más. Su presencia llenaba la habitación de un hediondo aroma, y su eco hipnótico parecía nublar mis pensamientos. De pronto, se convirtió en bruma, en la niebla que danzaba sobre el mar, en los rayos de la luna creciente que iluminaban el cielo estrellado.

Salí por la puerta. Algunos guardias se apostaban en cada rincón, y varios hechiceros de ojos brillantes inspeccionaban cada recoveco de la mansión, decorada con piedras preciosas y excentricidades ostentosas. Los guerreros de la entrada abrieron paso sin preguntas, y salté los escalones con agilidad.

La calle principal de Sindorya estaba silenciosa. Supuse que era la hora, cerca de la medianoche, aunque durante todo el día había imperado el mismo silencio. La primera casa que visité era de tamaño mediano, construida en piedra, madera y paja, con suelos cuidados y muebles decentes. Allí vivía un hombre con su esposa y

numerosos hijos, quienes dormían en la planta superior; sus ronquidos, suaves, se colaban hasta mi oído.

El hombre me ofreció una taza de té, aunque el marfil temblaba en sus manos mientras vertía el líquido caliente. Tomé la bebida con gratitud y dejé que mi capa cayese tras de mí en el sillón ofrecido como asiento.

La mujer era mayor, calculé unos diez años más que él y veinte más que yo. Aun así, me dedicó una sonrisa tímida.

—Podéis sentaros. Ambos —aseguré, y ellos obedecieron sin demora. El hombre se situó junto a su esposa, un poco más cerca de mí, como si pudiera protegerla de cualquier peligro—. Vengo pacíficamente a entregaros algo que os arrebaté.

Un simple pensamiento bastó, y un kolbra se coló por la ventana con una cesta en su brazo escamoso. Los dueños de la casa no reaccionaron con alarma, aunque sus ojos brillaban con nerviosismo. Sonreí escuetamente al kolbra y, con un gesto, tomé la cesta tejida en juncos, mimbres y plantas, repleta de semillas, frutos, hortalizas frescas, trigo y cebada.

Deposité la cesta sobre la mesa y acaricié la cabeza del kolbra, que se recostó junto a mí y ronroneó suavemente. Pude ver cómo los hombros de los humanos se relajaban, especialmente cuando advirtieron los alimentos que contenía.

El hombre fue el primero en hablar tras aclararse la garganta:

—¿Esto es nuestro, mi señora?

—Por supuesto. No vengo a masacraros ni a derramar sangre inocente. Esto es un regalo de buena fe, para que alimentéis a vuestros hijos.

Tras esa casa, muchas otras la siguieron. Algunos parecían más recelosos, otros apoyaban mi causa en secreto y me compartían rumores de la capital. Algunos orgullosos rechazaron la cesta al principio, pero el hambre los obligó a aceptarla. Finalmente, solo quedó una casa, la última de Sindorya.

Era la más alejada, en el recodo de un camino hacia el bosque. Construida en adobe, juncos y madera, pequeña y redonda, casi del tamaño de la mesa de mi nuevo dormitorio. Su techo mostraba

cicatrices de antiguas guerras, con clavos oxidados y madera resquebrajada.

Toqué a la puerta varias veces y un hombre mayor la abrió. Parecía rondar los setenta, con arrugas profundas que endurecían su expresión, boca pequeña y fruncida, dientes podridos. Su piel mostraba una fina capa de suciedad y sus manos, callosas y marcadas por heridas recientes y antiguas, tenían cicatrices grotescas.

—¿Vas a volver a echarnos de nuestras casas, a humillarnos y a matar a nuestros guardias? —escupió, mirándome con furia—. Si es así, puedes irte con los dioses, hechicera.

No me amedrenté. Tenía un propósito y lo cumpliría, desagradable señor o no.

—Traigo comida. Creo que le hace falta —respondí, dejando que mis palabras fueran precisas y sin mostrar rastro de temor.

—¿Ja, comida? ¿Pretendes que ahora nos postremos ante ti por devolvernos las cosechas que tú quemaste? No somos perros con los que puedas jugar lanzándoles y arrebatándoles un hueso. Somos personas.

—Mi pueblo también son personas. ¿Pretende usted detener a Eris cuando dicte una ley que nos condene a la horca solo por existir?

El viejo solo resopló. Sus mejillas, manchadas de hollín, se hinchaban como dos pelotas bajo el ceño fruncido. Parecía dispuesto a continuar aquella absurda discusión, como si fuese factible considerarme un igual a quien contradecir, pero unos pasos ligeros hicieron crujir el suelo de la lúgubre casucha.

—Abuelo, ¿podemos tomar la comida de esa señora? Tengo… un poco de hambre —dijo un hilo de voz aniñado. Aquello sonó más a súplica que a declaración, como si buscara suavizar la ira del viejo, pues claramente su hambre era mayor que un simple "poco".

El hombre miró tras él, probablemente al muchacho, y tras una brusca exhalación, me abrió la puerta con una mirada airada.

Al entrar, comprendí que la casa era peor de lo que había imaginado. Telarañas colgaban del techo y moscas revoloteaban por la única sala. El mobiliario consistía en un viejo sofá de paja sucia y una pequeña cama de madera con mantas deshilachadas. Las

paredes parecían a punto de ceder con los tablones hinchados, corroídos y astillados daban la impresión de cadáveres putrefactos. La madera estaba podrida y un golpe podría dejar a aquella familia sin techo ante el frío y las tormentas del norte. No había chimenea, cubertería ni utensilios de cocina. Tampoco se percibía alimento alguno, ni siquiera una fruta mordisqueada. Nada.

El niño que había hablado no debía tener más de diez años. Llevaba un abrigo remendado con parches cosidos con hilo negro y unos pantalones demasiado grandes que seguramente habían sido de su abuelo. Su cabello era dorado, con reflejos rojizos como la luz del atardecer, y sus ojos esmeraldas brillaban con la fuerza de un diamante al ver la cesta en mis manos. El kolbra permaneció fuera de la casa, observando atento.

—¿Vos sois la nueva duquesa de Sindorya? —preguntó con inocencia, mientras su abuelo cerraba la puerta de un portazo tras de sí.

Me acerqué al niño sin titubear, esperando que el viejo interviniera, pero solo se quedó allí, observándome. Me arrodillé y apoyé la cesta sobre mis muslos.

—Por ahora sí, aunque pronto partiré a otro lugar y encontraré lo que será mi hogar —respondí, sonriéndole con suavidad.

Nunca me habían apasionado los niños, pero desde que mis crueles actos llegaron a oídos de todo Nargrave, ellos eran los únicos que no entendían con quién hablaban. Por eso me agradaban, me hacían sentir humana.

—¿Y por qué nos trae comida si no quiere agasajarnos como a su pueblo?

—¿Cómo sabes que eso no es lo que quiero?

El niño ladeó la cabeza, evaluando mis palabras y buscando la verdad entre ellas.

—No pareces una conquistadora. Pareces buena —susurró, pensativo.

No pude evitar sonreír más ampliamente, sintiendo aún la pesada mirada de su abuelo sobre mí. Sin necesidad de mirar, sabía que se había acercado a una vaina donde guardaba una espada. No la usaría sin motivo, estaba segura de ello. Solo si yo les atacaba.

—¿Quieres ver un truco de magia? —pregunté, elevando un poco mi mano.

—¿Puedo tomar una manzana mientras? —replicó él. Me reí suavemente y le ofrecí una manzana carmesí. La mordió con ansia, y su rostro se iluminó mientras continuaba observándome.

—Bien. Mira esto —murmuré, levantando la mano hasta quedar a un palmo de su rostro.

Mis dedos se movieron con delicadeza y un destello de colores cenicientos y azulados surgió de la fricción, vibrando desde mis nudillos hasta las yemas de mis dedos.

Los tonos se unieron formando trazos complejos en el aire, curvas y líneas inconclusas que poco a poco dieron forma a un cuerpo alargado y delicado. Mandalas y patrones únicos surgieron desde la punta de sus alas hasta sus antenas negras y brillantes. El batir de sus alas anunció su vida; los destellos se convirtieron en materia tangible y el insecto saltó de mi palma y salió volando por la ventana.

—¡Una mariposa! —exclamó el niño mientras aplaudía y corría hacia los brazos de su todavía enfurruñado abuelo. Aun así, al aceptar la cesta, su rostro parecía suavizado y resignado.

No tardé en regresar a la mansión. Audry me esperaba, preocupado, con los brazos cruzados, bajo la luz que reflejaban las amatistas colgantes del techo.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Evitando una rebelión —respondí con firmeza.

CAPÍTULO XXXVI

KEELAN

Había pasado la mañana y parte de la tarde reunido con el consejo. Después de todos los altercados de este año, apenas habíamos tenido tiempo de decidir quién sería el prometido con el que mi hermana contraería matrimonio. Lynette, sin embargo, lo tenía bastante claro, quería desposarse con un señor de Hork llamado Yeiven, un hombre que le triplicaba la edad. Además, contaba con una larga lista de amantes y pasaba sus días en casas de placer de mala reputación.

Según la princesa, Yeiven de Hork era sumamente apuesto, ingenioso y poseía un humor ácido que ella adoraba. No obstante, tras confesarme que habían considerado seriamente la posibilidad de un matrimonio, intenté explicarle, airado, por qué eso no era factible. Traté de hacerla entrar en razón, de convencerla de que nunca sería feliz con aquel hombre. Pese a mis esfuerzos, ella permaneció en sus trece y se encerró en su habitación, cerrándome la puerta en las narices.

—Bien, descartando al asaltacunas, ¿quiénes son los solteros de edad aproximada a la princesa que nos quedan? —pregunté, mirando a Skandar Eyfeir, quien había sido consejero de mi padre y pronto sería el mío, señor de la mayoría de las tierras desde el sureste hasta el suroeste de Zabia, desde Tierras de Fuego hasta Los Valles Fronterizos.

El anciano, de porte elegante y mirada severa, me observó meditabundo. Su cabello ya no era tan azabache como su chaqueta, pues las canas habían empezado a dominarlo, pero aquel hombre seguía mostrando una presencia austera y unas facciones imponentes. Aun así, era la persona de corazón más noble que había

conocido. Lo había dado todo por la corte, renunciando a esposa e hijos, dedicando su vida al servicio del rey desde joven.

—El hijo del rey Kiryan Visseyn cumplió quince años hace poco. Sería una unión poderosa, y la princesa podría ser reina de Draba. Dicen que es un muchacho amable, de corazón gentil, aunque no demasiado atractivo.

—Muchos afirman que Kyrian nombrará a su segundo hijo como heredero. Con apenas trece años ya ha destruido pequeñas bestias. Es bueno con las armas y fiero como su padre, no como el príncipe Llyr II, quien, dicen, es un ratón de biblioteca que se echa a llorar ante una voz demasiado alta —replicó Daeres, otro consejero, quien solía contradecir a Skandar en cada ocasión. Muchos decían que lo hacía por envidia, aunque yo apostaba más por demostrar su propio criterio.

Skandar se encogió de hombros.

—Vos mismo lo habéis dicho, el segundo hijo del rey de Draba es un joven sádico que solo causaría sufrimiento a la princesa. ¿Acaso quieres eso para la hermana de nuestro rey, Daeres?

—¿Qué insinúas? —exclamó Daeres, golpeando la mesa con fuerza, haciendo vibrar las copas llenas de vino.

—Deberíais callaros ambos —ordené—. Ninguno de esos dos príncipes es digno de la princesa de Zabia. No un niño cruel, ni alguien débil. Si voy a enviar a Lynette lejos, será con alguien de quien pueda enamorarse.

Fue entonces cuando el tesorero habló.

—El joven señor de Asolium tiene catorce años, y ya es jinete, lancero y escudero de su padre. Dicen que viaja continuamente por su reino, que es alegre, carismático y agraciado.

Daeres se carcajeó abiertamente del consejero.

—Qué casualidad que sea tu sobrino, Stival, de quien habláis tan bien.

Alcé la mano, acallándolo antes de que soltase algún comentario receloso. Miré a Stival con fijeza, y él sostuvo mi mirada con seguridad. Confiaba en este consejo y en sus familias; habían sido parte del de mi padre y del suyo antes de él.

—Bien, hablaré con mi hermana. Mandad una carta a Asolium y avisad al rey de que Lynette viajará pronto a sus tierras. Ella decidirá si es un buen candidato para compartir su vida.

—Aún hay otros asuntos que tratar, su alteza —intervino Skandar.

—No, no hay más. Ya he resuelto la mayoría de los problemas al amanecer. Miriela desconocía los tratos con los ladrones y piratas, así que el mercado apenas tenía mercancía y lo poco que quedaba se volvió increíblemente costoso. Los mercaderes recaudaban poco oro, pues la subida de precios hizo que casi nadie saliese por más que mendrugos de pan. —Tomé una bocanada de aire, sintiendo el cansancio calar en mi cuerpo. Tenía mucho sueño—. Sin embargo, ya he cerrado el trato con los piratas, los he exento de aranceles de nuestro puerto y han comenzado los trueques con los mercaderes, por lo que pronto el mercado recobrará su esplendor. Además, he descubierto por qué muchos ciudadanos se negaban a pagar impuestos y es porque Miriela había instaurado nuevas tasas a los templos para recuperar dinero, así como a los devotos de la tríada, y el pueblo se escandalizó al descubrir que rendir pleitesía les costaba exorbitantes sumas de oro. He regulado los impuestos y recaudado el diezmo anual; por tanto, sí, todo está resuelto.

Escuché a Daeres tragar con fuerza antes de reír estruendosamente y levantar su copa en mi dirección.

—¡Maravilloso! A veces me pregunto si realmente nos necesitas, Keelan —confesó, probablemente jubiloso por no tener que esforzarse más en cuestiones reales.

No pude evitar esbozar una sonrisa y recostarme contra el respaldo de mi silla, frotando mis párpados. Las puntas sudorosas de mi cabello, negro como turmalina, caían por mi frente y casi entorpecían mi vista mientras estiraba el cuello y relajaba los músculos de la espalda.

—No digáis eso, Daeres. No podría prescindir de vosotros.

—Eso espero —admitió.

Me levanté, arrastrando la silla hacia atrás y permitiendo que los consejeros se retiraran sin más protocolo. Skandar se despidió escuetamente y Stival me dedicó un pequeño y respetuoso asentimiento.

De Daeres mejor ni hablar, pues siempre se detenía a abrazarme cálidamente como si fuera su amigo más cercano o un familiar que hacía años no veía.

Finalmente, se marcharon.

Tomé el gran papel doblado que la doncella había dejado en mi mesa aquella mañana. Al rozar la superficie prensada, sentí un brusco aguijonazo en el dedo índice: aquella hoja estaba hechizada con magia manipuladora.

Mojé una pluma cercana con tinta. Observando el oro que la adornaba y la punta de plata y bronce, recordé que era la misma que Symond utilizaba para firmar la mayoría de los decretos y cartas reales. Esa era la pluma del rey y, si éramos estrictos, yo aún no lo era.

No me habían coronado, así que no la tomé más que por respeto a su memoria.

En su lugar, tomé otra pluma que estaba cerca de la entrada a la sala del consejo. Antes, había estado tras estas mismas puertas de madera oscura, aguardando el día en que Symond me permitiera entrar. No pude esperar mucho; poco después atacaron Zabia y tuve que partir hacia el norte. Apenas habían transcurrido unos meses desde aquel evento, pero se sentían como una eternidad.

Mientras me sentaba en aquel asiento que antaño perteneció al rey, no supe cómo sentirme. Nunca hubiera imaginado llegar hasta aquí. No cuando era un mercenario, ni siquiera en mi infancia, cuando mis sueños más ambiciosos se centraban en ganar torneos y justas para convertirme en un guerrero reconocido, mientras mi padre llenaba sus bolsillos apostando por mí.

Si pensaba en mi familia en ese momento, sabía que mi padre no disfrutaría este futuro para mí. Siempre había mostrado un odio visceral hacia la aristocracia, insultándola sin pudor y fantaseando con que los monstruos surgieran de los bosques para saciarse con príncipes y princesas. Mi madre, en cambio, estaría feliz sabiendo que yo lo estaba. Le cedería unas tierras para que cultivara, y pasaría su vejez allí, entre jardines, tés y reuniones familiares.

Y Ellie… Ellie estaría orgullosa. Siempre había querido devorar el mundo, aunque la falta de educación y sus dificultades con la dicción

habían obstaculizado su camino. Yo, por otro lado, siempre había sido más conformista, pensando que viviría el resto de mis días haciendo lo único que sabía: matar monstruos.

Pero ahora estaba sentado en esta silla gracias a un dragón que me había mostrado todos los túneles subterráneos del reino, y sorprendentemente no había acabado con su vida. Mi hermana se sorprendería, al principio escandalizada, pero luego comprendería la nobleza en la mirada de aquel ser y se daría cuenta de que no todos eran iguales. Así como yo había aprendido con mis propias manos.

Elizabeth no merecía la muerte ni los sucesos que la precedieron, pero en mi memoria solo guardaría a aquella joven resplandeciente y risueña. Era más que un suceso, más que un final. Ella no había podido devorar el mundo; yo lo haría en su lugar.

Sacudí la cabeza y aparté los pensamientos nostálgicos. Mojé la punta de la nueva pluma y comencé a escribir:

¿Cómo estás?

Poco después llegó la respuesta de Éire.

Agotada, pero sexy como siempre.

Estamos igual, entonces.

Ja, ja. No finjas que te diviertes conmigo.

¿No lo hago?

Oh, Keelan, por favor. Tampoco utilices la ironía conmigo.

¿Qué harías tú en mi lugar?

Sería peor.

No pude evitar sonreír. Antes de poder escribir de nuevo, un nuevo mensaje llegó.

Quizá esta es una estúpida pregunta, pero últimamente he notado que… no me tratas igual. No como antes. ¿Me equivoco?

Durante un instante, aquello me tomó por sorpresa. La forma repentina en que lo dijo revelaba que había estado pensando en ello y simplemente decidió expresarlo de golpe; y la manera en que lo escribió confirmaba que hablaba con sinceridad. Le preocupaba que yo no la tratase como antes, por lo que respondí con honestidad. Al fin y al cabo, lo mínimo que podías dar a alguien era sinceridad.

Porque te extraño.

¿Extrañarme? Sigo aquí.

No, no lo haces.

No digas eso.

Tragué saliva. En el fondo, ambos sabíamos que era cierto. Estaba corrompida por ese espíritu y por la magia que albergaba en su cuerpo. Éire misma había admitido que esa magia estaba afectando su apariencia, pero mantenía mi promesa de encontrar la manera de detenerla. De ayudarla.

Aun así, me centré en lo esencial de nuestra conversación, aquello que rondaba mi mente desde que nos habíamos separado:

¿Cómo estás realmente, Éire?

Pasaron varios minutos hasta que recibí su respuesta. No esperaba más que un comentario irónico, pero lo que leí me sorprendió.

Sinceramente, últimamente me siento como… si en parte no estuviese aquí. Me siento vacía, solo siguiendo un propósito que, cuando termine, me dejará impotente. Me gustaría tener… una etapa de mi vida a la que desear volver, pero en todas trataba de sobrevivir; incluso cuando creía estar en paz conmigo misma. Hay algo en mí, a mi alrededor, que no me permite ser feliz.

En parte eres tú quien se autodestruye. Lo sabes, ¿verdad?

¿Y cómo puedo detener eso? ¿Cómo reconciliarme con quien me ha hundido tanto como mi madre?

No está mal sentirse mal, Éire. Date tiempo. Has sufrido mucho; estás herida, y una herida solo sana con el tiempo. Y con esfuerzo personal, por supuesto. Deja de culparte, eras una niña, y reconcíliate contigo misma.

Bueno, sí, parece lógico, pero mucho más difícil de cumplir. Eres el mejor dando consejos, aunque… yo soy mejor en la cama. No quería decirlo, pero…

Éire, deja de usar el humor para afrontar tu dolor. No cambies de tema.

Tengo que irme, sé que me extrañarás. Adióóós.

Durante un segundo dudé en continuar la conversación, volver a mis asuntos y conformarme con lo que había obtenido. Pero no podía irme sin confesarle lo que sentía. Aunque ya no estuviéramos comprometidos, ella siempre sería mi compañera y amiga. Merecía la verdad.

Te echo de menos.

Yo a ti también, hijo de Symond.

CAPÍTULO XXXVII

NYLISS

Urien gimió, clavando las yemas de sus dedos en mis caderas con fuerza. Sus uñas rotas y sucias arañaron mi piel bronceada, dejando heridas superficiales que durarían un par de días.

Apreté las sábanas con fuerza y separé aún más mis piernas para luego arquear la espalda. Cada embestida dolía más que la anterior, y no de la manera placentera que se acumula en el vientre hasta estallar en destellos de fuego, sino de un dolor que erizaba el vello de mi nuca y me obligaba a contener el aliento. Sabía que esto no estaba bien, pero no lo detuve cuando gruñó por última vez y sentí la sensación cálida y húmeda estallar en mi interior.

Tragué saliva con fuerza, soportando su último embate, y poco después aquel guerrero cayó sobre mi espalda. Sudoroso, aún temblaba hasta la última hebra de su cabello. Rodó hacia un lado y se estiró sobre el colchón sin siquiera mirarme de nuevo. Aun así, parecía satisfecho, y cuando finalmente reparó en mí, sus ojos brillaron con complacencia.

—Eres preciosa, Nylass —susurró, con un hilo de voz cargado de deseo.

Aclaré la garganta, avergonzada, antes de corregirlo:

—Soy Nyliss, en realidad.

Yo conocía su nombre. Normalmente, entablaba alguna conversación con los hombres con los que me acostaba, pero él parecía no recordarlo.

—Claro —dijo, como si su error no tuviera importancia—. Bueno, deberíamos vestirnos. Ni siquiera sé de quién es esta habitación.

Se rió estruendosamente, como si aquello fuese un chiste magistral, y palmeó mi hombro mientras se estiraba sobre el

colchón. Me levanté, desenrollándome de las sábanas alabastrinas para dirigirme hacia la ropa que había quedado dispersa por la habitación.

Tragué saliva con dureza mientras Urien me prodigaba alabanzas sobre mi cuerpo desnudo, y no pude evitar sentirme traicionada. La imagen que me había formado de él tras nuestras palabras compartidas no coincidía con la realidad. Este hombre no era más que un insensato que me veía como un objeto para su excitación.

Pensé en pedirle ayuda para anudar mi corsé, pero mi sonrisa se desvaneció al recordar que lo había destrozado mientras nos desvestíamos. Preferí no comentar nada y me deslicé en el vestido verdinegro que había elegido para esa noche.

Celebrábamos la conquista, y no escatimé en polvos, miel y ligeros toques en mis mejillas. También había ayudado a Cala a realzar su rostro con maquillaje, aunque ella prefirió quedarse con Cade en algún rincón de la mansión. Yo, por mi parte, me moví de un grupo a otro, intentando conocer a personas nuevas.

Y, como siempre, la noche me llevó de vuelta a Urien. Un hombre que me doblaba en edad, de facciones marcadas y sombrías por una barba que cubría su mentón, curtido por entrenamientos duros que habían moldeado su musculatura. Su boca no había cesado de prodigarme halagos, y me avergonzaba admitir que unos cuantos cumplidos bastaban para hacerme caer ante cualquier idiota. Sinceramente, estaba acostumbrada a ello.

—Nyliss, debes seguir intentándolo —espetó mi padre, derribándome nuevamente con su espada sobre la arena. No llegaba a cortarme, pero ya había caído suficientes veces.

—Papá, estoy cansada.

—Con el cansancio no se alcanza la perfección, hija. Sigue hasta ser la mejor.

Nunca fui perfecta para él, ni lo sería. Había viajado hasta aquí para detener a mi prima y conseguir su ayuda, y ¿qué había logrado? Fracaso.

Sin darme cuenta, mi mano se cerró con fuerza sobre el picaporte. Escuché los dedos de Urien rozar la puerta detrás de mí, pero era demasiado tarde, él ya había girado el picaporte una vez.

Detente, Nyliss, me dije.

De pronto, la fina capa de sudor que cubría mi piel se enfrió. El mundo se detuvo, y los murmullos a mi alrededor desaparecieron. Todo se volvió un silencio absoluto, aunque dentro de mi mente todo se transformó en una vorágine caótica y ensordecedora.

Mis dedos se apretaron con más fuerza en torno al picaporte. El ardor subió hasta las puntas de mis dedos, un nudo se formó desde el pecho hasta la garganta, y sentí que el aire se negaba a entrar. No podía… respirar.

No muevas el picaporte, Nyliss. Aguanta.

No quería que él lo viera. No quería que se riera de mí. Solo deseaba ser una persona normal, pasar una noche con un hombre —idiota, sí, pero hombre— y salir de la habitación con tranquilidad.

La presión en mi pecho era insoportable; mi mente dejó de funcionar de manera racional. Solo necesitaba mover aquel picaporte dos veces más. ¿Lo había hecho ya? ¿Había abierto la puerta? Quizá no. Quizá aún estaba cerrada.

Lo has hecho, Nyliss. Sal y vete de esta habitación, me repetí.

Me lo repetí tantas veces que las palabras quedaron grabadas en mi mente, tantas veces que las pronuncié con los labios, que ni siquiera noté cuándo comencé a hiperventilar. Pero lo logré. Comencé a respirar con fuerza, casi hasta marearme. El mundo volvió a su ritmo, aunque de forma brusca, zarandeándome con violencia.

Moví el picaporte dos veces más.

—¿Qué mierda haces? —Urien inquirió, frunciendo el ceño.

Me aparté para dejarle pasar y él me lanzó una mirada escrutadora. Esperé que se marchara sin comentar nada, pero sacudió la cabeza y me dedicó una mueca desdeñosa.

Respiré hondo y sentí la agria sensación de la vergüenza recorrerme las venas, caliente bajo mi piel y mis músculos.

—Ha sido un placer estar contigo, Uriel. Me encantaría volver a verte —me despedí, con una sonrisa suave que tuve que forzar con cada ápice de voluntad.

—Es Urien —me corrigió mientras me veía sobre el hombro, molesto.

—Ah, eso.

Ni siquiera esperé para cerrar la puerta sin miramientos.

—¿Qué mierda estás haciendo, Nyliss?

—Papá… no estaba haciendo nada, solo comprobaba que la puerta estuviese cerrada.

—¿Y para eso tienes que cerrarla cuarenta y tres veces? Llevas haciéndolo varios días, y la gente que te ve comienza a hablar. —Mi padre sacudió la cabeza, visiblemente decepcionado—. Vas a perder tu puesto en la guardia.

—¿Qué? No… simplemente… —Suspiré—. No te enfades conmigo.

Pero lo hizo. Lo hacía cada vez que me veía repetir acciones sin motivo aparente. Me gritaba, me acusaba de locura, y su mirada cada vez se volvía más apagada. Mi madre apenas hablaba del tema, pero la escuchaba considerar la oferta de un supuesto sanador mental, quien aseguraba que podía curarme a cambio de mutilarme: una extremidad por mi supuesta paz.

Según él, era la única forma de curarme, incluso con magia, y que el bosque permitiera mi recuperación. Justo ese día fue cuando decidí marcharme de casa y seguir a Éire.

Sabía que mi situación podía ser peor. Había casos donde los hijos eran abandonados, golpeados y abusados. Mis padres no eran los peores que los dioses me podrían haber otorgado, pero eso no significaba que fueran buenos.

Sabía que estaba enferma, pero no debían hacerme sentir como si todo fuera mi culpa, como si pudiera detenerlo con facilidad. Llegó un momento en que soportar sus miradas decepcionadas se volvió imposible, así que huí. Partí confirmándole a mi padre lo que probablemente ya intuía, que era un fracaso y que nunca sería la mejor.

Sollocé inevitablemente y me deslicé por la madera de la puerta ahora cerrada. Quería encerrarme allí para siempre, esconderme en un rincón donde nadie pudiera mirarme así.

En ese instante, alguien llamó a la puerta. Fue un solo golpe, seguido de una voz que dijo:

—Ábreme, Nyliss.

Era Éire.

—Ahora mismo no puedo —le respondí, limpiando las lágrimas que humedecían mis mejillas.

—Claro que puedes. —No hizo falta que le respondiera y Éire ya había abierto la puerta. Me puse de pie a trompicones, pero no fui lo suficientemente rápida como para ocultar que había estado en el suelo.

Mis mejillas enrojecidas y mis ojos vidriosos me delataban por completo.

Mi prima intentó avanzar, pero levanté la mano por inercia. Una barrera invisible surgió entre nosotras, deteniéndola a pocos pasos. Éire se tambaleó por sorpresa, pero con un simple gesto deshizo mi hechizo y se mantuvo firme. La magia defensiva apenas servía para mantener a raya a los enemigos, y contra Éire era inútil, una carta que no valía la pena jugar.

Cruzó los brazos sobre el pecho y su mirada se oscureció un instante, aunque pronto suavizó su semblante.

—Si no quieres que me acerque, está bien. No necesito barreras mágicas para entenderlo.

—Fue un reflejo —respondí—. No hubiese ocurrido si hubieras respetado mis palabras. No quería que entraras, Éire.

—Pues he entrado. —Se encogió de hombros—. Así que tendrás que soportarme o intentar echarme. Como sabemos que la segunda opción es absurda, solo queda soportarme. Obviamente, puedes contarme qué te pasa mientras decides.

Bufé y me senté al borde de la cama. Las sábanas estaban revueltas y el cubrecama se había enrollado en uno de los postes del colchón.

Éire arqueó las cejas, captando rápidamente las señales.

—¿Tan malo fue en la cama?

—No es eso —afirmé—. Un poco sí, pero no es la razón por la que estoy así.

Mi prima asintió, pero permaneció donde estaba, sin sentarse junto a mí. Al observarla detenidamente, no pude evitar fijarme en su vestimenta.

Un vestido entallado abrazaba su figura, negro como el hollín, con un tenue brillo fantasmal que surcaba la tela. Diminutos destellos se

repartían por el vestido, transformando la prenda en un cielo estrellado, como si pequeñas piedras preciosas danzaran en la oscuridad.

Su pierna izquierda quedaba casi descubierta, mostrando la piel desde la cadera hasta que la tela caía al suelo como una cascada de seda negra. El escote se ceñía al pecho, atrapando la mitad de sus pechos con firmeza. Su cabello, más oscuro bajo la escasa luz, caía sobre sus hombros en remolinos que llegaban hasta la espalda baja. Sus ojos, delineados con precisión, resaltaban sus facciones felinas, y sus labios, pintados con carmín, se curvaron en una pequeña sonrisa.

—Dime, Nyliss. ¿Qué te ocurre?

No supe cómo responder de inmediato. Quizá fue su expresión calculadamente amable, o su sonrisa dulce, lo que me hizo sentir remordimiento. Abrí la boca y, sin poder contenerlo, confesé.

—Lo que te dije no fue más que una mentira. No encontré tu daga por casualidad, te seguí. Pensé que si te detenía, recuperaría mi puesto en la guardia. Pero entonces te vi tan feliz, vi todo lo que habías logrado, y sentí tanta envidia que decidí seguirte desde las sombras. Quería entender qué te hacía tan especial, qué te diferenciaba de… mí. Pero nunca me acerqué porque en el fondo siempre supe que no podría derrotarte.

—Lo sé, Nyliss.

—¿Lo sabes? ¿Cómo podrías saberlo? Nadie lo sabe más que… yo.

Éire respiró hondo y avanzó apenas unos pasos hacia mí.

—Eso ahora no importa. Importas tú —dijo—. Sé de tu enfermedad, Nyliss, y voy a ayudarte a superarla… con una condición.

Fruncí el ceño, desconcertada, pero bajo su mirada fija asentí.

—Debes prometerme no rendirte y no recurrir a la magia. He investigado tu problema, y las enfermedades internas no desaparecen de la noche a la mañana. Son profundas y distintas para cada persona; la magia no puede alcanzarlas. Aun así, hay esperanza. Existen métodos que pueden ayudarte con tus impulsos…

Ni siquiera dejé que terminara. Me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza, sin poder contener las lágrimas que caían sin cesar. Esta

vez, no eran solo de tristeza, sino de gratitud.

—Gracias.

—De nada —respondió, vacilante, como si quisiera añadir algo más. Pero preferí atribuirlo a mi imaginación.

Éire no me ocultaría nada, ¿verdad?

CAPÍTULO XXXVIII

ÉIRE

—¡Por la hechicera de las bestias! —exclamó uno de los hechiceros, de piel cenicienta y mirada reluciente.

Levantó su jarra de cerveza, y el centenar de personas reunidas en el comedor le siguieron con vítores. El ñacú a mi lado gruñó por lo bajo, secundando los gritos de los hechiceros.

Observé cómo las sombras de los quepaks se aclaraban brevemente cada vez que chocaba mi vaso de agua de tormenta contra el de Haakon. Los kolbras también levantaron sus vasos, que apenas podían sostener entre sus manos escamosas, y bebieron todo el licor de golpe. No pude evitar carcajearme mientras los veía embadurnarse el rostro con vino y licor, su vuelo cada vez más torpe y errático.

Algunos humanos sindortyanos también estaban presentes. Al principio, titubeaban antes de levantar la mirada; muchos permanecían sentados en silencio, mientras unos pocos bailaban con hechiceros, acercándose poco a poco a las criaturas razha. Traerlos aquí no había sido más que una estrategia: mostrar que no éramos malignos, que ningún ser mágico era un monstruo y que podíamos vivir como una sociedad unida.

—Mi señora, me gustaría salir a patrullar —dijo Haakon. Alcé una ceja, observándolo con cierta curiosidad—. También buscaré al comandante. Tengo asuntos importantes que resolver.

—¿Qué asuntos son esos, si puede saberse?

—No me gustaría entretener al comandante con trivialidades, por eso pido su permiso.

—No tienes por qué. Si Audry quiere, puedes pasar el tiempo que desees con él, siempre que no me cause perjuicio.

Asintió, su expresión inexpresiva y postura recta no revelaban nada; sin embargo, pude percibir la satisfacción que le produjo mi respuesta.

—Puedes marcharte, Haakon. He venido a relevarte —dijo una voz a mi lado, interrumpiendo mis pensamientos. No pude evitar humedecer mi labio inferior mientras observaba a Brunilda.

Esta noche su cabello caía libre, poco más allá de los hombros, con vetas rubias, doradas y blanquecinas. Sus ojos relucieron violáceos al notar mi mirada, que descendía desde su cabello liso hasta el sencillo vestido color bronce de muselina. Su figura era regia, con hombros anchos, brazos firmes que cualquier hombre podría envidiar y piernas que no me negaría a tocar. Si ella me lo permitiera, claro.

—No debería beber ni comer nada hasta que alguien lo pruebe antes que usted, su majestad. Podrían atentar contra vuestra vida.

Tragué saliva, dándome cuenta de que Haakon se había marchado silenciosamente, dejándome a solas con Brunilda. Técnicamente, todo un centenar de personas estaba alrededor, pero la sensación de intimidad era innegable.

—Si alguien quiere atentar contra mi vida, que lo intente —respondí con firmeza, tomando un largo trago de agua de tormenta. Observé cómo Brunilda inspeccionaba la sala, buscando posibles amenazas—. Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿verdad? Toda una legión de monstruos está aquí, y un ejército espera fuera. Sería imposible que alguien no deseado alcanzara siquiera Sindorya.

Se giró hacia mí y, con decisión, dijo:

—Vos misma lo ordenasteis, así que acato la orden que nos diste. Si quieres que pare, pararé.

—Brunilda, por más que me agrade tu obediencia, no es este el contexto que me apasiona. Eres parte de mi guardia personal, aún sin oficializarse, pero lo eres. Podemos tratarnos de manera más impersonal.

—No lo entiendo —murmuró, aunque el descenso de su voz reveló que sí comprendía.

—Llámame Éire.

—Pero…

—Si quieres, hazlo —mantuve.

—De acuerdo, Éire.

Asentí, satisfecha, y esbocé una ligera sonrisa, manteniendo la mirada fija en ella. Estaba completamente girada hacia mí, y no pude evitar fijarme en sus labios ligeramente enrojecidos.

Ella mordisqueó el labio inferior, y tragué saliva con dificultad.

—¿Quieres que vayamos a mi habitación?

Al principio se mostró sorprendida, pero segundos después asintió lentamente.

—Por favor.

Desaparecimos entre la multitud sin que nadie interviniera. Subimos las escaleras, y pronto llegamos a la puerta de mi habitación. Pude notar cómo Brunilda intentaba controlar el temblor de anticipación que recorría su cuerpo.

El guardia de la puerta se apartó sin replicar y, una vez cerrada tras nosotros, Brunilda quedó pegada a la madera. La observé de arriba a abajo, y mi mirada descubrió todo lo que mis manos aún no habían tocado. Ella no se movió, así que fui yo quien se adelantó, besando sus labios con decisión.

Ella respondió sin titubear, tanteando mi cintura con deseo. Sus manos se deslizaron por el escote de mi vestido y recorrieron mi cuerpo sin restricción. No pude resistirme a atrapar su labio inferior entre mis dientes, jugando con su lengua mientras nos fundíamos en un beso intenso.

Mis dedos, incapaces de acercarla lo suficiente, no se detuvieron cuando dejé caer los tirantes de su vestido y se quedó desnuda frente a mí. No la observé; estaba demasiado concentrada en escuchar sus gemidos mientras presionaba mis labios contra su cuello. Mi lengua recorrió desde su clavícula hasta la curvatura de su hombro, y pronto atrapé uno de sus pezones entre mis labios. No lo succioné ni lo mordí; primero, mis manos acariciaron su piel con cuidado, llevando su sensibilidad al límite, para luego, con la lengua, recorrerla suavemente, provocando un estremecimiento que cruzaba su cuerpo.

No tardé mucho en detenerme; lo hice cuando ella me lo pidió, ansiosa por volver a encontrarse con mis labios. Sus manos

descendieron hasta mi vientre bajo, y con el dedo corazón comenzó a acariciarme. Al principio, solo intentaba mantenerme al borde, evitando tocar lo que deseaba con precisión; hasta que finalmente presionó la zona hinchada por el placer y provocó que jadease contra su boca.

Sentía su cálido aliento sobre mis dientes, luego el roce en mi mandíbula mientras comenzaba a besarme, y finalmente en el lóbulo de mi oreja. Un soplido cálido escapó entre sus labios, directo a aquella zona sensible, y tuve que contener un leve grito de sorpresa.

—Espérame en la cama —dije contra sus labios, consciente del fuego intenso que me recorría.

—¿Qué…?

—Hazlo.

Ella obedeció, dándose la vuelta para dirigirse hacia la enorme cama con dosel. Yo tardé poco en abrir de nuevo la puerta, encontrándome con el guardia que minutos antes me había sorprendido en la misma posición, aunque esta vez con una evidente hinchazón en sus pantalones de cuero.

Él apartó la mirada y abrió la boca, probablemente para disculparse; sin embargo, no le permití hablar.

—¿Quieres que te ayude con eso?

El hombre levantó la mirada de inmediato. En lugar de cuestionar mis palabras, asintió con firmeza y vaciló.

—S-sí, por supuesto, mi señora.

Le tendí la mano, y él la tomó. Cerré la puerta de un portazo y me giré para encontrar la mirada confusa de Brunilda. Como esperaba, asintió ligeramente, aceptando en silencio que aquel hombre permaneciera con nosotras para intensificar la experiencia.

El guardia no tardó en desvestirse bajo mi mirada, dejando a un lado sus armas, vainas, cinturones y capa, hasta quedar completamente desnudo frente a mí.

Sonreí suavemente y tomé su barbilla entre mis dedos. Era tan alto como yo, lo que no representaba dificultad alguna, a diferencia de la hechicera persuasiva, que me superaba por un palmo. No tardé en besar sus labios finos y recorrer sus hombros sin restricción.

Él, sin embargo, fue más cauteloso. Con un dedo surcó mi mentón y acarició mi rostro mientras continuábamos el beso. Brunilda permanecía a un costado de la cama, boca arriba, disfrutando de su propia experiencia; podía verla, su rostro marcado por el placer, sus ojos entrecerrados, su cabello húmedo y sus labios ligeramente lastimados por los mordiscos.

Seguí explorando con mis manos mientras recorría su erección con delicadeza, saboreando su lengua y disfrutando de sus gemidos. Cuando percibí que su excitación había alcanzado un punto óptimo, fijé mi atención en la daga que había dejado caer anteriormente y la acerqué hacia mí con los tentáculos de la niebla. La sensación húmeda, antes intensa, se había vuelto cada vez más tenue, casi imperceptible; el dolor desaparecía, dejando solo una ligera sensación pegajosa en mi piel, un flujo acuoso que recorría mis venas.

Entonces, clavé la daga en la zona que había trabajado con cuidado. Mientras el último gemido del hombre se convertía en un sonido de agonía, deslicé el arma desde su torso hasta el suelo, marcando el final de aquella presencia.

Una persona humana quizá no habría tenido la fuerza, pero yo sí.

Permití que el cuerpo yaciese a mis pies y dejé que la daga sanguinolenta cayera al suelo marmóreo de la habitación, mientras Brunilda observaba aquel cadáver, erguida y en silencio. Cualquier persona podría haber pensado que se horrorizaría, pero solo parecía expectante, aguardando alguna explicación.

—Era un espía, uno de los guardias que se quedaron para proteger Sindorya. Lo había sospechado, pero necesitaba estar más cerca de él —razoné en voz baja, para mí misma.

Ni siquiera le dediqué una última mirada a aquel traidor mientras su cuerpo se desvanecía en densa niebla que regresaría al bosque; consumido por nubes de tizne y hollín que flotaban como algodón. Su mirada congelada, que oscilaba entre el placer, la sorpresa y el dolor, perduró hasta que desapareció bajo las hebras azabache.

Me acerqué lentamente a la guerrera, y fue ella quien, arrodillada sobre el colchón, se aproximó con delicadeza a mis labios. Asintió

apenas una vez, pero yo esperé una palabra, un gesto dubitativo; sin embargo, solo pronunció una orden.

—Bésame.

Se abalanzó sobre mí, y no lo cuestioné. Me incliné y correspondí sus labios con fiereza.

Lentamente, la empujé hacia atrás, y cuando quedó recostada frente a mí, me dediqué a colmar de besos sus rodillas, la parte posterior de ellas, sus muslos, caderas y cintura. Con cuidado, llevé la punta de mi lengua hasta su humedad, recorriendo aquel camino con paciencia mientras sentía cómo su cuerpo vibraba bajo el sonido de sus ruegos.

No pasó mucho tiempo antes de explorar por completo aquella zona; succioné aquel punto pleno de deseo y la satisfice con un solo dedo en su interior. Sin embargo, lo más importante se encontraba fuera, y fue allí donde más tiempo dediqué, disfrutando de cada reacción de su cuerpo.

Pronto, fue zarandeada por una ola de placer que la sacudió por completo, y yo sujeté sus firmes piernas mientras arqueaba su espalda. Esperé a que recuperara el aliento y limpié la fina capa de sudor que cubría su pecho con mi lengua, aún húmeda de su esencia.

Poco después me coloqué sobre ella, y nos convertimos en una maraña de besos prolongados y cuerpos entrelazados, buscando la postura adecuada. Me aferré a su rodilla mientras sentía cómo me rozaba con el centro de sus muslos, y gemí con fuerza al notar que conseguía posicionarme justo donde deseaba.

Brunilda separó aún más sus piernas, desesperada, y cuando comencé a moverme, tuvo que cubrirse la boca para no gritar.

CAPÍTULO XXXIX

ÉIRE

—¿Y las criaturas razha no te aterrorizan? —preguntó Brunilda.

Estaba recostada a mi lado, mientras la oscuridad de la noche se colaba en la habitación y solo las antorchas que rodeaban la mansión iluminaban tenuemente el lugar. Su largo cabello pálido caía sobre la almohada como hilo de alabastro, y las sábanas cubrían su cuerpo desnudo mientras apoyaba su codo sobre la almohada y sostenía su barbilla con la palma de su mano. Sus grandes ojos fijos me miraban con una intensidad capaz de hacerme sonrojar.

—Ellos nunca serán terroríficos para mí. Son mis amigos. Mi familia. Quienes me hicieron sentir como parte de algo, quienes me hicieron sentir que, como cualquier otro, podía ser admirada —respondí.

Ella asintió lentamente.

—Siempre he escuchado en las ciudades que los habitantes de Güíjar somos asesinos sin piedad, seres oscuros y despiadados; nada más que monstruos. Sin embargo, los guerreros de Güíjar fueron quienes me rescataron. —Su mirada se tornó un púrpura profundo que se mezclaba con un violeta suave—. No sé mucho sobre mis raíces, pero mientras fui creciendo recopilé suficiente información para entender mi historia. Mis padres debieron venderme a un señor como esclava, ya que fue un noble del que me salvaron mis compañeros. Él me llevaba en una jaula como si no fuese más que un animal. Era un bebé, Éire, y si los guerreros Sin Apellido no me hubiesen encontrado… no sé qué habría sido de mí. Así que te entiendo. Entiendo ese sentimiento.

Tragué saliva. No conocía la historia de Brunilda. De hecho, nunca se la había preguntado, pese a que era una de mis guerreras más

cercanas. Ahora que lo sabía, muchas cosas cobraban sentido.

Siempre había percibido en su mirada un brillo revolucionario, feroz, expectante ante un cambio. En cierto modo, me recordaba a Asha, la mujer que deseaba acabar con el mundo para crear uno nuevo, uno mejor.

Y cada vez que Brunilda fijaba sus ojos en mí, sentía que en el fondo de su mirada anhelaba arrodillarse y recitar el juramento que la ataría a mi guardia hasta la muerte. En ella veía una lealtad incuestionable, prácticamente irracional si considerábamos que apenas me conocía.

—¿Crees que seré una buena líder? —pregunté de repente.

Las comisuras de Brunilda se estiraron en una pequeña sonrisa.

—Escapaste de la prisión aheriana siendo una traidora y, aun así, conseguiste que la reina te otorgara un título. No eras más que la hija de alguien poderoso, pero te has ganado el respeto de todo Nargrave. Nadie te conocía, Éire Güillemort, y ahora todos saben quién es la hechicera de las bestias. Te he observado durante todo este tiempo y puedo asegurarte que no cualquiera sería capaz de hacer lo que tú harías por tu pueblo.

Aquello era terriblemente cierto. Había soñado durante años con un héroe de rostro enmascarado que viniera a mi castillo a rescatarme, fuese una persona real o la mismísima muerte vestida con su luto eterno. Fuese un asesino o un príncipe, yo solo quería a alguien que me llevase lejos, con quien sentirme protegida. Alguien con quien encontrar un hogar como debería haber sido mi casa.

Eso nunca ocurrió. Tuve que marcharme por mi cuenta y ser yo misma quien me protegiera. Decidí convertirme en la heroína que me rescató.

Ahora me encargaría de que nadie tuviese que esperar a ser salvado de sus propios progenitores. No por haber nacido con una magia que sus "padres" no sabían controlar.

Entonces, entre el meditabundo silencio que caía sobre nosotras como una gruesa tela, sentí un aguijón clavarse justo en la marca de mi cuello. No lo había tocado, en realidad nadie lo había hecho, pero algo presionaba mi cicatriz con fuerza. No era el tacto humano de un dedo, ni la presión furibunda de la magia; era más bien una

sensación que se alojaba bajo mi piel, como si fuesen nervios inquietos.

Pronto, la habitación comenzó a mecerse al ritmo de un viento invisible. Los muebles se tornaron formas borrosas y los colores se transformaron en vorágines que mezclaban todas las tonalidades. El marrón se volvió azabache, el azabache adquirió un tono plomizo; el carmesí rosado, el cabello de Brunilda, antes como alabastro, ahora parecía cuarzo ahumado. Mi piel se cubrió de un cosquilleo que oscilaba entre lo placentero y lo doloroso; mis ojos se aguaron como si hubiesen sido pellizcados, y cerré los párpados en un reflejo instintivo.

Nada sirvió y la sensación abrumadora continuó apoderándose de mi cuerpo hasta que, de pronto, cesó. Se detuvo como si nunca hubiese estado ahí: abruptamente.

Cuando abrí los ojos, no estaba en mi habitación.

—Si te soy sincera, no sabía con certeza si responderías mis cartas —dijo una voz femenina, pero no me hablaba a mí, sino a la mujer que recogía sus bucles oscuros sobre los hombros. De hecho, esa mujer era… ¿Evelyn?

Parpadeé varias veces, observando a la reina aheriana y a la mujer de porte regio que le daba la espalda, y esperé algún tipo de reacción ante mi repentina aparición; sin embargo, todos actuaron como si no estuviese allí. Podía haber escuchado conversaciones ajenas cuando no debía e incluso acertar en algunas ocasiones sobre mis intuiciones, pero esto… no había sucedido jamás.

—¿Por qué no lo haría? Ambas tenemos enemigos en común, y la amistad no es sinónimo de alianza —repuso Evelyn.

La mujer que miraba distraídamente por la ventana de espaldas a su escritorio de arce me resultaba genuinamente familiar. Sus uñas estaban perfectamente limadas y pintadas, pese a que su piel no era tersa ni sus atuendos llamativos; un porte altivo y seguro de sí misma que crispaba como un gato amenazante. Sabía que era Eris sin necesidad de verla por completo.

—Éire era tu amiga.

—El pasado es vital en esa frase que acabas de pronunciar, su majestad —dijo Eris con una risa baja.

—¿Y por qué ya no lo es, Evelyn? —No me pasó desapercibido cómo trataba a la joven soberana como si estuviese un escalón por debajo de ella.

—Amenazó a mi pueblo.

—Además, tengo entendido que mató a varios inocentes por aburrimiento. Dejaste que se declarara impune ante tus leyes y te sometiste a su voluntad por un trato que, si requieres mi opinión, fue estúpido.

Evelyn tragó saliva con fuerza y asintió. Sabía, en el fondo, que no había actuado de manera inteligente respecto a mí, pero la conocía lo suficiente como para entenderla, simplemente confió en mí ciegamente, vio mi desesperación y trató de actuar con amabilidad y caridad. Sin embargo, no debió hacerlo; aquello la había hecho ver…

—Débil —dijo Eris antes de que Evelyn alcanzara siquiera a pensar en ello—. Eres débil, Evelyn, pero puedo ayudarte a mejorar. Puedo guiarte para que encuentres buenos consejeros que te respalden, y, por supuesto… si me juras lealtad, te acompañaré a la batalla contra mi hermana.

No pude evitar reírme abiertamente. Claro que no era más que un acto de buena fe. Encontrarle unos consejeros no implicaba que conocieran estrechamente a Eris ni que le sirvieran de espías; tampoco aconsejarían a Evelyn a favor de Iriam.

Aun así, Evelyn ni siquiera intentó ocultar su desesperación. En lugar de fingir, simplemente afirmó con firmeza.

La —por ahora— reina de Iriam asintió, satisfecha.

—Bien. Entonces me gustaría enseñarte algo. Solo para que sepas… que nada está realmente perdido en el campo de batalla.

Entrecerré los ojos, incrédula y divertida a partes iguales. No se me ocurría nada lo suficientemente letal en aquel momento como para enfrentarme, ni más ni menos, a mí misma.

Pero cuando la puerta se abrió, tuve que apretar la mandíbula con fuerza mientras mi visión se enturbiaba con pinceladas de tizne flotando en el aire.

—Este es el hombre que ha tomado mi mano, el nuevo rey consorte de Iriam, de la casa de los razha y los usurpadores, quien casi venció a Éire y se hizo con el marquesado de Azcán haciéndose

pasar por el hijo de Kamia Daggen. Su nombre es desconocido, pero se hace llamar Dave.

El cabello rubio de aquel hombre permanecía impecable, tal como en su momento, cuando meses atrás se hizo pasar por el amigo de Keelan y el hijo de la marquesa de los territorios fronterizos aherianos. Su mirada, ya no divertida ni juguetona, brillaba con malicia y oscuridad, tal como la había imaginado cuando tomó su forma real y me ató a aquella silla.

No era su aspecto auténtico, claro; era la misma apariencia que adoptó entonces, cuando casi me venció. Y todos en aquella sala sabíamos, con certeza, que era una burla dirigida hacia mí. Exhibía su físico y sus ropajes con orgullo, porque habían sido lo último que vi antes de casi morir. Como si fueran un trofeo que agitaba frente al reino entero.

Ni siquiera se había cambiado la maldita capa de espeso pelaje ni había arruinado el broche de oro; de hecho, parecía haberlo pulido únicamente para la ocasión.

Entonces, su mirada se cruzó con la mía, y por la forma en que las comisuras de sus labios se crisparon, supe que —de alguna manera— él sabía que yo estaba allí.

Pude afirmar, sin duda, que cualquier ser que me hubiese visto en ese momento recordaría cómo en mis ojos azabaches se concentraba un intenso odio capaz de hacer temblar incluso a un monstruo.

CAPÍTULO XL

AUDRY

—No, nunca he leído un libro —confesó Haakon.

Asentí, aunque una punzada dolorosa se alojó en mi vientre. Era triste pensar en cuántas personas eran privadas de derechos tan fundamentales. Aun así, no dije más; iniciar aquella conversación solo traería un debate incómodo.

—¿Alguna vez has pensado en pagar a un tutor para que te enseñe a leer y escribir?

Se encogió de hombros, y su largo cabello se agitó ligeramente con la brisa que recorría los alrededores. Hace poco nos habían relevado los guardias, así que podíamos pasear sin estar en constante alerta. Aunque, siendo sincero, en estos días era imposible relajarse del todo.

—Quienes saben leer no pierden su tiempo educando a guerreros de Güíjar. No somos bienvenidos en muchos lugares —dijo con calma, como si narrara un hecho inevitable. Sus ojos reflejaban aceptación y dureza; verlo así me entristeció más que si lo hubiese dicho con abatimiento.

—Yo tampoco sé leer demasiado —respondí—. Todo lo que aprendí fue por mi abuela, que en su juventud ayudó a varias sumas sacerdotisas del gran templo de Zabia. Pero cuando fui suficientemente mayor para leer, ella apenas podía distinguir letras, así que no tuvo oportunidad de enseñarme demasiado —lo dije observando de reojo su postura relajada—. Aunque sí conocí a alguien que leía muy bien. También escribía, y no lo hacía mal; al contrario, era un genio con la pluma.

—¿Ese escriba es quien te tiene tan triste?

Me detuve en seco y lo miré fijamente.

—¿Qué has dicho?

Haakon se carcajeó y resopló: —Podría decirte que no lo sabía y que con tu respuesta lo he averiguado, pero no soy tan listo. Simplemente he visto tu rostro… Una mirada así delata a cualquiera.

Estuve a punto de confesarle que no se trataba de una gran historia de amor, sino de un engaño con un final triste y desesperanzador. Que nada había sido real, aunque en algún momento lo pareciera.

Pero entonces Haakon frunció el ceño y ladeó la cabeza. Esperé escuchar algo que llamara su atención, pero a nuestro alrededor no se percibía más que el relinchar de los caballos, el incesante grillar y el pesado zumbido de los insectos.

—Ahora te veo —dijo, haciendo un amago de girar hacia la enorme casa, pero se detuvo y, con un guiño cautivador, añadió—: Ten cuidado, ¿está bien?

Bufé intencionadamente mientras se alejaba, y justo como esperaba, escuché su risa baja. Dioses, me encantaba esa risa. Era varonil, áspera, brusca. Me había reído tantas veces de hombres así, pero él… él no era igual a los demás.

Sí, era masculino. Sí, sin duda no destacaba por su intelecto más que en combate. Era impulsivo, sangriento y fiel a antiguas costumbres, pero…

Decidí no seguir con los pensamientos; me estaba dejando llevar por ellos. Aun así, por muchos defectos que tuviera, no me desagradaba. Me hacía reír, no ocultaba su interés detrás de desdén ni medias verdades, y sobre todo, podía pasar horas hablando de viajes, culturas y de la posible vida tras el mar de Vignís.

Haakon era el tipo de persona que siempre había buscado. Alguien capaz de robar sonrisas y miradas, pero de una forma que te hacía sentir diferente. Y yo seguía preguntándome: ¿cuál era el problema entonces?

El problema era que solo había un chico al que me había planteado presentar a mi madre. Viajar hasta mi aldea y decir con valentía a mi familia que amaba a alguien, que ese alguien era un

hombre, y que aunque no pudiera ofrecerle una dote decente ni concebir hijos biológicos, yo sería feliz.

Y sí, sabía que no me aceptarían. Ni siquiera aunque hubieran conocido a Lucca y su personalidad. Ellos no me querrían, y yo lloraría noche tras noche. Pero Lucca estaría ahí. Para mí.

Aunque era solo una fantasía ingenua, un sueño que se desvanecía entre mis dedos y que nunca podría tocar.

Lucca también había creído que yo no era suficientemente bueno para quedarse conmigo.

Sacudí la cabeza, enfadado conmigo mismo. Desde que había regresado a Gregdow… desde que había vuelto a Sindorya, parecía vivir entre paredes que contenían mis recuerdos. En cada tapiz veía momentos felices; en cada lágrima se desmoronaba una ilusión. Todo era un engaño. Una mentira.

Y en ese instante, irónicamente, sonó la primera pisada. Justo en el momento preciso.

Había sido demasiado fuerte para un accidente, pero no tanto como para tratarse de un gran animal o un monstruo. Tal vez alguien quería hacerse notar.

Me aferré con fuerza a la vaina de mi espada y di un paso hacia un arbusto cercano, intentando descubrir de dónde provenía el sonido. Antes de poder avanzar más, la persona emergió entre hojas y ramas, dejando su figura a la vista.

Desenvainé mi espada de inmediato.

—¡No, no! Escúchame, Audry. Debes tranquilizarte.

Abrí los ojos con asombro.

Me hablaba con voz calmada, como si eso pudiera ayudarme a amansarme. Estaba confundido y enfadado. Muy enfadado.

Sus facciones, antes suaves, ahora estaban manchadas de suciedad; su mentón, en lugar de estar perfilado por la barba, estaba cubierto de barro. Sus ropajes eran jirones ennegrecidos por el hollín y sus manos se alzaban en un gesto pacificador. Espera… ¿manos?

Había entendido que Éire le había amputado una de ellas, pero Lucca había tenido la suerte de encontrar un sanador que se la devolviera. Suerte para él, por supuesto.

—¿Que me tranquilice has dicho? ¿Cómo te atreves? —espeté, señalándole con la punta de mi espada. Esta se hundió en su túnica destrozada, dejando al descubierto gran parte de su cuerpo cubierto por una delgada capa de mugre.

—Debo hablar con Éire.

Entrecerré los ojos y presioné con más fuerza la hoja contra su piel. Él siseó, y un hilo de sangre surgió en su torso.

—No. Yo le comunicaré que estás aquí, y entonces ella decidirá si debe hablar contigo. Cosa que dudo. Como mucho, te dictará tu sentencia en la horca. —Tragué saliva e intenté no sentir cómo aquel seco dolor se asentaba en mi pecho, pero permaneció allí.

La mirada de Lucca casi lograba desarmarme, aunque ni siquiera se resistiera a mi ataque; estaba seguro de que, por mucho que hundiese la espada en su corazón, nunca sangraría tanto como lo hizo el mío por él.

—Después de todo, ¿tus únicas palabras tras tanto tiempo serán esas? ¿Solo has venido por… Éire?

—Juraste que me matarías. Yo diría que me he arriesgado al buscarte primero.

—Esa no es la respuesta que esperaba.

—¿Y cuál querías, Audry? ¿Un guiño?

Reí hoscamente, dejando claro que aquello no me provocaba ninguna gracia. ¿También era capaz de presentarse frente a mí y confesarme, de manera indirecta, que me había… espiado?

—Mejor que una traición.

—Yo no te traicioné. Solo actué como debía. Deberías entenderlo… entenderme. Solo ofrecí información a cambio de la vida de Éire, y no me arrepiento. Salvaría su vida una y otra vez si fuera necesario, aunque me odiase ella y lo hicieras tú. —Lucca sacudió la cabeza; sus ojos brillaban con tristeza y, entre las mejillas manchadas, podía entrever las lágrimas que las humedecían—. Algunos no somos seres mágicos ni héroes en combate. Algunos no somos héroes, Audry. Y me alegraría por ti si hubieras encontrado otra solución, pero yo no lo hice, y trato de enmendar mi error cada maldito día que sigo con vida.

—¿Acaso yo no fui suficiente para ti?

Lucca frunció el ceño.

—No entiendo qué relación tiene eso con…

—Podías habérmelo contado y juntos hubiéramos buscado una solución.

—Audry, el amor no es magia ni un ser omnipotente. Es solo un sentimiento, y no salva vidas. —Evitó mi mirada—. Ahora, si deseas matarme, hazlo. Si no, llévame con Éire.

—No —gruñí, mientras todo mi cuerpo se tensaba. El dolor seguía ahí, tan inabordable e inamovible como un muro. Su mirada parecía insondable; solo había tristeza. No había arrepentimiento ni desconcierto. No, solo profunda depresión—. No puedes venir aquí después de hacerme quererte, después de obligarme a abrirme a un hombre por primera vez, después de ayudarme a aceptar una parte de mí que había ocultado por mucho tiempo… No puedes venir después de todo eso y actuar como si no me conocieras. ¡No puedes tener el descaro de haber matado a mi único y primer mejor amigo y ni siquiera sentir un pequeño remordimiento! ¡No puedes ser tan malditamente insensible!

—Claro que lo siento, Audry. Siento haberte hecho daño, y siento… —cerró los ojos—… no haberte conocido antes. En otras circunstancias, quizá. Me hubiera gustado quererte como merecías, pero… creo que ahora eres feliz sin mí; y no me refiero a tu relación con ese guerrero, sino con tu vida. Has conseguido lo que querías, y me alegro inconmensurablemente por ti.

Inconmensurablemente… ni siquiera sabía decirlo aún en voz alta.

—Debería matarte —gruñí, sintiendo cómo mi voz se agrietaba y se convertía en llanto. El rencor me sacudía con fuerza visceral, exigiéndome venganza por mi amigo. Exigiéndome demostrar que ya no era débil.

Pero no pude. En el fondo, aún le quería. Y ese amor me enfurecía. No debía amarlo ni sentir simpatía por él. Él había arruinado mi vida y yo… ¿lo dejaría estar?

No era justo.

Él permaneció en silencio, sin darme motivo para sentirme menos mal. Al contrario, me hizo sentir como si fuera un iluso, como si solo mi corazón guardase esos sentimientos.

—Un solo paso en falso y te mataré —le advertí.

Lucca evitó mi mirada, y no sentí alivio al envainar la espada.

Cuando me giré, esperando que me siguiera, dijo algo que me detuvo en seco.

—Lo siento. Sé que nunca será suficiente, y por eso también sé que no podemos recuperar algo enterrado bajo millones de reproches, pero lo siento tanto.

Limpié una lágrima que resbalaba por mi mejilla.

—Yo también lo siento, Lucca.

CAPÍTULO XLI

LUCCA

Audry me empujó sin sutileza alguna hacia la habitación donde, según decían, se encontraba Éire. Tropecé con mis propios pasos y, antes de comprenderlo, ya me había desplomado de bruces sobre el suelo. A mis espaldas, la puerta se cerró de un portazo que resonó en las paredes.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó una voz.

La reconocí de inmediato. Era Éire. Aquella inflexión firme, el tono severo, el ligero acento del sur que se arrastraba en cada palabra. Por un instante creí que mi mente me jugaba una mala pasada. Pensé que se trataba de un recuerdo, una voz resucitada de algún rincón dormido de mi memoria donde aún se conservaban los buenos tiempos.

Me incorporé lentamente, apoyándome en los codos, y entonces la vi.

Era Éire, pero al mismo tiempo… no lo era.

Su largo cabello ondulado seguía cayendo sobre sus hombros, aunque ahora se había tornado oscuro como la noche. Su piel, antes cálida y trigueña, se había vuelto casi translúcida; con un tono pálido que rozaba lo enfermizo. Sus ojos, antaño profundos y encendidos, eran ahora dos pozos donde la luz parecía negarse a permanecer. Había adelgazado tanto que los pómulos resaltaban como cuchillas bajo la piel, y la suavidad de sus mejillas se había desvanecido.

Permanecí allí, paralizado. Ella me observaba en silencio, inmóvil, y yo aguardé cualquier reacción: un golpe, un grito, una oleada de su magia asfixiándome como otras veces. Pero nada ocurrió.

Intenté ponerme en pie; lo logré con dificultad. El cansancio me pesaba en los huesos. Ni siquiera sabía cuántas leguas había

recorrido sin descanso hasta llegar a ese lugar.

Gracias a los dioses por los rumores que se escuchaban en las madrugadas de la capital, entre copos de nieve y paja húmeda. Gracias a ellos había podido hallarla.

—Éire…

—Sí.

—¿Qué? —pregunté, confundido.

—Puedes quedarte —afirmó ella.

Fruncí el ceño. Aquello no era lo que esperaba. Había preparado en mi mente un largo discurso, una súplica si era necesario, y sin embargo… me estaba permitiendo quedarme sin resistencia alguna. Pensé que tal vez era una trampa, una ilusión piadosa antes de ser arrojado a un calabozo.

Éire tomó una sábana del extremo de su cama y se acercó. Se detuvo cuando apenas un paso nos separaba, y me miró con atención, escrutando mi rostro, buscando heridas o señales de fatiga. Cuando pareció satisfecha, me envolvió con la tela.

—¿Por qué haces esto? Pensé que estabas molesta conmigo. Que me odiabas, incluso.

No apartó la mirada.

—Durante mucho tiempo, muchos me culparon por la muerte de mi madre —dijo con la voz apagada—. Al principio lo creí también, pero luego comprendí algo, y es que no hubo felicidad en mí cuando clavé la daga, ni fue un acto planeado. Aun así, volvería a hacerlo. Hay vidas que debemos tomar para que otras continúen. Mi madre o yo, esa fue mi elección. Ser odiado o la vida de tu mejor amiga, esa fue la tuya. Ahora lo entiendo… y te lo agradezco.

Sonrió. Fue apenas un leve movimiento en la comisura de sus labios, pero bastó para que un calor inesperado floreciera en mi pecho.

La abracé con fuerza.

—¿Por qué estás aquí, Audry? —susurró contra mi sien, con los brazos rodeándome—. ¿Acaso Eris te dejó escapar?

—Sí. Me liberó poco después de que te marcharas. Sanó mi brazo y me concedió la libertad al amanecer. —Me separé apenas para

mirarla a los ojos—. No es tan cruel como aparenta, ¿sabes? Solo protege sus ideales, aunque sean equivocados.

Éire asintió lentamente.

—Lo sé —murmuró. Su voz era débil, cargada de un cansancio que parecía venirle desde el alma—. Debería descansar.

Comprendí que era una despedida. Tragué saliva y asentí, aunque deseaba abrazarla una vez más, solo una.

Me giré para marcharme, pero una mano cálida se cerró sobre mi antebrazo y me hizo volver. Sin tiempo para reaccionar, Éire me atrajo hacia su pecho.

Antes de entenderlo, ya la tenía de nuevo entre mis brazos.

—Quédate conmigo esta noche. Como antes —pidió, y su voz se quebró—. Como antes, pequeño escriba del futuro.

Solté una breve risa ahogada e intenté contener las lágrimas que me ardían en los ojos. Toqué su mejilla con cuidado y la miré con ternura.

—¿Quieres saber por qué he venido? —pregunté. Ella no respondió, pero sus ojos, humedecidos, me dijeron que sí—. Siempre has cuidado de todos, pero alguien debía cuidar de ti. Y aunque sé que hay quienes podrían hacerlo mejor… he venido para ser yo quien lo haga.

Éire no respondió con palabras. Solo un sollozo escapó de sus labios.

Nos recostamos juntos, envueltos entre las sábanas. El dosel cayó alrededor, ocultándonos del mundo. Ella se aferró a mí, y yo a ella, hasta que el sueño me venció entre lágrimas silenciosas.

Y entonces lo supe.

Supe, con una certeza absoluta, una sola cosa.

Podría morir, vivir o simplemente sobrevivir, pero siempre quedaría algo de mí, una esencia, un recuerdo, un sentimiento que permanecería en la mente de Éire.

Porque ella era mi alma gemela.

Y sin ella, yo no era nada.

ÉIRE

La Ladera de los Carámbanos no llevaba aquel nombre por casualidad. Era una pequeña ciudad ganadera situada a gran altitud, desde donde se divisaba con claridad el castillo iriamno. Por su altura, el clima era gélido, pero el frío que se respiraba allí era distinto, como más profundo, más vivo.

El sol rara vez se atrevía a asomarse, y el cielo permanecía cubierto por una bruma espesa que se movía como un espectro sobre los montículos de nieve. El rocío se transformaba en hielo sobre las hojas, y las plantas, endurecidas por la escarcha, parecían monumentos de cristal que aguardaban su ruina.

Los guerreros habían perdido el color del rostro. Los caballos, incapaces de resistir las empinadas cuestas cubiertas de nieve y granizo, fueron dejados atrás, en las caballerizas de Sindorya. Quienes no se atrevieron a montar criaturas razha se vieron obligados a subir a pie, con los labios entumecidos y las manos presionadas contra el vientre para conservar algo de calor.

Habíamos intentado usar la magia de los Elementales para regular nuestra temperatura corporal, pero el esfuerzo fue inútil. El frío que dominaba la Ladera era más que una sensación, era una entidad que se infiltraba en los huesos, que ardía como una fiebre interna y desgarraba los dedos hasta hacerlos doler. Cada ráfaga helada parecía quebrarte por dentro, forzándote a temblar sin control, con los labios agrietados y violáceos.

Pero, al menos, habíamos llegado. Estábamos allí.

El problema era precisamente ese, estábamos allí, y aquel lugar no se parecía a una ciudad.

La supuesta urbe ganadera no albergaba un solo animal. No había vacas, ni caballos, ni siquiera el zumbido lejano de abejas revoloteando sobre las flores. En realidad, ni siquiera existían flores. La vegetación se reducía a tallos marchitos y ramas petrificadas por el hielo. Ninguna planta seguía viva.

Y tampoco había personas.

El silencio que nos rodeaba era absoluto, pero su peso resultaba insoportable. No era el silencio natural de los parajes nevados, sino uno antinatural, denso, que parecía gritarnos desde todos los rincones que algo andaba terriblemente mal. Un silencio que me hablaba de una trampa, de una emboscada esperando el momento justo para cerrarse sobre nosotros.

Sin embargo, cuando los guardias se apresuraron a inspeccionar las pocas casas que quedaban en pie, no hallaron a nadie. Ni escondidos ni sorprendidos. Ni vivos, ni muertos.

—Los platos siguen sobre las mesas, las comidas aún están en las fresqueras… —informó Audry, apartando con una mano los copos de nieve que se habían enredado en su cabello—. En algunas casas el agua de las bañeras sigue tibia. Si han huido, debe de haber sido hace muy poco.

—O quizá no huyeron —intervino Lucca. Su voz tembló entre el castañeo de los dientes mientras apretaba con más fuerza los pliegues de su capa.

—Claro —murmuró el comandante con sarcasmo—. Tal vez todos decidieron irse juntos de excursión.

—Explícate —le ordené con calma, aunque mis ojos se desviaron hacia Audry, que mantenía una expresión entre cansada y desafiante.

Le dirigí una mirada severa, una advertencia muda para que contuviera su lengua. Resopló, resignado, y guardó silencio.

—Se refiere a que los habitantes fueron llevados a la fuerza —respondió Brunilda, que cruzó entre las filas de guerreros. Ellos se apartaron en cuanto la vieron avanzar.

Su trenza, normalmente firme, hoy caía con un desorden calculado, los mechones sueltos le enmarcaban el rostro. Aun así, su porte no había perdido autoridad. La piel clara le brillaba bajo el tenue resplandor del hielo, aunque ni siquiera esa apariencia pulida pudo ocultar la tensión en su mirada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

El brillo sombrío en sus ojos bastó para comprenderlo, pero aun así respondió:

—Deberías venir conmigo.

CAPÍTULO XLII

ÉIRE

El hedor metálico fue lo primero que me golpeó al acercarme. Después, fueron las puertas del templo, abiertas de par en par, las que encendieron mi alarma. Pero lo que realmente desató el pánico fue el charco de sangre que descendía por los escalones, tiñendo la nieve de un rojo profundo. A cada segundo, el alabastro bajo mis botas se convertía en un lienzo carmesí.

No contuve la respiración al pisar aquel río escarlata. Tampoco lo hice al cruzar el umbral del templo, porque en lo más hondo de mí ya sabía lo que iba a encontrar. Lo presentía con una certeza aterradora.

Las paredes de piedra preciosa, antes resplandecientes, estaban ahora cubiertas por un manto de sangre fresca. Las vetas de amatista y zafiro habían perdido su brillo, convertidas en tonos opacos y sucios. No había pasado el tiempo suficiente para que aquel líquido oscuro se secara; aún goteaba con lentitud desde los bordes de los altares, formando pequeños ríos que se unían bajo los cuerpos.

El mármol blanquecino del suelo apenas se veía entre el amontonamiento de cadáveres. Algunos yacían unos sobre otros, retorcidos en posiciones imposibles. Otros habían sido empalados y clavados a las paredes con clavos gruesos, o colgados con sogas que pendían del techo abovedado.

Audry dejó escapar una exclamación ahogada. Pude sentir que deseaba huir, pero permaneció allí, conteniendo las náuseas y el espanto. Lucca, en cambio, no cruzó el umbral. Había entendido antes que nadie qué encontraríamos dentro, y se negó a enfrentarlo con la vista.

Brunilda se arrodilló junto a los cuerpos más cercanos y buscó un pulso en sus muñecas, un rastro de respiración, aunque no encontró ninguno. Todos habían muerto.

Yo me quedé inmóvil. No hablé. No lloré. Guardé dentro de mí un grito ahogado, uno que amenazaba con desgarrarme el pecho. Podía sentir la magia bullendo bajo mi piel, como una corriente viva que se agitaba con furia. Era mi esencia primitiva, rugiendo desde lo más profundo. Un eco de mi pueblo, de su dolor, clamando por venganza.

Había esperado. Había sido piadosa. Había querido evitar otra guerra. Me había aferrado a la idea de que bastaría con la rendición de mi hermana para salvar vidas. Pero ahora, frente a esta masacre, comprendí lo que esa paciencia había costado.

—Éire, hay alguien con vida —declaró Brunilda.

La miré de inmediato. Sostenía a una mujer por el brazo. Su piel era lechosa, el cabello del color del trigo maduro, y los ojos verdes reflejaban un terror tan puro que parecía cristalino. Podía sentir cómo las esquirlas del miedo se le hundían en el alma. No era una campesina ni una guerrera, su porte, las joyas doradas que colgaban de sus muñecas y el fino tejido de su vestido hablaban de un rango distinto.

—Una suma sacerdotisa —susurró Audry detrás de mí, con la voz quebrada por la impresión.

Brunilda la condujo hasta mí. La observé detenidamente. Su vestido rosáceo no estaba rasgado ni cubierto de sangre. No mostraba heridas, pero el temblor de sus labios y su mirada perdida decían más que cualquier herida abierta. Sabía lo que había visto. O, al menos, sabía lo suficiente.

—¿Qué ocurrió aquí? —pregunté con firmeza. La sacerdotisa alzó la vista hacia mí, pero sus ojos parecían atravesarme sin verme.

—Necesito que me respondas —añadí—. Si he de vengar sus muertes, necesito la verdad.

—¿Vengar sus… muertes? —repitió con un hilo de voz—. ¿De qué serviría eso? Ya están muertos. —Una lágrima rodó por su mejilla y, al intentar borrarla, otra la siguió—. Todos lo están.

—¿Y por qué tú no? ¿Por qué sigues viva? —preguntó Brunilda con brusquedad, sin soltarle el brazo. Su desconfianza era evidente.

La sacerdotisa bajó la cabeza y sollozó, ocultando el rostro tras su cabello.

—No lo sé… No me tocaron. A mí no me hicieron nada, pero a ellos…

—¿A quiénes te refieres? ¿A los hechiceros? —intervine, tratando de contener mi impaciencia.

—Sí. Yo los refugiaba. Muchos fueron expulsados de sus aldeas después del decreto de la reina Eris…

—¿Qué decreto? —pregunté.

—Que todo hechicero que pise las tierras iriamnas será considerado enemigo de la corona y condenado a muerte pública.

Crucé una mirada con Brunilda. Aun cuando lo había presentido, escucharlo de boca de otro lo hizo más real, más cruel. Fue un golpe seco, frío, como el filo de una espada entrando en el pecho.

—Yo los refugiaba —continuó la sacerdotisa con la voz entrecortada—. Habían perdido sus hogares. Algunos llegaron con sus hijos, dejando atrás a sus esposos. No tenían comida ni oro, y temían usar su magia para sobrevivir. Les ofrecí las habitaciones de los aprendices, las que habían quedado vacías. —Su mirada vagó por la sala hasta detenerse en el cuerpo de una niña de piel pálida. Cerró los ojos, y su respiración se quebró—. Muchos eran niños. Pequeños que habían huido solos, rechazados por sus propias familias al descubrir su don.

Seguí la dirección de su mirada. La niña tenía el cabello corto, rojizo, y un flequillo despeinado le cubría la frente plagada de pecas. Su cuerpo estaba cubierto de heridas; había sido apuñalada una y otra vez, hasta que su pequeño vientre se convirtió en una sombra abierta. Aun así, su rostro conservaba una calma perturbadora.

Di un paso hacia ella, con el corazón atenazado.

—¿Quién es? —pregunté, sin pensar.

—Se llamaba Nerjea —respondió la sacerdotisa, avanzando con lentitud—. Fue una de las primeras en llegar al templo. Nunca comprendí cómo sobrevivió sola a los caminos, tan pequeña como era. Tenía afinidad con el tiempo; solía sentarse en las esquinas, intentando detener la ventisca. Cuando no lo lograba, sonreía, como si se alegrara del intento. —Su voz se quebró otra vez. Brunilda la

soltó, y la mujer se arrodilló junto al cuerpo de la niña, cerrando con cuidado sus ojos—. Sus padres la rechazaban por su condición. Fingía no tenerla, como si así pudiera seguir siendo parte de ellos. Y por las heridas con las que apareció aquí, temo que quienes la acogieron después tampoco la consideraron suficiente.

El aire se volvió más denso. Avancé otro paso, sin apartar la vista de la pequeña. Algo en su quietud, en su expresión pacífica, me desgarró por dentro.

Aquella historia me resultaba dolorosamente familiar.

Me senté junto al cuerpo de la niña y no pude resistir el impulso de tomar su pequeña mano. Aún conservaba un leve calor, aunque su piel ya había perdido el brillo de la vida. La toqué con cautela, con la esperanza absurda de sentir algo más que vacío, pero no había nada. Solo el silencio helado de un cuerpo que se había convertido en un simple recipiente sin alma.

Ella solo había deseado ser aceptada. Pese a todo, pese a todos. Aquello era lo que más anhelaba, y aun así, ni quienes debieron amarla sin condición fueron capaces de hacerlo. Si ellos no lo hicieron, ¿por qué lo haría otro? ¿Por qué lo haría siquiera ella misma?

Y lo más cruel era que ni siquiera había alcanzado el final que merecía, uno digno de la pequeña guerrera que parecía ser.

—Quemad sus cuerpos y despedidlos en el nombre de los dioses —ordené con voz firme, aunque cada palabra me desgarraba por dentro—. Si ellos creían en la tríada, que su partida sea digna de sus creencias.

Apreté con más fuerza la mano de la niña, y en su tacto encontré un dolor que me atravesó como un filo. Era un sufrimiento puro, sin gritos ni lágrimas, tan sereno que casi parecía paz.

—Tu dolor ha terminado, Nerjea. Por fin —susurré.

No era ingenua. Sabía que esto era un mensaje. Sabía que mi hermana se burlaba de mí, y lo hacía del modo más cruel posible. Pero en ese momento no quedaba espacio para la ira. Solo había dolor. Un silencio tan espeso que parecía ahogar el aire. Todo mi ser estaba aturdido, encerrado en una burbuja que no me dejaba ver más allá del presente.

Porque ese cuerpo podía haber sido el mío.

Y si así hubiera sido, me habría gustado que alguien permaneciera a mi lado. Que alguien se asegurara de que mi despedida fuese digna, que velara por mis restos aunque el mundo entero los ignorara.

Ese mismo día me encargué de todo. Hice que la ventisca cesara y que las llamas consumieran la pila de cuerpos. La sacerdotisa pronunció las palabras rituales, y yo me aseguré de que todos presenciaran aquel funeral. Que todos comprendieran que esto era real. Que nos estaban exterminando.

Un velo invisible cubrió la ladera mientras el sol derretía la nieve y el agua corría entre las piedras teñidas de rojo. Nadie habló durante horas, pero el silencio bastó para saber lo que habíamos perdido. Cuántas vidas se habían extinguido, y cuántas podríamos haber salvado si hubiésemos llegado antes.

Lucca permanecía frente a mí, inmóvil con el rostro sombrío. Nos habíamos refugiado en una de las casas del camino, y llevábamos allí demasiado tiempo, cada uno atrapado en sus propios pensamientos. Al principio, él se durmió, y Audry decidió acompañarme en silencio, como si su sola presencia bastara para sostenerme.

Cuando Lucca despertó, Audry se marchó, alegando que debía entrenar. Poco después, decidí salir a caminar. El aire frío me quemaba los pulmones, pero necesitaba sentir algo más que pena. Lucca insistió en acompañarme, y no tuve fuerzas para negarme. Caminamos sin rumbo por la aldea, dejando que nuestras botas se hundieran en la nieve húmeda, mientras el reflejo del sol en el hielo nos cegaba por momentos.

Intercambiamos solo palabras vacías, breves comentarios que no significaban nada. Yo apenas levantaba la cabeza. Me sentía agotada, deshecha. Quería un descanso, aunque sabía que no lo tendría hasta acabar con esa usurpadora.

Y fue entonces cuando sucedió.

La primera flecha cayó.

Al principio, solo vi una sombra cruzar el aire. Un destello oscuro que descendió con precisión hasta clavarse frente a mí. La nieve se

abrió en un pequeño estallido, y el silencio se rompió. Retrocedí un paso, con el pulso acelerado.

Los guardias que me escoltaban reaccionaron al instante. Desenvainaron las espadas, gritando órdenes para localizar al arquero que había fallado. Algunos se apresuraron a cubrirme con sus cuerpos y formaron un muro de acero entre el peligro y yo. Pero antes de que pudieran acercarse del todo, escuché un sonido distinto al de las armas.

Un batir de alas.

El aire cambió.

No tuve tiempo de pensar cuando una sombra descendió sobre mí. Sentí unos brazos fuertes envolverme y, en un instante, mi entorno se desvaneció en una espiral de oscuridad. Tentáculos de sombra nos rodearon, aislándonos del mundo.

Abrí los ojos de golpe y me encontré frente a una mirada que conocía demasiado bien, a ese par de ojos ámbar, brillantes en medio de la penumbra.

—¿Keelan? —murmuré, sin aliento, sin comprender del todo.

Él sonrió apenas, con un destello fiero en la mirada.

—Te dije que volvería, hechicera.

CAPÍTULO XLIII

ÉIRE

—¿Cómo es posible que hayan estado tan cerca? Pensé que podía darme el lujo de bajar la guardia entre mis propios soldados, pero veo que me equivocaba —farfullé mientras recorría de un extremo a otro el salón principal del templo.

La sangre había sido limpiada y el suelo, ahora pulido, devolvía un brillo casi insolente bajo la luz que se filtraba por las vidrieras. Los cristales multicolores dibujaban figuras que seguían la silueta de Cristea, y las paredes estaban adornadas con estatuas talladas que representaban a los grandes reyes de Nargrave. Todo era esplendor y calma… una calma que me resultaba insoportable.

En el fondo de mi ser, deseaba destruirlo todo. Quería aplastar aquellas piedras talladas hasta reducirlas a polvo. Porque detrás de tanto arte y devoción, solo veía el recuerdo de los humanos que habían sembrado la semilla de este caos.

—Encontraré a los culpables, Éire —murmuró Brunilda con un tono contenido, aunque su mirada era firme.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar? —repliqué con dureza y sentí cómo mi visión se oscurecía poco a poco—. Quizá deberías haber cumplido tu deber cuando correspondía, Brunilda. ¿Por qué estaban tan cerca esos soldados, si no fue por tu incompetencia?

Di varios pasos en su dirección. La distancia entre nosotras se acortó hasta un palmo, y en ese espacio suspendido sentí cómo las hebras de mi magia vibraban, ansiosas por atravesar su pecho. Eran como criaturas vivas, rozando el aire entre nosotras, impacientes por liberarse. Solo un parpadeo más y…

Una mano se posó sobre mi hombro.

—Déjanos, Brunilda. Será mejor que hablemos a solas —intervino Keelan, con esa voz suya que siempre llegaba justo antes del desastre.

Aun así, la guerrera no se movió. Permaneció erguida, esperando mi confirmación. Su orgullo no le permitía obedecer al dragón sin mi consentimiento. Yo asentí apenas, con un gesto seco, y ella salió del salón sin decir palabra, cerrando las puertas dobles tras de sí.

Keelan retrocedió unos pasos cuando me giré hacia él. Por un instante, deseé que no hubiese apartado su mano.

—No necesito que intervengas. Ni ahora ni nunca.

—Creí que ibas a matarla —dijo, arqueando una ceja.

—¿Creíste? —Ladeé la cabeza con una media sonrisa—. Y yo que pensé que lo había dejado claro.

Keelan suspiró. En sus ojos ámbar se reflejaba una mezcla de cansancio y decepción que no supe cómo interpretar. Su postura seguía siendo firme, pero había algo roto en él, algo que no estaba allí antes.

Se dejó caer en uno de los sillones que decoraban la estancia. El mueble, de un tono cálido y dorado, parecía brillar bajo la luz que atravesaba los vitrales. Sus patas, bañadas en una aleación de plata y latón, mostraban grabados de flores entrelazadas. Todo era hermoso, pulcro, perfecto. Tan distante de lo que yo era en ese momento.

—¿Sientes algo por Brunilda, Éire? —preguntó de pronto.

—No.

Su risa fue baja, áspera, casi un bufido. Se llevó una mano al puente de la nariz, como si buscara paciencia.

—No tengo tiempo para esto —resoplé, dispuesta a marcharme. Pero algo me detuvo. No fue Keelan. Fue algo dentro de mí. Una voz que me obligó a girarme, a mirarlo fijamente. Lo hice con la misma intensidad con la que se enfrentan los condenados a sus verdugos.

—¿Y tú? —pregunté al fin—. ¿Por qué has vuelto, Keelan Gragbeam?

—He vuelto por mis amigos. Por ti también. Y porque, si he de ser aliado de algún bando en esta guerra, prefiero estar del lado ganador.

—¿Aliado? Ni siquiera has traído tropas. Difícilmente puedo llamarte así.

—¿Quieres tropas? Serán tuyas entonces —replicó con calma—. Aunque estoy seguro de que no las necesitas.

Humedecí mi labio inferior y di un paso hacia él. Una parte de mí —la que aún recordaba lo que era amar— lloraba en silencio por la forma en que me miraba con tristeza, decepción y vacío. Pero otra parte, la que había nacido de la oscuridad, deseaba perderse en él, sentir su piel, hundirse en el fuego de su aliento y en la condena de sus ojos.

—¿Sabes lo que pienso, Keelan? —susurré, acercándome hasta que sus rodillas chocaron con mis piernas.

—¿Qué piensas?

Me arrodillé frente a él, despacio, y dejé que mis manos ascendieran por sus muslos con una caricia contenida. No me detuvo de inmediato.

—Creo que no has vuelto por Nyliss ni por Audry. Ni siquiera creo que hayas regresado para ayudarme. Has vuelto, y corrígeme si me equivoco, por mí. —Alcé la vista y sostuve su mirada—. Has vuelto para enamorarte de mí una y otra vez, incluso de esta versión retorcida de la Éire que conociste. —Tragó saliva, y su respiración se entrecortó apenas—. Porque, aunque sepas lo que he hecho, sigues perdido por mí. Tu amor siempre me pertenecerá, aunque eso te torture hasta el fin de tus días.

Él se inclinó. Nuestros labios quedaron tan cerca que podía sentir su aliento, el calor de su pecho, el temblor que trataba de ocultar.

—¿Por qué volvería por Nyliss? —murmuró.

—He visto cómo te mira.

—¿Ah, sí? No lo había notado —ironizó.

Deslicé mi mano un poco más arriba y busqué ese punto donde podía sentirlo respirar distinto. Pero no llegué. En un movimiento veloz, su mano atrapó la mía y detuvo mi avance.

—Odio decirte esto, Éire —dijo con voz baja, tensa—, pero ahora mismo lo último que deseo es aprovecharme de ti. No eres tú. No del todo. Sin recuerdos, sin conciencia propia… ¿de verdad crees que podría enamorarme de esta versión? —Su rostro estaba tan

cerca que cada palabra me rozó los labios—. Ahora mismo, te odio con una intensidad que me quemará toda la vida.

Sonreí. No sentí dolor. Tal vez debería haberlo sentido, pero esa emoción me resultaba lejana. Inaccesible.

Quizá porque todo había cambiado. Porque yo había cambiado.

—Bien. —Una sombra recorrió mi cuerpo, y el frío tacto de Gianna se deslizó desde mi espalda hasta mis hombros, helándome la piel—. Será mejor que me vaya. Tengo asuntos propios de "ser despreciable" que atender.

Me di la vuelta, dispuesta a marcharme, pero antes de dar un paso, las puertas del salón se abrieron de golpe. El aire se arremolinó, y el sonido de las botas resonó contra el mármol.

Cuando levanté la vista, vi a Audry, Haakon y Brunilda entrar.

—Ellos estaban encargados de vigilar las fronteras, mi señora —confesó Brunilda, cuadrando los hombros frente a la puerta.

Su mano se cerraba con fuerza sobre el mango de la espada, como si aquella tensión contenida fuera lo único que la mantenía firme. A un lado, Haakon la observaba de soslayo, y en su mirada había algo más que desconcierto, era traición con una punzada amarga de incredulidad y miedo.

Tal como había dicho hacía un instante, ella los había encontrado. Había encontrado a los culpables de todo aquello.

Entrecerré los ojos y los miré en silencio. Ambos estaban alterados; el aliento les salía entrecortado con los cabellos revueltos por la prisa o la culpa y los labios aún enrojecidos. Audry ni siquiera llevaba armas; había acudido sin más protección que su propia vergüenza. Haakon, en cambio, se había molestado en anudarse un tahalí cruzado sobre el pecho, del que colgaba una pequeña daga enfundada, quizá más por protocolo que por utilidad.

—Éire, podemos explicarte qué ha pasado —se atrevió a decir Audry. A su lado, Haakon permanecía inmóvil, con el rostro pálido y una expresión que delataba terror.

—¿Explicarme el qué? —inquirí con voz suave, aunque el aire que se acumulaba a mi alrededor se volvía denso y helado—. ¿El momento en el que casi me hieren o el instante en el que buscabais una cama para terminar lo que empezasteis?

A pesar de que mi tono era tranquilo, todos en el salón percibieron que aquella calma era peor que la ira. La furia contenida se arrastraba bajo mi piel como una bestia encadenada.

—Había guerreros por todas partes, Éire —balbuceó Audry—. No imaginamos que abandonar el puesto un momento podría ser peligroso. Lo lamentamos. Los dioses saben lo avergonzados que estamos por ello.

Avancé un paso hacia ellos. Mi sombra los cubrió, y el silencio fue absoluto.

—¿Avergonzados? —Una sonrisa fugaz torció mis labios—. Si me hubieran herido a mí o a cualquiera de mis hechiceros, o a los monstruos que sirven bajo mi nombre, porque Haakon resultara una distracción lo bastante tentadora para ti, él estaría muerto y tú estarías exiliado. Deberías agradecer que aún él respire.

—Éire… lo siento —dijo Audry con voz temblorosa—. No sabes la culpa que siento. Juré que te ayudaría y esto… —Su voz se quebró —. No sé qué me pasó.

—Yo sí lo sé —respondí, clavando mi mirada en la suya—. Te comportaste como un niño, arrastrado por tus emociones. Fuiste lo bastante ingenuo para creer que, en una guerra, un solo error no tiene consecuencias. —Mi tono se volvió más bajo, pero también más cortante—. Y ahora me pregunto si mereces el lugar que ocupas.

Audry quiso replicar, pero levanté una mano y lo detuve antes de que pronunciara palabra.

—No sería justo castigar solo a uno de los dos —proseguí—. Tampoco sería justo dejarlos impunes. Así que voy a ser piadosa. Este asunto quedará entre nosotros, dentro de este salón. Sin embargo, dejemos algo en claro, Audry, si esto vuelve a repetirse, procuraré que Haakon no vuelva a ser una tentación para ti.

Mis palabras flotaron en el aire con el peso de una sentencia. Dirigí una mirada breve hacia Brunilda; su expresión permanecía imperturbable, como si ya conociera la conclusión a la que había llegado. Haakon tampoco pareció sorprendido. Ambos sabían que el error merecía un castigo proporcional. En cambio, Audry no

compartía esa resignación. En su rostro solo vi rabia contenida y una humillación que ardía bajo su piel.

—No te atreverías —susurró con la voz quebrada. En sus ojos comenzaron a acumularse lágrimas, no de dolor, sino de impotencia.

—¿No? —Mi sonrisa se ensanchó apenas—. Pregúntale a Asha.

El silencio fue insoportable. Entonces, Audry alzó la cabeza y me miró con los ojos encendidos.

—Si haces eso, le diré a Cade quién mató a su familia.

—Hazlo —respondí con frialdad. La palabra retumbó con un eco seco en el mármol—. Te invito a hacerlo.

Él no contestó. Pero su mirada rugió más alto que cualquier grito. Permanecimos frente a frente unos segundos, hasta que al fin se dio media vuelta y salió del salón sin mirar atrás.

Yo no lo detuve.

CAPÍTULO XLIV

KEELAN

Habían pasado tres días.

Tres días desde que regresé, y todavía no sabía cómo sentirme al respecto.

Mi consejero, Skandar, me mantenía informado sobre el progreso de la fortuna de Zabia y, de vez en cuando, mantenía conversaciones con Lynette acerca de su viaje hacia Asolium. Aun así, no era mi vida fuera de aquí lo que me desconcertaba, sino todo lo demás.

Apenas había cruzado palabra con Éire desde mi llegada. Ese simple hecho era suficiente para perturbarme. Nunca antes había estado en la misma habitación que ella sin hablar, ya fuera para intercambiar insultos o mantener una conversación tranquila.

Siempre existía algo entre nosotros, una tensión, un vínculo, una chispa imposible de ignorar. Ahora, en cambio, el silencio se había vuelto una presencia incómoda que no sabía cómo manejar. No era falta de sentimientos; quizás solo habíamos perdido las ganas de enfrentarnos. No lo sabía. Y, por primera vez en mucho tiempo, tampoco tenía respuestas.

Había hablado con Nyliss y con Audry, incluso con aquella sirvienta llamada Cala, aunque ella solía mostrarse reacia a entablar conversación con nadie que no fuera Éire. Aun así, la había visto hablar con ella varias veces, con una confianza que no mostraba con el resto.

Por otro lado, este lugar… no era para mí. Aunque ya no me escandalizaban los monstruos ni sentía aquella necesidad instintiva de desenvainar mi espada al verlos, la presencia de esas criaturas seguía resultándome inquietante. Ni siquiera los hechiceros me

inspiraban confianza; algunos me observaban con un aire de superioridad que ponía a prueba mi paciencia.

A Éire, sin embargo, la miraban de una forma distinta. La veneraban. Veía en sus ojos una mezcla de devoción y esperanza, como si fuese la salvadora que habían esperado sin saberlo, la cura para una enfermedad que los consumía. Algunos incluso la incluían en sus oraciones durante la víspera del último día.

Una parte de mí se sentía orgullosa de aquello. Pero otra, la más lúcida, recordaba los baños de sangre que Éire había provocado y todos los que aún podía provocar. Entonces, la confusión regresaba. Últimamente, ese era mi único estado: un mar de preguntas sin respuestas y una sensación constante de extravío.

Me encontré con Nyliss en uno de los pasillos del templo. Caminaba con su habitual seguridad, esa que llamaba la atención más que el brillo de sus labios. Su cabello, largo y trenzado, caía sobre su túnica celeste, y sus ojos plomizos relucieron al verme.

Se detuvo y esbozó una sonrisa cálida.

—No te ves demasiado contento hoy.

—Intentaré verme más contento mañana —respondí con una media sonrisa.

Mis ojos se detuvieron en sus manos cubiertas por gruesos guantes. Bajo la tela, asomaba una venda manchada de sangre seca. No fui lo bastante descortés como para señalarlo.

—No te he visto entrenando últimamente —añadí—. ¿Has estado enferma?

Nyliss vaciló antes de responder.

—Mmm, sí. Algo así. Todo lo ocurrido estos días me ha trastocado. Prefiero quedarme a solas en mi habitación.

Era una mentira, y ambos lo sabíamos. No era ingenuo. Desde que me entregó el libro de mi hermana en el campamento, había pasado suficiente tiempo con ella como para reconocer cuándo ocultaba algo. Solía inventar excusas absurdas para marcharse cuando llevábamos más de una hora juntos, como si la cercanía la incomodara. Una vez decidí seguirla. Se había escabullido del entrenamiento varias veces, pero aquella quinta ocasión la vi alterada, temblorosa.

La observé entrar en su tienda y, desde fuera, escuché cómo lloraba. Lo hacía mientras alisaba las sábanas una y otra vez, en un movimiento mecánico, casi desesperado. Pasaron veinte minutos antes de que se calmara. Aun así, su llanto resonó en mi mente mucho después.

Asentí despacio.

—Cuando te sientas con fuerzas, avísame. Puedo ir a tu habitación con un par de armas y entrenar contigo.

—Te avisaré, Keelan —respondió, aunque no parecía convencida. Después se alejó por el pasillo, y sus pasos resonaron hasta perderse en la distancia.

Tragué saliva y avancé hacia la habitación que había estado buscando desde hacía días. Éire se había instalado allí el primer día. Nunca había entrado, pero imaginaba que debía de ser la más amplia del templo. ¿Por qué otra razón la habría elegido?

Cuando abrió la puerta, su rostro no mostró sorpresa alguna al verme. Tal vez ya había supuesto que vendría.

—Hola —saludé con un tono que intenté hacer natural, aunque ni siquiera yo creía en mis propias palabras.

No quería saludarla así. No cuando su mano seguía luciendo el anillo que alguna vez le había regalado, ahora en su dedo índice.

Éire parpadeó un par de veces y, sin pronunciar palabra, se hizo a un lado para dejarme pasar. Cuando lo hice, cerró la puerta tras nosotros.

Avancé despacio y observé el lugar. Contra todo lo que había imaginado, la habitación no era grande, sino acogedora. Las paredes de piedra formaban un círculo cerrado que atrapaba el calor de la chimenea. El fuego crepitaba, lanzando destellos anaranjados que bailaban sobre un escritorio de arce con una copa de metal bruñido, una silla robusta y una cama doble situada junto a una ventana entreabierta. Por ella se filtraba una brisa helada que agitaba las llamas y esparcía el hollín por la estancia.

Tomé la copa del escritorio y la acerqué a mi rostro. El aroma del vino era inconfundible.

—Solo es un poco —dijo Éire, con la voz distante. La escuché moverse por la habitación, y supuse que se encontraba cerca de la

chimenea.

No respondí. Volví a dejar la copa en su lugar con cuidado. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, y lo mejor sería no detenerme a pensar en ninguna.

Aun así, el dolor se abrió paso dentro de mí, punzante, implacable. La decepción se enroscó en mi pecho como un hierro candente. Había vuelto a beber. No era la primera vez, y probablemente no sería la última. Quise recriminarle, gritarle, romper ese silencio que pesaba más que cualquier palabra. Pero, al final, ¿para qué?

No podía cambiar a alguien que no deseaba escuchar.

No podía salvar a quien ya había elegido perderse.

Había intentado ayudarla, sí. Pero lo que ella hiciera, lo que decidiera ser, ya no estaba en mis manos.

Y, por primera vez, acepté que no era mi culpa.

Así que solo suspiré, lo bastante fuerte como para aliviar, aunque fuera un poco, la presión que se acumulaba en mi pecho.

Éire avanzó hasta situarse frente a mí. El escritorio nos separaba, y sus dedos rozaban con calma el respaldo de la silla, como si aquel gesto le ayudara a mantener la compostura.

—¿No te parece irónico? —preguntó.

—¿El qué? —inquirí, sin apartar la vista de ella.

—Volver a estar con un escritorio de por medio. Solo que esta vez… yo estoy en este lado.

—Tengo noticias importantes —preferí responder, eludiendo su juego.

Ella chasqueó la lengua y, con fastidio apenas disimulado, murmuró:

—Habla, entonces.

—Envié a varios emisarios de confianza para divulgar tu legitimidad al trono, tus hazañas y cada acto de tiranía que ha cometido Iriam… o mejor dicho, la usurpadora del trono. He hablado con simpatizantes de tu causa y les he hecho ver que no les conviene apoyar a Eris en esta guerra, ni por un juramento ancestral ni por lealtad ciega. Tengo respuesta del Conde Fazus, de Asolium, de Cristalina, de la capital de Helisea, de Draba y, por supuesto,

puedo conseguir el juramento de Zabia. Podrías librar esta guerra con soldados y no con monstruos, Éire. Así ganarías sin derramar sangre inocente.

—¿Y a cambio de qué, Keelan Gragbeam? —preguntó, arqueando una ceja. Luego sonrió con ironía—. Sé que no harías esto solo por… amor.

Tenía razón.

—Quiero tu palabra de que Zabia nunca volverá a ser atacada por ningún monstruo ni hechicero de tu ejército. Prométeme que seremos aliados, y que si alguna vez pretendes dañar mi reino, tú misma pondrás fin a tu vida como pago por la traición.

—Podría mentirte —replicó con un deje de diversión. Dio un paso hacia mí y bordeó el escritorio. Luego dio otro, más decidido.

Noté la distancia reducirse entre ambos, aunque no me moví.

—Sé que no me mentirías —dije con calma—. Y estoy jugando lo suficientemente bien con esa carta que tengo a mi favor.

Ella se detuvo a mi lado. Pude sentir su respiración rozando apenas mi labio inferior. Su mirada permanecía fija en mis labios, y el ritmo de su corazón se hizo más rápido, tan audible que casi podía contar los latidos.

Tragó saliva antes de murmurar:

—Así que me estás utilizando, ¿verdad?

—Solo estoy jugando a tu juego, hechicera. Ahora, júralo —murmuré.

Éire alzó la vista, y por primera vez en mucho tiempo creí ver en sus ojos un destello de humanidad.

—Te lo juro, hijo de Symond.

Entonces su rostro se ensombreció. En su mirada apareció un brillo oscuro que comenzó a expandirse desde la pupila hasta cubrirle los ojos por completo. Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento, mientras mi mano se posaba, casi sin querer, sobre su pómulo.

Esos ojos habían contemplado a hombres retorcerse de dolor, habían presenciado la última mirada de Serill y la destrucción de un bosque convertido en cenizas. Esa no era la Éire que yo había

conocido en aquel despacho de Zabia. Si lo fuera, no habría dudado ni un segundo.

Pero no lo era.

Decidí apartarme. Mientras lo hacía, mi atención se desvió hacia el escritorio repleto de papeles apilados, y supe que ese sería el pretexto perfecto para poner distancia entre nosotros sin que pareciera forzado.

—¿Acaso estás dejando por escrito tu larga lista de pretendientes? Recuerdo que me hablaste de ella poco después de conocernos.

Para mi sorpresa, Éire sonrió. Ni siquiera siguió mi mirada hacia el escritorio; sabía perfectamente a qué me refería.

—Bueno, lo considero demasiado importante como para dejarlo solo en mi cabeza.

—Espero que al menos hayas escrito mi nombre con buena caligrafía —respondí y fingí ligereza.

—Oh, aún no he llegado a ti.

—¿Y puedo leer lo que llevas escrito? —me burlé, dando un paso como si intentara rodear el escritorio.

Ella se interpuso con rapidez, impidiendo mi avance.

—Podríamos leerla juntos… si aceptaras ser mi acompañante en la víspera —propuso con una sonrisa traviesa.

—¿Acaso hay tiempo para celebraciones? —pregunté con seriedad.

—Siempre lo hay —replicó y dejó que su voz se deslizara con descarada seguridad.

CAPÍTULO XLV

LUCCA

Mojé la punta de la pluma en el tintero. Humedecí mi labio inferior con nerviosismo y no logré detener el balanceo inquieto de mis pies.

Cada vez que escribía ciertas cosas, me sentía expuesto. Era como desnudar el alma ante un papel. No importaba si se trataba de versos que hablaban directamente de mí o de los sentimientos de mis personajes. Ellos siempre eran una extensión de mi propio dolor, aunque con voces y vivencias distintas. Pero la raíz seguía siendo la misma: yo. Todo provenía de mi mente, así que, en el fondo, ellos y yo éramos lo mismo.

Por eso, cuando contaba sus historias, tenía la sensación de contar la mía. Sentía el nudo en la garganta, el peso que oprimía el pecho y, a veces, el temblor en los ojos a punto de humedecerse. En esos momentos, el único consuelo que hallaba era saber que nadie leería aquellas páginas. Sin embargo, ese pensamiento también dolía. Escribir para no ser leído era un alivio y una condena. Me mantenía a salvo, pero al mismo tiempo me borraba del mundo.

No se sentía bien escribir para no ser recordado. Yo quería ser recordado por mis palabras, por lo que entregaba de mí a través de ellas, no por mi rostro ni por mi existencia efímera. Deseaba que me recordaran por lo que realmente importaba, por aquello que me había costado lágrimas, desvelos, sonrisas y quebrantos.

Era esa entrega la que, aunque doliera, me sostenía. Porque exponer el alma —de cualquier forma, con cualquier voz— siempre resultaba sanador. Porque alzar la voz, aunque fuera solo sobre el papel, era necesario. Y le daba gracias a la escritura por hacerme sentir valiente, al menos frente a las palabras.

Aquella noche, sumido en una soledad que me resultaba casi asfixiante —y no me refería únicamente a la oscuridad de la habitación—, supe que necesitaba escribir. No sabía sobre qué todavía, pero el impulso estaba ahí. Quería llorar palabras, susurrar versos quebrados, sangrar emociones que me pesaban demasiado para guardarlas en silencio.

Podría escribir sobre la guerra, sobre el desamor, sobre ese constante sabotaje hacia uno mismo y las voces internas que, con furia, te aseguran que no has hecho nada malo. Podría hablar de la familia, o de su ausencia; de una infancia perdida, de la forma en que otros critican tu visión del mundo por considerarla pesimista; o de esa insuficiencia que surge al descubrir que no eres tan independiente como creías.

Podría escribir algo tan triste que dolía solo pensarlo. Pero esa misma tristeza me paralizaba. Las palabras, que un instante antes se formaban con claridad, se enredaban de pronto hasta volverse incoherentes.

—Maldita sea —murmuré, presionando el puente de mi nariz. El golpeteo de mis pies contra el suelo resonaba como un metrónomo que acompañaba mis frustraciones—. Concéntrate, Lucca.

Pero no podía. La sangre ocupaba cada pensamiento. La sangre que había empapado las paredes de una de las salas del templo, el mismo en el que ahora me encontraba. Personas habían muerto allí, y aunque no lo presencié, mi mente se encargaba de recrearlo con una precisión perturbadora. Imaginaba los rostros, las pieles cenicientas, las miradas vacías. El estómago se me revolvía, pero la mente no se detenía.

No quería otra guerra. No quería ver otro pueblo arrasado, ni más niños despojados de su hogar. Me dolía profundamente estar tan cerca de todo eso, ser testigo de una historia que parecía repetirse una y otra vez.

De pronto, la puerta se abrió con fuerza. El sonido rompió el silencio como un trueno. Ráfagas de risas y algún beso furtivo se colaron en la habitación.

Fruncí el ceño, dejé la pluma sobre el tintero y giré hacia la entrada. No necesitaba ver sus rostros para saber quiénes eran.

Audry y Haakon.

La sonrisa de Haakon permaneció intacta al verme; en cambio, Audry se detuvo de golpe, como si no esperara encontrarme allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Audry. No sonó agresivo, solo sorprendido, lo que me desconcertó.

—Es mi habitación —respondí con calma—. Debe de haber alguna libre por este pasillo.

—Podríamos compartir esta los tres, si no te molesta. Es tarde y no encontramos dónde dormir —explicó Haakon y alternó la mirada entre nosotros con una sonrisa amplia.

No expresé mis pensamientos, pero Audry dejó escapar una risa breve, cargada de burla.

—No, gracias. Preferiría dormir a solas contigo.

Haakon se encogió de hombros, sin perder la amabilidad.

—Era solo por ahorrarnos revisar todas las puertas del templo. Además, no sería mala idea conocernos mejor.

Cualquiera podría haberlo llamado ingenuo, pero a mí me pareció sincero. Haakon solo quería una noche tranquila, sin tensión ni discusiones.

Audry arqueó las cejas y lo miró con incredulidad, como si intentara hacerlo entrar en razón sin decir palabra.

—No, Haakon. No voy a compartir una habitación con él.

Tuve que aclararme la garganta. Aquello era incómodo, casi ridículo.

—Oh —murmuró Haakon, como si de pronto comprendiera lo que ocurría—. Bueno, buscaremos otra…

—Podrías irte a dormir con Éire, Lucca. Nos harías un favor —intervino Audry. Su voz fue cortante. No me habló en días, y esas fueron las primeras palabras que me dirigió.

Me dolió más de lo que admití. Pero solo asentí. No quería problemas.

—Sí, será mejor que me vaya. —Arrastré la silla hacia atrás y me puse de pie. No me molesté en llevar el pergamino; no había escrito una sola palabra en él.

Cuando quedé frente a Audry, mis ojos se detuvieron en los suyos un instante más de lo necesario. No dije nada, pero sabía que mi

decepción era evidente.

Haakon se apartó para dejarme pasar. Salí de la habitación tan rápido como pude.

Cuando la puerta se cerró a mis espaldas, sentí que por fin podía respirar.

AUDRY

Sabía que no me había comportado bien. Lo sabía, y por la mirada de Haakon, él también lo sabía.

Aun así, no sentía arrepentimiento. Era la manera más efectiva de mantenerme alejado de Lucca y, sobre todo, de empujarlo a él también lejos de mí.

—Has sido un verdadero idiota.

—Cállate, Haakon —espeté, dejando que mi cuerpo cayera pesadamente sobre la cama.

—No me hables así. Yo no tengo la culpa de nada.

—Quizá no me he expresado bien, he dicho que guardes silencio —dije, dejando escapar una bocanada de aire—. Estoy agotado. ¿Por qué no vas a buscar las explicaciones de Brunilda? Ella te ha delatado, y yo he intervenido para defenderte ante Éire. No descargues tu enojo sobre la persona equivocada.

—¿Por qué cambiar de tema así? ¿Acaso te estás burlando de mí?

—Manipular es la palabra que buscas —respondí con calma—. Pero no, no me burlo de ti ni intento manipularte. Solo me pregunto algo, Haakon. ¿No resulta duro que la persona para la que siempre has estado, la que siempre has protegido, te aleje con tanta facilidad? Solo por poder, por ascender en ese escalafón que Éire ha impuesto. O quizá no se trate de poder, sino de algo mucho más profundo, de amor.

—¿Amor? ¿A qué te refieres? —preguntó, frunciendo el ceño, mientras su voz mostraba una mezcla de confusión y frustración.

Me encogí de hombros y dejé que sus ojos buscaran respuestas que yo no podía darle.

—No lo sé… Solo tengo sueño, y tal vez estoy diciendo tonterías.

Me acomodé sobre la cama e intenté cerrar los ojos para apartar mis pensamientos, pero incluso el cansancio no podía silenciar la intranquilidad que me habitaba.

Pasaron unos minutos, un silencio pesado que llenaba la habitación, y entonces escuché cómo alguien abría la puerta y se retiraba, dejando el espacio nuevamente en calma.

CAPÍTULO XLVI

NYLISS

Al chocar, las espadas produjeron un fuerte chasquido metálico. Enderecé mi postura, mantuve firme la mano sobre la empuñadura, pero él empujó con más fuerza y casi logró hacerme caer la espada al suelo.

Casi. Esa palabra parecía seguirme a cada instante.

El escudo denso que había formado a mi alrededor detuvo el golpe que él intentaba propinarme en el vientre justo a tiempo. Keelan retrocedió, sorprendido, y me observó de pies a cabeza con un gesto de aprobación apenas perceptible.

—No sabía que la magia estaba permitida.

—Es una regla no escrita —respondí, limpiándome el sudor de la frente.

El príncipe asintió, relajando su posición defensiva, aunque no dejó de sujetar la espada. Yo, en cambio, pronto la apoyé sobre el escritorio.

De repente, una de las velas cerosas sobre la mesa se encendió con un impulso repentino, y su llama rozó la punta de mi mentón. Me aparté de inmediato, aunque no pude evitar que el calor calara mi piel y se extendiera por mi mandíbula, obligándome a tensarla con fuerza.

Jadeé y palpé mi piel herida para luego girarme hacia Keelan. Él sonreía ladeado, sin preocupación, solo con un dejo de diversión, como si supiera que el fuego no me dañaría más allá de lo que él permitiera.

—La magia está permitida, ¿no? —se burló.

—Si quieres que juguemos con magia, te venceré tantas veces que perderé la cuenta. Tengo muchos más años de experiencia que

tú. Y, perdona mi atrevimiento, pero creo que pierdes mal y no quiero escucharte llorar.

Keelan permaneció en silencio y me miró durante largo tiempo. No era una mirada cariñosa ni apasionada; era contemplativa, analítica. Su gesto amplificaba el silencio, creando una tensión más profunda de lo que cabría esperar, y eso me incomodó más de lo que debería.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué tal está Éire?

Su sorpresa fue evidente.

—¿Crees que yo lo sé? —bufó—. Hablar con ella últimamente es como chocar contra una pared de piedra una y otra vez. Cada intento duele demasiado para repetirlo.

—Pero ibais a casaros, no debería resultarte complicado hablar con ella.

—Es complicado, Nyliss. Y aunque quisiera explicarlo, no sabría hacerlo sin sentir que me he fallado.

—¿Fallarte? —pregunté, avanzando hacia él—. ¿En qué sentido?

—Tenía una idea muy firme del amor, ¿sabes? Un amor con comunicación, algo fácil y tranquilo. Mi compañera no sería solo mi amante, sino también mi mejor amiga. Quería que nuestros estilos de vida se complementaran, o al menos que fueran compatibles. Solo deseaba algo… sano. Pensé que lo mantendría para siempre, pero luego apareció ella. —Keelan sonrió sin darse cuenta, aunque su mirada permanecía triste, cargada de añoranza—. Sé que es una asesina, y la venganza no encaja con mi forma de vida, pero no puedo dejarla sola. No puedo fallarle a Éire. Aunque me destruya a mí mismo.

Un sabor amargo se asentó en mi estómago, y reprimí una mueca de disgusto.

—A mí me parece romántico. Ojalá alguien hablara así de mí. Éire debe apreciarlo mucho.

—No, no. —Negó Keelan—. No es romántico. Es trágico, estúpido e inconsciente. Pensar que el amor puede depender de alguien y negar tu individualidad es peligroso.

Cuando me di cuenta, ya estaba demasiado cerca de él como para retroceder sin que se notara. Podría haberme disculpado, retirarme y olvidar el momento, pero decidí quedarme. El dolor seco en mi pecho aumentó hasta que solo una acción podría aliviarlo.

—Podemos marcharnos de aquí —solté de repente—. Podría acompañarte, Keelan, si tan solo me lo pidieras.

Acaricié su pómulo y sostuve su rostro entre mis manos. Cuando no se apartó, pensé que el dolor se desvanecería, pero permaneció, latente.

—Nyliss…

—Quizá no ahora, pero me marcharé. Cuando la guerra termine, no me quedaré con Éire, y si decides irte, estaré ahí esperándote.

—Ni siquiera me conoces lo suficiente como para considerarme tu amigo.

—Pero quiero hacerlo —insistí.

—No así, Nyliss. No así. —Entonces se apartó. Mis manos cayeron vacías—. Quiero a Éire y, aunque no mantengamos un compromiso, no estoy listo para conocer a alguien más.

—Pero…

—Debería irme —afirmó, con el ámbar de sus ojos cada vez más apagado. Apretó reconfortantemente mi hombro antes de girarse hacia la puerta. Lo último que vi de él fue una fugaz sonrisa pesarosa sobre su hombro—. Buenas noches —dijo, y yo preferí guardar silencio.

HAAKON

Sabía lo que hacía Brunilda a estas horas. Ella no consideraba la noche un momento para relajarse; al contrario, era cuando más activa estaba. Entrenaba y practicaba con la espada hasta que aparecía la primera luz del día. Solo entonces descansaba.

Ni siquiera sabía cómo no caía inconsciente a cada instante, considerando que apenas dormía tres horas.

La encontré fuera del templo mientras arrastraba los pies sobre la nieve y tensaba la cuerda del arco que sostenía. Frente a ella, una figura completamente erguida e inmóvil se mantenía firme; sin

embargo, bajo sus pieles y las decenas de flechas clavadas en su cuerpo, no latía ningún órgano.

Era una ilusión, un blanco contra el que Brunilda se ensañaba cada vez que entrenaba. A veces solo aparecía una persona, otras veces varias, aunque nunca más de tres. Supuse que su poder no alcanzaba para más.

—¿Puedo unirme a ti? —pregunté, aunque mi tono fue quizá demasiado brusco. No necesité verla para saber que ya percibía mi enfado.

—No, hoy no. Hoy quiero entrenar sola —respondió y empujó con fuerza la flecha para acertar justo en la frente de aquel hombre que ni siquiera parpadeó.

—Últimamente siempre entrenas sola. Al menos eso creo, porque conmigo no lo haces.

Ella me miró por encima del hombro, con el ceño fruncido.

—¿Qué insinúas, Haakon?

—Siempre hemos sido tú y yo contra todo y todos, pero ahora te dejas llevar por una mujer a la que acabas de conocer. —No pude evitar bufar, más molesto de lo que jamás había estado con ella—. Dijimos que esto solo sería un medio para alcanzar a Eris, pero te veo demasiado implicada en la causa de la hechicera de las bestias.

Brunilda dejó el arco a un lado y se giró por completo hacia mí.

—¿Solo yo lo estoy? —replicó—. Creo que todos aquí creemos firmemente en ella, en que pueda darnos la gloria que merecemos después de tanto tiempo y tantas humillaciones.

—Yo soy el que ha estado contigo durante todas esas humillaciones, no ella. Yo te he salvado en múltiples ocasiones, no Éire. Ella solo quiere que seamos sus peones, Brunilda, y tú estás cayendo en su trampa como un cervatillo ingenuo.

—¿Que tú me has salvado? —espetó, dando una zancada hacia mí —. ¿Quieres que te recuerde quién te ayudó en el combate contra Éire? ¿Quieres que te recuerde cómo la hice sentir para que no te matase?

—Lo tenía controlado —escupí e intenté mantener la compostura.

—¿Lo tenías? —dijo, con un filo de desprecio—. Eres solo un humano, Haakon. Por muy buen guerrero que seas, tu idiotez te

condenará. —La figura tras ella, la ilusión, titiló como una llama de vela—. Estoy intentando conseguirnos grandeza. Quiero que nuestros nombres sean recordados, quiero tierras que lleven mi nombre, quiero joyas suficientes para enterrarme con ellas. Sin Éire, eso es imposible. Sin ella no somos nada, y si sigues enfadándola, acabaremos en el agujero del que salimos. Así que cállate y déjame actuar por ambos, como siempre he hecho.

Parpadeé, sintiendo que una daga se clavaba en mi vientre. Por mucho que quisiera comprenderla, no podía. Todo esto… ¿por grandeza? ¿Acaso había sido importante alguna vez? Pensaba que no, al menos para nosotros. Nunca habíamos hablado de ello, y ella, desde luego, no había manifestado que deseara lograrlo.

Pero ahora, por la intensidad de sus palabras, podía deducir que quizá siempre lo había planeado. Yo no era lo suficientemente importante para ser parte de ello.

Como ella había dicho, y como Audry había insinuado antes, yo al parecer solo era un hombre estúpido.

—Bien, entonces espero que seas muy feliz con tus malditas joyas, Brunilda. Si tan solo me hubieses preguntado, sabrías que yo no quiero esa vida… pero quizá ya lo sabías. Quizá no te importa en absoluto que yo no forme parte de ella.

—Claro que me importa, pero yo me importo más. No dejaré que me arrastres contigo a la marginación.

Tensé la mandíbula hasta que sentí dolor. Quise golpearla en ese instante, un pensamiento que no hablaba bien de mí. La rabia me inundó como un torrente, fluyendo por cada vaso sanguíneo y colándose en los recovecos de mis costillas. Quería gritar, cerrar mis manos en torno a su cuello y desgarrarle la voz con mi enfado.

Habíamos caminado por la vida juntos. Crecimos juntos, compartimos cada paso… y ahora, ¿esto nos separaba?

Ella era una maldita zorra estúpida, pero no merecía que gastase mi aliento en decírselo directamente. Así que simplemente me fui.

A partir de ese momento, estuvo muerta para mí.

CAPÍTULO XLVII

ÉIRE

—William Hamestaff, no pensé que te vería de nuevo —dije al hombre de cabello rubio y sedoso.

Ya lo conocía, aunque mi primera impresión de él no había sido muy buena. No cuando pasó todo el tiempo que compartimos en el gran salón de Zabia intentando cortejarme con su escasa labia.

Él sonrió brillantemente.

—Bueno, Keelan habló con mi señor, el rey de Helisea, y llegaron a un acuerdo. Vengo en su nombre y con parte de su ejército para ayudarte a librar esta guerra. Considerad esto como el inicio de una, espero, próspera paz entre nuestros pueblos.

Miré de reojo a Keelan, quien mantenía la mirada fija en William. No me dirigió la suya, pero su postura, rígida y regia, se suavizó apenas esbocé una pequeña sonrisa hacia el comandante Hamestaff.

—Bien. Vosotros y vuestros hombres sois bienvenidos aquí, aunque el espacio es reducido en este improvisado hospedaje. No obstante, no debéis preocuparos, dentro de dos días partiremos hacia la capital.

—Entonces deberíamos ir pensando en la estrategia para… —empezó William.

—¿Estrategia? —Me reí suavemente—. Nosotros no necesitamos estrategias. Solo bestias y poder. Y eso ya lo tenemos, si no me equivoco, comandante.

William me miró, confundido.

—Pensé que querías gobernar Iriam, no destruirlo.

—Oh, y lo haré. He enviado una misiva a Eris para encontrarnos al amanecer de la víspera del último día, no muy lejos de aquí.

—No saldrá de sus murallas, majestad. No conociéndoos a vos. Ella sabrá que planeas matarla.

—Cuento con ello, pero también con que mi hermana adora a sus grotescos súbditos. No permitirá que destruya la capital y, si no se presenta, ambas sabemos que la convertiré en cenizas —afirmé con firmeza.

—Dejemos estas conversaciones tan deprimentes para otro momento. Sois nuestros invitados, así que instalaos y conoced el lugar. He dejado unos barriles en vuestras habitaciones y algo de comida. Seguidme y os lo mostraré —intervino Keelan, apaciguando el ambiente como siempre. Al instante, William y sus numerosos hombres compartieron expresiones de alivio.

El comandante asintió y dejó que el príncipe de Zabia los guiase por las chozas. Debido al reducido espacio, muchos deberían compartir lecho.

—Hombres… —suspiró Brunilda a mi lado. La miré de reojo y no pude evitar esbozar una sonrisa.

—Bueno, los hombres no son el problema, lo es la fragilidad del ego —respondí. Me di la vuelta y me dirigí de nuevo al templo; ella me siguió.

—¿Cómo se encuentran las criaturas razha? ¿Crees que podrán luchar? —Su mirada de reojo brilló genuinamente y me pregunté si aquella pregunta contenía otras intenciones. Tal vez buscaba información o confirmar algo que ya la mantenía inquieta.

En mi mente surgía siempre ese debate, ¿estaban los monstruos listos para luchar? O, aún más importante, ¿estaba yo preparada para dejar que muchos de ellos murieran?

La respuesta a ambas preguntas era claramente negativa. Me preguntaba si Brunilda también lo imaginaba.

—No van a luchar. Permanecerán aquí, donde estarán a salvo. Además, así no tendré que preocuparme de que dañen a quienes no deben. Solo me concentraré en la batalla.

—Ellos son nuestro activo más valioso.

—No son un activo —farfullé y me detuve en uno de los pasillos. Ella hizo lo mismo.

—Es cierto, pero sin ellos nuestro bando sufrirá más pérdidas, Éire. Sentenciarás a nuestra gente.

—Las criaturas razha también forman parte de nuestra gente. No puedo elegir entre unos y otros. Además, por mucho que quisiera, ni siquiera sé si puedo controlar a todos esos monstruos de nuevo sin morir en el intento.

—Me parece que ya has elegido —afirmó Brunilda.

—Sea como sea, es mi decisión y deberéis apoyarla. Porque sin mí, creo que lo dejaste muy claro a Haakon, no sois nada.

La hechicera parpadeó, intentando disimular su sorpresa.

—Éire…

—No intentes justificarte, lo entiendo. Mientras mantengas tu lealtad inquebrantable hacia mí, todo estará bien entre nosotras. Nuestra relación, de cualquier forma, siempre ha sido estrictamente profesional.

Supe que no diría nada, pero aquello le dolió. Aunque no lo mostrase, aunque su mirada permaneciese insondable y sus gestos inexistentes, el dolor estaba allí. Para Brunilda, esto no solo se trataba de poder, sino de algo más profundo.

Sabía lo que sentía por mí, aunque ni siquiera ella lo hubiera aceptado.

—Me alegro de que nos entendamos —Asintió, aparentemente convencida—. Debo marcharme si quiero llegar a la capital a tiempo. Seguiré las instrucciones que me diste y nos volveremos a ver en el campo de batalla, Éire.

—Bien.

—Bien. Te veré pronto —murmuró antes de alejarse.

No supe nada más de ella hasta, como ella misma dijo, que llegara el momento de la batalla.

NYLISS

Respiré hondo y pellizqué con fuerza la tela de mis pantalones.

Ese hombre… ¿por qué estaba Hamestaff aquí? ¿Por qué ahora? No, no, no. No era posible.

Piensa, Nyliss. Piensa en algo distinto. Relájate y controla tus impulsos.

Traté de hacerlo. Imaginé las grandes nubes del cielo, parcialmente mordisqueadas por el viento, esponjosas como algodón y de un color lechoso. Pensé en el aroma a madreselva del bosque, en la sensación de deslizar los dedos por las margaritas que rodeaban el prado junto a mi hogar, allá, en las fronteras de Helisea.

Recordé mis pies húmedos, dañados, hundiéndose en la tierra y las malas hierbas tras un largo día de lluvias torrenciales. Sentí el viento refrescando mi rostro y revoloteando mi cabello, la maravillosa sensación del frescor en los labios tras untarlos con miel, y cómo sonreiría al ver un pájaro intentando salir de su nido y emprender el vuelo.

Nunca me había gustado mi sonrisa, así que no solía abrir demasiado la boca cuando me rodeaba gente. No me refería a la sonrisa coqueta que dirigía a algunos hombres, sino a mi verdadera sonrisa: grande, de boca abierta, que estiraba mis mofletes y resaltaba aún más mi nariz torcida.

La odiaba, pero me gustaba sentir que podía mostrármelo. Cuando lo hacía, me sentía libre, capaz de permitirme ser feliz; aunque eso ocurría pocas veces, solo cuando estaba sin compañía.

Mi madre solía decir: "Si algún día quieres un buen marido, debes suplir tus defectos con tus atributos". Por eso ajustaba mi corsé con firmeza y me aseguraba de que mi cabello brillase, mis uñas se mantuvieran limpias y rectas, y mi piel estuviera tan frotada con cepillos que apenas sentía nada al tocarla, como al pasar los dedos por una superficie lisa. Nunca tocaba mis ojos, no los maquillaba ni los retocaba. No era necesario: eran la joya de la corona, la peculiaridad que, según muchos hombres, me hacía exótica y de mirada provocadora.

A mí también me gustaban, pero escuchar cumplidos solo por ellos los había convertido en un motivo de hastío. Mi mirada no seducía; simplemente existía, y aun así, algunos lograban sexualizarla.

"Mírame mientras estemos en la cama."

"No cierres los ojos."

“Tienes mirada de zorra.”

“¿Acaso es un hechizo para hacerte ver más atractiva? No me gustan las mujeres que se perfeccionan.”

—Son de nacimiento —solía responder al principio; sin embargo, en cuanto lo sabían, me dejaban cuando habían satisfecho su curiosidad. Supuse que no querían esa herencia para sus descendientes. No unos ojos de zorra, según los llamaban.

Toqué el pomo de mi puerta y la necesidad de girarlo oprimió mi pecho hasta casi impedirme respirar. Fue como un golpe seco, como el miedo paralizante que sentías cuando alguien coloca un cuchillo contra tu cuello. Pero Éire me había enseñado a no ceder, a no permitir que el miedo controlase mis acciones. Así que abrí la puerta y salí apresuradamente.

Ni siquiera supe si la cerré detrás de mí, pero el dolor se expandió hasta los hombros. Aquellas manos invisibles y maliciosas apretaron mi esternón, y sentí la necesidad de retroceder, golpear algo, llorar hasta quedarme sin aire. Apenas podía dar pasos sin tropezar.

Vuelve y hazlo.

No, si quiero curarme. Debo resistir. No puedo dejar que esta enfermedad controle mis movimientos.

Antes de poder decidirme, escuché mi nombre salir de una de las habitaciones del templo. No reconocía la procedencia exacta, pero la voz me resultó familiar, era William Hamestaff.

La puerta estaba entreabierta y no pude evitar acercarme a la rendija, dejando que mis ojos captaran la escena en la penumbra.

—¿En serio es una mujer tan fácil? —preguntó alguien, su voz estaba cargada de burla. No reconocí al interlocutor.

—¿Fácil? Solo mírala y abrirá las piernas con sorprendente rapidez —se mofó William, provocando risas entre los presentes.

—¿Es cierto que le diste a Nyliss unos buenos azotes solo porque no quería que te marchases? —inquirió otro.

William sonrió con orgullo y socarronería:

—La muy tonta creyó que por follármela más de una vez podría quererla. Cuando me cansé, me rogó que no la dejase, así que le di lo que se merecía. Aun así, no se defendió. Ahora entiendo por qué estaba loca; por eso la echaron del ejército.

—Pero para una noche es bastante útil —bromeó un hombre. Reconocí su voz: Urien, aquel idiota que me había conminado con condescendencia, alegando que estaba enferma.

Las risas resonaban, crueles y constantes. Se reían de mí.

—Yo no pienso que sea para tanto. Con esa nariz, su cuerpo tan delgado y esa cabeza hueca, me parece más una broma que una mujer atractiva. Eso sí, no es mala combatiendo y, si quieres llenar tu casa de oro, casarte con ella no es mala opción, es familia de la hechicera de las bestias. Solo habría que ignorarla y enseñarle a hablar lo justo en casa.

—¿También ignorarás que está ida? —preguntó el comandante Hamestaff.

—La mandaría con algún sanador dispuesto a experimentar con su cabeza, que la encerrasen o adormecieran. Ni nuestra descendencia tendría que heredar su sangre. Nadie lo sabría. No hay nadie pendiente de ella.

Parpadeé varias veces, conteniendo las lágrimas, y me fui de allí. Sus risas penetraban en mi pecho como espolones que se hundían, punzantes, en mi corazón. Renqueaba mientras avanzaba y, a trompicones, cerré la puerta de mi habitación y giré el pomo varias veces, pero nunca era suficiente.

Apagué y encendí las velas. Tres veces. Abrí y cerré los cajones de la cómoda. Tres veces. Respiré hondo tres veces y luego me detuve, casi sin aire, hasta sentir el mareo.

Todo era oscuridad. Me sentía un títere que, cada vez que ejecutaba las acciones que su titiritero ordenaba, veía cómo se agrietaba su madera.

Despegué el sello de la carta que había aparecido días atrás sobre mi almohada, y que casi quemé. Reconocí el matasellos de inmediato. No debí abrirla, pero lo hice. La leí.

Cuando terminé, las lágrimas habían manchado el pergamino hasta convertirlo en una pasta húmeda. Mi vientre se retorció y mis manos sudorosas rasgaron la carta en jirones, con ira, impotencia y un dolor profundo.

Grité contra mi almohada hasta que mi garganta pareció quebrarse.

Y hasta ahí llegó mi cordura. Hasta ahí resistió la madera de mi títere. Entonces se rompió. Y con ella, mi paciencia.

CAPÍTULO XLVIII

ÉIRE

Miré la vorágine de colores que se estampaba en el cielo. El tono malva más suave, el anaranjado más vivo y el azul más celeste se entrelazaban en un horizonte limpio. Apenas había nubes que difuminaran las líneas que separaban cada color, creando un tapiz que parecía moverse con cada respiración del viento.

Estaba sentada sobre la tierra mientras dejaba que los rayos de sol acariciaran mi rostro y calentaran mis labios. La nieve se había derretido y solo quedaba un día templado de víspera, el albor que tanto había esperado y con el que había soñado durante mi largo recorrido por Nargrave. Sin embargo, a pesar de la promesa del día, sentía que dejaba demasiadas cosas atrás. Cabos sueltos que me habría gustado atar, conversaciones que quedaron a medias o que ni siquiera había comenzado.

Entre mis dedos descansaba la carta que había escrito para Ashania el día de su muerte. En aquel momento había volcado todos mis pensamientos precipitados, y nunca fui capaz de releerla tras dejar la pluma en su tintero. Aun así, una voz interior me susurraba que debía permitirme una despedida antes de que acabara el año.

Recorrí con mis dedos el grueso papel mal cortado con la tinta seca pero corrida por las lágrimas y una caligrafía descuidada y torpe. El sol intensificaba el negro de la tinta, haciendo que cada palabra resaltara con más fuerza. Y yo lo permitía, porque quería leer cuidadosamente cada letra, regodearme en mi dolor.

~~*Querida Ashania:*~~

No, esta carta no tiene más destinatario que yo misma. No hay un "querida Ashania", aunque sé que así debería comenzar una carta

dirigida a ti. Te gustaría que me dirigiese de esa manera, lo sé. Aunque ya no podré confirmarlo. Nunca fue mi intención que esto acabara así.
Creo que debo reafirmarlo.
Me salvaste, me enseñaste el valor de nuestro pueblo y el de las criaturas razha. Me mostraste cosas que ahora sé, y siendo sincera, tú serías mucho mejor reina que yo. Fuiste tú quien me encontró y ayudó a levantar a nuestra gente, este movimiento comenzó por ti, no por mí.
Siento haberle hecho eso a Cade. Eso, de todo, es lo más imperdonable. Eras una madre ejemplar, la misma que me habría gustado tener, y se la he arrebatado a Cade. Le he quitado todo. Pero este propósito, estas personas, este plan… significan mucho para mí. Incluso más que tú, Asha.
Me gustaría decir que lo lamento, pero sería mentir. Lo único que lamento es no haberte dado una oportunidad. Lo único que lamento es no admitir que sí, te consideré mi amiga, pero algo más. Entre nosotras siempre pudo haber algo más y, si esto no hubiera ocurrido… quizás habría llegado a amarte, Ashania Minceust. Jugaré cada noche a las cartas yo sola, porque es un juego que no puede perderse. Solo en tu honor.
Hay tantos "¿y si?" en nuestra historia. Como: ¿y si Keelan no hubiera estado? ¿y si me hubiera permitido caer en la tentación? ¿y si todo no fuera tan difícil? ¿y si fuese otro momento, otra ocasión? ¿y si fuésemos otras personas?
Siento haber dejado que eso me detuviera, pero decir ahora esto es egoísta. He sido tu verdugo y me avergüenzo de ello, pero era necesario. Ojalá, allá donde estés, me odies tanto como yo lo hago.
Te veré tras mi muerte, que ojalá sea pronto.

~~La hechicera de las bestias~~,
~~Éire Güillemort Gwen.~~ Solo Éire.

—¿Qué ocurre? —preguntó Audry, acercándose desde la lejanía hasta donde estaba sentada. Le había pedido que me encontrase allí cuando el sol ascendiese por el este.

No parecía preocupado, solo ligeramente molesto. No me sorprendía, el que había sido mi mejor amigo y yo no estábamos en nuestro mejor momento. Ni siquiera sabía si nuestra amistad aún persistía, y si lo hacía, pendía de una hebra frágil, a punto de romperse con un solo soplo.

Pero aún le quería y no permitiría que se alejase sin más.

Palpé la tierra a mi lado y dije con voz firme:

—Siéntate a mi lado.

Hizo el amago de detenerse, pero no dudó demasiado antes de sentarse justo donde le pedí.

—¿Y esta repentina atención? —masculló—. Pensé que te habías olvidado de que existía.

—No digas eso. Sabes que no es cierto. Es solo… que esto es complicado para mí, ¿sabes? —Tragué saliva con fuerza y lo miré. Su cabello había sido recortado, y su rostro recuperaba rasgos del niño que conocí a los dieciséis años. Parpadeé y traté de mantener la entereza—. Y últimamente no has parecido tú mismo.

Él sonrió, sarcástico.

—Ah, ¿y tú sí? —Sin aviso, tocó la marca que sellaba mi piel con hierro y fuego en el cuello. Pero esta vez, no sentí nada—. Incluso tu cicatriz ha desaparecido; ahora tienes líneas obsidianas que surcan tu hombro. Tu cabello y tus ojos se han oscurecido, y ni hablar de tu corazón. Te conocí cuando eras una perra, pero ahora eres malvada, Éire.

Observé aquellas líneas paralelas y perpendiculares, cada una seguía un camino distinto hasta mi mentón, oscuras como tizne, tan intrínsecas a mi piel como una cicatriz. Había rascado y frotado con fuerza mi cuello, clavículas y pecho, pero no desaparecían. No era un mal sueño, era la magia razha.

—Sabes que no soy malvada.

—¿Lo sé? Últimamente no has mostrado demasiada bondad —aseguró, mirándome a los ojos y humedeciendo los labios solo una vez antes de continuar—. ¿Crees que nadie ha notado que los monstruos han desaparecido? ¿Dónde están, Éire?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que están esperando en el campo de batalla? —Me reí secamente—. Ellos no lucharán. No es su

guerra.

—Ah, ¿y la de los humanos que lucharán por ti sí? ¿Morirán por ti?

—Muertes aceptables. Ellos mismos pueden irse si quieren.

—No sin que antes los mates, probablemente.

—¿Esa es tu idea sobre mí? —respondí, burlona, aunque sin una pizca de diversión. En ese momento, una lágrima rodó por mi mejilla sin que él lo notara.

Aun así, no respondió. Permaneció en silencio y, lentamente, como la caricia de un dolor que se arrastra sin tregua, su mano rozó la mía sobre la tierra.

Lo miré de soslayo. Sus ojos estaban apagados, tristes.

—Te entiendo, Éire. Solo que no sé qué nos ha ocurrido.

—La tragedia del tiempo, supongo —susurré. Otra lágrima rodó por mi mejilla.

Audry apretó mi mano.

—Las circunstancias nos han cambiado. El tiempo hace que cada cambio se dé en su lugar. Pero no me gustan estos cambios, todos mis principios, mis ideas… Ahora no soy nada sin ellos. ¿Qué hace un caballero sin su honor? ¿Sigo queriendo ser un caballero? ¿Sigo mereciéndolo?

Yo resoplé.

—No creo que sea yo quien deba responder a esas preguntas, pequeño comandante —dije a la par que esbozaba una sonrisa breve —. Ni siquiera puedo responder a las mías propias.

—En todo el tiempo que estuvimos separados en Aherian, cambiaste tanto… —Él suspiró profundamente, sin apartar la vista del sol que ascendía en el horizonte. No era un gesto directo, pero desde mi perspectiva podía parecerlo—. Cuéntame, ¿cómo ocurrió?

—No recuerdo mucho de esa época —respondí, dejando que mi voz se mantuviera firme a pesar del nudo que sentía en el pecho—. Solo sé que no sentía nada, como si no existiese, como si hubiese llegado al final absoluto. Un vacío profundo me oprimía el pecho, acompañado de una soledad que persistía sin importar los cuerpos que tocaba. Mi única salida, al no poder cambiar mi entorno, fue cambiar yo misma. Ahí me consumió la magia y el dolor; ahí sentí cómo la soledad se apaciguaba gracias a las bestias de todo

Nargrave, las percibía como siento latir mi propio corazón. Fue entonces cuando Éire Gwen murió, y nació la hechicera de las bestias, la mujer dispuesta a hacer cualquier cosa por esas criaturas y por sí misma… porque era lo único que me quedó cuando lo perdí todo.

—¿Crees que eres la villana de esta historia? —preguntó él, sin malicia, con una curiosidad genuina que me obligó a mirarlo.

—Solo quiero nuestra libertad, cueste lo que cueste, muera quien muera —dije, firme—. Esta vez venceré yo. Si eso suena como algo que diría un villano, entonces así será. Pero ambos sabemos que la línea entre el bien y el mal es mucho más difusa de lo que parece.

Audry asintió, con un gesto suave y sincero.

—Te quiero. Eres como una hermana para mí, Éire. Aunque siento que nuestra relación ha cambiado; que ya no somos tan cercanos desde la muerte de Keelan.

—Yo me siento agradecida de haber sido cercana a ti, aunque haya sido por poco tiempo y aunque ese lazo se haya debilitado —le respondí—. Supongo que la gente cambia, y con ello debemos dejar que cada uno tome su camino. Debemos dejarlos ir…

—Pero me da miedo —confesó él, con la voz trémula.

—¿El qué? —pregunté, suavizando mi tono.

—Que todo haya cambiado tan rápido. La persona en la que me estoy convirtiendo. Separarme de ti para siempre, aunque sea solo en el alma, el solo saber que ya nunca será igual me duele tanto. Solo quiero que todo se arregle, que todo vuelva a ser como antes.

Al mirarlo, pude ver a su niño interior desprotegido hablándome a través de sus enormes ojos brillantes y sus labios temblorosos, dejando entrever la vulnerabilidad que normalmente escondía.

Lo acerqué a mí y lo abracé con fuerza.

—Es hora de decirnos adiós, y ambos lo sabemos —susurré—. Ha sido una travesía intensa, triste y hermosa a tu lado, pero ha llegado a su fin. Aun así, esperaré noticias de tus logros, donde sea que los encuentres.

—Podría formar parte de tu séquito —dijo con un hilo de esperanza.

No permití que se separase de mí, pues sabía que esperaba una respuesta afirmativa. No se la daría; hacerlo me habría destrozado.

—No —contesté, con firmeza—. Ambos sabemos que no deseas formar parte de esto por más tiempo. Debes marcharte a otro lugar, quizá junto a Keelan.

Entonces sí se separó de mí. En su mirada se leía un cúmulo de preguntas sobre mí y Keelan; comprendí de inmediato que quería saber si nuestra relación había terminado por completo. En lugar de eso, sorbió su nariz y asintió lentamente.

—No creo que haga eso, no me parece correcto. Quiero visitar el gran templo de Zabia, encontrar respuestas sobre mi vida y ver por última vez a mi familia, aunque sea a través de una ventana. Después, me someteré a duras pruebas en algún ejército y empezaré desde el escalafón más bajo. Prefiero pensar que me he ganado mi lugar y, sobre todo, que estoy listo para desempeñarlo.

—Veo que lo tienes claro —le dije, dándole varias palmaditas reconfortantes en el hombro. Sonreí débilmente, con ese hilo de ternura que aún conservaba.

—Intenta no morir hoy, Éire.

—No me preocuparía si me dañaran —respondí, con un gesto tranquilo.

—No estoy preocupado por los demás, estoy preocupado por ti —dijo, observando las marcas oscuras de mi cuello, que se serpenteaban hasta desaparecer bajo la tela de mi túnica.

Tragué saliva con fuerza. Tenía razón. Debía cuidar cada paso que daba.

CAPÍTULO XLIX

KEELAN

—¿Qué demonios te ha pasado? —pregunté, rozando con la punta de mis dedos las marcas que estaban por su cuello.

Nos encontrábamos en su habitación. Ella misma me había hecho llamar, y al ver aquellos símbolos sellando su piel, el aire pareció detenerse en mis pulmones.

Éire se apartó lo suficiente para impedir que volviera a tocarlas.

—No te he llamado para hablar de eso. Antes de irnos, quiero decirte algo.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto es una despedida? —murmuré.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá lo sea, Keelan. Esto es una guerra.

—Sabes tan bien como yo que no te preocupa lo que puedan hacerte los demás. Así que, dime, ¿por qué te despides?

—Porque después de hoy no me verás igual —respondió con serenidad—. Has intentado mirar hacia otro lado, fingiendo que sigo siendo la misma, pero ambos sabemos que no lo soy. Es hora de que te alejes de la oscuridad… de mí. Si tú no das ese paso, lo haré yo.

Avanzó un paso y tomó mi mano. No lo hizo para sostenerla, sino para depositar en ella lo que más temía, el anillo casi marchito que le había entregado aquella noche sobre el puente de Normagrovk.

La observé con detenimiento. En sus ojos había una seguridad que me desarmó. No era frialdad, sino convicción.

—¿Esto es lo que quieres? ¿Un adiós definitivo?

—Quiero que seas feliz —dijo con voz clara, sin un atisbo de duda —. Y yo ya no soy alguien capaz de brindarte eso.

—Claro que puedes. Encontraremos una solución. Te curarás, Éire. He estado leyendo y…

Ella negó suavemente, retrocediendo un paso antes de interrumpirme.

—Ese es el problema, Keelan. No necesito ser curada. Esto es lo que soy. Te enamoraste de una versión de mí que murió hace meses contigo. Lo triste es que aún te amo, pero he aprendido a aceptar esa realidad. A aceptarme, junto con la magia que tanto aborrecí. Si para salvarnos debo alejarte, lo haré.

—Eres mi familia, Éire. No puedo perder a mi familia otra vez.

—No me estás perdiendo —susurró—. Ya me perdiste. Aquella "yo" de la que hablas dejó de existir, y eso está bien. Ahora cada uno debe seguir su propio camino. Podrás rehacer tu vida lejos de todo esto, en tu reino, con alguien que pertenezca a ese mundo.

—Vas a ser reina, Éire. Podemos hacerlo juntos —insistí, intentando alcanzarla, aunque con cada palabra parecía alejarse más, no solo físicamente, sino en espíritu.

—Sabes que no es lo mismo. Esta es mi gente, y quiero protegerlos. En Zabia… no tengo nada.

—Igual que yo aquí —dije y comprendí finalmente lo que intentaba decirme.

—Solo nos tenemos el uno al otro —continuó ella, con la mirada fija en el suelo—. Y aunque para la Éire de antes eso habría bastado, ahora entiendo lo que dijiste aquel día en el bosque sobre que el amor no es suficiente. Si lo fuera, en circunstancias como estas, se convertiría en dependencia.

Asentí mientras esbozaba una sonrisa triste. Me alegraba que recordara mis palabras, aunque en el fondo deseara que no fueran verdad.

—Te quiero —dije en voz baja—, y quiero que seas feliz, con o sin mí, hechicera. Pero si alguna vez me necesitas, estaré ahí.

Apreté el anillo con fuerza hasta que se deshizo entre mis dedos. El viento se llevó las diminutas trizas, y ambos seguimos su vuelo con la mirada, en silencio. Cuando ella me permitió rozar su rostro, noté que la oscuridad había comenzado a extenderse. Finas líneas

sombrías surcaban sus sienes y su barbilla, marcando su piel como raíces de una sombra viva.

—Lo sé, Keelan Gragbeam. Eres el mayor amor que la vida pudo concederme, y maldigo a los dioses por no habernos dado otras circunstancias.

—¿Qué crees que habría ocurrido? —pregunté.

—¿En otras circunstancias? —repitió, sonriendo con un dejo de picardía, como si ocultara un secreto—. Después de tanto tiempo manipulando mi magia, creo que puedo mostrártelo.

—¿Hablas en serio…? —No llegué a terminar. La habitación comenzó a temblar, meciéndose como hojas de sicomoro empujadas por un vendaval invisible. Los cimientos del templo parecían estremecerse, aunque sabía que todo estaba ocurriendo dentro de nuestras mentes, el suelo permanecía intacto bajo mis pies.

Cuando levanté la vista, la escena ante mí me dejó sin aliento.

—Oh, sabes perfectamente que Elizabeth prefiere el castillo de Gregdow. Dice que la magia crepita en sus paredes —dijo una mujer adulta, vestida con un ligero vestido escarlata de muselina.

Llevaba joyas discretas y el cabello trenzado con sencillez. Su porte era majestuoso, pero su rostro mostraba serenidad. No era Éire, aunque compartían los mismos rasgos, la forma de los ojos, la sonrisa leve y la fuerza contenida en su mirada. No había cicatrices oscuras en su piel, solo la madurez y los pequeños signos del tiempo que no se había molestado en ocultar.

El hombre que hablaba con ella tomó su brazo con ternura. Su cabello oscuro estaba cuidadosamente peinado, su traje borgoña mostraba elegancia sin exceso. Ya no era tan atlético, incluso había ganado algunos kilos, pero sus cicatrices y la expresión de sus ojos lo delataban, era yo. Yo dentro de unos años.

—Sí, pero me prefiere a mí. Elizabeth dice todo el tiempo que soy su favorito —respondió el hombre, divertido.

La mujer bufó con fingido fastidio.

—Tantos meses en mi vientre para que terminara igual de insoportable que su padre.

—¿Molesto, yo? —replicó él, con un tono juguetón. Se acercó a ella y le besó la frente con cariño.

No llegaron a decir más ya que las puertas se abrieron de golpe y una pequeña niña de cabello azabache entró corriendo, riendo entre jadeos.

Sus rizos formaban diminutos tirabuzones que caían sobre sus hombros, y sus ojos, más ámbar que los míos, brillaban con travesura. Era inquieta, vivaz, idéntica a su madre en espíritu, aunque en su físico solo compartía los labios gruesos y la mirada ligeramente felina.

—¡Papá, mamá! El tío Audry está molestándome otra vez. Lucca intenta detenerlo, pero no deja de asustarme con esa marioneta vieja —reclamó la niña, frunciendo el ceño. Luego tiró del vestido de su madre con dramatismo—. Le he amenazado varias veces, como me dijiste, pero dice que no le doy tanto miedo como tú. Que me falta esa "chispa". ¿Qué chispa es esa? ¡Porque juro que pienso prenderle fuego a esa maldita marioneta!

—Ellie, te he dicho que no maldigas ni amenaces —le recordó su padre en tono severo, aunque una sonrisa se escapó en el aire.

Elizabeth, sin embargo, miró a la mujer con una expresión entre divertida y resignada.

—Ahora mismo voy a poner firme a tu tío, Elizabeth. Ve a decirle que tiene pocos minutos para esconderse —ordenó aquella Éire adulta.

La niña soltó una risa traviesa, idéntica a la de su madre, y salió de la habitación dando pequeños brincos de emoción, con el cabello agitándose a cada paso.

—¿Por dónde íbamos? —continuó el hombre, cerrando de nuevo las puertas con suavidad—. Ah, sí. Hablábamos de dónde celebrar ese dichoso baile. Sabes que me da igual que Ellie festeje su décimo cumpleaños allí; la celebración es por y para ella.

—¿Y a mí? ¿Me concederás un baile, como todos los años?

—Puedo concederte todos los que desees —aseguró él.

Tomó su mano con una ternura que solo compartían quienes habían construido una vida juntos. La hizo girar sobre sus pies, y ella, riendo con una alegría vibrante, se dejó llevar por el momento. Su risa resonó por la habitación, era la misma de Éire. Exactamente la misma que recordaba.

Aparté la mirada apenas un instante, y la visión se desvaneció. Se disipó como nubes desplazadas por el viento, como humo arrastrado por el aire después de extinguirse el fuego.

No había notado que sostenía la mano de Éire hasta entonces, pero al mirarla la apreté con más fuerza, temeroso de que también ella se desvaneciera.

—¿Qué debía ocurrir para que pasara eso? —pregunté.

—Ojalá lo supiera —respondió ella, con un tono tan sincero que dolía.

Evadí su mirada, pero, sin importar a dónde dirigiera los ojos, aquella escena seguía allí, grabada en mi mente. La pequeña Ellie seguía allí.

—Me parece hermoso que la hayamos llamado Elizabeth, como a mi hermana —susurré—. Ella… es preciosa. Hubiera sido preciosa.

Éire bajó la cabeza.

—Sí —dijo con un hilo de voz—. Lo habría sido.

Levanté su rostro con la yema de mis dedos. Sus ojos, empañados por lágrimas contenidas, me revelaron que ella también tenía el alma desgarrada por aquella despedida.

—Siempre te querré —dije despacio—. Nuestra relación seguirá existiendo mientras lo haga este sentimiento. Ni siquiera la eternidad podrá borrar lo que siento al mirarte, hechicera.

Éire sonrió con tristeza, una sonrisa que dolía más que el silencio. No se acercó más. Esta vez no hubo beso de despedida, ni un "hasta pronto". Ambos sabíamos, en lo más profundo, que era el final. Que nuestros caminos, por más que lo habíamos intentado, debían separarse.

Nunca creí en los dioses, pero cualquiera que nos hubiera visto sabría que luchamos. Que lo dimos todo. Que amamos con la intensidad de quienes se saben efímeros. Que nos dejamos el aliento en cada caricia, en cada intento por permanecer. Pero, a pesar de encajar a la perfección, no pertenecíamos al mismo destino.

Y eso estaba bien.

Estaba bien porque nos habíamos amado, porque nos sostuvimos cuando todo se derrumbaba, porque en medio de la tempestad

fuimos refugio y salvación mutua. Pero llegaba el momento de aprender a nadar solos, de avanzar sin la mano del otro.

Y, por primera vez, supe que podía hacerlo.

CAPÍTULO L

ÉIRE

Siempre me había gustado la adrenalina. Adoraba ese vértigo que se apoderaba del pecho y atenazaba la garganta minutos antes de una batalla.

Aunque aún no había llegado el momento, me sentía impaciente, casi exaltada. La celebración de la víspera del último día debía mantenerse en pie. Si quería a mis hombres con el espíritu en alto, ansiosos de gloria y convencidos de que la alcanzarían, aquella fiesta no podía cancelarse. Necesitaban esperanza, no miedo. Por eso, las ceremonias, los cánticos y todo el despliegue simbólico debían continuar.

—No quiero corsé, Cala. Busca algo ligero, pero de un tono azul reluciente. Ese será el color de nuestro reino, el color de la gloria y de la calma. El brillante color de la victoria.

Cala asintió y comenzó a revolver los cajones de mi cómoda. No estaba segura de que encontrara algo que encajara con mi petición, aunque sabía que debía de haber más vestidos de los que imaginaba. La doncella había llenado aquel mueble con prendas majestuosas, túnicas de botones brocados y telas dignas de una suma sacerdotisa.

Tardó menos de lo que esperaba en hallar el vestido perfecto. Cuando lo sostuvo frente a mí, un destello de memoria me atravesó con violencia. El diseño se asemejaba demasiado al que había usado la noche en que maté a Idelia. A mi madre.

Inspiré hondo y obligué a mi rostro a dibujar una sonrisa amplia y serena.

—Exactamente como lo quería —afirmé, fingiendo naturalidad.

Cuando el vestido cayó por mi cuerpo, sentí el roce del tul deslizándose por mis piernas. La falda se movía con la brisa que entraba por la ventana, ondeando como un manto líquido. El escote era recto y ceñía mis hombros con precisión, y formaba una línea limpia hasta mis brazos, donde unos finos tirantes de seda sostenían el tejido. En torno a ellos, se acumulaban ligeros pliegues de tul que se disipaban con elegancia hasta el cuello. No brillaba por piedras ni adornos ya que su sencillez era su poder. El color, un azul ópalo profundo, parecía contener su propia luz. Recordaba a una piedra pulida y translúcida, tan rica en matices que una podía perderse en ellos, como quien contempla una constelación.

Cala, tras de mí, me observaba a través del espejo. Su mirada lo decía todo, me veía como una reina. No una guerrera, sino una soberana. Y aunque en el fondo prefería la rudeza del cuero y el peso familiar de mis botas, comprendía la importancia del símbolo. Que me viesen como su reina era esencial.

Me senté ante el tocador y permití que Cala pasara el cepillo por mi cabello oscuro. Cada mechón se deslizaba entre las cerdas con un sonido leve, casi hipnótico. Fue entonces cuando habló.

—Espero que todo ocurra como deseas, Éire. Quería decirte también que, con el tiempo, he llegado a considerarte una amiga. Te agradezco que me hayas brindado tu amabilidad, un hogar y un propósito.

Le sonreí a través del espejo.

—No digas ahora lo que no dijiste antes por temor a no poder hacerlo más. Esta noche todo saldrá como debe, y tú formarás parte de mi corte, Cala. Has sido buena compañía y eso vale más de lo que imaginas. No cualquiera habría soportado mis arrebatos sin maldecir mi nombre.

Ella bajó la cabeza, sonriendo con timidez, y reanudó su tarea, pasando el cepillo con delicadeza.

♣

La noche se acercaba, y con ella la oscuridad y el rumor expectante de la fiesta. Las hogueras ardían en el patio del templo;

el aire olía a salvia y a musgo fresco. Las espadas, antes cubiertas con ramas sagradas, reposaban ahora sobre el altar, justo frente a las estatuillas de la tríada.

Cada una de aquellas figuras carecía de rostro, pero su presencia era inconfundible.

Kerönhe emanaba una fuerza primitiva. Su estatuilla, la más imponente, tenía una postura despreocupada, casi tediosa, como la de una bestia cansada de su propia naturaleza salvaje.

Vignís, en cambio, era pura elegancia. Su figura verde menta irradiaba serenidad. Permanecía erguida, observando a quienes se inclinaban ante ella con una expresión que parecía más analítica que piadosa.

En el centro se hallaba Cristea. En el pedestal podía leerse: Madre de todos. Estaba sentada en un trono de madera sin tallar, con el cabello largo y rizado, las cuencas vacías, insondables. No tenía rostro. Su figura no había sido pintada ni detallada. Nadie debía tocarla. Ella estaba por encima de todo.

Yo sí la toqué.

Me aseguré de que nadie me observara antes de acercar mis manos a su cuello. Mis dedos se cerraron con firmeza alrededor de la madera.

—Si tú me diste esta vida —susurré—, espérame en el círculo. Porque te juro que te mataré, maldita zorra.

La solté con desprecio. Aquel trono debía ser mío. No el suyo. A mí debían levantar estatuillas, no a ellos. Yo merecía los rezos, las ofrendas y la gloria.

—Espero que estéis disfrutando de esta magnífica velada para festejar nuestra victoria aún no conseguida —anuncié en voz alta mientras proyectaba mi voz sobre la multitud congregada.

Algunos se rieron ante mi ironía.

—Nunca creí en los dioses —proseguí—, porque estoy convencida de que nosotros somos lo más cercano a una divinidad. Si los dioses existieran, serían humanos.

Un murmullo recorrió la sala. Hubo exclamaciones de escándalo, pero no me detuve.

—¿Por qué quienes nos crearon nos enseñarían a odiar a los razha, a los nigromantes o a los temporales? Porque ellos no los hicieron. Porque no soportan que alguien sea más poderoso que ellos. —Tomé la estatuilla de Vignís sin ocultarlo—. Un humano creó esto para controlarnos. ¿Puedes manipular el tiempo como ella? Entonces, si controlas el tiempo como ella, muere por ello. —Apreté la figura entre mis dedos hasta convertirla en niebla.

Esta vez, apenas hubo gritos. Algunos comenzaban a entender.

—Oh, salvaje Kerönhe —dije, sujetando la siguiente figura—. ¿Por qué crear razha para después exterminarlos? Quizá todo fue una artimaña humana para deshacerse de los monstruos a través de tu falsa imagen.

Lo deshice también en oscuridad. Varias cabezas se alzaron hacia el techo, esperando un castigo divino que nunca llegó.

Entonces comprendí que me escuchaban. Que mis palabras, al fin, les interesaban.

Y así, llegué ante Cristea.

—Ella se deshizo de los Nigromantes. Seres de un poder tan vasto que ningún humano podía controlarlos. Las lágrimas de Normagrovk existen gracias al alma en pena de Nascha. ¿Por qué dejarían que siguiera salvando vidas si los dioses deseaban acabar con ello? Quizá porque los humanos carecen del poder para detenerlo —murmuré. Sentí cómo mi magia rugía con creciente fuerza en mi vientre—. Otra mentira más para acabar con nosotros y hacer que nuestra gente lo acepte con complacencia.

La estatuilla de Cristea no solo se desvaneció sobre la palma de mi mano, antes de eso la hice añicos y la lancé con violencia frente a mis pies.

Ahora esa diosa inexistente yacía destrozada ante mí, del mismo modo en que tantas veces lo estuve yo de niña mientras suplicaba que mi madre me amara, pidiéndole que pusiera fin a mi dolor.

Segundos después, Cristea desapareció por completo.

Alcé la mirada hacia todos los presentes. Esperaba una reacción, cualquier respuesta. No sabía si mi discurso había valido la pena o si solo los había confundido y desalentado antes de la batalla. Sin

embargo, no había podido contenerme. Hablar mientras me escuchaban era casi embriagador.

De ser invisible había pasado a ocupar el centro de atención. A muchos no les agradaría; a mí, hasta hacía unos meses, tampoco. Pero ahora lo adoraba.

Entonces vi cómo las miradas se transformaban, unas se endurecían con determinación, otras se perdían absortas en los altares vacíos, en las armas apiladas frente a simples restos de madera.

Solo necesité un gesto para que, sobre aquellos altares, surgiera una bandera luminosa. Un estandarte azul, con la imagen de Ojitos grabada sobre seda cobalto.

—Creed en Gregdow. En la nueva era. En mí —proclamé.

Mi voz sonó firme y templada, tan convincente que incluso yo habría deseado inclinarme ante mis propias palabras. En ese instante, algunos sonrieron; otros asintieron, y varios se adelantaron con sus armas para colocarlas en el altar improvisado. Cada hombre y mujer que se acercaba se arrodillaba antes frente a mí.

—Juro lealtad a Gregdow y, con él, a su reina Éire Güillemort Gwen, la hechicera de las bestias, descendiente de Gianna Ragnac y justa heredera al trono de Iriam; salvadora de los seres mágicos, creadora de las criaturas razha y verdadera reina de los hechiceros y los monstruos —repetían, uno tras otro, proclamando el juramento con solemnidad.

Mi corazón palpitó con fuerza, cálido, orgulloso.

Aquellos títulos eran míos. No eran herencia ni reflejo de mis padres. Yo los había forjado. Me pertenecían.

Por fin pude suspirar. Y cuando mi mirada se cruzó con la de Keelan, que permanecía cerca del altar, ambos lo comprendimos, ya no era la hija de Idelia Gwen. Mi nombre había dejado de ser una sombra.

No tuve tiempo de asimilarlo cuando Audry se arrodilló frente a mí, a una distancia prudente, con la espada apoyada sobre sus manos. Sus ojos estaban fijos en los míos, y supe lo que haría incluso antes de que hablara.

No lo detuve.

—Juro lealtad a Gregdow y, con él, a su reina Éire Güillemort Gwen, la hechicera de las bestias, descendiente de Gianna Ragnac y justa heredera al trono de Iriam; salvadora de los seres mágicos, creadora de las criaturas razha y verdadera reina de los hechiceros y los monstruos —repitió, pero no de forma mecánica. Enfatizó cada palabra, sintiéndola, dejándola quebrar su voz—. Y, si vos me lo permitís, juraría ante la mirada de la magia pura de Gregdow protegerla día y noche como su guardián. Como su guardia personal.

Tragué saliva. Habíamos hablado de ello antes; tenía otros planes. No debía permanecer a mi lado. Pero se mostraba tan decidido, tan convencido, que fui incapaz de negarme.

Asentí, conteniendo la emoción. Una hebra de oscuridad se deslizó por su cuello, dejando la marca del estandarte, no una herida, sino una ilusión tenue, símbolo de su juramento.

Audry no ocultó su emoción; sus ojos se llenaron de lágrimas. Apenas se apartó, comenzaron a avanzar más hombres y mujeres, hincando las rodillas y repitiendo su voto de fidelidad.

Brunilda fue una de las primeras en pedirme ser parte de mi guardia personal. Algunos buenos guerreros la siguieron. Ni Haakon ni Nyliss lo hicieron. De hecho, a ella no la había visto en toda la fiesta.

Lucca sería mi mano derecha. Me ayudaría a escribir las leyes. Audry y Brunilda las harían cumplir, pues pensaba nombrarla subcomandante de mi ejército. Cala permanecería como mi doncella.

Aún necesitaba tesoreros y consejeros de confianza, pero el tiempo se encargaría de consolidar ese círculo.

No alcancé a escuchar muchos más juramentos cuando Keelan cayó de rodillas ante mí, con la cabeza erguida y una rodilla apoyada en el suelo, casi como si fuera a pedirme la mano.

Repitió el juramento con voz firme, y sus labios se movían con una rapidez cargada de emoción, como si aquellas palabras fueran la mayor de las bendiciones. El orgullo resplandecía en sus ojos, y aquello alteró el pulso de mi sangre.

Entonces tomó mi mano entre las suyas y dijo con fuerza, para que todos lo oyeran:

—¿Me concedería un primer baile, su majestad?

Sonreí.

—Oh, con mucho gusto —respondí, sintiéndome, por un instante, como una muchacha en su primer vestido de gala, buscando un buen compañero… aunque ya lo tuviera.

Keelan me ayudó a bajar los escalones y me hizo girar entre sus brazos. Esta vez, su baile no fue torpe. Cuando me pisaba, apretaba un poco más mi cintura, pidiendo perdón sin palabras. Cada giro, cada paso, cada mirada compartida tenía un significado nuevo. No eran gestos de deseo reprimido, sino de un afecto profundo, contradictorio, hermoso y trágico.

Por mucho que aquel baile me acercara a él, sabía que podía ser la última vez que lo tocara. Que mis dedos rozaran su mentón o su mano se deslizara por mi cadera con esa mezcla de inocencia y devoción.

Podía ser la última vez que viera sus ojos ámbar brillar con esa intensidad que solo conocen los que aman sin medida.

Acaricié su rostro y apoyé mi frente contra la suya.

—Te amo, hijo de Symond —susurré, sin aliento. No por el baile, sino por el peso de todo lo que sentía.

—Yo también te amo, hechicera. Siempre.

CAPÍTULO LI

ERIS

Ahí estaban, justo frente a nosotros el ejército de aberraciones. Aquellas criaturas poseían la misma magia que había matado a mi madre, la misma que nos condenaría a todos. Y, aun así, como predijo el usurpador de Dave Daggen —mi esposo—, entre ellos no se distinguía ningún monstruo.

Él sonrió a mi lado, ocultando el rostro bajo una capucha. Al otro lado permanecía Evelyn, con los ojos inquietos y los hombros encogidos. Su figura parecía desvanecerse entre los nervios; ni siquiera el guardia que la escoltaba —Bastián, si no me equivocaba — le dirigía la mirada. Todo lo demás era irrelevante. Solo importaban el inmenso ejército que se nos ofrecía y los millares de caballos que necesitábamos.

El sonido del trote quebró el silencio. El caballo de Éire, oscuro como los hollines, se acercó con paso firme. Mantuve su mirada sin apartarme ni un instante. Detrás de ella no venía nadie más, aunque sabía bien que la respaldaban los hechiceros, gente de Helisea, guerreros de Zabia y los suyos propios. Era una alianza peligrosa. Aun así, no permití que la magnitud de su ejército me intimidara.

—¿Cómo está Cade? —preguntó con fingida inocencia. Las garras obsidianas comenzaron a extenderse sobre su rostro como si fueran un velo de oscuridad—. Ah, no te lo envié, ¿verdad?

Bufé, girando el anillo que se enroscaba en mi dedo índice. Me ponía de los nervios. Éire era atrevida, insolente, una mujer a medio crecer.

—No me gusta que se burlen de mí, Éire.

—No, aquí y ahora no soy Éire —replicó con desdén, chasqueando la lengua.

—¿Y entonces quién eres?

—La hechicera de las bestias.

Una carcajada escapó de mis labios.

—¿De verdad crees que eso es un título digno? —me burlé.

—Déjame demostrártelo, querida hermana —canturreó, sin el menor temor. Se atrevía a amenazarme incluso cuando sus guerreros estaban aún lejos, mientras los míos se hallaban a escasos pasos.

Entonces el cielo se oscureció. No fue solo la luna, que desapareció tras un espeso manto de nubes; también las estrellas se apagaron como llamas extinguidas, como si se les hubiese agotado la cera que las sostenía. La niebla surgió de todas partes, del suelo, de sus manos, de su cabello y de los árboles que nos rodeaban. Se extendió con rapidez, moviéndose con la obediencia de un animal adiestrado. En pocos segundos, solo nos separaba un aliento de su sombra. Era un aviso, una muestra de su poder, una forma ingeniosa de infundirnos miedo.

—¿Y tus monstruos, Éire? ¿No están aquí para salvarte esta vez? —inquirí, buscando herirla, pero la densidad de la niebla y su sofocante remolino de dolor me traicionaron. Soné como una niña molesta.

—No los necesito. No esta vez —respondió con serenidad—. Creo que ambas lo sabemos.

—Yo no estaría tan segura.

Su mirada se deslizó hacia Evelyn. No reflejaba odio ni enojo, solo indiferencia. Esa frialdad me resultó más perturbadora que cualquier furia. En un instante, la niebla comenzó a cerrarse sobre nosotros como una cápsula dispuesta a aplastarnos, pero Dave reaccionó antes de que pudiera hacerlo. Con una simple mirada, la detuvo. Detuvo a Éire como si su magia no fuese más que un juego infantil.

Ella, sin embargo, no mostró miedo ni sorpresa, solo desconcierto. Fijó sus ojos en Dave, que había descubierto su rostro bajo la capucha, y murmuró:

—¿Cómo…?

Estaba casi sin aliento. No era el reconocimiento lo que la perturbaba, sino algo más profundo. Entonces, vi las siluetas

incorpóreas de las bynges emergiendo de la oscuridad. Una docena, quizá más, observaba a Éire con una atención contenida, impidiéndole extender su poder. Dave las había llamado, y ellas lo obedecían. No sabía qué habría prometido a cambio.

—Te lo dije, Éire —dijo él con una voz que se arrastraba como veneno—. Soy viejo, tan viejo como las bynges. Los razha poderosos como tú y como yo no mueren de vejez. No todos los monstruos te pertenecen, y eso significa que puedes perder. ¿Te asusta eso, mmm? —Humedeció su labio superior en un gesto repulsivo—. Veamos qué te asusta, niña tonta.

ÉIRE

Todo era oscuridad. Ni siquiera eso: era vacío. Estaba atrapada, y a tientas buscaba una salida, pero no había nada. Ninguna forma, ningún sonido, ningún olor. Ni siquiera sentía mi propio cuerpo. No los oía a ellos, tampoco a Gianna. ¿Me habían arrebatado los sentidos o acaso ya había muerto?

Entonces escuché un llanto. Un sollozo débil, el de una niña. Era un llanto oprimido, como si se acurrucara con la cabeza entre las rodillas para esconder su tristeza. Quizás temía ser castigada por sentir, porque sentir la hacía débil.

La busqué. Grité su nombre, pero mi voz solo consiguió espantarla. El llanto se apagó y me envolvió de nuevo el silencio. Tal vez nunca existió, tal vez solo era un llanto para confundir mi mente y empujarme a la locura.

Entonces una pequeña mano tiró de mi manga.

—¿Podrías ayudarme? —preguntó una voz rota.

No quise girarme. No quería que viera mi rostro monstruoso.

No deseaba asustarla, aunque sabía que lo haría si me miraba. Quizás ese era mi castigo. Lo comprendí enseguida. Y cuando escapara de esa ilusión, destrozaría a las bynges y al hechicero razha que las había invocado. Los aplastaría hasta reducirlos a niebla. Nada quedaría de ellos.

—¿Podrías…? —La niña sorbió la nariz; su voz se quebró—. ¿Podrías abrazarme? Mamá no lo hace demasiado, y papá… ya no

está. Dicen que los dioses lo recibirán con honor, pero creo que eso es solo palabrería para niños tontos. Y yo no soy tonta.

Sonreí con tristeza, aun dándole la espalda.

—Claro que no lo eres. Esas mentiras solo las creen los adultos. Tú eres más inteligente que todos ellos, y algún día lo entenderás.

—Si mamá lo cree, debe ser verdad, ¿no?

—Mamá piensa que eres un monstruo, y no lo eres, ¿verdad?

La niña guardó silencio unos segundos.

—No lo sé.

—¿Tienes escamas, garras o un pelaje espeso? —pregunté, notando la calidez de su pequeña mano aferrada a mi manga.

—No, eso no.

—Entonces no eres un monstruo. Eres mejor que todos ellos, y eso es lo que les asusta.

—¿Y tú? ¿Por qué no quieres mirarme? —dijo con un hilo de voz. Moqueaba entre palabra y palabra. Su voz era frágil, cansada.

—Porque no me verás. Aquí todo está demasiado oscuro.

En ese momento, el entorno cambió. El vacío se desvaneció y nos encontramos en el calabozo de Aherian, el mismo donde Idelia había muerto. No quedaban rastros de sangre ni manchas en las paredes; todo estaba limpio, silencioso, casi inmaculado. La tenue luz que entraba por la estrecha ventana apenas iluminaba el lugar, pero bastaba para que ella pudiera verme.

No quise girarme. De veras que no. Sin embargo, los tirones en mi manga se hicieron más insistentes, y su llanto más desesperado. Necesitaba ayuda.

Entonces me volví, dispuesta a darle un abrazo.

Cuando me vio, su expresión cambió por completo. El terror la paralizó, los labios le temblaron como si la piel se helara, los ojos se apagaron y las manos, diminutas, comenzaron a tiritar. Dejó de tocarme de pronto, como si mi contacto le quemara. Se estremeció y retrocedió a trompicones hasta quedar pegada a las rejas; aun así, estas no se abrieron.

—Espera, espera. No es lo que parece. Es pintura, solo pintura —supliqué, desesperada, frotándome con fuerza las mejillas para ocultar aquellas marcas que la horrorizaban—. Por favor, escúchame.

La niña evitó mi mirada, se dejó caer de rodillas y su llanto se elevó, más intenso, más desgarrador.

Entonces sentí el tacto frío y huesudo de unos dedos sobre mi hombro. Su voz, melodiosa y gélida, se deslizó junto a mi oído como un hilo al enhebrarse.

—No solo ve tu rostro; ve todo lo que hiciste. Siente tu dolor.

La niña no la percibía, pero yo supe de inmediato que la bynge estaba detrás de mí. Sacudí la cabeza para intentar despejar la visión, pero las imágenes se sucedieron sin clemencia. Aparecieron frente a mí como cuadros que se pintaban en tiempo real: el aliento del dragón que arrasó Gregdow y dejó cuerpos calcinados; los guerreros que saquearon y violaron a mujeres en los poblados de Iriam; los niños y hechiceros muertos en el templo porque yo no actué a tiempo; las criadas de Ashania Minceust, halladas muertas una tras otra; la muerte de Asha; el padre que solo quiso ayudar a su hijo y al que yo maté.

Cada escena se grabó con un detalle insoportable, como si alguien estuviera tallando la verdad directamente sobre mi pecho. Soporté los gritos, los lamentos y las súplicas que surgían de esas imágenes hasta que ya no pude más y caí rendida al suelo. Las lágrimas surcaban mis mejillas con fuerza, me faltaba el aire. Sostuve el pecho; el dolor era profundo, como una quemadura que no remitía.

—Perdóname, tienes que perdonarme —le supliqué a esa niña de mejillas húmedas, tratando de que mis palabras alcanzaran algo que aún fuera humano en ella.

—Soy un monstruo. Me he convertido en lo que mamá más temía, pero yo… no soy malvada —se dijo a sí misma, en un intento de convencer a su propio corazón.

—Tú y yo no somos lo mismo. Han pasado cosas —respondí con la voz quebrada—. Nuestra vida nunca fue fácil y quizá empeorará. No puedes odiarme, niña.

Elevé la mano para tocarla; la mía tembló y, al sentirlo, ella se apartó.

—Me odio —confesó— y te odio a ti aún más, porque nos convertirás en lo que siempre aborrecimos.

Rió entre sollozos.

—Yo quería aventura, luchar contra quienes hacen daño, matar monstruos. Quería emoción, pero no quería ser una asesina.

—Te quiero, Éire Gwen. Nunca lo olvides. A mí, a ti, siempre nos tendrás.

Negó con la cabeza y, en un instante, se desvaneció justo cuando iba a acariciar su pómulo. La niebla se deshilachó entre mis dedos y no pude contener un gemido.

—No éramos asesinas, hechicera. No matábamos a inocentes —farfulló una voz detrás de mí. La reconocí, era la joven Éire que había huido de su magia y de Gianna.

Ya no estábamos en el calabozo; estábamos en Thard, el lugar que yo misma había destruido meses atrás por culpa de Gianna. Me incorporé y la miré. Su trenza descuidada y su rostro desafiante trajeron recuerdos que dolían. La túnica le colgaba sucia y desabotonada; en el interior del muslo llevaba la daga con la que yo maté a Idelia.

—Tú mataste a nuestro pueblo cuando escapaste con el cuerpo de Keelan. Deberías haber puesto fin a esto entonces —mascullé—. En lugar de eso, despreciaste tu magia y permitiste que un espíritu tomara el control. Fuiste imprudente.

Ella no se acercó; frunció el ceño hasta que su cicatriz se marcó.

—Fueron accidentes.

—Eso no devuelve a la gente.

—La magia te ha corrompido, Éire. Eso es lo que dicen.

—La magia no me corrompió. La abracé y me dio el poder para doblegar a mis enemigos. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

—Has arruinado vidas, hechicera de las bestias, y no muestras arrepentimiento.

Di un paso hacia ella.

—¿Por qué debería arrepentirme? Todos se preocupan cuando una princesa se ve envuelta en un escándalo, cuando un niño se hiere o alguien es asesinado; pero cuando soy yo, ¿quién se preocupó por mí? Cuando una mujer tiene una magia aborrecible, un rostro marcado y no tiene padres, ¿quién se interesa por el maltrato, la humillación y los intentos de matarla?

—Nadie —asintió a regañadientes. No parecía del todo segura de haber hecho bien en admitirlo.

—Confiastéis en nuestro enemigo, hiciste un pacto con una extraña y nos traicionaron. Si la hechicera de las bestias no hubiera nacido, ¿habrías podido con todo esto? Tenías miedo de reinar, miedo de que te temieran; te dejaron controlada por hombres. ¿Y ahora vienes a darme lecciones? Yo hice lo necesario. Me fortalecí en el momento justo y llevo en mi conciencia lo que tú dejaste pasar: si esos hechiceros murieron en la Ladera de los Carámbanos fue por tu inacción. No actuaste cuando debías.

No pronunció palabras de odio; tan solo asintió y se desvaneció. Limpié las lágrimas con rabia y sentí la magia chisporrotear en la piel, en los labios, en las piernas, en cada fibra de mi ser, incluso en la tela que llevaba puesta. Necesitaba dejarla marchar. Necesitaba dejarme marchar.

La niebla lo cubrió todo y Thard se desvaneció. No desperté en medio del campo de batalla; regresé a la nada. Unas manos heladas sujetaron mi rostro con fuerza. Eran gruesas, portaban un poder puro y antiguo, superior al de la madera de Gregdow.

—Elige, niña, acaba con ellos y con cada templo de los falsos dioses, o sacrifica tu vida y muere como heroína. Como todos esperan de ti. Tal vez así se sentirán orgullosos. —Su voz fue una sentencia—. Si no lo haces tú, otra persona cargará con tu poder y con la culpa. ¿Estás dispuesta a hacer lo que haga falta por tu trono? ¿A ser la reina que se esperaba que fueras?

Frente a mí se ofrecían dos caminos, una vida honrada y un final digno, la memoria de una heroína; o el poder absoluto, la justicia que tanto había buscado, pero pagada con la mirada de quienes amaba: Keelan, Audry, Lucca, Nyliss, Cala. ¿Podía soportar ese peso? ¿Soportaría que me miraran con recelo y temor?

Alcé la vista con resolución y respondí:

—Ahora estoy dispuesta a todo. Dame más poder, Gregdow.

Había oído hablar de Gregdow, «el final de los razha». Nunca imaginé que yo sería el instrumento del epicentro de la magia. Pero una cosa resultó evidente y era que no podía haber elegido mejor.

CAPÍTULO LII

NYLISS

Solo fue un parpadeo lo que tardó Éire en despertar. Aun así, aquel breve instante pareció bastarle para comprender demasiado. La furia se dibujó en sus ojos y, con una sola mirada, pareció aplastar al hechicero y a Eris.

—Os habéis equivocado de hechicera —dijo con una voz tan fría y cargada de odio que bien pudo haberlos decapitado sin necesidad de tocarles.

Elevó una mano. De su palma surgieron destellos que danzaban entre el blanco más puro y el negro más profundo. Jamás había visto algo semejante. No tuve tiempo de preguntarme qué era, porque en un segundo apuntó hacia Evelyn.

Las hebras cenicientas que brotaron de su mano se enredaron en torno a ella, ahogándola por completo hasta que… desapareció. No cayó, no murió; simplemente se desvaneció, como si nunca hubiera estado allí, como si hubiese sido solo una ilusión.

Entonces, entre el ejército iriamno, distinguí unos ojos violetas inconfundibles. Brunilda. Debía haberse infiltrado entre una de las legiones para mantenerse lo bastante cerca como para intervenir en el momento preciso.

Eris ahogó una exclamación, y de pronto el caos se desató. Los soldados del ejército de Evelyn comenzaron a degollar a quienes habían sido sus propios compañeros, sin aviso ni piedad.

El estruendo de las espadas se vio interrumpido por el sonido seco de unas herraduras. Una figura esbelta, de cabello oscuro, desmontó de su corcel y retiró la capucha esmeralda que cubría su rostro. Era ella. La verdadera Evelyn.

—Te he subestimado, chiquilla —se reprochó Eris con una mueca amarga, justo antes de que la niebla se extendiera sobre el campo.

Esta vez, las bynges no detuvieron a Éire.

Me oculté entre la maleza, conteniendo la respiración. Aquella guerra no era la mía. No aún.

"El veneno de quepak, su bruma, es el único veneno que no puede ser curado", me había dicho Keelan una vez. Ahora, mientras observaba el desastre a la distancia, recordé que llevaba conmigo un frasco que contenía aquella bruma letal y la baba de varios quepaks.

Esta vez, la victoria sería mía.

KEELAN

Aunque todo parecía perdido, aún existía una posibilidad. Era mínima, casi imposible, pero bastaba para mantenernos en pie. Éire seguía atrapada entre las bynges, sin saber siquiera dónde se encontraba, y la niebla del otro hechicero se extendía con fuerza, desmembrando a cualquiera que tocaba.

Aun así, no nos rendíamos. Luchábamos. Audry combatía a mi lado, con Lucca protegiéndola como un improvisado escudero. Apenas sabía blandir una espada, pero insistió en luchar, y nadie tuvo corazón para detenerlo.

El aire olía a hierro y ceniza. Las llamas devoraban los estandartes y los gritos se mezclaban con el retumbar de los cascos. Vi cómo un soplo de fuego rozaba el rostro de Lucca, pero Audry lo apartó a tiempo. Sus miradas se cruzaron, breves y cómplices, como si en medio del caos aún quedara un hilo de ternura entre ambos.

Apreté la empuñadura de mi espada y corté la cabeza de un soldado enemigo. No había espacio para el miedo, solo para resistir.

¿Dónde estaba Éire? Esa pregunta se repetía sin cesar en mi mente, hasta que una flecha surcó el aire y se clavó con precisión mortal en el pecho de Lucca.

EVELYN

—Quiero intentar luchar —le dije a Bastián mientras me guiaba con una mano entre las ramas y el follaje húmedo—. Al menos puedo curar a los heridos.

—Debo protegerte. ¿Qué sería de Aherian sin ti, Evelyn? —respondió con voz firme, sin soltar mi mano.

—¿Lo haces solo por tu juramento? —pregunté, mientras el ruido distante del combate se desvanecía entre los árboles.

Bastián apretó mi mano al ayudarme a descender por unas rocas. Su gesto era atento, pero la tensión lo envolvía.

—Sabes cuál es mi verdadera motivación —susurró.

Lo obligué a detenerse.

—No, no lo sé.

Él miró alrededor, vigilante, y tiró de mí para que siguiera. Pero me mantuve inmóvil.

—Dímelo, Bastián.

—Debemos marcharnos, majestad. Aún no estamos lo bastante lejos —insistió.

—Me casaría contigo si me lo pidieras —confesé sin pensar, sin saber por qué lo decía. Pero era cierto.

Mis palabras lo detuvieron al instante. Me miró con asombro, y en su silencio se mezclaban incredulidad y deseo contenido.

—Sabes que eso no es posible —murmuró.

—Solo tienes que pedírmelo —insistí, convencida. El pueblo podría murmurar, pero terminaría aceptándolo.

Bastián y yo siempre habíamos sido más que aliados. Había en nosotros una atracción latente, una frontera que ambos sabíamos que cruzaríamos tarde o temprano. Sus manos, cuando me enseñaba a tensar el arco, se quedaban demasiado tiempo sobre las mías. Cuando entrenábamos con lanzas, su cuerpo rozaba el mío más de lo necesario. Las miradas prolongadas, las palabras veladas, los abrazos breves pero intensos… todo apuntaba a lo mismo.

Creía amarlo. Creía que aquel vértigo en el pecho, esa respiración entrecortada cada vez que me miraba, eran señales de amor.

Pero él apartó la mano con determinación.

—No podemos, Evelyn. Estás hablando sin pensar, en medio de una situación que puede costarnos la vida. Debemos irnos. Luego hablaremos.

Asentí. Sabía que tenía razón.

Me dejé guiar por su mano, descendimos por la pendiente de roca húmeda, pero antes de llegar al final una flecha silbó hacia mí.

Bastián fue más rápido. Me empujó a un lado, apartándome de la trayectoria, aunque no logró evitar el impacto. La flecha no me alcanzó, pero a él le dio de lleno en el pecho.

Caímos rodando sobre la hierba fría y perlada de rocío. Cuando lo miré, el aire se me detuvo en la garganta. La flecha se había incrustado en la parte derecha de su esternón. No era el corazón. Aún no.

Más proyectiles siguieron cayendo, rozando mis tobillos y desgarrando los pliegues de mi capa. Lo arrastré como pude hasta un hueco de la tierra, apenas lo bastante grande para ocultarnos.

Corté con cuidado la pluma de la flecha, coloqué mis manos sobre la herida y dejé que los hilos esmeraldas de mi magia descendieran hacia el corte. Pero la energía se disipaba, absorbida por algo invisible. Mi poder se drenaba sin resultado. La herida seguía abierta, sangrante, implacable.

Aun así, continué intentándolo. Una y otra vez. Hasta que las fuerzas me abandonaron y la vista se me nubló. Debí desfallecer, porque escuché su voz débil, ronca, abriéndose paso entre los estertores.

—Las flechas iriamnas tienen veneno… —Tosió con fuerza, y un hilo de sangre salpicó mi barbilla—. Incurable.

—No, no. Nada es incurable. —Negué, temblando mientras posaba mis manos sobre su herida—. Puedo hacerlo. Solo necesito un momento. Un poco más y…

—Para, Evelyn. —Él alzó la mano y detuvo la mía. Mi magia se disipó al instante; los hilos luminosos se desvanecieron entre nosotros—. Solo… déjame descansar. Pronto nos iremos de aquí.

Negué con la cabeza. Contuve las lágrimas con esfuerzo. Si lloraba, lo haría real. Si las dejaba caer, significaría aceptar su

sentencia. Así que no lloré. Seguiría intentándolo, aunque mis fuerzas se agotaran.

Me incliné de nuevo sobre él, decidida a canalizar mi energía, pero Bastián suspiró y movió la cabeza en una negativa débil, aunque firme.

—Bastián, no vas a recuperarte si no hago algo. Voy a volver a intentarlo. Ese veneno tiene que ser curable. Si es necesario, buscaré un ñacú y le arrancaré una gota de sudor, pero no voy a dejarte ir. No así.

Él esbozó una sonrisa cansada, casi tierna.

—Saca la flecha, Evelyn.

—¿Qué? No. Eso terminaría por matarte —dije, y en cuanto vi su mirada supe que no se trataba de una petición, sino de un deseo. No quería una agonía lenta. Quería acabar con el dolor.

—Sácala, por favor. Después, deja mi cuerpo fuera y huye lejos de aquí. Cúbrete de barro, usa mi ropa… No debe parecer que eres una noble.

—No voy a dejarte morir —murmuré, limpiando con furia una lágrima rebelde que se escapó de mis ojos.

—Es tarde para mí. Y morir así es un honor. —Su voz se quebró—. Me has dado una muerte digna, Evelyn, protegiendo a la reina… y protegiéndote a ti.

—No digas eso —le pedí entre sollozos, mientras las lágrimas caían sobre su chaqueta de cuero, mezclándose con su sangre.

—Te quiero, Evelyn. Con todo el fuego de mi corazón y el honor de mi alma. No estás rota. No te rompieron aquel día. Lo intentaron, pero no lo lograron. No eres un objeto que pueda quebrarse. Solo necesitas recomponerte. —Tosió otra vez, y un hilo de sangre se deslizó por la comisura de sus labios—. Sé que serás la mejor reina que haya gobernado Nargrave.

—Bastián, por favor, no cierres los ojos —supliqué, sosteniéndolo con ambas manos.

—Arranca la flecha, Evelyn.

—No.

—Hazlo.

El silencio que siguió pesó tanto como el aire antes de una tormenta. Cerré los ojos y, sin darme tiempo a pensar, tiré con fuerza. Bastián soltó un alarido que me atravesó el alma. La sangre brotó con violencia, caliente y espesa, tiñendo mis manos. Lo sostuve contra mí, presionando su pecho con desesperación.

Apenas tuve tiempo de acercarme y dejar un beso suave en la punta de su nariz. Entonces él elevó la cabeza y nuestros labios se encontraron. Su beso fue cálido, urgente, lleno de vida, como si quisiera grabar su existencia en la mía antes de partir.

Fue un contacto breve, pero en él se resumió la despedida, la promesa y el dolor.

—Te quiero —susurré. No supe si me oyó. Sus ojos ya estaban cerrados.

Me quedé inmóvil, abrazándolo. Sentí el peso de su cuerpo al perder toda fuerza. El silencio lo cubrió todo. El mundo, de pronto, se volvió más frío.

Lloré durante un largo rato, con el rostro hundido en su pecho. No había palabras, solo la sensación abrumadora de vacío. Pero no podía quedarme allí. No podía permitirme el lujo de morir junto a él.

Me incorporé a duras penas, con el cuerpo entumecido y las piernas temblorosas. Salí del hueco, tropezando entre las raíces y la tierra húmeda. Todo giraba a mi alrededor, como si el mundo se desmoronara conmigo dentro.

Bastián había muerto.

Mi madre, también.

Y mi padre… aunque no podía considerarlo como tal, hacía mucho que estaba muerto para mí.

No me quedaba nadie.

CAPÍTULO LIV

ÉIRE

Entre la oscuridad, en medio de la niebla que no alcanzaba a tocar a nadie, se erguía un trono. Estaba hecho con los huesos de nuestros enemigos, forjado con venganza y sangre.

Gianna permanecía a su lado, rozando el respaldo con los dedos y dándome paso para que me sentara sobre él. Contuve un suspiro.

Por fin, quise decir. En lugar de hablar, extendí mi mano y toqué el hueso blanquecino del brazo del trono, sintiendo su aspereza fría contra mi piel. Cerré los ojos y dejé que aquella sensación de victoria me envolviera.

Ese era mi trono. El trono por el que había luchado durante tanto tiempo. Era enorme, imponente, casi monstruoso. Atemorizaba a quien lo mirase, y era precisamente allí donde debía sostenerme. Donde debía sentarme.

Me dejé caer sobre él y exhalé despacio. Gianna me observó con una sonrisa leve; su cabello cobrizo, desordenado y enmarañado, se agitaba con la bruma, y en sus ojos brillaba el orgullo más puro.

—Conseguiste lo que yo no, majestad —dijo el espíritu, tomando mis manos sobre los brazos del trono—. Por eso ha llegado mi hora. Perdona por haberte dañado, Éire, pero sabes lo necesario que era para nuestro pueblo que surgiera una soberana como tú.

La miré fijamente.

—No pidas perdón por dañarme. Quienes lo hicieron me forjaron. Ahora soy inquebrantable.

Gianna asintió y dejó un beso en mi frente. Su contacto fue tan suave como una brisa, y su piel se volvió translúcida, liberándose. Fue como ver a un alma en pena hallar por fin descanso.

Me dedicó una sonrisa apacible y comenzó a alejarse.

—Ha sido un honor conocerte, hechicera de las bestias. Nuestro camino juntas ha sido un viaje fascinante —murmuró—. Gracias por liberarme.

Su expresión se dulcificó. Por un instante, fue la misma mujer que vi en la visión de Serill, aquella que presenció el inicio a la guerra de los seis reinos. Parecía en paz.

Poco después, su forma se deshizo entre la niebla. Esta vez, la bruma era grisácea, ceniza pura que se arremolinó con el viento y se perdió en el cielo.

Me quedé allí, sentada y en silencio. Sentí que aquel era el final de mi travesía. Que, por fin, había encontrado mi lugar. No el más feliz, ni el más luminoso, pero sí el mío.

Y para como habían ocurrido las cosas, al menos seguía con vida.

Entre la niebla, una silueta comenzó a acercarse. No necesité verla del todo para saber quién era. Aun así, no me moví de mi trono. No iba a recibirlo en pie.

—¿Eres tú la hechicera de las bestias? ¿Por fin? —Rió con descaro frente a mí—. Jamás pensé que llegarías a serlo.

—¿Y tú? Pobre niño desterrado, obligado a huir de sus tierras. Debió de ser una tragedia ver morir a tus padres sin poder hacer nada. Solo correr, esconderte… ¿y luego qué? ¿Esperarme para añadir emoción a tu miserable existencia? —Me reí con ironía—. Muéstrate cómo eres, de igual forma serás repugnante bajo cualquier rostro.

—Deberías cuidar tu lengua si quieres conservarla, Éire Güillemort.

—Su majestad, para ti —le advertí con calma.

—No podrás vencer sin tus bestias.

—¿Quieres comprobarlo? —repuse.

De mi mano surgió un destello grisáceo que se expandió como un látigo de luz. Lo lancé con precisión y él no alcanzó a esquivarlo. La magia lo envolvió, lo derribó y lo mantuvo postrado frente a mí, con la cabeza gacha, sostenido apenas por los codos y las rodillas.

—Esta guerra ya está decidida, usurpador.

En ese instante, una bynge emergió de entre los tentáculos de la oscuridad. Intentó abalanzarse sobre mí, pero fui más rápida al

dominar su mente. Cuando comprendió que no podía escapar, buscó huir. No se lo permití.

—Vete con tus hermanas —susurré.

Ella asintió, y su voz, dulce y etérea, se deslizó en el aire.

—Saldaremos la deuda por habernos liberado, su majestad.

Aquellas palabras encendieron una chispa en mi pecho. Me había reconocido como reina, y ese gesto me conmovió.

Sin embargo, el razha no se rendiría tan fácil.

—Cuidado —se burló cuando una hebra oscura se enroscó en torno a mi cuello.

Boqueé, incapaz de respirar, y busqué mi magia. Sentía su presencia, pero parecía sepultada bajo capas invisibles que apenas podía levantar.

Él me observó y sonrió al notar mi confusión.

—Te falta conocimiento, niña. Las bynges han huido, sí, pero al entrar en tu mente se llevaron parte de tu poder. Ese fue el precio.

Negué con la cabeza, las lágrimas brotaron sin permiso. Mi magia no. No podían haberme arrebatado algo tan mío.

Pero aún la sentía, oculta, latente. Quizás solo estaría dormida por unas horas. Era demasiada como para que una parte tan pequeña desapareciera por completo. Aun así, aquella intrusión me dolió; era una violación a mi esencia.

Intenté respirar, pero el aire no acudió.

Entonces, un estruendo sobre nuestras cabezas quebró el silencio. Un aleteo poderoso cruzó la niebla. El hombre me soltó y yo caí de nuevo sobre el trono. Alzamos la mirada al unísono.

Eran ellos. Ñacús, quepaks, ruvs, cornoks, dankús, protectores, scrantés, dragones alzando el vuelo desde sus madrigueras, pulvras y kolbras. Incluso creí distinguir la sombra de alguna bynge entre la bruma.

A mi lado, un aminqueg se movió velozmente. No lo había invocado. No de forma consciente.

El gran dragón escarlata, aquel que una vez cabalgué, descendió con un rugido que hizo temblar el suelo. Se irguió frente al usurpador, amenazante. Si no retrocedía, lo despedazaría.

El hombre, ahora con su verdadero rostro —arrugado, desnudo, sin cabello, con los labios tensos—, me miró con desconcierto.

—Pensé que no los llamarías —dijo, incrédulo.

—Yo no lo hice. Ellos vinieron… a salvarme. A salvarnos.

Frunció el ceño, desconcertado.

—Ellos no aman, no entienden el concepto de salvar. Solo obedecen. Y…

No terminó. El rugido del dragón ahogó sus palabras. Retrocedió tambaleante y yo me enderecé en el trono.

—Parece que sí lo entienden —susurré—. A su verdadera reina.

Hice un gesto y el dragón se abalanzó sobre él. Lo desgarró con furia, y me deleité con cada grito, con cada estremecimiento de su voz.

La magia que había permanecido oculta comenzó a resurgir, trepando desde lo más profundo. La niebla se volvió más espesa, más oscura, casi sólida.

Mi cuerpo ardía. La energía brotaba de cada poro, la oscuridad cubría mis ojos, y no me opuse cuando un ñacú se inclinó ante mí para ofrecerme su lomo.

Me monté sobre él, sabiendo que el reinado de las bestias acababa de comenzar. Antes les temía. Ahora estaba montada sobre uno de ellos. Me adoraban como a su creadora.

No sentía el viento azotando mi rostro, pues la niebla lo contenía. Nos envolvía en una especie de caparazón donde nada ni nadie podía penetrar. No había frío ni calor, solo oscuridad y poder. Aquel era mi reino. Y lo sería para siempre. Un reino de bestias y poder.

El ñacú rugió, pero el sonido no me perturbó. En cambio, sentí cómo los cuerpos de los enemigos caían uno tras otro, y sus almas eran absorbidas por el bosque… por mí.

No me aferré a su piel oscura. Simplemente lo dejé guiarse por instinto, surcando el aire sobre el ejército. Desde lo alto, lancé hebras de oscuridad y destellos de luz grisáceos con un movimiento preciso de mis manos. Cada vez que la magia alcanzaba un objetivo, este caía sin oportunidad de defenderse. Al hacerlo, absorbía la diminuta porción de poder que albergaba en su interior. Porque

todos, incluso los humanos más corrientes, conservaban un vestigio de magia heredada en alguna rama de su linaje.

El ñacú continuó rugiendo junto a sus hermanos, sembrando la destrucción a su paso. Miles perecieron bajo su sombra. Sin embargo, un dolor repentino atravesó mi pecho. Fue una punzada aguda, un presentimiento tan fuerte que me obligó a detener la embestida. Algo había ocurrido.

Habían disparado a alguien.

A Lucca, pensé, sin tener pruebas, pero con la certeza que solo da el instinto. El ñacú debió sentir lo mismo, porque descendió sin que se lo ordenara. Aterrizó entre el polvo y el humo, en un claro donde se oía un gemido débil.

Allí estaban. Audry sostenía a Lucca entre sus brazos, y Keelan buscaba al tirador entre los restos del combate. Ni siquiera me detuve a preguntar; corrí hacia ellos con desesperación.

Me arrodillé junto a Audry. Su rostro estaba bañado en lágrimas, resignado ante lo inevitable.

—Oye, pequeño vagabundo… —murmuré, tocando el rostro pálido de Lucca. Una flecha se hundía en su pecho, justo en el corazón.

Tragué saliva y acerqué mi frente a la suya, fría y húmeda.

—Éire está aquí, Lucca. Estoy aquí por ti —susurré, intentando mantenerlo consciente.

Miré de reojo a Audry; él negó en silencio. No podíamos hacer nada. Así que tomé el rostro de Lucca entre mis manos y besé su frente.

—Eres mi hermano, Lucca —dije con voz quebrada—. Y lo siento por no haber sido la mejor en mi labor.

Él sonrió débilmente, apenas un eco de lo que había sido su risa.

—Esta vez era mi deber protegerte… Está bien. Todo está bien, Éire.

Pero no lo estaba. Su piel se tornaba ceniza, su respiración era un hilo.

—¿Veneno de quepak? —pregunté, sin apartar la vista de él.

—Una buena dosis —respondió Audry, mirando a Keelan—. Según el príncipe, no hay antídoto posible.

Entonces supe que era cierto. Ni siquiera yo podía salvarlo. Lucca moriría.

—Te veré tras la muerte, pequeño vagabundo —susurré y lo sostuve con fuerza—. Espérame allí.

—Te esperaré toda la eternidad… —alcanzó a decir.

Lo abracé y sentí cómo sus lágrimas empapaban mi ropa. También las mías cayeron, aunque procuré ocultarlas. Debía mantenerme fuerte por él.

Y entonces lo supe. Lo comprendí justo cuando su corazón dejó de latir, cuando su mirada se apagó mirando un punto vacío en el horizonte. Supe quién lo había hecho.

Elevé la vista y la vi. Oculta entre las ramas, a lo lejos, observándome con una calma perturbadora. Nyliss. Sus ojos brillaban más que nunca.

Keelan la arrastró hasta mí, pero ella no opuso resistencia.

Audry intentó alcanzarla, pero lo detuve con un tirón de su túnica.

—¿Por qué? —pregunté simplemente.

Ella sonrió con tristeza. En sus ojos temblaban las lágrimas.

—¿Por qué? —repitió con una risa seca—. Tengo muchos motivos, Éire. El principal es que atacaste Helisea sabiendo que mi familia vivía allí. Dejaste que los monstruos arrasaran con todo, mientras en Zabia no hiciste nada. Solo infundiste miedo.

—¿Cómo sabes eso? —pregunté, mirando a Keelan. Él sostuvo mi mirada, y su expresión bastó para hacerme entender que no tenía culpa alguna.

—Eris me envió una carta —dijo Nyliss, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Y cómo no lo supe? Debí haberlo sentido… —murmuré, más para mí que para ellos.

—Porque confiabas en mí. —Rió entre sollozos. Su risa era vacía, casi enfermiza.

—Estás loca —murmuró Audry, y su voz se quebró—. Voy a matarte.

Esta vez no lo detuve. Permanecí arrodillada junto al cuerpo de Lucca, mientras el dolor me devoraba.

Nyliss rió de nuevo, aunque su llanto no cesaba. Las lágrimas se mezclaban con la sangre en sus labios, resbalaban por sus mejillas y se perdían en su pecho.

—Sabía que nunca ganaría una batalla cuerpo a cuerpo —confesó, mirándome con una serenidad que me heló—. Nunca lo hice. Pero ahora… ahora he ganado.

—¿En eso consistía todo? ¿En ganar? —pregunté, incrédula.

—¿En qué más podría consistir? —susurró, y su voz se quebró.

—Hija de perra… estás muerta —rugió Audry, abalanzándose sobre ella con la espada alzada.

Antes de que la hoja alcanzara su cuello, Nyliss habló entre carcajadas desgarradas.

—Me he tomado el resto del veneno, estúpido. No tendrás el placer de torturarme.

Audry gritó de rabia y hundió la espada en su abdomen. Ella cayó de rodillas y luego al suelo. Keelan no la sostuvo; simplemente se apartó. Audry siguió apuñalándola incluso después de que sus ojos se cerraran y el cuerpo quedara inmóvil, vacío de alma.

Yo miré a Lucca. Luego a Nyliss.

Y lloré.

Lloré hasta que el llanto se transformó en un grito desgarrador, uno que se mezcló con la niebla, con la tierra y con el ruido de la guerra que aún rugía en la distancia.

En ese instante comprendí que ya no quedaba esperanza.

Solo dolor.

CAPÍTULO LV

ERIS

No solté las riendas de mi caballo. Con mi espada curvada como una hoz cercenaba cabezas de enemigos sorprendidos que apenas alcanzaban a alzar sus armas. Ya no era una de ellos. La magia que alguna vez poseí dormía en lo más hondo de mi ser y no pensaba despertarla nunca más.

Mi madre me había enseñado a luchar. Era una mujer indómita, salvaje, con el alma tan libre como peligrosa. Cuando se fue, custodiando nuestra casa, una parte de mí murió con ella.

Ashania era mi hogar, y los Minceust, mi familia. Ese apellido había sido el mío durante años. Pero ahora todos estaban muertos… todos, salvo Cade. Y lo encontraría. Le rescataría, aunque el mundo entero ardiera en mi camino.

Tuve que hacer resurgir Iriam de sus cenizas. Forjar alianzas en los lugares más impuros, donde solo abundaban hombres con miradas voraces. Vendí mi cuerpo para reunir el oro suficiente con el que contratar mercenarios, recorrí Nargrave buscando a los iriamnos que sobrevivieron al éxodo.

Dediqué mi vida, mi cuerpo y mi alma a esa causa. Entregué mi cordura, mi orgullo y mi humanidad por ella. No podían arrebatarme todo con tanta facilidad.

El cielo se cubrió entonces con una densa capa de niebla, mucho más pesada y vasta que la bruma ligera que antes nos separaba del resto del bosque. Un escalofrío recorrió mi espalda. El aire se espesó y el olor a hierro y ceniza me golpeó el rostro.

Gruñí cuando el dolor me dobló el cuerpo. Miré detrás de mí y vi a más guerreros caer. La niebla ya no se limitaba a cubrirnos, ahora avanzaba, devorando el horizonte, dirigiéndose hacia la capital.

No puede hacerlo, me repetí. Pero sabía que sí podía. Por supuesto que esa mujer era capaz. Creía tener derecho sobre los iriamnos, cuando había sido yo quien les dio un hogar, quien reconstruyó sus ruinas y curó sus heridas. No tenía derecho a matarlos. No podía desperdiciar sus vidas como si fueran nada. Eran personas, no bestias.

Una sombra se abrió paso entre las brumas. Aparté la niebla con la mano, como si fuera humo, pero me quemó la piel. Aun así, ella avanzó sin dificultad, como si el mismo abismo le concediera el paso.

—Por fin cara a cara, hermana —se burló.

Entonces la vi con claridad. Un pequeño kolbra se aferraba a su hombro, sus ojos brillaban como carbones vivos. Y comprendí que los monstruos ya estaban de su lado.

Pero aquello dejó de importar cuando mis ojos se posaron en ella. Ya no era humana. Éire se había fundido con la oscuridad, su piel era de un gris ceniciento, sus ojos, dos abismos negros e insondables. Hebras oscuras recorrían su cuerpo hasta perderse en sus labios, reducidos a una línea de ceniza. Sus uñas se habían transformado en garras, y su cabello, antes castaño, caía ahora como una cascada de sombra hasta sus caderas.

—Éire —dije, sujetando con fuerza las riendas—. Crea tu propia corte en Gregdow. Podemos firmar un tratado de paz, pero Iriam es mío.

—¿También lo es para matar a mi gente?

—Sois peligrosos, pero si os recluís en el bosque…

El kolbra gruñó al mismo tiempo que ella. El sonido me erizó la piel.

—Tenemos que cobrarnos una deuda —dijo.

Parpadeé, desconcertada.

—¿Una deuda? ¿A qué te refieres…? —Y entonces lo entendí. Había dicho que destruiría Iriam hasta los cimientos, y eso era lo que estaba haciendo. Pero no tenía sentido—. ¿Por qué no hacerlo desde el principio?

—Quise hacerlo bien —respondió con una calma helada—. Quise gobernar, pero comprendí que ese no era mi lugar. Esas personas no

son ni serán parte de mi pueblo. Así que… se acabó mi piedad. Aunque debo admitir que el juego ha sido divertido.

—Ha muerto gente inocente, Éire —repliqué, sintiendo el temblor en mi voz—. Familias enteras, niños mutilados… Esto es una guerra.

Ella soltó una risa baja, un sonido hueco que retumbó entre la niebla.

—Si tú lo dices…

—Estás enferma. Igual que tu madre cuando vino a advertirme quién era yo… y cuál era mi papel en todo esto.

—Soy digna hija de mi madre —contestó con una mueca—. Solo que mejor.

Hubo un silencio tenso, tan denso como el aire que nos rodeaba. Sus ojos me atravesaron, y el kolbra siseó sobre su hombro. Entonces, ella habló de nuevo.

—Mmm… ¿últimas palabras?

—No lo hagas —susurré. Sabía que no tenía oportunidad contra ella—. No hagas lo que mamá temía que hicieras.

Por un instante, vi duda en sus ojos. Tragó saliva, y esa mínima vacilación me recordó que aún quedaba algo humano en su interior. Pero fue solo un parpadeo.

—Así es como se forja un villano, Eris —susurró con una calma devastadora—. Ustedes me hicieron ser lo que soy. Cambiaron mi final. Solo busco justicia, y la obtendré.

Solté el arma. Mis manos quedaron suspendidas a los lados del cuerpo. Inspiré profundamente y la miré con serenidad fingida.

—Adelante —le dije—. Toma tu venganza. Pero te advierto que solo te destruirás más.

—No he pedido advertencias.

Rugió, y la niebla se cerró sobre mí como una prisión viviente. Me aplastó con una fuerza imposible, hundiendo sus garras invisibles en mi piel. Sentí cómo mi carne se rasgaba, cómo mi mente se disolvía.

Mi corazón se redujo a cenizas, mis venas se vaciaron y mi sangre se evaporó en un instante. Cada latido fue el último. El mundo se desvaneció en un torbellino oscuro, y cuando mis pensamientos dejaron de existir, caí al suelo.

ÉIRE

Había liberado a los scrantés de los calabozos de Iriam, de sus escondites en las sombras donde permanecieron ocultos durante décadas, para que sembraran el caos en la capital.

La niebla lo cubría todo. Se expandía como un velo de muerte y, con ella, miles de iriamnos perecían. Sus últimos rostros eran máscaras de miedo, deformadas por el pánico mientras corrían sin rumbo, intentando salvar una vida que ya les había sido arrebatada.

Tarde. Era demasiado tarde.

Subí a lomos del dragón y le ordené que nos llevara hacia la capital. La misma niebla se encargaría de derrumbar los templos dedicados a los falsos dioses.

Keelan me detuvo de pronto. No lo había visto desde la muerte de Nyliss, y no deseaba que me contemplara en aquel estado. Sin embargo, lo hizo. Su mirada fue serena, pero en ella había algo que dolía más que cualquier herida: decepción.

—No viniste aquí a ser la reina de unos cadáveres, Éire. ¿Qué has hecho? —Su voz temblaba entre la rabia y el horror. Estaba preocupado… por mí.

—No tocaré a nadie de Zabia —le aseguré.

—No es eso lo que me preocupa —replicó—. Me preocupas tú. Deberías detenerte.

—Me preguntaste qué había pasado para que aquel futuro no fuera posible.

—Sí, lo hice, pero…

—Esto —interrumpí—. Podría haber desafiado a Gregdow y perdido toda mi magia. No habría muerto, pero habría sido humana.

Keelan dio un paso hacia atrás, como si las palabras lo hubieran golpeado.

—¿Has sacrificado nuestro futuro… has matado a todas estas personas por tu magia?

—Lo hice porque sin ella los monstruos no tendrían reina, ni los hechiceros un guía. Sin mi poder, todo se habría derrumbado. Tenía que hacerlo —afirmé con frialdad—. Y ahora debo irme. Debo terminar lo que empecé.

El horror en su rostro fue más punzante que cualquier herida.

—Pensé que te conocía —murmuró—. Pero tenías razón… moriste hace mucho para mí.

Sus palabras me atravesaron como una lanza invisible. Pero me obligué a sostener su mirada.

—A veces las multitudes necesitan guerreros dispuestos a todo para ser guiadas —admití con voz firme.

Me aferré a las escamas del dragón, que rugió con fuerza, y juntos nos elevamos hacia el cielo. Desde lo alto, contemplé cómo la niebla y el fuego consumían todo lo que alguna vez fue la capital. Los scrantés se abrían paso entre los escombros, deshaciéndose de los humanos que aún se resistían. Me aseguré de que el fuego no los tocara cuando el dragón redujo a cenizas las torres del castillo.

Al amanecer del último día, no quedó un solo rastro de vida en aquel reino.

El dragón me llevó de regreso a Gregdow, donde la niebla, obediente, había erigido un castillo inmenso, hecho de piedra oscura y raíces entrelazadas. A su alrededor se alzaban chozas ocultas entre los árboles, pozos humeantes y termas que exhalaban un vapor tibio. Parecía un lugar nacido del sueño de una bestia.

Los monstruos de la guerra vagaban por los alrededores, lamiéndose las heridas. Algunos sanadores hechiceros se ocupaban de los más graves, mientras otros observaban el nuevo reino con una mezcla de asombro y devoción.

Brunilda se acercó a mí. No se inmutó ante mi aspecto cubierto de sangre ni ante la deformidad que había adoptado mi rostro.

—Lo has conseguido —dijo con una sonrisa radiante.

Antes de pensarlo, la tomé del rostro y la besé. Fue un beso intenso, cargado de furia y deseo, de la adrenalina que aún vibraba

en mis venas tras la batalla. Pero también había afecto. En ese gesto se mezclaron la victoria y la pérdida, la promesa y la ruina.

Cuando nos separamos, Brunilda apenas podía contener su alegría.

—Te esperan en la sala del trono —dijo, casi sin aliento.

—¿Quiénes? —pregunté, aún desorientada.

—Todos —respondió.

Avancé por el interior del castillo. A cada paso, las paredes susurraban mi nombre. Era como si el lugar me conociera, como si siempre hubiese pertenecido allí.

Crucé pasillos de madera y hierro, hasta llegar a unas enormes puertas de vidrio tallado. En los cristales se dibujaba un estandarte cobalto, era un aminqueg serpenteando con elegancia sobre un fondo de sombras.

Las puertas se abrieron, revelando un salón inmenso. Haakon y Audry aguardaban junto a la entrada.

La sala tenía un techo abovedado y paredes cubiertas de un tono crema que contrastaba con las banderas negras colgantes. Al fondo, el trono se erguía imponente, formado por los huesos de los enemigos caídos. Su presencia era casi sagrada.

Alrededor, más de un millar de personas me observaban. Nobles y plebeyos, hechiceros, guerreros, comerciantes… desde el rey de Helisea hasta un herrero con las manos ennegrecidas por el trabajo. Entre la multitud distinguí a Keelan junto a Evelyn; sus rostros no mostraban júbilo, sino una silenciosa resignación.

Nadie se estremeció al verme. Nadie huyó ante mi apariencia monstruosa. Todos aguardaron en silencio mientras avanzaba hacia el trono. Allí, sobre un cojín de terciopelo, reposaba una corona de acero y magia. Resplandecía con la intensidad de los sellos arcanos, el símbolo de un manipulador de objetos.

Ya no existían sumas sacerdotisas que coronaran a las reinas, así que me giré hacia Brunilda. Ella comprendió lo que deseaba antes de que hablara. Caminó hacia mí con paso firme y me colocó la corona. Cuando el metal tocó mi cabeza, la magia chisporroteó en el aire, viva, celebrando mi ascenso.

Me volví hacia la multitud. Todas las miradas estaban sobre mí.

Cala, entre risas silenciosas, murmuró algo sobre mi aspecto y el olor a sangre que me envolvía. Algunos me miraban con devoción, otros con temor… y muchos con ambas cosas.

—¡Larga vida a la reina de Gregdow! —rugieron al unísono.

El eco retumbó en el techo abovedado, y sentí que el mundo entero se inclinaba ante mí.

Me dejé caer en el trono. Estaba agotada, cubierta de sangre, pero en los rostros cansados y orgullosos de mis aliados hallé algo parecido a la paz.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí en casa.

EPÍLOGO

20 años después…

AUDRY

—¡Eh, tú! ¡Tontita! —exclamé, tomando a Freyja entre mis brazos.

La niña que Éire había acogido tras dejar ir a Cade hacía diez años era un torbellino de energía. Saltaba de un lado a otro, hacía preguntas sin cesar y opinaba sobre todo, sin reservarse ni una palabra. Su piel era de un tono oscuro, más moreno que trigueño, sus labios gruesos y su cabello castaño oscuro. Era una farscanté, hija de la hechicería y de los monstruos. A pesar de tener doce años, su manera de hablar y su labia me hacían pensar que tenía al menos quince. Además, su altura era sorprendente; apenas la superaba por dos palmos.

Éire le había enseñado todo lo que sabía, instruyéndola con paciencia. Aunque nadie debía suceder a Éire, ella misma había querido formar una familia, un linaje que continuaría el apellido Güillemort.

—Déjame ir, es mi hora de practicar con la espada. Hoy mamá dijo que dejaremos las de madera de una vez —dijo Freyja, antes de que pudiera protestar. Con decisión, se montó a horcajadas sobre una cría de dragón y se dejó llevar hacia los campos de entrenamiento.

Bufé, consciente de que acababa de ser manipulado por una niña a la que le sacaba veinticuatro años. Digna hija de su madre.

Entré en el castillo y caminé hasta mi habitación, ubicada en la misma planta que la de Éire y a pocas puertas de distancia. La tercera planta estaba reservada exclusivamente para la reina, sus familiares y allegados más cercanos.

Al abrir la puerta, me envolvió un intenso aroma a vainilla. Yo mismo llenaba las velas de aceite para que el espacio oliera así. Ese olor me recordaba a Lucca. Sobre el escritorio, los bestiarios y manuscritos que él había escrito y publicado estaban cuidadosamente ordenados. Me aseguré de que llevasen su nombre. Muchos lamentaron su muerte al leer sus obras, pero yo no necesitaba esos textos para extrañarlo.

Lo echaba de menos con cada fibra de mi ser. Hubiera dado toda mi vida por verlo un instante más. Ahora, con perspectiva, comprendía que debí aprovechar aquellos últimos días con él. Debí perdonarle, aunque era un niño inmaduro e insolente.

—Te vas a poner bien, y yo voy a matar a ese tirador, Lucca —susurré, con la voz cargada de rabia contenida.

—Siempre te he amado —dijo él, y yo solo lloré, sintiendo su corazón débil contra el mío.

Nunca respondí a su declaración. Esa palabra quedó atrapada entre nosotros, una carga que llevé durante veinte años, día y noche.

Ya no era el Audry de antes. Había crecido, madurado, y ahora debía afrontar el peso de mis errores. Hasta llegar a este momento, había atravesado un fuego que consumía la inocencia de mi pasado. Había visto cómo mi versión joven, ilusa, planeando visitar a su familia, se encontraba bloqueada por los recuerdos de haber matado a alguien a sangre fría. Había visto la muerte de Lucca y la oscuridad que despertó en mí. Todos mis principios habían caído.

En la cama, Haakon me esperaba. Dio unas palmaditas al colchón y dijo:

—¿Dónde quieres ir para nuestro próximo viaje?

Reí y me eché junto a él. Al besar su mejilla, su barba me raspó ligeramente.

—Me quedaría todo el día en la cama —murmuré.

—He estado pensando en algo —dijo, con los ojos brillando.

—Sorpréndeme —le reté, con una sonrisa.

—Quizás deberíamos casarnos.

ÉIRE

—Freyja, cuidado con la temeridad. Dejas muchos puntos débiles a la vista —le dijo Brunilda con firmeza. Asentí, dándole la razón, aunque yo misma era la primera en ser imprudente en el combate.

—Mamá dice que es importante sentir el fuego en el combate, la emoción, pero con tus tecnicismos me aburro tantísimo —resopló Freyja.

Brunilda la miró con severidad.

—Descansemos unos minutos. Debo hablar con mi madre —dijo la niña. Brunilda abrió la boca para protestar, pero ya conocíamos la respuesta de Freyja: "Soy la princesa y tengo ese derecho".

Quizá la había malcriado un poco, pero quería que comprendiera la importancia de su persona y del título que algún día portaría, tal como yo había aprendido de mi propia madre.

Asentí y me tomó de la mano, llevándome a un lugar apartado. Sus ojos ámbar brillaban con intensidad, como los de un dragón.

—¿Podemos entrenar sin Brunilda? —preguntó Freyja—. Así podremos pasar más tiempo juntas.

—No me manipules, pequeña dragona —le advertí, aunque mi tono era de burla.

—Es cierto, madre. Últimamente apenas te veo con los preparativos para ese estúpido baile —se quejó la niña.

—Debemos abandonar el reino para asistir a la celebración de la hija de Keelan. Katherine cumple dieciséis años y estamos invitadas. Somos reinos aliados; no ir sería una ofensa.

Freyja frunció el ceño, insatisfecha por tener que ir.

—¿Pero por qué tantos preparativos? Solo será una noche.

—En una noche pueden atacarnos, Freyja, y no permitiremos que nos arrebaten lo que ya es nuestro. ¿O sí?

La niña asintió con resolución.

—Yo me quedaré protegiendo el castillo. Total, ni siquiera conozco a esa tal Katherine ni al rey Keelan Gragbeam —resopló—. Suena tan pretencioso.

¿Cómo explicarle que no lo era? Que Keelan había sido, o al menos intentado ser, un hombre bueno y justo, que al final nos dio la espalda. Que nos separamos de la peor manera posible, pero él fue un buen rey y probablemente un padre ejemplar.

—Debemos ir. Ambas, Freyja. No todas tus obligaciones implican luchar —le recordé.

Ella hizo una mueca cuando Brunilda la llamó para continuar la lección. Miré a la hechicera; la intensidad de sus ojos violáceos me perturbó. Entre ella y yo había un vínculo difícil de definir. Sabía, sin embargo, que se había quedado cuando otros se habían ido, que me aceptaba y compartía sus conocimientos con mi hija, sacrificando sus horas de descanso. Por eso la quería. No sabía cómo, ni en qué medida, pero lo hacía.

KEELAN

—Hoy es el décimo sexto cumpleaños de mi primogénita y única hija, Katherine Gragbeam Waldorm —anuncié, levantando una copa de espumoso vino.

La multitud respondió con aplausos alegres. Sus trajes brillaban bajo la luz de los candelabros, y los tocados ostentosos resaltaban entre los invitados, algunos depositando regalos cuidadosamente en las mesas preparadas para tal fin. Katherine estaba a mi lado; su largo cabello tizón estaba trenzado y recogido en un moño elegante, y su vestido verde resaltaba el tono musgoso de sus ojos. La niña se parecía mucho a la madre de Evelyn, tal como ella misma solía decir.

Ella esbozó una sonrisa ligera y, con su mirada penetrante, evaluó a la multitud.

—Ahora que Aelis ha enviudado y no hay sucesor para Fazus, ¿quién crees que llevará el ducado? Quizás Aelis se case de nuevo, pero no tendrá hijos de su sangre, y Fazus no tenía hermanos. ¿Crees, padre, que otorgarán el título y las tierras a otro noble que las merezca?

—¿Por qué piensas en eso? —pregunté.

—¿Y por qué no? Solo es una duda —respondió, mientras su sonrisa se ensanchaba.

Siempre hacía lo mismo. Su mente parecía un río de preguntas e ideas, y desde niña me había acosado con ellas. Me complacía, porque demostraba inteligencia, aunque la curiosidad podía convertirse en un defecto.

—Le otorgarán las tierras a otro noble —sentencié—. Aelis es demasiado mayor y ha perdido interés en los hombres después de soportar a su marido, así que no se casará. No hay otra persona en la línea sucesoria y dudo que lo otorguen a algún familiar de la duquesa. Lo recibiría un joven noble.

Katherine asintió y lanzó una mirada sobre la copa que parecía decir: "Justo lo que pensaba".

En ese instante, las puertas del salón se abrieron y un guardia comenzó a anunciar a los invitados recién llegados; sin embargo, no hacía falta escuchar los títulos y honores para saber de quién se trataba.

Era la hechicera de las bestias.

Su piel brillaba con un resplandor casi inhumano. Sus uñas estaban limadas y ya no parecían garras, pero las hebras prietas que recorrían su cuerpo la cubrían de arriba abajo. Su vestido, atrevido y fascinante, dejaba un hombro al descubierto y contorneaba sus pechos pálidos con un notable escote. La abertura del muslo izquierdo permitía ver la caída de la seda cobalto hasta los tobillos, donde sus pies se ajustaban a altos tacones.

La niña a su lado debía ser su hija: Freyja Güillemort. Había oído hablar de sus habilidades desde temprana edad. Era jinete de dragones y, siendo farscanté, mitad humana y mitad monstruo, su mirada reflejaba determinación absoluta. Barrió la sala con un vistazo arrogante, como si observarnos fuera un esfuerzo tedioso.

Digna hija de su madre.

Tras ellas, se desplazaba su guardia personal, destacaban Haakon, Brunilda y Audry. Este último ya era un adulto hecho y derecho, con una mirada más astuta y facciones definidas que antes.

Cuando Éire entró en la sala, muchos invitados contuvieron la respiración. No por miedo, sino por respeto.

En el momento en que nuestros ojos se cruzaron, fue como verla por primera vez de nuevo, aunque esta vez la sensación fue

diferente, una nostalgia mezclada con un cosquilleo que había estado dormido durante años. Algo en mí despertó bajo la intensidad de su mirada.

Evelyn se acercó a mí con su vestido negro ondeando, y al mirarme, supe que comprendía mis pensamientos.

—Puedes acercarte —me indicó, ofreciéndome una copa mientras la mía ya estaba vacía.

Quise negarme, decir que no era necesario, pero dejé un húmedo beso en sus labios y me giré hacia donde mi corazón gritaba.

La encontré sola, mordisqueando un canapé, sin copa en la mano.

—¿Ya no bebes? —pregunté, torpemente, sin saber cómo iniciar una conversación tras tanto tiempo.

—No, hace un tiempo lo dejé. Me costó muchas recaídas y lágrimas, pero finalmente estoy limpia —dijo, con una sonrisa cortés y breve, no la que esperaba de ella. ¿Cómo podría sonreír de otra manera tras nuestra despedida y el genocidio que presenciamos?

—¿Y tú? ¿Desde cuándo bebes tanto? —comentó ella, señalando hacia las cuatro copas vacías sobre una mesa cercana.

—¿Cómo…? —pregunté sorprendido.

—Te he estado observando —contestó con naturalidad—. No demasiado, pero lo suficiente para saber cómo transcurre tu vida… si eres feliz.

Parpadeé, desconcertado.

—¿Y qué conclusión has sacado?

—Que llevas una vida tranquila, pero no lo suficientemente feliz.

Casi reí.

—¿Crees que nuestro futuro habría sido tranquilo o feliz?

—Creo que habría sido imposible, pero si hubiese ocurrido, sería feliz. Complicado, quizás nos consumiría, pero feliz.

—Pienso lo mismo —asentí. Aunque me hubiera gustado conocer ese futuro, estaba contento con mi vida. La alianza con Evelyn nos trajo prosperidad, y la llegada de Katherine nos dio felicidad. Nuestro matrimonio no fue el más pasional, pero nos respetábamos y nos queríamos. Esa paz era suficiente—. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

—Lo soy. Aún tengo pendiente surcar los mares en busca de aventuras, pero esperaré a que Freyja pueda gobernar en mi

ausencia. Solo confío en ella para esa labor.

—¿Tanto la quieres?

—Es mi hija, pero también es mi ancla. Uno de mis motivos para resurgir de mis cenizas. Mi tarea diaria es enseñarle todo lo que a mí no me enseñaron. Ella será digna de portar la corona.

—Me alegro mucho por ti —dije, tomando su mano con suavidad y apretándola con cariño. La calidez que sentí me recordó a lo que alguna vez percibí, ahora transformado en un antiguo afecto.

—Y yo por ti —respondió.

Katherine me llamó desde detrás, apresuradamente.

—Debo marcharme, pero disfruta de la velada —dije.

—Adiós, Keelan Gragbeam —respondió ella.

Me detuve un instante, giré el rostro y le dediqué un destello de sonrisa. No había tristeza; solo estaba ahí, suspendida en un hilo.

—Adiós, hechicera.

ÉIRE

Esa había sido mi despedida con Keelan. No la más emocionante, de hecho, casi decepcionante. Pero fue la última vez que lo vi antes de abandonar Gregdow para embarcarme hacia las islas del más allá. Freyja se había convertido en toda una mujer; gobernó en mi ausencia incluso mejor de lo que yo habría podido hacerlo, y en más de una ocasión me pregunté si su cuerpo albergaba algo del alma de Ashania Minceust. Eran tan parecidas en ciertos aspectos…

Audry se había casado con Haakon, y juntos viajaban por Nargrave a su antojo. En esas travesías, Audry ayudaba a quien lo necesitase y hacía justicia en nombre de los débiles. Había alcanzado su meta: convertirse en un verdadero caballero.

Vi a Keelan Gragbeam una última vez antes de que la muerte lo reclamase, y lo encontré leyendo uno de los tomos de Lucca. Fui a visitarle apenas supe de su estado. Deposité un beso en su mejilla y él se enjugó varias lágrimas. Nos abrazamos, y nunca antes lo había sentido tan cerca como en aquella tarde.

Sabía que la muerte le rondaba, así que le confesé una verdad cruda. Si había sacrificado a todas esas personas, no lo había hecho

solo por mi vida, sino también por la suya.

Continúa con el plan, había dicho Nascha. Si no lo hacía, Keelan moriría.

Al menos, eso deduje, y no quise arriesgarme. Aunque el futuro me mostraba que una vida juntos habría sido posible, no estaba dispuesta a renunciar a mi magia ni a mi causa por ello. Él lloró con más fuerza al enterarse, y yo me mantuve firme, comprendiendo que ese era el precio de mi camino.

Pero, al final, aquel había sido mi trayecto por Nargrave. Mi madre me dejó cicatrices, adicciones y dolor, pero conseguí salir de todo eso. Me había convertido en alguien resiliente. Conocí a personas que me ayudaron a lo largo del camino, y también me conocí a mí misma, a la verdadera Éire. No a la que se temía, ni a la que se autosaboteaba. A aquella mujer decidida, con ideas claras y temperamento firme.

A aquella mujer libre, que pensaba con calma pero actuaba con rapidez.

Me había aprendido a aceptar, con cicatrices y con un cuerpo que, para muchos, podía resultar atemorizante.

Había amado, había sufrido y había soltado. Aprendí mucho durante esta travesía, pero sobre todo a vivir.

Ahora vivía. Plenamente. Con personas a mi lado o sin ellas. Solo con mi compañía me bastaba.

O quizás necesitaba un poco de amor de vez en cuando, porque al final del día me sentía humana.

Había dormido en castillos, chozas, posadas e incluso en el suelo. Comprendí que la familia no siempre comparte tu sangre, y que mi bienestar era prioritario.

Esa había sido mi vida en Nargrave. No perfecta, ni triste, solo realista.

Y estaba orgullosa de lo que había logrado con sudor, sangre y lágrimas. Aunque muchos me llamasen villana, yo conocía mis motivos y mis decisiones.

Me conocía mejor que nadie. Y esta era mi historia, solo mía para contar.

Solo mía para recorrerla, como un paseo por la constelación de mis recuerdos de Nargrave.

CAPÍTULO EXTRA

EVELYN

Desde pequeña, siempre me habían halagado por mi belleza. Fui considerada la niña más hermosa de los cinco reinos, y mi padre sonreía con mayor intensidad cada vez que recibía una propuesta de matrimonio para mí. Gobernar no estaba entre mis responsabilidades; eso recaía en mi futuro esposo.

Para mi padre, yo era demasiado débil para regir un reino.

—Preocúpate de tener la piel brillante y la postura erguida —decía.

Pasé las cerdas de mi cepillo por mi cabello, y mis rizos se deshicieron con facilidad. Desde que había despedido a todas mis doncellas y aprendido a peinarme por mí misma, había hallado un estilo propio y un placer singular en el cuidado de mi cabello. Me vestía con atuendos recatados, oscuros como el hollín, y recogía con tensión mi cabello hasta que las lágrimas me brotaban de los ojos.

—Su majestad, debemos hablar —dijo Eda, la consejera que me guiaba desde que asumí el trono.

Era una anciana encorvada, frágil de cuerpo, pero experta en leyes, economía e historia. Entró con decisión y cerró la puerta tras de sí. Dio dos golpes y un destello recorrió la madera.

Era manipuladora de objetos, y siempre que debíamos conversar se encargaba de silenciar la habitación.

—Cuéntame, Eda.

—Con el eclipse han llegado malas noticias, mi señora. Malas noticias del duque Octavio Waldorm. Su tío se opone a los nuevos impuestos y ha comenzado a agitar a la nobleza.

Aparté la vista del espejo del tocador y la dirigí hacia ella.

—¿Por qué mi tío haría eso?

—¿Por qué cree que lo hace? —preguntó, consciente de la respuesta. Su rostro se endureció y sus labios se fruncieron.

—Quizá solo está descontento. Mandaré una misiva inmediata —decidí.

—Su majestad, su mente no es maliciosa. No actúa con maldad —dijo Eda, acercándose y pasando sus manos por su cabello corto, cuyos mechones no alcanzaban siquiera sus orejas.

—Dime, Eda. ¿Qué quiere realmente mi tío?

—Su mano.

Me escandalicé.

—¿Mi…? ¿¡Mi mano!? —exclamé, sin poder creerlo—. ¿Acaso mi tío pretende casarse conmigo? ¿De dónde sacas tal conclusión?

—Afirma que, según su hermano, estás descontrolada sin un marido. Ha ido presumiendo de tener tu "sí" mucho antes de recibirlo.

—Debemos citarlo inmediatamente en el castillo.

—Él ya os ha citado. —Sacó una carta sellada de su bolsillo y me la entregó—. En su castillo. A solas.

Ni siquiera la toqué. En ese instante me repugnaba tocar el mismo papel que él había tocado.

—No pienso ir.

—Necesita el apoyo de los nobles, y Octavio es su líder. Si consigues su favor, silenciarás sus objeciones.

—¿Y cómo se supone que debo lograr su favor?

—Sedúcelo, adúlalo y, sobre todo, hazle saber que estás comprometida.

—Pero no lo estoy —dije, aunque podría haberlo estado, con Bastián. Eso me dejó un sabor agridulce en la boca.

—Eso no importa. Él no lo sabrá. —Eda se encogió de hombros—. Hazle creer que llama tu atención y que aún puede conseguirte. Hazle acallar a los nobles y luego entrega el título nobiliario a la marquesa Kamia. Ella te devolverá el favor, y los nobles no sospecharán nada si fingimos un escándalo con Octavio.

—¿Qué escándalo? —pregunté, imaginando sus intenciones.

—Una mancha a tu castidad. Un intento de sobrepasar los límites con la reina. Algunos sirvientes de Octavio me deben favores; será

sencillo que se corra la voz.

—¿Me estás diciendo que me lleve a mi tío a la cama?

—No, os digo que hagas que él os lleve a la cama. Son cosas muy distintas.

♣

—Tío Octavio, ¿qué tal la vida en Berh? —dije, entrando al comedor que la guardia me indicó. Era largo y estrecho, con una mesa colmada de carnes, frutas confitadas y verduras asadas.

Mi tío, recostado con aire despreocupado en la cabecera, me observó de arriba a abajo y asintió.

—Encontré un temporal por ahí. Necesitaba refugio, y unos buenos rayos de sol nunca vienen mal. Ahora Berh es un buen lugar para estar.

No supe si debía tomar eso como una invitación.

—Me alegra oírlo —respondí con una sonrisa breve, sin afecto, solo para disimular mi repulsión.

—Toma asiento, hija. No te quedes de pie.

¿"Hija"? La palabra resonó con familiaridad, pero provocándome náuseas.

Me senté junto a él, buscando que nuestra proximidad pareciese un tímido acercamiento, no tensión.

Él sonrió, chasqueó los dedos y un par de doncellas llenaron mi copa de vino y un plato de carne tostada.

—Dime, Evelyn. ¿Has pensado en algún joven que quiera tomarte como esposa?

—Ya tengo una propuesta que pienso aceptar, pero aún no estoy segura.

—Cuéntame, ¿por qué? —Vi en sus ojos la avaricia y el brillo de quien vislumbra una oportunidad.

—No lo sé. Siento que necesito a un hombre maduro y con ideas claras, alguien que me oriente, no un muchacho.

—Exactamente. He pensado lo mismo —dijo—. Sé que te sonará extraño, pero puedo ser un buen candidato. Mi esposa murió; no tengo hijos, pero sí fortuna. Y lo más importante, te conozco de toda la vida. Soy como un padre para ti.

Su discurso me hizo tragar saliva con dificultad.

Acercó su mano sobre la mía. La aparté ligeramente, no como negativa definitiva, sino con indecisión.

—Es algo repentino, querido tío —murmuré, casi en secreto—. Pero no es una mala idea.

Entonces tomó mi mano sin darme oportunidad a retirarla.

—Ven a mi dormitorio, Evelyn. Esta noche. Serás mi esposa, y tengo derecho a hacerte mujer hoy mismo.

—No, tío. No he dicho que sí y mucho menos mancillaré mi honor de esa manera —le dije con el tono de una niña molesta, no el de una mujer enfadada. No me puse rígida; le di espacio para que continuara insistiendo.

—Ven al menos a acompañarme, quiero acercarme a la chimenea y beber un poco. Podríamos charlar.

Ambos sabíamos que era mentira, pero los sirvientes escuchaban, y eso descartaría cualquier duda sobre una supuesta coacción.

—Podríamos charlar, pero con la puerta entreabierta —añadí, y cuando su mirada se tornó desconfiada, solté una pequeña risa y completé—: No quiero que piensen que la noche de bodas se adelantó.

Él sonrió ante mi comentario y asintió, convencido esta vez. Tomó mi mano y me condujo por los anchos pasillos de su castillo. Yo lo seguía a trompicones, como si estuviese embriagada, conteniendo mi tensión y fingiendo torpeza.

Al entrar en la habitación, él cerró la puerta, pero debió notar mi fingida ebriedad, por lo que no le importó. Supuestamente, no percibí su intención; al menos, eso aparenté. No tardó en abalanzarse sobre mí, ignorando mi resistencia.

Eda lo había planeado todo. Bajo mi vestido había marcas falsas pintadas y, cuando comencé a gritar mientras mi tío intentaba despojarme de mi ropa, varios guardias irrumpieron. Lo separaron de inmediato y llamaron a mi carruaje para que me marchara. Una sanadora se ofreció a atenderme, pero me negué, alegando pudor.

Al día siguiente, bajé a los calabozos de mi palacio para enfrentar a Octavio. Estaba rendido, sucio y demacrado, y aquella era solo su

primera noche en encierro. Cuando fijó la mirada en mí, pude sentir la rabia burbujear en su interior.

Se lanzó contra los barrotes, intentando intimidarme con su mirada.

—¿De veras crees que me casaría contigo? Un duque sin méritos, que no caza ni lucha, sin cerebro ni honor. Nunca me sometería a eso.

—Solo estás donde estás porque la reina de Gregdow lo ha querido. De lo contrario, este territorio también sería suyo. No eres nadie, Evelyn Waldorm —me respondió.

—Sin los monstruos, la reina habría caído. Su única esperanza eran mis legiones. Si Éire está donde está, es gracias a mí. Esos soldados lucharon por mí, la legítima reina de Aherian, no por un hombre cualquiera, sino por mí. —Mi voz se elevó con autoridad, mientras sus ojos se abrían, incrédulos.

—Eres una zorra.

—Y tú tienes poco repertorio para los insultos —repuse, sin vacilar.

Me giré y abandoné el calabozo, dejando que mi largo vestido se arrastrase suavemente tras de mí y que mis rizos caídos cubrieran mi espalda. Sus gritos se apagaron al subir los escalones, y no miré atrás.